INTER FOLIA FRVCTVS
J. M. ANDRADE

GAUDEO.
John Carter Brown.

CARTAS
EDIFICANTES, Y CURIOSAS,
ESCRITAS
DE LAS MISSIONES ESTRANGERAS
POR
ALGUNOS MISSIONEROS
DE LA COMPAÑIA DE JESUS,
TRADUCIDAS DEL IDIOMA FRANCÉS
POR EL PADRE DIEGO DAVIN,
de la miſma Compañia.

JOHN CARTER BROWN

TOMO QUINTO.

CON PRIVILEGIO.

En Madrid : En la Imprenta de la Viuda de Manuel Fernandez, y del Supremo Conſejo de la Inquiſicion. Año MDCCLIV.

FEE DE ERRATAS.

EN la Carta, que sirve de Prologo, Pag. II. lin. 13. Portugeses, lee *Portugueses*. Pag. 55. l. 18. Cortes Soberanas, lee *Supremos Tribunales*. Pag. 105. l. 2. añadian, lee *añadia*. Pag. 106. l. 23. conversion, lee *conversacion*. P. 118. lin. 17. precisadas, lee *precisados*. P. 136. l. 10. incomodidades, lee *comodidades*. P. 168. l. 33. de lo dicho, lee *à lo dicho*. P. 204. l. 27. espirado, lee *inspirado*. P. 212. l. 1. le, lee *les*. P. 220. l. 14. la dedicada, lee *la dedicaba*. Pag. 283. l. 7. tienen, lee *tiene*. P. 339. l. 14. Ciudades, lee *cuidados*. P. 342. l. 13. disposicion, lee *dissipacion*. P. 349. l. 4. sitiados, lee *si todos*. P. 360. l. 3. assimismo, lee. *à sì misma*.

He visto este Tomo V. de *Cartas Edificantes, y Curiosas*, escritas de las Missiones Estrangeras por algunos Missioneros de la Compañia de Jesus, y traducidas del Idioma Francès al Castellano por el Padre Diego Davin, de la misma Compañia; y con estas erratas corresponde con su original. Madrid, y Septiembre 23. de 1754.

Lic. D. Manuel Licardo de Rivera,

Corrector General por su Magestad.

TASSA.

TASSA.

DON Joſeph Antonio de Yarza, Secretario del Rey nueſtro Señor, ſu Eſcrivano de Camara mas antiguo, y de Govierno del Conſejo: Certifico, que haviendoſe viſto por los Señores de èl el Tomo V. de la Obra intitulada: *Cartas Edificantes, y Curioſas de las Miſsiones Eſtrangeras*, eſcritas en el Idioma Francès por algunos Padres Miſsioneros de la Compañia de Jeſus, y traducidas al Eſpañol por el Padre Diego Davin, de la miſma Compañia, que con licencia de dichos Señores, concedida al ſuſodicho, han ſido impreſſas, taſſaron à ſeis maravedis cada pliego, y dicho Tomo parece tiene quarenta y ſeis, ſin principios, ni tablas, que à eſte reſpecto importa doſcientos y ſetenta y ſeis maravedis: y al dicho precio, y no mas, mandaron ſe venda, y que eſta Certificacion ſe ponga al principio de cada Tomo, para que ſe ſepa el à que ſe ha de vender. Y para que conſte, lo firmè en Madrid à 28. de Septiembre de 1754.

Don Joſeph Antonio de Yarza.

CAR-

CARTA A LOS RR. PADRES JESUITAS.

DOY à VV. RR. en eſte Tomo dos Cartas del Padre Fontaney, tan conocido por ſu zelo, como por ſu habilidad en las Mathematicas, y por las grandes coſas, que ha hecho en la China en los quince años que ha vivido en ella. Sus Cartas eſtàn ſembradas de obſervaciones curioſas, yà por lo que mira à eſte Grande Imperio, yà por ſatisfacer à las preguntas curioſas, y hablillas comunes de los doctos, è indoctos de Europa. No dudo que ſus reſpueſtas ocaſionaràn frequentes murmuraciones de gente ſuperficial, que blasfeman de quanto ignoran.

Bien ſaben VV. RR. que el Iluſtriſsimo Señor Turnòn, Patriarca de Antiochia, fue embiado à la China por el Sumo Pontifice en calidad de Legado à Latere, para terminar las diferencias, que ſe ſuſcitaron algunos años hà entre los Miſsioneros. Llegò eſte Iluſtre Prelado à Cantòn en el mes de Abril de 1705. y al punto participò ſu arribo à nueſtros Padres de Pekin, dandoles noticia de la

„ comiſsion que traìa, y rogandoles le alcanzaſſen „ del Emperador licencia para ir à la Corte, y viſitar, como Superior General, todas las Miſsiones „ de ſus Eſtados.

„ Recibieron con reſpeto los Jeſuìtas de Pekin la „ Carta del Señor Patriarca, y haviendo maduramente reflexionado ſobre el modo con que havian de „ proponer à ſu Mageſtad un negocio tan delicado, y „ pedido la aſsiſtencia del Cielo para el acierto, formaron un Memorial, el qual fue firmado por los Padres Phelipe Grimaldo, Preſidente del Tribunal de „ Mathematicas; Antonio Thomàs, Vice-Provincial „ de los Jeſuìtas Portugeſes; Juan Franciſco Gerbillòn, Superior General de los Jeſuìtas Franceſes; y „ Thomàs Pereyra, Rector que havia ſido del Colegio de Pekin. Decia, pues, en ſubſtancia el Memorial:

Una Perſona de nacimiento, y merito diſtinguido, llamado Tolo (*aſsi ſe llama en lengua China el Señor Patriarca*) *ha llegado à Cantòn. Viene de el grande Occidente à viſitar, como Superior General, à todos los Miſsioneros de la China. Suplicamos muy rendidamente à V. Mag. por todos los beneficios con que nos ha colmado, le conceda ſu beneplacito de venir à Pekin, para vèr en primer lugar en vueſtra Real Perſona un Principe, cuya fama ha volado por todo el mundo; y en ſegundo lugar, para dàr à V. Mag. las gracias por la proteccion, con que favorece à todos los Miſsioneros de ſu Imperio. Haviendo ſabido que V. Mag. recibe de buena gana à los que tienen alguna habilidad en la Medicina, y Cirugìa, ha traìdo conſigo dos hombres muy verſados en eſtas Faculta-*

des,

des, y desea presentarlos à V. Mag. Suplicamos tambien, que sea recibido por todo vuestro Imperio con la decencia debida à su calidad, y merito. Todas las honras, que V. Mag. le dispensasse, seràn otros tantos motivos de nuestro eterno reconocimiento; y todos los Principes de Europa, cuya estimacion ha merecido, se mostraràn agradecidos à los favores de V. Magestad.

, Presentòse este Memorial el dia 17. de Julio de
, 1705. à veinte leguas de Pekin, donde entonces
, estaba la Corte. Despues de varias preguntas re-
, lativas al Señor Patriarca, à las quales satisfaci-
, mos plenamente, diò su Magestad la respuesta si-
, guiente:

Yà que Tolo no es embiado à mi Corte en calidad de Embaxador por los Principes de el Grande Occidente, sino solo para visitar los Missioneros, como Superior suyo: siendo por otra parte hombre de distincion, y merito, es preciso que se vista à la moda de la China. Le concedèmos la licencia de venir à Pekin: y mandàmos à nuestro Oficial, ò Heschèm, *que escriva à los Governadores de las Provincias, para que le proveean de lo necessario, y le reciban con honor.*

, En virtud de esta Orden Imperial hizo al Señor
, Patriarca grandes honras el Virrey de Cantòn, y
, mandò al instante equipar tres Galeras, y dos Bar-
, cas Reales, con sus Vanderolas, y Estandartes pa-
, ra conducirle à Pekin: de manera, que conociessen
, sen todos la estimacion, que de su persona ha-
, cia el Emperador. Partiò, pues, de Cantòn el
, dia 9. de Septiembre, y llegò à Tchaokin, donde
, el Tsonto de la Provincia (empleo superior al de

Vir-

„ Virrey) le hizo las mayores honras. Lo que aqui „ refiero à VV.RR. eſtà fielmente ſacado de la miſ- „ ma Carta del Patriarca de Antiochia, eſcrita al „ Señor Cardenal Paulucci,con fecha de 26.de Sep- „ tiembre de 1705. en la Ciudad de *Hanhiun*, de la „ Provincia de Cantòn.

„ El dia 18. de Diciembre de 1706. recibiò el „ Summo Pontifice eſta agradable noticia, y la co- „ municò à los Cardenales en el Conſiſtorio, que ſe „ tuvo dos dias deſpues. Hizo tambien ſu Santi- „ dad la honra de comunicarla à nueſtro muy R. P. „ General con teſtimonios de la ſatisfaccion, que „ tenia del ſervicio, que havian en eſta ocaſion he- „ cho los Jeſuìtas de la China à la Igleſia,y à la San- „ ta Silla. Las mudanzas que deſpues ſe ſiguieron ſe „ podràn vèr en otros Libros,y principalmente en el „ Tomo quarto de las Memorias Chronologicas, y „ Dogmaticas.

„ Acabò el Padre Le Gobien ſu Recoleccion de „ Cartas Edificantes con la ſegunda que diò à luz „ del Padre Fontayne. Le apreſurò la muerte ſu „ infatigable zelo, muy ſuperior à ſus fuerzas. „ Amado de Dios, y de los hombres por ſu afa- „ bilidad, moderacion, rectitud, y benefica cari- „ dad, muriò lleno de meritos, eternizando ſu „ memoria en las muchas obligaciones, que le de- „ ben nueſtras Miſsiones Eſtrangeras.

„ Tomò ſu lugar el Padre Juan Bautiſta du Hal- „ de, tan conocido en el Orbe literario por ſu „ cèlebre Hiſtoria General de la China. Comien- „ za ſu recopilacion de Cartas Edificantes por las „ dos del Padre Bouchet: la primera de ellas ha

me-

merecido la aprobacion de el sàbio Prelado, à quien eſtà dirigida. Mueſtra el Padre, por congeturas bien fundadas, que los Pueblos Indios, con quienes vivia, havian antiguamente tenido trato con los Judios: que de ſus Libros Sagrados havian aprendido la verdad, pero que con la sèrie de los ſiglos la havian desfigurado con infinitas fabulas, originadas quizà de ſu natural propenſion à la Poesìa.

, Nadie mas ſeguramente que el Padre Bouchet podia hablar en eſta materia. Los Autores que le precedieron convienen en que las noticias, que han podido adquirir, ſon muy ſuperficiales. Trataron ſolamente con los Indios, que viven en la Coſta, y eſtàn eſtos poco inſtruìdos en los principios de ſu Religion. Los Bracmanes, que ſon los sàbios de el Paìs, con particular cuidado, no dexan paſſar ſus Libros à otras manos, porque, à ſu parecer, ſerìa prophanar ſu doctrina el hacerla comun. Hallan tambien ſu interès en ocultar à los Pueblos ſu conocimiento: ſi logràra el Pueblo ſer iniciado en los Myſterios, no los conſultarìa mas, y preſto decaerìan del alto grado de diſtincion en que los ſoſtiene la extraordinaria idèa, que ha formado el Pueblo de ſu ciencia.

, Supo el Padre Bouchet allanar las dificultades, que encuentran los Europeos en aprender la doctrina de los Indios: penetrò muy adentro en ſus tierras, y por mas de veinte años viviò con veinte mil Idolatras, à todos los quales adminiſtrò en fin el Santo Bautiſmo. Entre

ellos

„ ellos se hallaban muchos Bracmanes de los mas „ famosos, y hàbiles de el Paìs. Por su medio, „ con el perfecto conocimiento de su lengua, pu„ do haber sus Libros, que leyò con grande apli„ cacion. En las cosas obscuras, que en ellos en„ contraba, se valia de la explicacion, que le da„ ban los Bracmanes convertidos; y en fin, nada „ ha omitido para conocer el fondo de el ridiculo „ plàn de Religion, que se ha forxado este Pue„ blo.

„ Nos promete el mismo Missionero muchas „ observaciones sobre la Medicina de los Indios, „ sus maximas de Moral, y tambien sobre su Poe„ sìa: y tendrè cuidado de insertarlas en los „ Tomos siguientes. Lo que refiere el Padre Bou„ chet en su Carta al Padre Baltus de el imperio, „ que exerce el Demonio sobre los Idolatras, y „ de el poder, que sobre los Demonios tienen los „ Christianos, no serà de el paladar de ciertas „ personas, que se glorìan de parecer algo in„ crèdulos. Pero el testimonio de un hombre co„ mo el Padre Bouchet, de capacidad tan cono„ cida, y de una virtud, que no dà lugar à sos„ pechas, basta para convencer à qualquier en„ tendimiento racional. Quièn se atreverà à des„ mentir à los Missioneros, à los Christianos, y à „ los mismos Gentiles, que son testigos oculares „ de su realidad? En otras Cartas se verà des„ pues el mismo dominio de el Demonio en otros „ Paìses, y el mismo prodigio, y poder de los „ Christianos. Los Hereges mismos, à quienes nin„ gun Catholico tendrà por demasiadamente crè-

du-

„ dulos, ſe vèn forzados à convenir en eſte pun-
„ to con noſotros en ſus relaciones de las coſtum-
„ bres de eſtos Pueblos.

„ Què conſuelo, RR. PP. mios, es vèr exiſtir
„ en nueſtros dias en eſtas recientes, y nuevas
„ Chriſtiandades una de aquellas maravillas, que
„ tanto golpe daba en la primitiva Igleſia? Què
„ coſa mas apropoſito para afianzar à los Fieles
„ en ſu Fè, confundir à los malos Chriſtianos, y
„ Hereges, y à hacernos conocer palpablemente,
„ que el Dios que adoramos es el miſmo en todos
„ los ſiglos, y en todos los lugares?

„ Las Cartas del Padre Martin informaràn à VV.
„ RR. de las grandes eſperanzas, que ſe tienen de
„ enſanchar mas, y mas los limites del Imperio
„ de Jeſu-Chriſto en los Reynos Idolatras. Veràn
„ VV. RR. que una de las mas ſenſibles afliccio-
„ nes de los Miſsioneros es hallar no pocas veces
„ una mies abundante, ſin poderla recoger, por
„ falta de Catequiſtas. En tales lances la pobreza
„ Evangelica, de que hacen profeſsion, llega à
„ ſer cargoſa à ſu zelo, amandola ſin embargo co-
„ mo madre.

„ Acabo eſta Carta, aſſegurando à VV. RR.
„ que los Tomos ſiguientes ſeràn mucho mas cu-
„ rioſos, y tan edificantes, como los que yà he-
„ mos dado à la luz pùblica. Movidos los Sa-
„ bios, y las Academìas de la guſtoſa lectura de
„ los primeros Libros, miniſtraron ampla mate-
„ ria à los doctos Miſsioneros, encargandoles la
„ averiguacion de muchos puntos tan neceſſarios
„ à las Ciencias, como utiles à la ſociedad hu-

mana,

mana. Quedo en la union de los santos sacrificios de VV. RR. con mucho respeto,

Su muy rendido, y obediente servidor,

J. D.

CAR-

CARTAS

EDIFICANTES, Y CURIOSAS, ESCRITAS DE LAS MISSIONES Estrangeras por algunos Missioneros de la Compañia de Jesus.

CARTA DEL P. FONTANEY, MISSIONERO de dicha Compañia en la China.

AL REVERENDO PADRE DE LA CHAIZE, de la misma Compañia, y Confessor del Rey.

Desde Tcheou-Chan, Puerto de la China, en la Provincia de Tche-Kiam, à diez y ocho leguas de Nimpo, el dia 15. de Febrero de 1703

PAX CHRISTI.

Reverendo Padre mio.

BOlviendo segunda vez à Europa, para dàr à nuestro Padre General cuenta del estado presente de nuestras Misiones de la China, he destinado los seis, ò siete meses, que durarà mi navegacion, à hacer à V. R.

una relacion general de todo lo que nos hã pãssado desde que salimos de Francia veinte años ha, como à persona à quien, despues de Dios, se deben principalmente nuestros progressos en estos vastos Paìses. Mucho antes huviera querido haver satisfecho à esta obligacion; pero una multitud de ocupaciones precisas, que se han ido hasta ahora succediendo unas à otras, me han imposibilitado siempre el satisfacer à mi reconocimiento, y el conferir con V. R. lo que podrìa adelantar mas, y mas la obra de Dios, y la conversion de los Infieles.

No hablarè à V. R. de todo lo que hemos tenido que padecer. Quien ande en las Missiones, ademàs de los trabajos inseparables de nuestros ministerios, ha de vivir prevenido para mil acaecimientos penosos, que no pueden preveerse. Assi nos lo advierte regularmente N. R. P. General en sus Cartas: *Tengan VV. RR. creìdo*, nos dice, *que para ganar almas à Jesu-Christo en Paìses Infieles, como essos, es menester resolverse à padecer mucho, y de todos indiferentemente.* (Psalm. 91.) *Benè patientes erunt, ut annuntient. Es preciso ser muy sufridores, y constantes en las contradicciones mas inesperadas; de otro modo seràn VV. RR. inutiles à la Iglesia, y nada adelantaràn la obra de Dios.*

Al fin del año 1684. como puede V. R. hacer memoria, dispuso Dios naciesse la ocasion de embiar Missioneros Franceses à la China. Trabajabase entonces en Francia, por orden del Rey, en reformar la Geographìa. Los Señores de la Real Academìa de las Ciencias, à cuyo cuidado se encargò esta reforma, havian yà despachado Academicos hàbiles à todos los Puertos del Occeano,

y

y del Mediterraneo, à Inglaterra, Dinamarca, Africa, y à las Islas de America, para hacer allì las obſervaciones correſpondientes. Solo ſe hallaban embarazados en la eleccion de Sugetos para las Indias, y la China, por ſer eſtos Païſes menos conocidos en Francia; y porque los Academicos corrìan rieſgo de no ſer en ellos bien recibidos, y de dàr que ſoſpechar à los del Paìs en la execucion de ſu idèa. Puſieronſe, pues, los ojos en los Jeſuìtas, porque en todas las partes dichas tienen Miſsiones, y porque ſu vocacion es ir à qualquier parte del Mundo, donde ſe eſpera mayor fruto en beneficio de las almas.

Para comunicarme eſte deſignio, me hizo el Señor Colbert (que eſtè en Gloria) el honor de embiarme à llamar con el Señor Caſsini. Eſte ſagàz Miniſtro me dixo eſtas palabras, que he tenido ſiempre en la memoria: *Padre mio, no merecen las Ciencias, que Uſted tome el trabajo de paſſar los mares, y y reducirſe à vivir en otro Mundo, deſterrado de ſu Patria, y de ſus amigos. Pero como el deſeo de convertir Infieles, y ganar almas à Dios, obliga muchas veces à los Padres Jeſuìtas à emprender tales viages, me alegrarìa mucho que ſe valieſſen de eſta ocaſion: y que en los tiempos, en que no eſtàn tan ocupados en la predicacion del Evangelio, hicieſſen en los Païſes reſpectivos muchas obſervaciones, que nos faltan para la perfeccion de Artes, y Ciencias.*

Eſte proyecto no tuvo por entonces efecto alguno, y aun con la muerte de aquel gran Miniſtro eſtuvo olvidado por algun tiempo; pero haviendo reſuelto el Rey, dos años deſpues, embiar un Embaxador extraordinario à *Siam*, el Se-

ñor Marquès de Louvois, que acavaba de succeder al Señor Colbert en el empleo de Superintendente de Marina, y Director de Ciencias, Artes, y Manifacturas de Francia, pidiò à nuestros Superiores seis Jesuìtas hàbiles en las Mathematicas, para embiarlos à allà.

Ocho años havia, que era yo Maestro de estas Facultades en nuestro Colegio de Parìs, y veinte que estaba pidiendo con instancia las Missiones de la China, y el Japòn. Pero sea que me juzgassen poco digno, ò que me reservasse la Providencia para otro tiempo, siempre me dexaban en Francia. Yo procuraba vivir en la pràctica exacta de todos los exercicios de la vida Religiosa, persuadido, que los designios misericordiosos de Dios sobre nosotros se cumplen infaliblemente, quando seguimos fieles este camino. No me engañè: pues haviendose presentado esta felìz ocasion, me ofrecì el primero à nuestros Superiores, los quales me cumplieron mi antiguo deseo, y me dieron el cargo de buscar Missioneros, que me acompañassen.

No puedo explicar el consuelo, que sentì en aquel momento. Juzgabame mil veces mas felìz por ir à llevar nuestras Ciencias à la otra extremidad del Mundo, en que esperaba ganar almas à Dios, y hallar ocasiones de padecer por su amor, y por la gloria de su Santo Nombre, que por continuar enseñandolas en Parìs en el primer Colegio nuestro.

Luego que se esparciò la voz de que yo reclutaba Missioneros para la China, se me ofreciò un gran numero de sobresalientes sugetos; pero à to-

todos fueron preferidos los Padres Tachard, Gerbillon, Le Comte, de Visdelou, y Bouvet.

Como todos ellos eran capaces de llenar en Francia nuestros mas distinguidos empleos, causò à muchas personas zelosas no poca admiracion la Conducta de nuestros Superiores, que dexaban à los mejores Sugetos ir à las Missiones, quitando en ellos à Europa personas capaces de servir en cosas de la mayor importancia. *No valdria mas,* decian, *conservar à estos aquì, y embiar à aquellos remotos Climas los que con una mediana capacidad tienen bastante vigòr para aguantar las fatigas de las Missiones, y bastante zelo para trabajar en la conversion de los Infieles?* Apoyaban su opinion en la autoridad de San Francisco Xavier, que solo pedia à San Ignacio para las Missiones de Indias aquellos, que no juzgasse tan necessarios en la Italia. *V. P.* (dice en una Carta al Santo) *tiene consigo muchos Sugetos, que, aunque no sean ni grandes Theologos, ni grandes Predicadores, servirian admirablemente á la Iglesia en este Paìs, si tienen las demàs calidades necessarias para hacer fruto, como es ser hombres seguros, à quienes se pueda embiar solos à las Molucas, al Japòn, y à la China, ser apacibles, prudentes, charitativos, y de tanta pureza de costumbres, que jamàs los alteren las ocasiones de pecar, que son aquì mucho mas frequentes que en Europa.*

Convengo en que no siempre es necessario embiar à las Missiones Sugetos de ingenio tan eminente, y de capacidad tan vasta. Las primeras calidades, en que se ha de poner la mira, son las que acaba de señalar San Francisco Xavier: las demàs, sin aquellas, son inutiles. *Quorum virtus in*

ærum-

ærumnis, & in sectationibus spectata non est, his nihil magnum certè committitur. *En vano*, dice el Santo Apostol, *se les confiaràn los empleos importantes de convertir almas, si no son laboriosos, mortificados, y pacientes: si no saben sufrir con alegria hambre, y sed, y las mas rudas persecuciones.* Pero quando tanta eficacia se pone en la virtud, permitaseme añadir, que de ningun modo excluye à los que tienen otros talentos; y aplicandose à las Ciencias en las Universidades, ò en los Seminarios de Europa, han merecido en ellos, como èl, el aprecio, y aprobacion de los Sabios, por los progressos que han hecho. Quando habla del Japòn, y de la China, no pide hombres llenos de ingenio, y hàbiles en todas las sutilezas de la Escuela, para descubrir los errores, y contradicciones de los Bonzos? No quiere Philosophos, que dèn razon de los metheoros, y efectos mas ocultos de la Naturaleza, y Mathematicos, que conozcan el Cielo, y pronostiquen los eclypses? *Admirabanse mucho* (dice) *de vernos explicar estas cosas: y solo el juicio de que eramos hombres sabios, los disponìa à darnos credito en materias de la Religion. Nos tanquam viros doctos suscipiebant, quæ doctrinæ opinio aditum nobis patefecit ad Religionem in eorum animis serendam.* Tambien hablando de las Indias, para donde no juzga necessaria la mayor Ciencia, porque los Pueblos no estàn allì tan cultivados, añade estas palabras dignas de notarse: *Quanquàm probitas, litteris ornata scilicet, palmam ferat. Con todo esso, con mas gusto recibimos acà hombres de letras, y virtud; porque sin duda seràn mas utiles para la conversion de los Pueblos.* Y la gana que tuvo de escrivir con toda eficacia, y energìa

gìa à las Universidades de Francia, Italia, y Portugal, para combidar à los Doctores de estas famosas Escuelas à ir à trabajar con èl en el aprovechamiento de las almas, dà bien à entender què Missioneros queria.

De la misma opinion era San Ignacio, y por esso, haviendo añadido en la Compañia à los tres Votos Religiosos un quarto Voto, por el qual se obligan los Professos à ir à qualquiera parte donde tuviesse à bien embiarlos el Vicario de Christo, sin pedirle nada para su subsistencia, quiso que solo fuessen admitidos à este grado los que se juzgassen mas habiles, y de mejores talentos, y capacidad para las Ciencias: y ciertamente no lo huviera dispuesto asi quien en todo buscaba la mayor gloria de Dios, si no huviera estado persuadido à que el trabajar en la conversion de los Infieles es una ocupacion toda Divina, à la qual debia consagrar, à lo menos en parte, los Sugetos mejores, y mas escogidos de su Religion.

De todo lo dicho està V. R. perfectamente instruìdo, y sabe muy bien quan essencial, y universal es en nuestra Compañia el zelo de propagar la Fè en los mas remotos Paìses, sin que los mas distinguidos talentos puedan ser razon de detener en Europa à los que Dios llama verdaderamente à las Missiones. V. R. sabe tambien con quànta delicadeza de conciencia proceden nuestros Superiores en este punto, y de ello vimos un buen exemplar tres años hà, estando yo para bolverme à la China con Sugetos de un merito muy distinguido, que N. P. General tuvo la bondad de concederme. Atendiendo algunas personas mas al lustre de las

Pro-

Provincias de Francia, que à la necessidad de las Missiones, le representaron el detrimento, que à aquellas sobrevenìa. A lo que respondiò su Paternidad: *Yo lo siento vivamente, pero me es impossible resistir à las Cartas llenas de fervor, y espiritu santo, que me escriven ellos mismos. Non possum resistere Spiritui Sancto, qui loquitur in eorum litteris.* No debemos, pues, mirar las idas de tales Missioneros como pèrdidas, sino antes bien como ganancias, y adelantamientos de la Religion, que regocijan à toda la Iglesia. Son disposiciones eternas de la Providencia, que echa mano de los que havia traìdo à nuestras Casas solo para habilitarlos con el estudio, y virtudes sòlidas para la conversion del nuevo Mundo. Finalmente, son beneficios, que Dios nos hace, y de que debemos darle muchas gracias, porque elige de entre nosotros personas para un tan santo empleo, y nos mueve con tales exemplares à despreciar el mundo, y à vivir, en quanto sea possible, de el modo mas semejante à la vida de nuestros Hermanos.

Juntos en Brest conmigo los Padres escogidos para la China, nos hicimos à la vela el dia 3. de Marzo de 1685. despues de haver sido recibidos en la Academia de las Ciencias, y proveìdos por orden del Rey de todos los instrumentos Mathematicos, necessarios para hacer nuestras observaciones. Passada la linea, descubrimos todas las constelaciones de la parte Meridional. Apenas hay Estrella alguna notable cerca del Polo Antartico; pero desde Escorpiòn, hasta el Siro, està lleno todo el Cielo à lo largo de la Via lactea. Tampoco se distingue nada en la parte Septentrional.

Son

Son dos Phenomenos singulares: el menor, sin embargo de ser solo como la mitad del mayor, parece tan grande como la Luna. Quando se miran con el Telescopio, no parecen un agregado de Estrellas pequeñas; como el *Pesebre de Cancer*: y la Via lactea, ni como una blancura obscura; como la Nebulosa de Andromeda, y la cabeza de los Cometas. Todo es un bello azul, como lo demàs del Cielo.

El pie del *Cruzero* son dos Estrellas pequeñas muy brillantes, separadas una de otra otro tanto como lo que ocupa su diametro: tiene tambien otra algo mas distante de las dos, pero mucho mas pequeña.

De las observaciones, que hizimos en el Cabo de Buena Esperanza; y en el passo del Cabo al Estrecho de *la Sonda*, yà hemos dado cuenta al pùblico. Otras muchas hicimos en la China, las quales remitì yà à Europa, y parte de ellas se veràn en los Viages del Padre Gerbillon à Tartaria; que estàn para darse à luz. Yà viò V. R. en la Relacion del primer Viage del Padre Tachard la atenta cortesanìa; con que los Señores Holandeses nos recibieron en el Cabo de Buena Esperanza, y en Batavia. Es verdad, (y debo repetirlo aquì en señal de mi reconocimiento) que nada puede añadirse à las expressiones que nos hicieron. Encontramos entre ellos muchos Catholicos, de los quales tuvieron algunos la felicidad de confessarse, despues de haver vivido muchos años sin poderlo lograr. Pobres gentes, dignas de lastima! Dexan inconsideradamente su Paìs, y vàn à Holanda, donde entran en servicio de la Compañia, que los hace passar à Indias, y nunca

tienen la libertad de bolverse : y la mayor desdicha es , que en aquel Paìs no les es permitido el exercicio de la Religion : ni oyen Missa , ni confiessan , ni comulgan , ni tienen Sacerdotes , que les acuerden su obligacion , ni los asistan en la muerte. Quizàs hallarìan los Señores Holandeses muchos mas, que entràran à servirlos, y con mayor fidelidad, si permitieran à los Catholicos el libre exercicio de su Religion en aquel Paìs ; ò si à lo menos les procuràran los socorros que les son tan necessarios. Haviendolos consolado lo mejor que pudimos ; les exhortamos à perseverar en la Fè , y à guardar inviolablemente los Mandamientos de Dios , y à llevar con paciencia sus trabajos. Los Catholicos , à quienes su desgracia , ò su necessidad obliga à dexar de este modo su tierra , deben reflexionar los riesgos , à que exponen su eterna salvacion ; y persuadirse , que el mayor castigo del pecado es enredarse en ocasiones de pecar mas , y reducirse à un estado , en que casi nunca se hallan los medios de convertirse à Dios.

Llegamos à Siam à ultimos de Septiembre de el año 1685. despues de una navegacion muy feliz. No cabe mejor recibimiento , que el que tuvimos nosotros del Rey , y de su Ministro el Señor Constancio. Durante nuestra mansion en aquel Reyno, procuramos no serle inutiles. El Padre Gerbillon, y de Visdelou predicaron el Adviento , y Quaresma en la Iglesia de los Portugueses ; y por lo regular oìamos en ella las confessiones los Domingos , y Fiestas , quando no estabamos en *Louvo*.

Havia yo tomado con M. Cassini , antes de salir de Parìs , las medidas para observar un eclypse de

de Luna, que havia de suceder en Parìs el dia 10. de Diciembre de 1685. à las nueve de la noche, y el 11. del mismo mes entre tres, y quatro de la mañana, en el Reyno de Siam. Como havia de ser total, y podia verse en Parìs, y Siam à un mismo tiempo, era muy à proposito para determinar la verdadera diferencia de las longitudes de estos dos Meridianos: y esto nos obligò à poner el mayor cuidado en la observacion. Noticioso el Rey de Siam de nuestro designio, quiso que la hiciessemos en su presencia. Estaba à la sazon en *Tsee-poussone*, una legua mas allà de *Louvo*. Dicho sitio es un Palacio fabricado en la orilla de un Estanque, à la entrada de un Bosque, donde su Mageſtad se divertìa en la caza de Elephantes.

Prevenimos para el Rey un excelente anteojo de cinco pies, por el qual viò el eclypse, mientras nosotros le observamos à distancia de quatro passos de èl con el Señor Constancio, que mantenia conversacion, y le servìa de Interprete, quando nos preguntaba algo. Havia visto el Rey el dia antes un retrato de la Luna de los que se gravaron en el Observatorio de Parìs: y al punto que la viò por el Thelescopio, dixo à voces: *Esta es justamente la que me mostrasteis ayer en la estampa.* Haviendose yà eclypsado notablemente, nos preguntò porquè parecia al revès en el Anteojo, y despues de la immersion total, por què se veìa todavia la Luna, no recibiendo yà luz alguna del Sol? Tan juiciosas preguntas, dàn bien à entender el buen entendimiento de aquel Principe, el qual nos manifestò en esta ocasion una bondad

particular, de que sin duda nos huviera dado mayores pruebas, si su muerte, que sobrevino de allì à poco, como todo el Mundo sabe, no huviera frustrado todas las grandes idèas, que tenia formadas para el bien de la Religion, y de nuestros Nacionales.

El mes de Julio de el año 1686. partimos de Siam para la China. Havia en la Rada muchos Baxeles, de los quales unos iban à *Macao*, (a) otros à *Cantòn*, y à otros Puertos de este Imperio. Todos los puso à nuestra disposicion el Señor Constancio; pero aconsejandonos, que no fuessemos à *Macao*. Del mismo dictamen fueron el Señor Obispo de Metellopolis, y el Padre Maldonado, Superior de los Padres Portuguesses.

Pero quando se procede con sinceridad, y se hace buen juicio de una Nacion, nos persuadimos facilmente, que irà de acuerdo con nuestras intenciones, y que podemos fiarnos de ella sin riesgo alguno. Y assi, las persuasiones con que procuraron entonces hacernos desconfiar de los Portuguesses, hicieron poca impression en nuestros animos: por lo qual nos determinamos à tomar la Derrota de Macao. Viendonos el Señor Constancio fixos en nuestra resolucion, creyò tendriamos de allà salvo conducto, y que no lo querriamos decir. Con que no pensò mas que en agenciarnos grandes recomendaciones para con los Oficiales de la Ciudad. El Rey de Siam tuvo tambien la bondad de escrivir al Governador, que nos fuesse favorable; creyendose el Rey con tanto mas derecho, para pedirlo assi, quanto no pedia mas, que

(a) Ciudad de la China, perteneciente à los Portuguesses.

lo que su Magestad hacia con los Portuguesses, que iban à traficar à su Reyno todos los años.

Pero Dios, que velaba sobre nosotros, no permitiò, que este viage tuviesse efecto; pues el Baxèl, en que nos embarcamos, aunque era tenido por bueno, no valia nada. A cinco dias de navegacion hizo agua por todas partes. Governabale un Piloto, que havia padecido yà quatro, ò cinco naufragios; y siendo todo su miedo no arribar aquel año à *Macao*, se obstinò en ir contra el viento, que iba arreciando cada instante. Todo era dexarnos caer àzia *Camboga*, en cuyas Costas huvieramos perecido miserablemente, si no huviera nuestro Capitan obligado al Piloto à ceder, y à buscar, obedeciendo al viento, el primer asylo que se pudiesse. Este riesgo fue uno de los mayores, que corrimos en aquellos mares.

Como solo havia seis, ò siete dias, que nos haviamos hecho à la vela, creìmos estàr aùn à tiempo de ganar la Bahìa de Siam, y de embarcarnos en otro Baxèl, para llegar à la China aquel año. Tomamos, pues, hombres prácticos en el Paìs, que nos enseñassen algun atajo por enmedio de los bosques, pero fueron inutiles nuestros esfuerzos: pues despues de un mes de rodeos, y de fatigas, nos bolvieron nuestros Conductores à nuestro Baxèl, que arribò à media vela à la Barra de Siam en el mes de Septiembre, quando yà la Monzon, para ir à la China, se havia passado enteramente. En el camino encontramos las Galeras del Rey de Siam, que este Principe, lleno de bondad àzia nosotros, embiaba à buscarnos, desde que supo el contratiempo de nuestro viage.

Fue

Fue nueſtra buelta de mucho jùbilo para el Señor Conſtancio, que havia ſentido mucho nueſtra partida. El recelo de que nos trataſſen mal en *Macao* no era ſin fundamento, pues por los Navìos de la China, que llegaron à Siam algunos meſes deſpues, ſupimos, que havia orden de Portugal para detener en *Macao* à los Vicarios Apoſtolicos, y Miſsioneros, que llegaſſen en otros Navìos, que en los Portugueſes: y aùn aquel miſmo año vimos la execucion de eſte orden: pues un Padre Franciſcano de *Manila*, (a) que ſaliò de Siam al miſmo tiempo que noſotros, fue arreſtado luego que llego con el Capitan que le llevaba, y embiado deſpues à Goa, de donde le coſtò harta dificultad el ſalir para reſtituirſe à Philipinas.

El año ſiguiente nos entregamos del todo à la prudente conducta del Señor Conſtancio, que nos honrò ſiempre con una ſingulariſsima proteccion, y amiſtad. Lo que mas apreciabamos en ſu perſona era un fondo de piedad, y Religion, que le hacìa formar vaſtiſsimos proyectos para extender la Fè. Protegìa à todos los Miſsioneros, y Vicarios Apoſtolicos, y los ayudaba à paſſar à los reſpectivos Lugares de ſus Miſsiones, obligando à los Capitanes de los Navìos que partian de Siam, à que los llevaſſen ſeguros à Camboga, à Cochinchina, à Tonkin, y à la China. Diſtribuìales à todos limoſnas conſiderables: reedificò la Igleſia de los Padres Dominicos, y la de los Jeſuìtas de Siam: y los ſeñores Ecleſiaſticos Franceſes podrian decir quàntos beneficios le deben.

Hemos llorado muchas veces la muerte tràgica de

(a) Capital de las Philipinas.

de tan grande Varon; la qual nos ha sido tanto mas sensible, quanto no le fue impossible el evitarla: pero Dios, que le queria entonces, le diò aliento para tolerar golpe tan atròz. No havràn dexado los Siameses, que le trataron con tanta crueldad, de echarle en cara sus grandes limosnas, y todo lo que havia emprendido para el sòlido establecimiento de la Religion en la India. Pero lo mismo que pudo hacerle con ellos delinquente, es lo que mas nos hace creer, que le havia hecho Dios participante de sus misericordias; teniendo prometido el Hijo de Dios, que se declararà publicamente delante de su Padre por todos los que no se avergonzassen de su Magestad delante de los hombres: y Dios tiene infinitos auxilios, y modos de poner en carrera de salvacion à los que han sido verdaderamente zelosos para hacer entrar en ella à otros.

Dexo à parte à la ilustre Madama Constancio, que me es impossible pensar en lo que ha padecido en esta revolucion, sin penetrarme del mas vivo sentimiento. No se ignora en Francia la miseria, à que se vè aùn reducida: y es harto dolor querer, y no poderla mantener, como quisieramos.

Partimos segunda vez de Siam el 19. de Junio de el año 1687. en un Navìo Chino, que iba à *Nimpo*: tomamos bien nuestras medidas; pero fuera de esto, vimos palpablemente la bendicion de Dios sobre nuestro viage.

Los Chinos que nos llevaban nos parecieron sumamente supersticiosos. Tenian un Idolo pequeño en la Popa del Navìo, delante del qual ardia

dìa una Lampara dia, y noche; y le ofrecian muchas veces, antes de ponerse à la mesa, las viandas, que tenian dispuestas para comer. Pero como vieron que nosotros las dexabamos intactas, siempre que hacian con ellas esta ceremonia, las disponian separadamente, y no ofrecian al Idolo de allì adelante lo que haviamos de comer nosotros. No se reducia à solo esto el culto, que daban à aquella falsa Divinidad. Luego que se descubria tierra, tomaba el que cuidaba el Idolo unos papeles pintados, y partidos como en ondas, y los arrojaba al Mar, despues de haverle hecho una profunda inclinacion. En tiempo de calma, todos ellos daban grandes gritos, como para llamar al viento; y quando el temporal arreciaba, quemaban muchas plumas, para conjurar la tempestad, y ahuyentar al Demonio: lo que extendia por todo el Baxèl un olor intolerable. Pero creciò su zelo, ò por mejor decir, su supersticion, al avistar una Montaña, que se descubre passando el Canal de la Cochinchina: pues demàs de las inclinaciones, y genuflexiones ordinarias, y papeles medio quemados, que arrojaron al Mar, se pusieron los Marineros à armar un Navichuelo de quatro pies de largo, con sus mastiles, cuerdas, velas, y vanderolas, su brujula, y su governalle, su chalupa, su artillerìa, viveres, mercaderìas, y tambien su libro de cuenta. Dispusieron en la popa, en la proa, y en las cuerdas tantas figurillas de papel pintado, quantos hombres havia en el Baxèl. Colocaron la pequeña maquina en unas andas; y levantada con muchas ceremonias, la passearon por el Baxèl al sòn de tambòr, y de una va-

cia de cobre. Guiaba la marcha un Marinero vestido de Bonzo, esgrimiendo un palo largo, y dando de quando en quando grandes gritos. Finalmente la dexaron caer con mucho tiento al mar, y la siguieron con la vista hasta donde se pudo: y el Bonzo subiò à la duneta para continuar sus alharidos; y à lo que parece, para desearla felìz viage.

A la altura de Emovi tuvimos una calma de quatro dias. El Orizonte cubierto todo de nubes muy negras, y los vientos de Nord, y Nord-Este, que soplaban de quando en quando, eran anuncios de una terrible tempestad. Assustados los Chinos, invocaban su Idolo con mas fervor que nunca, y con el miedo de ser sorprehendidos de los furiosos Typhones, que infestan aquellos Mares, procuraron repetidas vezes ganar la tierra; pero siempre fue en vano. Guardaban todos un melancolico silencio, y llevaban muy à mal que los Missioneros hablassemos entre nosotros: por lo que nos advirtiò en secreto nuestro Interprete, que les parecia nuestra tranquilidad de tan mal aguero (*a*) como la misma calma. Hicimos una promessa à San Francisco Xavier, Patron de aquellos Mares, para conseguir favorable viento, el qual nos concediò Dios al dia siguiente, y passamos con felicidad por entre la Tierra-Firme de la Provincia de *Fokien*, y la Isla *Formosa*, de que avistamos algunos cerros.

A treinta, ò quarenta leguas de *Nimpo* se entra en un laberinto de Islas elevadas, entre las quales se pierde el tino. El partido que tomamos fue observar lo que caminaba nuestro Baxèl, las tierras por donde passaba, y adonde bolvia la proa,

(*a*) Ciudad de la China.

y hacer una Carta particular, que pudieffe fervir à los que navegaffen eftos Mares. Efta Carta contiene folo nueftra derrota, sì bien hay otras tan buenas por entre dichas Islas, y quizà mejores para los Navìos grandes, porque hago memoria, que nueftros Pilotos fondeaban muchas vezes, y en algunas partes no hallaban mas de quatro brazas de agua.

Quien quiera mayor noticia de eftos mares, acuda à los Señores Inglefes, que hicieron, tres años hà, un Mapa general de ellos. Eftos lo han fondeado todo, y regiftrado todas las Islas: faben las que eftàn habitadas, y en quales fe puede hacer aguadas, todo con el trabajo de feis mefes, digno de la aplicacion, y curiofidad de dichos Señores. Yo he vifto un Mapa de eftos con las derrotas feñaladas, muy bien diffeñado por el Señor Catchepolle, hombre de merito, y al prefente Conful en la China, y Prefidente de la Compañia Real de Inglaterra para todo el comercio, que tienen aqui los Inglefes.

Anclamos finalmente delante de la Ciudad de *Nimpo* el 23. de Julio de 1687. à los treinta y quatro dias de haver falido de la Bahìa de Siam, y à los dos años y medio de nueftra falida de Francia. No es menefter decir à V. R. el jùbilo de que nos vimos penetrados, y las gracias, que dimos à Dios quando nos hallamos con felicidad en el termino de nueftros mas ardientes defeos. Es precifo tener vocacion à las Mifsiones, y venir à ellas con fola la mira de fervir à Dios, y de trabajar por la falud de las almas, para formar jufta idèa de lo que fe experimenta en aquel momento. Bien puede decir-

fe,

ſe, que mudamos entonces de aliento: *Mutabunt fortitudinem*, pues yà no nos acordabamos de Francia, ni de las eſperanzas, y guſtos, que en ella podiamos dexar: ni la paz, y quietud de las Caſas Religioſas, ni la facilidad que hay en ellas de vivir con aquel recogimiento, que puede tener una alma unida à Dios, eran yà objetos, que nos intereſſaſſen. La multitud de almas que teniamos delante, la eleccion, que Dios havia hecho de noſotros para llevarles ſu conocimiento, y las ocaſiones de padecer, que eſperabamos hallar, ocupaban enteramente nueſtros animos, y nos parecia que havian de deſquitarnos de todo.

Nimpo, a quien han llamado *Liampo* algunos Europeos, es una Ciudad de primer orden en la Provincia de *Tche-kiam*, y un Puerto muy bueno en la parte Orientàl de la China, enfrente de el Japòn. Eſtà, ſegun nueſtras obſervaciones, à 29. grados, y 56. minutos de latitud Septentrionàl, diſtante del mar cinco, ò ſeis leguas. Vàſe à ella en una ſola marèa por un Rio hermoſiſsimo, de ciento y cinquenta toeſas (por lo menos) de ancho, y de ſiete, ù ocho brazas de hondo por todas partes, cercado de ſalinas por ambas riberas, con Villages, y campiñas cultivadas, terminando el Orizonte en unos altos cerros. La entrada del Rio eſtà defendida por una Fortaleza, y una pequeña Ciudad de tercer orden, llamada *Tin-hay*, ceñida de torres, y buenas murallas. En ella hay una Aduana, donde ſe regiſtran los Navìos que entran. Los Mercaderes Chinos de Siam, y de Batavia acuden todos los años à *Nimpo* à acopiar ſeda, por ſer la de eſta Provincia la mejor de toda la China. Los de

Fokien, y de otras Provincias vecinas estàn yendo, y viniendo continuamente.

Los Negociantes de *Nimpo* comercian mucho con el Japòn, adonde iban yà en tiempo de San Francisco Xavier: y es de creer que supiesse de ellos las particularidades de la China, que escrivia à Europa al fin de su vida: y aun parece que tenia hecho animo de passar à la China en sus Baxeles. *Liampo* (dice) *es una gran Ciudad de la China, distante del Japòn ciento y cinquenta leguas solamente:* (lib.4.epist.1.) *Tengo mucho fundamento para creer que esta serà la puerta por donde entraràn en aquel gran Reyno los Missioneros de nuestra Compañia, y adonde podràn venir despues los demàs Religiosos à satisfacer el ardiente deseo, que Dios les inspira de trabajar en la salud de los Infieles. Por tanto suplico à los que desean la conversion de aquellos Pueblos, que encomienden à Dios este negocio.* Y es muy probable, que quando escrivia esto, estaba en avocarse con el Emperador del Japòn, para pedirle Passaporte para este viage, pues se decia, que este Principe tenia una amistad tan estrecha con el Emperador de la China, que tenia uno de sus Sellos para sellar Patentes, y Passaportes à los Baxeles, y personas, que quisiesse embiar allà.

Creo que nosotros somos los primeros que han emprendido este camino, señalado desde los principios de la Compañia por el Apostol de las Indias, y por donde huviera èl entrado verisimilmente en la China, à no haver faltado la Embaxada de Diego Pereyra por la avaricia, y zelos del Governador de Malaca, y haver podido el Santo preferir la derrota de Nimpo à la de Sanciam, donde muriò.

Cuen-

Cuenta el Padre Martini, que en su tiempo tenia nuestra Compañia una Iglesia en Nimpo: sin duda serìa destruìda enteramente en la irrupcion de los Tartaros, pues quando nosotros llegamos no havia vestigio alguno de Iglesia, ni de Christianismo: y aun estaban tan poco acostumbrados à vèr en ella Europeos, que acudian de todas partes à vernos, como si fueramos hombres de distinta especie.

Haviendo sabido nuestro arribo los Mandarines, quisieron vernos en particular, y nos recibieron con mucha cortesanìa. Preguntaronnos nuestro designio, y el motivo de nuestro viage. A lo qual respondìmos, que la gran reputacion del Emperador esparcida por todo el mundo, y el permisso que daba à los Estrangeros para ir à sus Puertos, nos havia determinado à emprender aquel viage: que nuestros intentos eran vivir con nuestros hermanos, sirviendo allì al verdadero Dios: que haviamos sabido, con grande sentimiento nuestro, que muchos de ellos eran yà difuntos, y que la mayor parte de los otros, consumidos yà de los años, y enfermedades, pedian quien les ayudasse.

A esto añadì, que el Padre Fernando Verbiest havia tomado el trabajo de escrivirme à Europa, combidandome à ir à la China, y que havia dado su Carta al Padre Phelipe Couplet, el qual me la havia entregado con fidelidad. Nos pareciò que estos Oficiales tenian respeto particular al Padre Verbiest, que les sentaban bien nuestras respuestas: y que si huviera estado en su mano, nos huvieran desde luego concedido la licencia, que les pedimos para ir à alguna de las Iglesias de nuestra

Com-

Compañia. Pero el Virrey, que no podia vèr nuestra Religion, fue la causa de que no pudiessemos aprovecharnos de sus buenas disposiciones. Reprehendiòles el havernos permitido tomar una casa en Nimpo, no obstante ser entonces violentissimos los calores, y sernos impossible vivir en los Baxeles. Escriviò despues al Tribunal de Ritos, pidiendo que se prohibiesse à los Baxeles Chinos, que traficaban en los Reynos vecinos, el transporte de los Europeos à aquel Reyno. Acaso esperarìa, que siendonos contraria la sentencia de aquel Tribunal, podria confiscar, con provecho suyo, el Navìo en que haviamos llegado, y apoderarse de lo que llevabamos.

Entretanto, sin perder tiempo, por lo que podia suceder, dimos noticia de nuestro aarribo al Missionero de nuestra Compañia, que vivia en *Ham-tcheou*, sin saber aùn su nombre. Juntamos nuestras Cartas con las que V. R. se sirviò darnos para el Padre Verbiest. Hallòse, por particular providencia de Dios, que el Missionero de *Ham-tchou* era el Padre Prospero Intorceta, Siciliano, que tuvo la dicha de padecer por Christo prision, y destierro en la ultima persecucion. Como havia hecho viage à Europa por negocios de la Mission, le havia yo escrito entonces para agregarme à èl, y dedicarme al servicio de la Iglesia de la China. Fue grande el gozo que recibiò con la noticia de que estabamos tan cerca. *Bendito sea Dios* (nos decia en su Carta) *que en fin ha tenido misericordia de nosotros, y ha librado à VV. RR. de naufragio, para salvar por su medio esta afligida Mission, que iba à perecer por falta de Operarios. Benedictus Deus, qui*

qui fecit nobifcum mifericordiam fuam. Liberavit vos à naufragio, ut propè naufragam Mifsionem noftram Operariis deftitutam veftra opera, ac laboribus ab aquis lachrymarum, fummique mœroris eriperet. Al punto nos embiò uno de fus Catequiftas con dos criados fuyos, inftruyendonos del modo con que nos haviamos de portar con los Mandarines.

Haviendole defpues informado por una Carta de nueftras idèas, è intentos, nos refpondiò afsi, abriendonos fu corazon: *VV. RR. me han dado plena noticia de todo lo que yo querìa faber. Luego que fupe fu arribo à Siam, fe me ofreciò todo lo que VV. RR. me participan. No sè fi fue efto por particular infpiracion, ò por una mera congetura; mas lo que puedo decir es, que los he eftado efperando con impaciencia, y ahora eftoy todo lleno de confuelo.*

La refolucion, que havia tomado el Virrey de *Tche-kiam* de efcrivir al Tribunàl de Ritos para que nos echaffen de la China, era lo unico, que turbaba el gozo de efte Santo Varòn. Acudiò à Dios, y difpufo fe hicieffen por nofotros oraciones pùblicas en fu Iglefia. Obligò hafta à los niños pequeñitos à implorar el auxilio, haciendoles que poftrados delante de una Imagen del Salvador, le dixeffen eftas palabras: *Señor, por vueftro Santo Nombre, guardad à los Padres, que vienen à trabajar en la falud de nueftras almas.*

En el tiempo que eftuvimos detenidos en Nimpo, tuvimos algunas ocafiones de hablar à los Mandarines acerca de la grandeza, y poder de Dios. Havia tres, ò quatro mefes que no llovia en todo el Paìs, lo qual acababa con los fembrados, y hacìa temer una hambre general. Havianfe ordenado

nado Ayunos en la Ciudad, y Rogativas en todos los Pagodes. Inquieto el Governador, nos consultò sobre las causas de la sequedad, preguntandonos si la havia tambien alguna vez en Europa, y què haciamos en tales casos para librarnos de ella? Respondimosle, que como el Dios que adorabamos, es Todopoderoso, acudimos à èl, yendo à nuestras Iglesias à implorar su misericordia. *Pues mas de un mes hà* (replicò èl) *que estamos nosotros haciendo lo mismo, yà en la Puerta de Mediodia, yà en todos los Pagodes de la Ciudad, y no podemos conseguir cosa alguna. No nos admiramos, Señor,* (le añadimos) *y si vos nos dais licencia para deciros libremente lo que se nos ofrece, os descubrirèmos la causa verdadera de ello.* Entonces comenzamos à hablar de Dios, y à decirle, que havia criado el Cielo, y la tierra, los hombres, y todo lo que havia en el Universo: que todo depende de èl, las lluvias, y la sequedad, la hambre, y la abundancia, los bienes, y los males, con que castiga, ò premia à los hombres, segun lo juzga conveniente: que bolviendonos à èl, como lo haciamos nosotros en Europa, rogabamos al que verdaderamente se debe rogar, pues à titulo de Señor Soberano de todo, podia oìr nuestras sùplicas. *No assi vuestros Dioses* (proseguimos): *ellos tienen ojos, y no vèn: tienen orejas, y no oyen; porque haviendo essas falsas Deydades sido antes hombres mortales, no pudieron eximirse de la ley comun de morir, ni de las ordinarias consequencias de la muerte: y assi como no tienen yà sentido, ni poder, no debe estrañarse que no os oygan. El titulo de Deydades, que tienen por la liberalidad de los Emperadores, ò por la super-*

perſticion de los Pueblos, nada añade à lo que antes eran, ni les dà poder alguno real, y verdadero para diſponer de las lluvias, ò mandar ſobre la tierra à los otros hombres.

Eſcuchònos con mucha paz el Governador; y nos pidiò ſuplicaſſemos à nueſtro Dios, que les concedieſſe el agua que deſeaban. Reſpondimos que lo hariamos con mucho guſto; pero que teniendo todo el Pueblo neceſsidad de aquella gracia, no era razon que la pidieſſemos noſotros ſolos. *Eſtà muy bien*, (dixo) *yo irè mañana à vueſtra caſa à adorar al Dios del Cielo, y ofrecerle perfumes.* En eſta ocaſion admirè mucho el fervor de nueſtros Padres, y me paſmè de vèr quan llenos eſtaban de aquella Fè viva, que recomendò el Señor à ſus Apoſtoles: *Habete fidem Dei.* Quando eſtabamos preparandonos para eſta ceremonia, ſupimos que al dia ſiguiente havia de ir el Governador deſde caſa, con todos los Mandarines de la Ciudad, à hacer en una montaña vecina ſacrificio al Dragòn de las aguas, y juzgamos, que un culto à medias, no ſerìa agradable à los ojos de Dios: por lo que embiamos nueſtro Interprete à decirle, que no ſe podia ſervir à dos Amos, y que ſi querìa hacernos la honra de venir à adorar en nueſtra Caſa al Dios verdadero, no era conveniente que fueſſe à otra parte. A lo que nos reſpondiò, que no le eſperaſſemos, reſpecto de no poder menos de hallarſe en el ſacrificio de la montaña. De allì à algunos dias lloviò un poco, pero con una tempeſtad tan furioſa, y un viento tan recio, que aſſolaron los campos, y perecieron en la Coſta muchos Baxeles. Aſsi caſtiga Dios algunas vezes à los pecadores,

permitiendo que aun los remedios, que eftàn defeando con anfia, fe hagan para ellos fegundo caftigo, y mal mucho mayor, que todos los otros.

El dia fegundo de Noviembre tuvimos la noticia de que el Emperador nos llamaba à *Pekin* por efte orden lleno de bondad. *Vengan todos à mi Corte: los que fepan Mathematicas quedaràn cerca de mi perfona para fervirme: los otros iràn à las Provincias donde mejor les parezca.* Luego que nos fue remitido el orden Imperial, nos hicieron los principales Mandarines de Nimpo vifitas de enhorabuena por la honra, que nos hacia el Emperador. Partimos al inftante, tomando nueftro camino por la Ciudad de *Han-tcheou*, Capital de la Provincia de efte nombre, donde tuvimos el confuelo de vèr al Padre Intorcetta, y paffar algunos dias con èl. Los Chriftianos embiados de fu parte falieron à recibirnos à la orilla de el Rio, y nos fueron acompañando hafta la Iglefia, donde eftaba el Padre efperandonos. Conduxonos al Altar Mayor, donde poftrados ante la Imagen del Salvador, adoràmos al Señor, que nos colmaba de tantos beneficios. Bolvimonos defpues al Padre, y le abrazàmos tiernamente. Nueftras lagrimas, mas que nueftras palabras, le dieron à entender nueftro jùbilo, y el vivo reconocimiento de que eftabamos penetrados. Efte Padre (difunto pocos años hà) era entonces Vice-Provincial de nueftra Compañia en la China. Aunque enteramente cano, y con fefenta años de edad, eftaba aùn con una falud fuerte, y vigorofa. Yo traygo fu retrato à Francia, que es el que fe pintò defpues de fu muerte, y el que (confor-

me

me à la costumbre de los Chinos) se llevò en la pompa funebre quando su entierro.

En todas las Ciudades por donde passamos, desde *Ham-tcheou*, hasta *Pekin*, fuimos recibidos con honor. Ibamos comboyados de un Mandarìn, el qual cuidaba de todo lo que necessitabamos. Bien sè que hay en Francia quien reprehende, y condena los honores, que los Missioneros permiten que les hagan en los Paìses Infieles. Lo que yo puedo assegurar es, que nosotros no los buscamos, y que los rehusamos en quanto nos es possibìe; pero nadie es dueño de rehusar tales distinciones en la China, quando và, ò viene por orden del Emperador. Serìa mirado como un impostor en las Ciudades por donde passàra, si no guardàra este articulo del Ceremonial, y dixera ser llamado, ò embiado de el Principe. La utilidad, que de esto sacamos, y que nadie, à lo que yo creo, podrà despreciar, es, que los Missioneros, que vàn con estos distintivos de honor, encomiendan à los Mandarines de las Provincias por donde passan el cuidado de los otros Missioneros, que trabajan en su distrito, lo qual apacigua muchas vezes las persecuciones, que los Infieles mueven contra ellos, y hace que los Christianos, apoyados con su authoridad, vivan pacificamente, y que los Infieles no teman abrazar nuestra Santa Religion, viendola tan bien recibida. Dexo aparte los buenos oficios, que hacen à los Mercaderes Enropeos, que tienen muchas vezes necessidad de recomendacion en este Paìs, donde estàn expuestos à la avaricia, y à la perfidia de algunos Oficiales, que no siempre son los mas justificados.

No llegamos à *Pekin* hasta el dia 7. de Febrero de el año 1688. Estaba entonces toda la Corte de luto por la muerte de la Emperatrìz, abuela del Emperador. Tambien estaban nuestros Padres traspassados de dolor por la muerte del Padre Fernando Verbiest, difunto diez dias antes de una debilidad, que le havia ido consumiendo algunos años havia. Este Siervo de Dios havia padecido mucho por la Fè en la ultima persecucion. Fue preso, y cargado de pesadas cadenas, en las quales estuvo mucho mas tiempo que los otros Confessores de Christo. Sirviòse Dios de èl, para levantarles el destierro de Cantòn, y restituìrlos à sus Iglesias, en donde trabajaron mucho en juntar sus Rebaños, à quienes tenia esparcidos el miedo del destierro, y de la pèrdida de sus bienes. Desde entonces fue el Protector de la Fè, y el apoyo de los Missionerot inquietados, ò perseguidos por los Mandarines en las Provincias. Assi se lo dice el Papa Inocencio XI. en el Breve, que le hizo el honor de embiarle el año de 1681.

Jamàs olvidarèmos nosotros, que le somos deudores de nuestra entrada en la China, y de haver frustrado con su autoridad los perniciosos designios del Virrey de *Tche-Kiam*. Huviera sido cumplido nuestro gozo, si, como el Padre lo deseaba, huvieramos podido llegar à verle antes de su muerte, comunicarle nuestros animos, aprovecharnos de sus luces, y tomar reglas de conducta de un hombre, à quien con razon miraban todos los Christianos de la China como à Padre, y Restaurador de nuestra Santa Religion en su Paìs. Pero Dios por otro lado nos compensaba su pèrdi-

dida con otras muchas gracias. Como no pensabamos en quedarnos en la Corte, sino en repartirnos en las Provincias, para trabajar en la salud de las almas, nos resignamos facilmente en la voluntad de Dios. El Padre Gerbillòn, fiado en sus fuerzas, las quales el excessivo trabajo hà disminuìdo mucho desde entonces, pidiò con instancia ir à lo ultimo de la Provincia de *Chensi*, à la antigua Iglesia del Padre Estevan Fabro, Francès de Nacion. Es esta la Mission mas pesada, y trabajosa de la China, y donde se vive mas lexos de todo consuelo humano. El Padre Bouvet deseaba passar al *Leao-ton*, y à la Tartaria Oriental, en que aùn no se ha predicado el Evangelio: los demàs no havian aùn tomado partido.

En tanto viviamos todos en la Casa de nuestros Padres de *Pekin*. Allì encontrè al Padre Antonio Thomàs, à quien yo havia visto en otro tiempo en Parìs, quando passaba à la China. Procurè consolarle de la muerte del Padre Verbiest, en quien (fuera de las razones comunes) havia perdido un verdadero Amigo: y èl por su parte nos dispuso à llevar con animo las contradicciones, à que debiamos vivir dispuestos; añadiendo, que cada Missionero debia aplicarse à sì aquellas palabras de San Pablo: *Omnes qui piè volunt vivere in Christo-Jesu, persecutionem patientur. Todos los que quieren vivir piadosamente en Jesu-Christo, seràn perseguidos.*

Lo mismo me escriviò por entonces desde Macao el Padre Joseph Tissanier, Francès, exemplar Religioso, que havia sido yà Provincial, y Visitador de la Mission. Pero estos avisos no nos ate-

mo-

morizáron, à Dios gracias : pues nada se nos prometìa en ellos, que no huviessemos venido à buscar en las Missiones.

El dia 11. de Marzo de el año de 1688. se hicieron las Exequias del Padre Verbiest, à las quales assistimos. El orden que se guardò en esta ceremonia fue del modo siguiente. Haviendose juntado à las ocho de la mañana los Mandarines embiados por el Emperador para honrar à tan ilustre difunto, fuimos à la sala donde estaba cerrado en su atahud el cadaver. Los atahudes de la China son grandes, y de una madera de tres, ò quatro pulgadas de gruesso, varnizadas, y doradas por de fuera; pero cerradas con extraordinaria prolixidad, para que el ayre no las penetre. Sacòse el atahud à la calle, y se colocò en unas andas, enmedio de una especie de media naranja ricamente adornada, y mantenida de quatro colunas, vestidas de labores de seda blanca, que es en la China el color de luto. Desde una coluna à otra pendìan muchos festones de seda de varios colores, lo qual formaba una bella vista. De las andas salian dos palos de un pie de diametro, y largos à proporcion, con los quales debian cargar al ombro sesenta, ò ochenta hombres puestos en dos filas. El Padre Superior, acompañado de todos los Jesuìtas de Pekin, se hincò de rodillas delante del cadaver enmedio de la calle. Nosotros hicimos tres profundas inclinaciones hasta la tierra: mientras los Christianos, que estaban presentes à esta triste ceremonia, derramaban muchas lagrimas, y daban tales alharidos, que eran bastantes à enternecer à los mas insen-

si-

ſibles. Deſpues comenzò la marcha en eſte orden.

Iba delante un Quadro de veinte y cinco pies de alto, y quatro de ancho, adornado de feſtones de ſeda, cuyo fondo era de tafetan encarnado, en el qual eſtaban eſcritos en China con grandes Caractères de oro el nombre, y dignidad del Padre Verbieſt. Eſta maquina, levantada en el ayre entre muchos hombres, iba precedida de muchos inſtrumentos, y ſeguida de una multitud de Eſtandartes, feſtones, y vanderolas. Deſpues iba la Cruz en un nicho grande, adornado de colunas, y de varias obras de ſeda. Seguianla muchos Chriſtianos, unos con Velas, y otros con Eſtandartes, como los primeros. Caminaban de dos en dos por enmedio de las calles principales de Pekin, con una modeſtia, que admiraba à los Infieles. Veìaſe deſpues en un nicho la Imagen de la Santiſsima Virgen, y del Niño Jeſus con el globo del Mundo en la mano, y iba ſeguida de muchos Criſtianos con Velas, ò Eſtandartes, como los antecedentes.

Detras iba un Quadro del Angel Cuſtodio, acompañado de la miſma ſuerte, y ſeguido del retrato del Padre Verbieſt, con todos los ſymbolos correſpondientes à los empleos, con que le havia honrado el Emperador: è inmediatamente ibamos noſotros con veſtidos de luto, que en la China, como tengo dicho, ſon blancos: y de trecho en trecho ſignificabamos la triſteza, de que eſtabamos penetrados, con repetidos ſollozos, ſegun la coſtumbre del Paìs. Venìa deſpues el cadaver, acompañado de los Mandarines, que havia nombrado el Emperador, para honrar la memoria de eſte tan cè-

cèlebre Missionero, todos à cavallo. El primero era el suegro del Emperador, el segundo su primer Capitan de Guardias, el tercero uno de sus Gentiles-hombres, y otros de menos graduacion. Cerraban cinquenta Soldados de à cavallo esta marcha, la qual se hizo con el mas bello orden, y la mayor modestia: estando las calles llenas por ambos lados de infinito Pueblo, viendo con el mas profundo silencio passar toda la comitiva.

Està nuestra sepultura fuera de la Ciudad en una Huerta, que dieron los ultimos Emperadores à los primeros Missioneros de nuestra Compañia. La Huerta està cercada, y en ella hay una Capilla, y alguna vivienda.

Luego que llegamos à la puerta, nos hincamos todos de rodillas delante del cadaver enmedio del camino, è hicimos tres veces las mismas inclinaciones. Renovaronse los llantos de los circunstantes: pusose el cuerpo cerca del lugar en que havia de ser enterrado, en el qual se havia dispuesto un Altar con la Cruz, y luces. Tomò entonces una sobrepellìz el Padre Superior, rezò algunas Oraciones, è hizo las incensaciones regulares señaladas en el Ritual. Postramonos otras tres veces delante del atahud, el qual baxado de las andas, y puesto en tierra, crecieron entonces los gritos de los assistentes; mas con tal violencia, que no era possible detener sus lagrimas.

La sepultura era un hoyo de seis pies de hondo, siete de largo, y cinco de ancho, valdosado, y vestido de ladrillo por todas partes en forma de pared. Colocòse el atahud enmedio, sobre dos como cavalletes de ladrillo de un pie, poco mas,

ò

ò menos de alto; y levantadas despues las paredes hasta la altura de seis à siete pies, terminaron en bobeda con una Cruz encima. En fin, à algunos pies del sepulcro se puso una lapida de marmol blanco, de seis pies de alto, con base, y chapitèl, en la qual estaba escrito en lengua China, y en Latin el nombre, la edad, y el Paìs del Difunto, el año de su muerte, y el tiempo que havia vivido en la China.

El primero de todos està el sepulcro del Padre Mathèo Ricci, al fin del Jardin, y en lugar distinguido, como para significar que fue èl el Fundador de esta Mision. Los demàs forman dos lineas desde èl, como se vè en la figura siguiente.

El P. Ricci.

El P. Rho.	El P. Terencio.
El P. Coronado.	El P. Lombard.
El P. Magallanes.	El P. Seguira.
El P. Verbiest.	El P. Buglio.

El Padre Adàm Schall està en otro lado en un sepulcro verdaderamente Real, que el Emperador

dor reynante mandò hacerle algunos años despues de su muerte, quando se restableciò la memoria de este grande Varon.

Antes de las Exequias del Padre Verbiest, haviendo cumplido su Luto el Emperador por la muerte de la Emperatrìz su Abuela, embiò à preguntar nuestros nombres, y à informarse de nuestros talentos, y capacidad. La paz que gozaba entonces su Imperio, despues de los dos viages, que hizo à la Tartaria, cuya Relacion haviamos leìdo antes de salir de Parìs, nos diò ocasion de responder, entre otras cosas, que se admiraba mucho en Francia su capacidad, y conducta, y que se hacìa muy alto juicio, y estimacion de su valor, y magnificencia. Informòse de la edad del Rey, de las guerras que havia tenido, y del modo con que governaba sus Estados: à todo lo qual respondimos como vassallos fieles, y verdaderamente penetrados de las grandes qualidades de nuestro Augusto Monarca. El Ministro, que hablaba de parte del Emperador, nos dixo tambien, que aunque su Amo no nos conocia aùn, nos tenia yà el mismo amor, que à los demàs Padres: que miraba el aliento, con que dexabamos nuestros parientes, y nuestra Patria, por venir à lo ultimo del Mundo à predicar el Evangelio, como una prueba palpable de la verdad de nuestra Religion; pero que para persuadirse enteramente de ello, querrìa vèr en la China algunos milagros, como los que le contaban haverse hecho en otras ocasiones, y Paìses para confirmarla. No se contentò el Principe con esta demonstracion, sino que un dia nos embiò Thè del suyo, y el mejor vino de su mesa.

Su-

Supimos que el Emperador tenìa animo de detenernos en su Corte à mis Compañeros, y à mì, y que pensaba en darnos desde luego una casa dentro de su Palacio; pero Dios, que nos querìa para otra parte, no permitiò que se efectuasse tan presto este designio. Todavia no sabiamos bastantemente la lengua China, y ciertamente no huvieramos podido tan à los principios darle la satisfaccion que esperaba.

Tocaba al Tribunal de Ritos presentarnos al Emperador, por haver sido quien tuvo el orden de hacernos venir à la Corte. Llamònos despues de las Exequias de el Padre Verbiest; esto es luego que pudimos salir, segun el Ceremonial de la China. Vimos aquel temible Tribunal, donde, pocos años antes havian comparecido todos los Missioneros cargados de cadenas. Por lo que toca al lugar, nada tiene de grande, ni magnifico. Los Mandarines, sentados en un estrado, nos recibieron con honor, y nos hablaron despues de havernos hecho sentar. El primer Presidente Tartaro, que tenìa las ordenes del Emperador, nos dixo, que deseaba este Principe vernos el dia siguiente; y que quien nos havia de presentar havia de ser el Superior de nuestra Casa.

Tuvimos, pues, la honra de saludar al Emperador el dia 21. de Marzo de el año de 1688. Hizonos muchas expressiones de benignidad: y despues de havernos dado una amorosa quexa, de que no quisiessemos todos quedarnos en su Corte, nos declarò, que elegìa para su servicio à los Padres Gerbillon, y Bouvet, permitiendonos à los demàs ir à predicar en las Provincias nuestra San-

ta Religion. Despues mandò, que nos sirviessen Thè, y nos embiò cien doblones, que pareciò à los Chinos una gratificacion extraordinaria. Desde esta visita no pensamos el Padre le Comte, el Padre Visdelou, y yo, mas que en repartirnos por las Provincias à trabajar en la conversion de los Infieles. Pero antes de salir de *Pekin* tuvimos mucho gusto en vèr todas las principales curiosidades de tan famosa Ciudad.

Componese Pekin de dos Ciudades: la primera, en cuyo centro està el Palacio del Emperador, se llama *la Ciudad de los Tartaros*, y la segunda *la de los Chinos*. Ambas estàn juntas, y cada una tiene quatro leguas de circuito. Es tan grande el gentìo, y embarazo que hay en ellas, que apenas se puede andar por las calles, aunque son muy anchas, y no parecen mugeres.

Fuimos à vèr la famosa Campana de Pekin, que pesa, segun nos asseguraron, cien millares. Su figura es cylindrica, y de diez pies de diametro: su altura contiene vez y media: su ancho, conforme à las proporciones ordinarias de la China. Està elevada sobre un paredòn de ladrillo, y piedra, de figura quadrada, cubierto solamente de un techo de esteras desde que se quemò el que tenia de madera.

Vimos tambien el Observatorio, y todos los instrumentos de bronce, que son hermosos, y dignos de la magnificencia de el Emperador; pero no sè si seràn tan justos, como es menester, para hacer exactas las observaciones, porque son con pinnulas: y las divisiones son tan desiguales, que las nota la vista; y en muchas partes no se pintan las lineas transversales.

Las

Las Puertas de la Ciudad tienen alguna mas magnitud, y magnificencia que las nuestras. Son sumamente altas, y cierran un grande recinto quadrado de murallas, sobre las quales hay unos grandes salones, assi de la parte del campo, como de la Ciudad. Las murallas de Pekin son de ladrillo, de cosa de quarenta pies de alto, flanqueadas de veinte en veinte toesas de torres pequeñas quadradas, en igual distancia, y muy bien tratadas. Por algunos parages hacen pendiente, para que pueda subir à ellas la cavalleria. Tomamos muchas vezes la altura de Polo de Pekin en nuestra Casa, que se llama *Si-tan*; esto es, la Iglesia de Occidente, y hallamos estàr à los 39. grados, 52. minutos, y 55. segundos.

El Padre Thomàs nos contò lo que en Pekin se sabìa del Reyno de *Coree*. Dixonos, que su Capital se llamaba *Chausien*, à ciento y diez leguas del Rio *Yalo*, que sepàra la Tartaria del dicho Reyno: que desde este Rio hasta la Ciudad de *Chin-yàm*, Capitàl de la Provincia de *Leao-ton*, hay sesenta leguas, ochenta desde *Chin-yàm* à *Chin-hay*, que està à la entrada de la China por el lado de *Leao-ton*: y desde *Chin-hai* hasta *Pekin* sesenta y siete: que el Reyno de *Coree* se extendìa àzia el Norte hasta los 44. grados de latitud Septentrionàl: que estaba muy poblado, y dividido en ocho Provincias: que sus habitadores son sencillos, y animosos: que de Oriente à Occidente tenia ciento y quarenta leguas, y que no se podia ir à èl sin expressa licencia del Emperador.

Despues de diez y seis jornadas llegamos el dia 14. de Abril, que era Miercoles Santo, à *Kiam-*

tcheou

tcheou, Ciudad de segundo orden en la Provincia de *Chensi*, donde tenemos una bella Casa, y una numerosa Christiandad repartida en los Lugares, y Ciudades del contorno. Diximos en ella Missa el dia siguiente, à la qual assistieron muchos Christianos. El Viernes Santo concurrieron muchos mas à la adoracion de la Cruz, que se hizo con todas las ceremonias de la Iglesia; pero quando se aumentò considerablemente el concurso fue el dia de Pasqua. No obstante huvo pocas Comuniones, cómo no sabiamos todavia la lengua China de modo, que pudiessemos confessar toda suerte de personas.

Vinieron à visitarnos los Mandarines de la Ciudad, y aun algunos entraron en la Iglesia, y adoraron à Nuestro Señor, poniendose de rodillas, è inclinandose profundamente delante de su Imagen. Entre ellos havia uno, que estaba en animo de abrazar nuestra Santa Religion, y nos comunicò su designio. Tambien nos visitaron dos Bachilleres Christianos, que havia algunos años que no hacian exercicio alguno de el Christianismo, por haverse entregado à mal vivir. Despues de haverlos abrazado, les diximos, que siempre los miràbamos como à hermanos nuestros: que si tenian dificultades, nosotros les ayudarìamos con gusto à vencerlas: que no se desalentassen: que el Demonio hacia todos sus esfuerzos para perdernos; pero que Dios querìa siempre nuestra salvacion, y nunca niega los auxilios necessarios para ella. Con esto los llevamos à la Iglesia, donde hicieron oracion, y adoraron à Jesu-Christo.

En el tiempo que estuve en *Kiam-tcheou*, que fue

fue solo quince dias, bauticè dos personas, y el Padre Visdelou, en un Lugar quatro leguas de allì, bautizò cinco niños, y administrò los Sacramentos à una muger moribunda. Este, y el Padre le Comte se separaron poco tiempo despues de mi partida. El Padre Visdolou quedò en la Provincia de *Chansi*, donde, con la mayor fatiga, visitaba muy à menudo las Christiandades mas apartadas. En estos exercicios Apostolicos, capaces de ocupar à todo un hombre, doblando el trabajo, y aprovechandose del genio felìz, que Dios le diò para lenguas, comenzò el dificil estudio de los caractères, y libros Chinos, de que ha adquirido despues tan perfecto conocimiento. El Padre le Comte passò à la Provincia de Chensi, donde trabajò dos años en la conversion de los Pueblos. En las Memorias, que diò al pùblico escritas con tanta cultura, se vè parte de las bendiciones, que derramò Dios sobre sus trabajos. Tomamos la altura de Polo de *Kiantcheou*, y hallamos estàr à 35. grados, 37. minutos, y 10. segundos. Las Cartas de el Padre Martini la ponen en 36. grados, y 50. minutos.

El camino desde Pekin hasta la Provincia de Chensi es de los mas divertidos, y agradables que he visto. Se passa por nueve, ò diez Ciudades, y entre otras por la de *Pao-tin-fou*, que es la residencia del Virrey. Todo el Paìs es llano, y cultivado, el camino firme, y cercado de arboles en muchos parages, con paredes para cubrir, y defender los campos. Es un passo continuo de hombres, carretas, y bestias de carga. En el espacio de una legua de camino se encuentran dos, ò tres Lugares, sin contar los que por todas partes se

vàn

vàn viendo hasta donde alcanza la vista. En los Rios hay muy bellos puentes de muchos arcos. El mas considerable es el de *Lou-ko-kiao*, à tres leguas de Pekin. Son sus parapetos de marmol, y en cada vanda hay ciento y quarenta y ocho postes con leones encima en diferentes posturas, y en las dos extremidades del puente quatro Elephantes como agoviados.

Partì de *Kiam-tcheou* para *Nankin* el dia 5. de Mayo de 1688. Sirvieronse de acompañarme el Padre le Comte, y el Padre Visdelou hasta fuera de la Ciudad, donde encontramos à nuestros principales Christianos, que sin saberlo nosotros, havian dispuesto en el camino una mesa cubierta de flores, y perfumes, con una colacion muy decente. Assi se acostumbra hacer en la China, quando se quiere significar respeto, y aficion à una persona que se despide. Fue preciso detenernos para corresponder à las expressiones, y agradecimientos con que se explicaban de que les huviessemos hecho aquella visita. Como hablabamos con sinceridad, todos nuestros animos se llenaron de aficion, y ternura. Separème de ellos con dolor, y despidiendome allì de los dos Padres, mis fieles Compañeros de viage mas de tres años seguidos, partì solo para donde me llamaba la Divina Providencia, despues de haver leìdo en el Oficio del dia aquellas palabras de San Pablo: (Actor.20.) *Et nunc ecce alligatus ego spiritu vado in Jerusalem, quæ in ea ventura sunt mihi ignorans.* Durò veinte y siete dias mi viage, del qual referirè aqui algunas particularidades.

Passado el *Fuenho*, que està al Oriente de la Ciu-

Ciudad de *Kian-tcheou*, se halla un Pais de diez leguas, todo llano, vestido de arboles, y bien cultivado, con un gran numero de Lugares por todas partes, el qual termina en una cordillera de altas montañas. Se passa por dos Ciudades de tercer orden, y despues se entra en las montañas, donde en cinco dias caminè quarenta leguas, siempre cuesta arriba, y muchas vezes con no poca dificultad. Estas montañas, por donde yo las passè, à trechos son estèriles; pero las mas son buenas tierras, y cultivadas hasta donde permiten los precipicios. En algunos parages hay llanuras de tres, ò quatro leguas, cercadas de colinas, y cerros, de suerte, que quien las vea, creerà estàr en un buen Pais. Algunas de estas montañas vì cortadas en muchos terraplenes desde alto à baxo, yà en sesenta, yà en ochenta, unos sobre otros en la altura de tres, ò quatro pies. Quando las montañas son pedregosas, entresacan los Chinos las piedras, y hacen de ellas unas pequeñas paredes para sostener los terraplenes: allanan despues la buena tierra, y allì siembran. Empressa infinita, que dà bien à entender quan laboriosos son estos Pueblos. En todas estas montañas solo vì una Ciudad de tercer orden; pero sì muchas poblaciones, y Lugarillos sin numero, y mucho vidriado como el nuestro, el qual se fabrica en muchos parages, y se transporta à las Ciudades, y Provincias vecinas. En una ocasion me hallè en un camino estrecho, y hondo, donde en poco tiempo se encontraron muchas carretas. Yo creì que se enfadassen unos con otros, se llenassen de injurias, y aun quizà riñessen, como sucede muchas vezes en Europa; pero me pasmè al vèr que se

se saludaban, y hablaban cortèsmente, como si fueran conocidos, y amigos, y que despues se ayudaban à salir del embarazo para passar: exemplo, que debe servir de mucha confusion à nuestros Christianos, que tan poca moderacion saben guardar en semejantes encuentros.

Desde el fin de las montañas, cuya baxada es sumamente dificil, aunque tallada en la roca, se descubre la Provincia de *Honàn*, y el *Hoam-ho*, ò *Rio Amarillo*, que corre culebreando muy à lo lexos en la llanura. Distingue el curso de este Rio una nube de vapores blancos, ò una especie de niebla, que levanta el Sol. En estas llanadas estaban yà muy altos los trigos, y yà enteramente formadas las espigas, quando en las montañas, y cinco, ò seis leguas mas allà, estaban en verza, y solamente seis dedos del suelo.

Por esta Provincia caminè ochenta leguas, siempre por tierra llana; pero tan cultivada, que no havia ni un puño de tierra perdida. En ella vì trigos en hilos, como el arròz, à cinco, ò seis pulgadas de distancia unos de otros. Otros vì sembrados indiferentemente, y sin orden, como en Francia; pero no con sulcos, como estilamos nosotros. Passè por siete Ciudades; pero assi en el camino, como en los contornos, descubrì tantas poblaciones, y Lugares, que hago juicio que es *Honán* una de las mejores Provincias de la China. A nueve leguas de *Cay-fum-fou*, Capital de la Provincia, passè el *Hoam-ho*, Rio el mas ràpido que he visto. Sus aguas son amarillas, porque en su corriente arrebatan mucha tierra, y es de este color toda la que se vè en sus orillas. Por donde le passamos và po-

poco profundo; pero tiene como media legua de ancho.

Admirè en aquel Lugar la fuerza de un Barquero Chino, al llegar à embarcar mis traſtos. Llevaba yo dos caxones de libros, que peſaban doſcientas y cinquenta libras Chinas, que equivalen à mas de trecientas de las de Francia. Havia pueſto el Harriero grandes dificultades para recibirlos en *Kiam-tcheou*, diciendo, que peſaban demaſiado, y que no podria con ellas ſu macho en tan largo viage. Llegò el Barquero, aſiòlas, y ambas ſe las echò acueſtas con la ſoga con que eſtaban liadas, llevandolas con freſcura à ſu Barca. No entrè en la Ciudad de *Cay-fum-fou*, porque eſtaban cerradas las puertas, con el motivo de andarſe buſcando ſeſenta, ù ochenta ladrones, que havian forzado, y robado pocos dias antes la caſa de un Mandarìn, Theſorero de los Tributos del Emperador.

Deſde la Provincia de *Honan* ſe entra en la de *Nankin*, y hay que caminar como ſeſenta leguas para llegar à la Capital. No es eſta Provincia tan hermoſa, ni tan poblada por eſte lado, como por el de Mediodia. Paſſadas quatro Ciudades, lleguè à *Pou-keou*, Plaza pequeña, ceñida de buenas murallas, y ſituada ſobre el *Kiam*, que es el Rio grande, que atravieſſa toda la China de Occidente à Oriente, y cortandola en dos partes iguales con poca diferencia, de las quales una contiene las Provincias del Norte, y la otra las del Sud; las provee à todas, por la facilidad con que ſe navega en todos tiempos, y en toda ſuerte de embarcaciones. Eſte Rio tiene quaſi una legua de an-

cho, delante de *Pou-keou*, y en parages veinte y quatro, y treinta y seis *tchams* de hondo, segun me asseguraron quando le passè. *Tcham* es una pertiga de la China, que vale diez pies.

La Ciudad de *Nankin* no està sobre el *Kiam*, sino à dos, ò tres leguas tierra adentro; pero se puede ir à ella por muchos canales llenos de barcos, entre los quales hay muchos Imperiales, que en magnitud son casi nada inferiores à los Navìos, y muy curiosos, barnizados por fuera, y dorados por dentro, con salas, y camaras muy bien alhajadas para los Mandarines que vàn à la Corte, ò que tienen que hacer algun viage à las Provincias.

Finalmente, *Nankin* yà no tiene este nombre, que en China significa *la Corte del Sud*, como *Pekin* la *Corte del Norte*. Ambas se llamaban Cortes quando estaban igualmente en ambas los seis grandes Tribunales del Imperio; pero al presente, que estàn todos en *Pekin*, ha dado el Emperador el nombre de *Kiam-nim* à la Ciudad de *Nankin*. Mas no por esso dexa de nombrarse muchas vezes con su antiguo nombre, aunque no se permitirìa en los actos pùbicos.

Lleguè à *Nankin* el dia 31. de Mayo de 1688. y estuve en ella mas de dos años, en cuyo tiempo fuì à visitar la famosa Christiandad de *Cham-hai*, cercana al Mar Orientàl, à ocho jornadas de Nankin, pero de la misma Provincia. Esta floreciente Iglesia debe su principio à la conversion del Doctor Pablo, que por su merito, y grande capacidad llegò à la dignidad de *Colao* en tiempo de el Padre Ricci. Como era de aquel Paìs, y zelosissimo de la Religion, atraxo infinidad de gentes al Christianis-

nismo ; pues tienen los Chinos tan alto juicio de sus Sabios, que quando se convierte alguno de ellos, es tan poderoso su exemplo siempre, que muchos no suelen resistirse à seguirle. *Nuestros Letrados* (dicen) *prefieren la Ley de el Señor del Cielo à la de los Bonzos, y à las demàs de la China: luego es la mejor.* Y no solamente discurren de este modo en el territorio de *Cham-hai*, sino en toda la China. Hemos notado tambien, que en todos los Lugares donde hay algunos Bachilleres, ò Licenciados Christianos, tenemos una numerosa Christiandad: de donde se infiere de quanta importancia es para el bien de la Religion ganar en la China las gentes de Letras, saber sus Libros, y Ciencias, y acomodarse, en quanto el Christianismo lo permita, à sus ceremonias, y estylos, para insinuarse mas facilmente en sus animos, pues quien los desprecia los pierde, y con ellos muchos otros, que se convertirìan.

Mientras estuve en *Cham-hai* fuì muchas vezes à vèr el sepulcro del Padre Jacobo le Fabre, ilustre por la eminencia de su virtud, y grande capacidad. Era hijo de un Consejero del Parlamento de Parìs, y estaba enseñando Theologìa con mucho esplendor, y aplauso en la Universidad de Bourges, quando le llamò Dios à las Missiones de la China, donde trabajò muchos años en la conversion de las almas, y muriò en odor de santidad.

Nada digo à V. R. del poco fruto que hice en *Nankin*, donde vivì con el Padre Gaviani, que me daba grandes exemplos de virtud. En su compañia instruìa à los Christianos, oìa confessiones, y administraba los demàs Sacramentos. Allì vivian

con

con nosotros el Señor Obispo de Basilèa, Don Fr. Gregorio Lopez, Dominicano, y su Provisor, el R. P. Fr. Francisco de Leonisa, Franciscano, oy Obispo de Berito. Llegaron despues el Señor Obispo de Argoli, Franciscano, y su Compañero el R.P. Fr. Basilio de Glemona, y tuve el consuelo de verlos mas de un año. Por grandes elogios, que de estos ilustres Prelados me huviessen hecho antes, puedo assegurar, que todo era poco para su virtud, y grandes prendas. Su govierno era amable, y hacian amar el de la Sagrada Congregacion con su suavidad, y prudente conducta. Como solo aspiraban al bien de la Mission, y esto era tambien lo que unicamente buscabamos nosotros, comenzaron desde luego à proteger à los Jesuitas Franceses, y à darles muestras de aquella sòlida aficion, que les han tenido siempre, como consta de las repetidas Cartas, que escrivieron al Papa, y à la Sagrada Congregacion.

A principios del año 1689. hizo el Emperador un viage à las Provincias del Mediodia. Passò por las Ciudades de *Sou-tcheou*, *Ham-tcheou*, y *Nankin.* El dia antes de su arribo à esta ultima, salimos el Padre Gabiani, y yo à esperarle dos leguas antes de la Ciudad. Passamos la noche en un Lugarejo, donde havia sesenta Christianos de una misma familia. Hicimosles una instruccion, y se confessaron los mas. Al dia siguiente vimos passar al Emperador, que tuvo la benignidad de detenerse à hablarnos del modo mas afable del mundo. Iba à cavallo, seguido de sus Guardias de Corps, y de dos, ò tres mil Cavalleros. Saliò la Ciudad à recibirle con Estandartes, Vanderas de seda, Palios,

qui-

quitasoles, y otros ornamentos sin numero. De veinte en veinte passos se havian erigido en las calles por donde passaba Arcos triumphales vestidos de brocado, y adornados de festones, cintas, y borlas de seda. Havia en las calles innumerable gentìo; pero con tan grande respeto, y silencio, que no se oìa el menor ruido. Iba el Emperador con animo de partir al dia siguiente, y haviendole suplicado todos los Mandarines que se detuviesse algunos dias, è hiciesse esta honra à la Ciudad, no quiso condescender; pero concediò esta gracia al Pueblo, que se la pidiò despues, y se detuvo tres dias.

Nadie, que considère la razon, se admirarà de esta conducta. La sublevacion, y levantamiento de las Provincias nacen casi siempre de los malos tratamientos, y vejaciones injustas, que hacen los Mandarines à los Pueblos: y assi es acuerdo de buena politica ir los Emperadores conciliandose en estos viages los animos de los Pueblos, aun con perjuicio de los Grandes Señores. Mientras estuvo el Emperador en Nankin, fuimos todos los dias à Palacio, y èl tambien nos hizo la honra de embiar todos los dias à saber de nosotros uno, ò dos Gentiles-hombres de su Camara. Preguntòme si se veìa en Nankin el *Canopo.* Esta es una hermosa Estrella del Sud, que los Chinos llaman *Lao-gin-sing*, la Estrella de los Ancianos, ò de las gentes, que viven largo tiempo; y haviendole respondido, que se dexaba vèr al principio de la noche, fue el Emperador una noche à su antiguo Observatorio, llamado *Quan-sing-tay*, solo à verla.

Estos favores de el Emperador nos conciliaron mu-

mucha honra, porque nos los hacia en presencia de la Corte, y de los primeros Mandarines de las Provincias vecinas, que bolvian despues à sus respectivos goviernos, prevenidos en favor de nuestra Santa Ley, y los Missioneros que la predican. El dia 22. de Marzo partiò de Nankin para bolverse à Pekin. Como nuestra obligacion era hacerle cortejo algunos dias, salimos treinta leguas à recibirlo, y le esperamos à la ribera de un Rio. Nos conociò, y nos hizo la honra de hacer acercar nuestra Canoa, y que su Barca la llevasse à remolco cerca de dos leguas. Estaba sentado sobre un Trono, y luego leyò nuestro *Cheou-puen*; esto es, el agradecimiento, que le haciamos por escrito, segun la costumbre de la China. Este *Cheou-puen* estaba escrito en caractères muy pequeños: este es el modo que guardan en la China los inferiores para con sus Superiores: y quanto mas elevada es la dignidad de los Superiores, tanto mas pequeños, y delicados deben ser los caractères de que se sirvan los inferiores: cosa que debe de ser no de pequeña incomodidad para el Emperador.

Este Principe grande nos tratò en esta ultima visita con la mayor familiaridad: nos preguntò còmo haviamos passado el *Kiang*? y si encontrarìa algunas Iglesias nuestras en su viage? Tambien nos mostrò los Libros, que traìa consigo, y en presencia nuestra, à los Mandarines, que havia llamado, les diò diferentes ordenes: y despues de haver proveìdo nuestra Canoa del pan de su mesa, y cantidad de otras provisiones, nos despidiò colmados de beneficios.

Entretanto el Padre Gervillòn, y el Padre Bou-

vet

vet no cessaban de trabajar en *Pekin.* Como los Padres Pereyra, y Thomàs, despues de la muerte del Padre Verbiest, se veìan obligados à ir todos los dias à Palacio, y cuidar del Tribunal de las Mathematicas, los dos Padres Franceses tenian à su cargo casi toda la Christiandad de esta Ciudad tan grande. Todos los dias salian à confessar los enfermos, y administrarles los ultimos Sacramentos. Los Domingos, y dias de Fiesta se ocupaban en confessar los Fieles, en instruir, y bautizar los catecumenos, y exercer otras funciones proprias de nuestro ministerio. El Emperador, à quien los dos Padres, antes de su viage, havian gustado mucho, les dixo, que para la buelta aprendiessen la lengua Tartara, para poder hablar con ellos. Diòles para esto Maestros, y tuvo particular cuidado de su estudio, hasta preguntarles, y leer por sì mismo sus composiciones, y vèr los progressos, que hacian en esta lengua, que es mucho mas facil de aprender, que la China.

En este tiempo se hablò de hacer la paz con los Moscovitas. Mucho nos admiràmos al oìr que esta Nacion, que està vecina à nosotros en la Europa, tuviesse guerra con los Chinos. Havian hallado medio de abrir un camino desde Moscou, hasta trecientas leguas de la China, abanzando por la Siberia, y por diversos Rios, como son el *Irtis*, el *Oby*, el *Genissee*, el *Angara*, que nacen en el *Lago Paycál*, situado enmedio de la Gran Tartaria. Despues entraron en el *Rio Selenga*, y penetraron hasta el que los Tartaros llaman *Sangalien-oula*, y los Chinos *Helon-kian*, que es lo mismo que *Rio del Dragòn Negro.* Este grande Rio atraviessa la Tarta-

ria, y se entra en el Mar de el Oriente al Norte del Japòn.

No se contentaron los Moscovitas con haver hecho estos descubrimientos, construyeron de trecho en trecho Fuertes, y Ciudades sobre las riberas de estos Rios, para assegurar en ellos su possession. Las mas vecinas de la China eran *Selenga*, *Nipchou*, y *Yacsa*. La primera de estas Plazas estaba construìda sobre el *Rio Selenga*, la segunda sobre el *Helon-kian*, à los 52. grados de latitud Septentrionàl, y casi en el mismo meridiano que *Pekin*. La tercera estaba sobre el mismo Rio, pero mucho mas àzia el Oriente.

Los Tartaros Orientales, vassallos del Emperador, que posseen este vasto Paìs, que està entre la gran muralla, y el *Rio Helon kian*, se sorprehendieron de vèr los Moscovitas venir à disputarles la caza de las martas zibelinas à un Paìs, de quien pretendian ser unicos dueños, y edificar Fortalezas para apoderarse de èl. Creyeron de justicia el oponerse à su designio, y esso les obligò à quitarles por dos vezes la Fortaleza de *Yacsa*. Los Moscovitas se empeñaron en conservar este Fuerte, y recobrarlo otras tantas veces: de suerte, que aumentandose todos los dias los motivos de querellas, y disputas, fue preciso atajar sus consequencias: se propuso de una, y otra parte el señalar los terminos de los dos Imperios. Los Czares de Moscovia embiaron sus Plenipotenciarios à *Nipchou*. El Emperador embiò tambien Embaxadores con el Padre Thomàs Pereyra, Portuguès, y el Padre Gerbillòn, que debian ser sus Interpretes; y para que se conociesse la estimacion

que

ue hacia de los dos Padres, les diò dos de sus roprios vestidos, y quiso que se sentassen con los Iandarines de segunda classe; pero como estos)ficiales llevan una especie de Rosario al cuello, que es la insignia de su dignidad, y que no se cree estàr del todo essempta de supersticion, permitiò à los Jesuìtas el llevar al cuello su proprio Rosario en lugar de el de los Mandarines; y que por la Cruz, y las Medallas, que estàn engarzadas en èl, se podia facilmente conocer, y distinguir quienes eran.

Hay ocasiones importantes en que las exteriorridades, y modales politicas del mundo no son inutiles à un Missionero. Aprovechòse bien de esta el Padre Gerbillòn. Como venìa de Francia, en donde se habla mucho de los interesses de los Principes, y en donde las continuas guerras, y los Tratados de Paz son causa de mil reflexiones sobre lo que es perjudicial, ò ventajoso à las Naciones, tuvo la felicidad de encontrar medios para conciliar los Chinos, y los Moscovitas, que no se convenian en nada, y estaban para romper sus conferenias. Los Moscovitas estaban sobervios, y hablaban on imperio: creìan por su parte los Chinos hallarse on superiores fuerzas, confiados en que llevaban n Exercito grande, y que esperaban otro de la riental Tartaria, conducido por el *Rio Helon-kian.* Con todo esso no era su intencion hacer la guera, temiendo que se juntarìan à los Moscovitas s Tartaros Occidentales, ò que estos les darìan s socorros, si formaban algun proyecto contra la hina; pero no podian conseguir la Paz, aunque i deseaban. Viendo los dos Padres este embarazo,

y hablando con los Chinos sobre las dificultades, que impedian la consecucion, les oyeron decir, que llevarìa à bien el Emperador, que los Moscovitas prosiguiessen comerciando todos los años con la Corte de *Pekin*. Pues si esso es assi, replicò el Padre Gerbillòn, no dudeis, Señores, de conseguir facilmente la Paz, y reducirlos à vuestra voluntad. Los Plenipotenciarios Chinos le escucharon con gusto, y le suplicaron passasse al Campo de los Moscovitas, y les manifestasse las mismas proposiciones, que acababa de decirles. Marchò el Padre à su Campo, y felicitò Dios su conducta, porque la libertad de poder comerciar los Moscovitas en *Pekin*, era la mayor ventaja, que podian esperar. Asseguròselo el Padre; y luego cedieron à *Yacsa*, y aceptaron las proposiciones, que hacia el Emperador. En pocas horas se concluyò este proyecto: al anochecer se bolviò el Padre con un Tratado de Paz en toda forma, el que firmaron de alli à dos dias los Plenipotenciarios, y juraron solemnemente à la frente de sus Tropas, poniendo por testigo al Dios de los Christianos, verdadero Señor de Cielo, y Tierra, guardarlo exactamente.

Mucha honra se merecieron por esta Paz los dos Padres Missioneros: todo el Exercito les diò mil parabienes; pero quien excediò en demostraciones de agradecimiento, y cariño fue el Gefe de la Embaxada el Principe Sosàn. Repetidas vezes le diò las gracias por haverle sacado con felicidad de un tan grande embarazo, y expressandoles en particular que contassen con su persona para la consecucion de sus deseos. No tardò mucho el Padre Gerbillòn de valerse de la ocasion

para declararle sus esperanzas. *Bien sabeis, Señor,* le dixo el Padre, *quales sean los motivos, que nos obligan à dexar lo que mas amamos en Europa, y á desterrarnos de nuestra amada Patria para venir à este Paìs. No se terminan à otra cosa nuestros deseos, sino à dàr à conocer al mundo el verdadero Dios, y à que se observe su Ley Santa. Pero lo que nos desconsuela, Señor, es, que los ultimos Edictos prohiben à los Chinos el abrazarla. Y assi os suplicamos, yà que hemos hallado gracia en vuestros ojos, que quando viessseis alguna luz, ò tuviesseis proporcion, hagais levantar la prohibicion, y quedarèmos mas reconocidos à esta gracia, que si nos colmarais de honores, y riquezas, porque la conversion de las almas es el unico bien à que aspiramos.* Con este discurso quedò edificado el Principe, y prometiò de servirnos con eficacia en todo tiempo. Cumpliò algunos años despues generosamente su palabra, quando se creyò que era preciso pedir claramente al Emperador la libertad de la Religion Christiana.

El Padre Verbiest, y los otros Padres, que estaban en Pekin, por mas que lo desearon, no pudieron conseguir este favor. Muchas vezes havian pensado en los medios de que debian valerse para lograr su fin; pero la execucion les havia parecido siempre tan delicada, que no se havian atrevido à proponerla, quizà por el temor de que no se confirmassen los antiguos Decretos, ò por no reducir la Religion à mayor extremo. Pero Dios, cuyos juicios siempre son maravillosos, preparò el animo del Emperador para conceder la gracia. El caso fue assi.

Viendo este Principe en una tranquila paz todo

ſu Imperio, reſolviò, yà fueſſe por divertirſe, ò por no eſtàr ocioſo, aprender las Ciencias, y las Facultades de Europa. El miſmo eligiò la Arithmetica, los Elementos de Euclides, la Geometrìa Practica, y la Philoſophìa. El Padre Antonio Thomàs, el Padre Gerbillòn, y el Padre Bouvet tuvieron orden de diſponer eſtas materias en Tratados. El primero tomò por ſu cuenta la Arithmetica, y los otros dos los Elementos de Euclides, y la Geometrìa. Eſcrivian las demonſtraciones en Tartaro; y los Maeſtros, que les havian dado para eſte Idioma, las reveìan con ellos; y ſi alguna palabra, ò expreſsion les parecia obſcura, y menos propria, ponian en ſu lugar otra mas clara. Eſtas demoſtraciones le preſentaban, y explicaban los Padres al Emperador, el que comprehendiendo con claridad lo que ſe le enſeñaba, admiraba mas, y mas la ſolidèz de nueſtras Ciencias, y ſe aplicaba à ellas con nuevo eſtudio para ſu inteligencia.

Iban todos los dias à Palacio, y dos horas por la mañana, y otras dos por la noche conferìan con el Emperador. Haciales por lo comun ſubir à ſu eſtrado, y para que con mas facilidad le pudieſſen explicar, y moſtrar las figuras, los ſentaba à ſu lado. Fue tan grande el placer, que le causaron las primeras lecciones que le dieron, que quando iba à ſu Palacio de *Tchan-tchun-iven*, que diſta dos leguas de *Pekin*, no interrumpìa ſu eſtudio. Tenian los Padres que ir allà todos los dias, hicieſſe el tiempo que hicieſſe. A las quatro de la mañana ſalian de *Pekin*, y no ſe bolvian haſta la noche. Apenas havian llegado, quando les era preciſo atarearſe, y gaſtar ſiempre parte de la noche en com-

po-

poner, y preparar las lecciones del dia ſiguiente. El demaſiado trabajo que les cauſaban los continuos viages, y vigilias, los poſtraba algunas vezes; pero el deſeo de complacer al Emperador, y la eſperanza de tenerlo propicio à nueſtra Santa Religion, los alentaba, y ſuavizaba todas ſus penas. Deſpues que ſe havian retirado los Padres, no vivia ocioſo el Emperador: repetìa à ſus ſolas lo que acababan de explicarle: repaſſaba las demonſtraciones: llamaba à algunos de los Principes ſus hijos para explicarſelas, y no ſe recogìa à deſcanſar haſta que ſabìa perfectamente lo que tenia deſeo de aprender.

Por eſpacio de quatro, ò cinco años continuò el Emperador eſte eſtudio con la miſma aplicacion, ſin que le ſirvieſſe de embarazo para aſsiſtir à los negocios, y dexar de dàr audiencia todos los dias à los primeros Oficiales de ſu Palacio, y à las Cortes Soberanas. No paraba ſolo en la eſpeculativa, juntaba tambien la pràctica, lo que le hacia guſtoſo el eſtudio, y aſsimiſmo comprehender perfectamente lo que ſe le enſeñaba. Quando *v. g.* le explicaban las proporciones de los cuerpos ſòlidos, tomaba una bola, la hacia peſar exactamente, y media ſu diametro: deſpues calculaba què peſo debia tener otra bola de la miſma materia, pero de mayor, ò menor diametro, ò què diametro podia tener la bola de mayor, ò menor peſo. Hacia deſpues tornear una bola, que tenia eſtos diametros, ò eſtos peſos, y veìa ſi la pràctica correſpondia à la eſpeculativa. Con el miſmo cuidado examinaba las proporciones, y la capacidad de los cubos de los cilindros, de los conos enteros, y

cor-

cortados, de las pyramides, y de las esphèraoides: Por sì mismo nivelò hasta tres, ò quatro leguas la declinacion de un Rio. Medìa algunas veces geometricamente las distancias de los lugares, la altura de los montes, là anchura de los rios, y de los estanques, tomando sus medidas, disponiendo sus instrumentos en todas las figuras, y haciendo exactamente su calculo. Despues hacia medir estas distancias, y se quedaba admirado quando veìa que lo que havia averiguado por el calculo, se acomodaba perfectamente à lo que se havia medido. Los Señores de su Corte, que se hallaban presentes, no dexaban de darle muestras de su admiracion: recibia con gusto sus aplausos, pero casi siempre los bolvia en alabanza de las Ciencias de Europa, y los Padres que se las enseñaban. De este modo se exercitaba el Emperador, y vivia con los Padres con un genero de familiaridad, cosa pocas vezes vista en los Principes de la China, quando de repente se levantò la persecucion de *Ham-tcheou*. No podia haver acontecido en circunstancia mas favorable.

Se havia procurado sossegar en los principios con las Cartas de Recomendacion, que el Principe Sosàn, à peticion del Padre Gerbillòn, escrivia desde Tartaria, en donde estaba con el Emperador; pero llegaron estas muy tarde. El Virrey de *Tchekian*, que era el autor de esta persecucion, no podia ceder sin deshonra. Havia hecho una declaracion injuriosa al Christianismo, ordenando à los Fieles de la Ciudad, y de toda la Provincia, bolverse à la Religion del Paìs, y hizo cerrar nuestra Iglesia, y fixar à la puerta una copia de su declaracion.

Por

Por orden de el Virrey se le hizo comparecer al Padre Intorcetta en los Tribunales inferiores, y se le preguntò con què licencia vivia en la Ciudad? Este Ministro fiel de Jesu-Christo sufria con paciencia todos los malos tratamientos de el Virrey, pero sentia sumamente los males de su rebaño. *Lo que mas me aflige* (me escriviò en una ocasion) *son las violencias, que se hacen à mis pobres Christianos: les quitan el dinero, entran en sus casas, y los maltratan: les arrebatan las Santas Imagenes, y no se passa dia alguno en que no les hagan muchas vejaciones.*

Haviendo recibido copias los Padres de *Pekin* de todos los actos, y de todos los procedimientos del Virrey, y viendo que no cessaba la persecucion, pidieron parecer à sus amigos sobre lo que havian de executar. Todos fueron de parecer que debian recurrir à la clemencia del Emperador, y presentarle las mismas copias, que les havian embiado. El Principe, que amaba mucho à los Padres, los oyò favorablemente, y luego les ofreciò, que sin alboroto sossegarìa esta persecucion, ordenandole al Virrey, que desistiesse de su empeño, y dexasse al Padre Intorcetta, y à los demàs Christianos en paz. *Pero esso serà siempre bolver à empezar* (le replicaron con respeto los Padres) *si V. Mag. no se sirve de darnos esta vez un remedio durable: porque si ahora, que estamos todos los dias cerca de su persona, y se vèn los favores que nos hace, no dexan de tratar à nuestros hermanos, y nuestra Santa Ley con un modo tan violento, què no debemos temer quando nos falte esta honra?*

Como todo lo que se ha padecido en esta per-

ſecucion lo ha contado muy por extenſo el Padre Gobien en la Hiſtoria de el Edicto del Emperador de la China en favor de la Religion Chriſtiana, que ha dado al pùblico, y es el tercer Tomo de las Nuevas Memorias de la China, dexo de repetirlo aqui. Les permitiò, pues, el Emperador à los Padres que le preſentaſſen un Memorial para que eſte negocio fueſſe juzgado por la via ordinaria con toda ſolemnidad, y que ſe arreglaſſen deſpues las Provincias ſobre eſta decisſion.

Diſpuſieron dos Memoriales para elegir el que mejor conviniеſſe. Quiſo verlos eſte Principe, y deſpues de haverlos examinado por sì miſmo, les dixo, que tenian poca fuerza para obligar à los Tribunales à que ſe les concedieſſe lo que pedian. Pero no ſe detuvo en eſſo, porque con un modo admirable, que excede toda ponderacion, les hizo dàr ſecretamente uno, capàz de conſeguir el efecto que ſe pretendia. A los Padres Pereyra, y Thomàs, que cuidaban entonces del Tribunal de las Mathematicas, les avisò, que en un dia de Audiencia vinieſſen pùblicamente à preſentarlo. El Emperador, como ſi eſtuviera ignorante del caſo, lo recibiò, con otros varios Memoriales, y diò orden à la Corte de Ritos de examinarlo ſegun la coſtumbre, y de hacerle relacion de ſu contenido. Oì decir, que ſe les inſinuò de ſu parte, que en eſta ocaſion era preciſo tener reſpeto à los Padres Europeos. Pero nada de eſto hicieron los Mandarines, porque deſpues de haver referido todos los Edictos, que ſe havian hecho durante ſu minoridad contra la Religion Chriſtiana, con lo mas odioſo que contenian, concluyeron, que yà ſe havia deci-

dido

dido el negocio de que se trataba, y que en la China no se debia permitir el exercicio de esta Religion. Poco satisfecho el Emperador de su respuesta, la despreciò, y les mandò segunda vez, que examinassen el Memorial, que havia puesto en sus manos. Esto era darles à entender muy claramente, que deseaba una favorable respuesta; pero en la segunda revista no tuvieron mas condescendencia que en la primera. Desecharon aùn nuestra Religion, y persistieron en no querer que authenticamente fuesse aprobada en el Imperio.

Puede ser que cause admiracion, que un Tribunal se atreviesse à hacer tantas veces semejantes resistencias, sabiendose la perfecta obediencia, que en la China tienen todos los Mandarines, no solo à los ordenes, sino tambien à las menores insinuaciones del Emperador. La oposicion, que siempre han tenido los Chinos à los Estrangeros, pudo en esta ocasion haver hecho à algunos declararse tan abiertamente contra la libertad de la Religion Christiana, pero yo creo, segun mi parecer, que la resistencia, que entonces manifestaron, nacia de otro principio. Quando el Emperador pregunta à los Tribunales, y responden segun las Leyes, no se les puede vituperar, ni hacer la mas leve reprehension. Quando de otro modo responden, tienen derecho de acusarlos los Censores del Imperio; y por no haver seguido las leyes, tiene tambien el Emperador derecho à castigarlos. Lo que me confirma en mi concepto es, que el Principe Sosàn dixo al Emperador sinceramente, que convenìa que usasse de su authoridad para revocar, y anular los Decretos, que prescrivian la Ley de

 Dios.

Dios. Demàs de esto, las consequencias nos hicieron conocer, que el Tribunal de Ritos, muy lexos de sernos contrario, como lo era en otro tiempo, ha parecido inclinarse à favorecernos en estas ultimas circunstancias.

Pero sea de esto lo que fuere, viendo el Emperador que nada se conseguirìa por los Tribunales, resolviò el aprobar lo que el Tribunàl de Ritos havia juzgado. Le permitia este al Padre Intorcetta habitar en *Ham-tcheou*, y solo à los Europeos adorar en sus Iglesias al Dios de el Cielo, y professar la Religion Christiana; pero prohibìa à los Chinos abrazarla, y confirmaba los antiguos Decretos. Fue para los Padres esta novedad como un rayo, y los puso en tan grande consternacion, que con ella quedò el Emperador sorprehendido, y lastimado. No obstante procurò consolarlos; pero era su afliccion demasiada para aliviarla con expressiones, y cariños. *Nosotros somos* (decian à los que les hablaban de su parte) *como las personas, que tienen siempre delante de sus ojos los cuerpos muertos de sus padres, y de sus madres.* (Esta es una expression, que aflige mucho à los Chinos) Ofreciòles el Emperador de embiar à uno de ellos por las Provincias con señales de distincion, que convenciessen à todos de la estimacion, que hacia de los Padres Europeos, y de la aprobacion, que daba à su Ley. Viendo ultimamente que su sentimiento, en vez de disminuirse, se aumentaba cada dia, y que en nada mostraban tener gusto, embiò à llamar al Principe Sosàn para consultar con èl sobre los medios, que debian tomar para consolarlos.

Este

Este zeloso Ministro se acordò entonces de la palabra que havia dado al Padre Gerbillòn, quando por su medio consiguiò la Paz de *Nipchou.* Despues de haver elogiado à los Padres, hizo una representacion al Emperador de los considerables servicios, que havian hecho à la Corona, y de los que aùn hacian cada dia à su Magestad: que no haciendo caso por su profesion de las honras, y riquezas, no se les podria recompensar de otro modo, sino permitiendoles predicar su Ley publicamente en el Imperio: que esta Ley era Santa, pues ademàs de afear los vicios, enseñaba la pràctica de todas las virtudes. Todo lo que le representaba el Principe Sosàn apoyaba el Emperador. *Pero còmo se les ha de satisfacer*, dixo este gran Principe, *si los Tribunales se obstinan en no querer aprobar su Ley? Señor*, respondiò, *es preciso mostrar que sois el Dueño absoluto del Imperio: si vos me lo ordenais, irè à buscar los Mandarines, y les hablarè tan eficazmente, que no havrà alguno que disienta del parecer de vuestra Magestad.*

No es del caso repetir aqui la harenga que les hizo; porque se halla en el libro de que yà he hablado: solo digo, que no hay cosa mas eficàz, ni mas expresiva, ni mas digna de este grande hombre. Igualmente se dexaban vèr en ella su inteligencia, su corazon, su justicia, y la grandeza de su alma. Los primeros que se rindieron à la eficacia de sus razones fueron los Mandarines Tartaros, siguieronles los Chinos, y se conformaron en todo con su parecer. El Auto se despachò promptamente, y escriviò en èl tan grandes elogios de la Ley Christiana, que el Emperador, segun se dice, por sì mis-

mismo borrò algunos, dexando los puntos essenciales, que pertenecian à la santidad de la Religion, la vida exemplar de los Missioneros, que de cien años acà la predicaban en la China, la permission que se les daba à los Chinos de abrazarla, y la conservacion de las Iglesias, que yà havia construìdas. Ratificò todos estos puntos, y los embiò el Tribunal de Ritos, como era costumbre, por todas las Ciudades del Imperio, en donde se fixaron publicamente, y se registraron en las Audiencias.

Este es el modo con que se consiguiò la libertad de la Religion Christiana, que se deseaba despues de tantos años, y por la que se havian hecho tantas oraciones en Europa, y en la China; y por una particular disposicion de la Providencia, permitiò Dios que las Ciencias que professamos, y en las que hemos procurado habilitarnos antes de venir à la China, fueron la causa, que dispusieron al Emperador para concedernos esta gracia. Bien es verdad que no conviene despreciar esta suerte de medios, no obstante ser humanos, aunque no se deba estrivar en ellos como socorros infalibles, ò absolutamente necessarios; porque el establecimiento de la Religion, y la conversion de los Infieles siempre es obra de la poderosa gracia de el Señor.

Muchas vezes se nos ha referido, que algunos Missioneros havian mostrado hacer poco aprecio de este Edicto, porque no tenian toda la libertad, que huvieran deseado, para establecerse en diversos Lugares, y que algunos Mandarines todavia se oponian à la predicacion del Evangelio, y disuadian

dian à los Infieles el hacerse Christianos. Estas opiniones me parecen agenas de razon, porque aun quando el Emperador huviera permitido edificar Iglesias en todas partes, lo que no declara su Edicto, siempre debe tener presente un Missionero, que las persecuciones son inseparables de su Estado, y de los proyectos que formare por la gloria de Dios. Se les pudiera preguntar à estas personas si les serìa cosa facil el establecerse à su gusto en todas las Ciudades de Europa, en donde por lo comun los Governadores, y Magistrados son Christianos, y estàn promptos para favorecer lo que mira à la gloria, y servicio de Dios: con que no es de admirarse si se encuentran algunas oposiciones en la China, en donde son Paganos los Mandarines, y algunas vezes particulares amigos de los Bonzos, ò muy remotos de el Christianismo. No obstante es cierto, que estos Mandarines estàn alli muy contenidos por el Edicto, y que despues que le obtuvimos viven los Missioneros con mas quietud en las Provincias. En las Iglesias que yà tienen no se les hace daño alguno; y si quieren hacer otras nuevas, por poco cuidado que tengan de grangear la amistad de los Governadores, y de otros Oficiales de los Lugares, yà haciendoles alguna gratificacion, ò yà buscando recomendaciones para con ellos, siempre lo conseguiràn. Por lo que toca à los Mandarines, que estàn de nuestra parte, se valen en toda ocasion de la declaracion del Emperador para sostenernos contra los que quieren poner obstaculos en nuestros establecimientos. En fin, es cierto que el Emperador cree havernos hecho un grande favor en haver dado su consentimiento,

por-

porque quando se le avisò que havian ido todos los Padres à darle las debidas gracias, replicò el Emperador: *Mucha razon tienen, pero advertidles, que escrivan por las Provincias à sus compañeros, que no se tomen mas licencia de la que se les ha dado, y que usen de la permission con tanta prudencia, que no se me dè jamàs alguna quexa por parte de los Mandarines; porque si me la dàn,* añadiò, *al punto la revocarè, y entonces no se culparàn sino à sì mismos.*

Luego que se evacuò el embarazo de el Edicto, prosiguiò el Emperador con sus estudios, y los Padres continuaron con nuevo ardor en servirle. Deseò tener instrumentos Mathematicos: embiamosle los nuestros, que yà havia visto, aunque por entonces no comprehendia su pràctica. Le parecieron tan buenos, y tan arreglados, (y à la verdad estaban hechos por los mas diestros Artifices de Paris) que deseò tener mas. Hicieronlos buscar los Mandarines en todos los Puertos, y embiaron à Pekin todos los que pudieron encontrar. Recibialos al principio el Emperador todos, de qualquier genero, ò especie que fuessen. Para los Padres, que estaban en la Corte, no era poco trabajo tener que acomodar à cada uno su uso, porque era preciso ponerlo por escrito claramente, y mostrarselo à este Principe, que es puntual, y que nada dexa passar.

En este tiempo no estabamos sino cinco Padres Franceses en la China, dos en la Corte, y tres en las Provincias. Yo estaba en Nankin con el Padre Gaviani, y los Señores Obispos de Basilèa, y de Argolis, como dexo dicho. El Padre Visdelou, y el Padre Comte trabajaban con mucho fruto en las

Pro-

Provincias de *Chansi*, *y de Chensi*, quando el Demonio, enemigo de la paz, nos diò materia en que merecer. Los Portuguefes de Macao fe apoderaron de un joven Pintor Francès, que nos traìa nueftras penfiones, con algunos libros, y algunos inftrumentos Mathematicos. Pufieronlo prefo, y le embiaron à Goa con una Efcolta, en donde en breve tiempo muriò. La pèrdida que padecimos en efta ocafion, nos reduxo à tan grandes extremidades, que el Padre Comte, y el Padre Vifdelou fe vieron obligados à dexar fus Mifsiones, y acercarfe à los Puertos para poder vivir. Yo fui à Cantòn con el Padre Comte, con el defignio de que fe nos hicieffe jufticia, y de impedir que nos fucedieffe algun contratiempo en adelante. En nueftro viage, y en Cantòn hicimos algunas obfervaciones muy curiofas, y entre otras la del paffo, y tranfito de Mercurio por debaxo del Sol. Tambien hizo una Carta muy exacta el Padre Comte del Rio defde Nankin hafta Cantòn; y paffando por *Nan-tchan-fou*, *Nan-ganfou*, y *Can-tcheou-fou*, medimos la altura de Polo de eftas Ciudades.

El *Tzonto* de la Provincia de Cantòn, haviendo fabido que haviamos arribado à ella, nos hizo la honra de embiarnos uno de fus Oficiales para que paffaffemos à verlo à *Tchao-kin*, Ciudad de primer orden, y en donde por lo comun tiene fu refidencia. Efte es un Señor de grande merito, hombre de bien, generofo, refpetado de los Mandarines, adorado del Pueblo, y amigo de los Francefes, à quienes fiempre ha tratado con mucha honra, y diftincion. En quatro ocafiones que fe me ha ofrecido el hacer viage à Cantòn, yà por

nueſtros negocios particulares, yà por orden del Emperador, le he viſitado varias vezes, y he trabado con èl amiſtad.

Deſde Cantòn es preciſo ir por agua à *Tchao-kin*: deſpues de cinco leguas de camino ſe encuentra *Fo-chan*, Village el mayor del mundo. Le llamo Village, porque eſtà deſamparado de murallas, y que no tiene Governador particular, no obſtante que hay en èl un gran Comercio; y por lo que toca à gente, y caſas, excede à Cantòn: en èl ſe cuentan por lo menos un millòn de almas. Los Jeſuìtas de la Provincia de el Japòn tienen alli una Igleſia magnifica, y una numeroſa Chriſtiandad. Doce leguas mas arriba de *Fo-chan* ſe divide el Rio en tres brazos: el uno viene del Norte, el otro và à *Tchao-kin*, y el tercero à *Cantòn*. En eſte ſitio ſe encuentra una Ciudad de tercera claſſe, llamada *Sant-houy*; eſto es, los tres Rios, ò las tres Aguas. Quando viene de la Corte algun Embiado de diſtincion, el Tzonto, y el Virrey vàn à eſta Ciudad à recibirle, y haſta alli le acompañan en ſu regreſſo. Eſto es lo que los ha obligado à conſtruìr à la orilla del agua una Caſa, de una viſta muy agradable. En *Tchao-kin* tienen Miſsion los Padres Aguſtinos. Repetidas vezes me he hoſpedado en ſu caſa, por cuyo motivo conocì al Padre Miguèl Rubio, hombre recto, prudente, ſabio, y de acertado conſejo: prendas, que le merecian la eſtimacion, y la confianza de todos los Miſsioneros.

Luego que bolvimos à Nankin, donde haviamos dexado al Padre Viſdelou, reſolvimos el embiar à Europa al Padre Comte à negocios de nueſtra Miſsion. El Señor Don Gregorio Lopez, Obiſpo

de

de Basilèa, Vicario Apostolico de Nankin, de Pekin, y de otras Provincias Septentrionales de la China, falleciò entonces, dando singulares muestras de piedad. Asistimos à sus exequias, las que se hicieron con las mismas ceremonias, que las del Padre Verbiest. El R. P. Juan Francisco de Leonisa, Vicario suyo, hizo su elogio en una Carta circular, que se divulgò por la China, y la que el año siguiente embiò à la Sagrada Congregacion. Si tuviera un trassumpto de ella, la refiriera en esta Carta, la que serviria de un testimonio muy authentico de la virtud, y del merito de este Santo Prelado, que tenia un abrasado zelo por la conversion de sus Compatriotas. Diferentes vezes me dixo del modo con que los Missioneros deben portarse en la China, si en ella quieren establecer solidamente la Fè. Con exemplos demonstrables confirmaba todo lo que me decia; y como penetraba perfectamente las costumbres de su Nacion, y tenia larga experiencia, y buen juicio, le oìa yo con respeto.

Al fin del año 1692. el Padre Visdelou, y yo bolvimos à Cantòn. Aqui era preciso hacer un establecimiento sòlido, para recibir los Missioneros que esperabamos. Se comprò casa, pero apenas empezabamos à aderezarla, quando tuvimos orden del Emperador para ir los dos à la Corte. Este aviso contenia que fuesse tambien allà el Padre Comte luego que bolviesse de Europa, y quedamos con el cuidado de decirselo. Esta novedad causò mucho gusto à los Vicarios Apostolicos, y à los Missioneros, y la miraron como venida del Cielo, no solamente para nosotros, sino para toda la

Mifsion. *Quien fabe* (me efcriviò uno de los mas zelofos de ellos) *fi Dios no ha permitido todas las penas, que haveis padecido, para poneros en parage de favorecer la Iglefia en la necefsidad? Ut in tali tempore parareris?* (Efther 4. 5.) Paffando por la Provincia de Nankin, tuvimos el confuelo de abrazar al Padre Gaviani por ultima defpedida, porque yà fentìa las enfermedades, de que paffados dos años muriò, confumido de trabajos, y delante de Dios colmado de merecimientos. Tambien vimos al Señor Obifpo de Argolis, y al R. P. Leonifa, Vicario Apoftolico de Nankin, y de Pekin, por la muerte del Señor Obifpo de Bafilèa. Defde luego contaban con nofotros, y con los fervicios, que les podriamos hacer quando eftuvieffemos en la Corte.

Eftaba enfermo el Emperador quando llegamos allà: el Padre Gerbillòn, y el Padre Pereyra paffaban por orden fuyo las noches en Palacio. Efte Principe generofo no dexò de acordarfe de nofotros, y de embiar à recibirnos algunas leguas de la Ciudad los otros Padres, y un Gentilhombre de fu Camara, el que nos dixo de fu parte, que fi huviera eftado informado de nueftro viage, los huviera embiado aùn mas lexos. Fuimos à apearnos à Palacio, y alli eftuvimos lo reftante del dia en un quarto contiguo al del Emperador. El Principe fu primogenito nos hizo la honra de ir alli à vifitarnos, y nos hizo mil exprefsiones de cariño. El *Hoang-taitcè*, que es el Principe heredero, y el fegundo de fus hijos, tambien nos hizo el mifmo favor. Como es erudito en los Libros Chinos, moftrò una inclinacion particular al Padre Vifdelou, que tenia la reputacion de fer en ellos docto.

Def-

Despues de algunas conversaciones ; mandò el Principe traer los Libros antiguos, y se los mostrò al Padre. Al abrir el Libro, lo explicò el Padre con tanta facilidad, y claridad, que à los Mandarines, que estaban presentes, les dixo dos, ò tres vezes el Principe: *Tatoug, perfectamente los entiende.* Preguntòle despues, què juicio hacìa de los Libros Chinos, y si se concordaban con nuestra Religion? Despues de escusarse el Padre modestamente, respondiò, que nuestra Religion podia convenir con lo que se hallaba en los Libros antiguos, pero no con lo que havian escrito los Interpretes. *Tambien es preciso confessar*, replicò el Principe, *que los Interpretes modernos no siempre han penetrado bien el sentido de nuestros antiguos Autores.* Despues de esta conferencia, le quedò al Principe heredero una estimacion particular de el Padre Visdelou, y de ella le ha dado señales muy manifiestas, de que esperamos que nuestra Religion sacarà grandes progressos. Nos hablò este Principe de los Libros del Padre Matheo Ricci, y nos hizo tan grandes elogios del entendimiento, y erudicion de este Padre, que es el Fundador de la Mision de la China, que los Chinos mas habiles se tendrian por dichosos en merecerlos.

Por espacio de dos años havia examinado mucho el Emperador nuestras medicinas de Europa, y particularmente las pastillas medicinales, que hace el Rey de Francia distribuir à los pobres por todo su Reyno. Le haviamos especificado todas las enfermedades, que sanan en Francia, y yà havia visto por repetidas experiencias, que en efecto hacian curas tan maravillosas, y tan promptas, que

un

un hombre reducido à la mayor extremidad, y de quien no se esperaba mas que la muerte, se hallaba frequentemente fuera de peligro el dia siguiente. Efectos tan prodigiosos dieron el renombre à estas pastillas de *Chin-yo*, ò de *remedios divinos*. La enfermedad de que entonces adolecìa era un principio de fiebre maligna. Aunque por las muchas, y ciertas experiencias conociesse que las pastillas curarìan su mal, los Medicos Chinos no juzgaron por conveniente darselas, y asi tomaron otro rumbo; pero viendo el Emperador que se agravaba su mal, y temiendo algun rebato à la cabeza, se resolviò à tomarlas, y hizo que le diessen media toma de estas pastillas. Al anochecer se le quitò la calentura, y se hallò mejor los dias siguientes: despues tuvo algunos accessos de terciana, quizà por no estàr suficientemente purgado. Aunque estos accessos no fuessen violentos, y no le durassen sino dos horas, le causaban una grande inquietud. Hizo publicar por toda la Ciudad, que si alguno sabìa algun remedio contra la terciana, viniesse al punto à avisarselo, y que los que actualmente estaban con ella, viniessen à Palacio para que fuessen curados. No se passaba dia en que no se hiciessen repetidas experiencias. Entre todos se distinguiò particularmente un Bonzo. Hizo sacar de un pozo un cubo de agua fresca, esta se llevò delante de quatro Señores, los mas distinguidos de la Corte, Diputados del Emperador, para recibir todo genero de remedios que se traxessen, y para assistir à los experimentos, y hacer de ellos despues su relacion. Estos quatro Señores eran el Principe Sosàn, Mim-ta-gin, un Tio del Emperador, y un Tio del

Prin-

Principe, todos quatro Ministros de Estado, y de una prudencia consumada. Llevò el Bonzo una taza de esta agua, y saliendo de la sala, levantando las manos, y los ojos al Cielo, la presentò primeramente al Sol; y bolviendose despues àzia las quatro Partes del Mundo, hizo cien posturas, ò ceremonias, que à los Paganos parecian mysteriosas. Yà que huvo acabado, hizo dàr el agua à un calenturiento, que esperaba de rodillas, y deseaba con impaciencia su remedio; pero la medicina no hizo efecto alguno, y se tuvo al Bonzo por un embustero.

En esto se trataba, quando el Padre Visdelou, y yo llegamos à la Corte. Llevabamos una libra de quina, que con su mucha caridad nos embiò el Padre Dolu desde *Pondicheri*. Este remedio era aùn incognito en *Pekin*. Fuimos à presentarlo, como remedio el mas seguro, que se tenia en Europa contra las calenturas intermitentes, ò tercianas. Los quatro Señores, de quienes hemos hablado, nos recibieron con alegria: los instruìmos del modo que convenìa prepararlo, y de servirse de èl conforme à lo acostumbrado en Francia por orden del Rey. No se contentaron con esto, quisieron saber el origen de la quina, quales eran sus efectos, què enfermedades curaba, còmo el Rey lo havia dado al pùblico para alivio de sus Pueblos, despues de haver dado al que tenia el secreto una recompensa digna de tan gran Monarca.

El dia siguiente se hizo en tres enfermos la experiencia de este remedio: al uno se le diò despues de la accession: el dia de la accession à otro: y al tercero el dia intercalar. No sè si quiso Dios

dàr

dàr à conocer su poder en esta ocasion, ò si fue efecto natural del remedio. Estos tres enfermos, que guardaban en Palacio, sin perderlos de vista, sanaron todos tres à la primera toma de la quina. Al punto se le diò aviso al Emperador del caso, el que tambien en el mismo dia huviera tomado la quina, si el Principe heredero, que estaba en extremo afligido por la enfermedad de un Padre, à quien amaba tiernamente, no huviera temido algun desgraciado efecto de un remedio, que no se conocia aùn. Llamò à los Grandes, y los reprehendiò por haver hablado tan presto de èl al Emperador. Estos se escusaron modestamente; pero para mostrarle que no tenia que temer cosa alguna, (porque de la relacion, que les haviamos hecho, juzgaban que no havia peligro alguno en la quina) todos quatro se ofrecieron à tomarla, y vino el Principe en ello. Al punto se traxeron tazas con vino, y quina, la mezcla la hizo el mismo Principe, y delante de èl à las seis de la noche la tomaron los Señores. Luego se recogieron, y durmieron con quietud, sin sentir la menor incomodidad. El Emperador, que havia passado muy mal la noche, à las tres de la mañana hizo llamar al Principe Sosàn; y haviendo sabido que èl, y los otros Señores se hallaban bien, sin mas deliberacion, tomò la quina. En aquel mismo dia le correspondia la terciana como à las tres de la tarde, pero enteramente le faltò: lo restante del dia, y la noche siguiente se hallò muy aliviado.

La alegria fue muy grande en Palacio, los quatro Señores nos dieron las gracias el dia siguiente por la bondad de nuestro remedio. A Dios, que

le

le havia echado su bendicion, le cedimos toda la gloria. Prosiguiò tomando la quina el Emperador, y se hallaba cada dia mejorado en su salud.

Yà que huvo enteramente convalecido, recompensò à todos los que le havian asistido en el tiempo de su enfermedad, como tambien à los que le havian llevado algunos remedios, aunque no los huviesse tomado; pero castigò severamente à tres de sus Medicos, por haver sido de parecer de no darle remedio alguno en lo violento de su mal. *Què* (les dixo) *me abandonais en el peligro, por temor de que no se os impute mi muerte, y no temeis que muera no dandome remedio alguno?* Ordenò al Tribunàl de el Crimen examinar su conducta, y juzgarlos segun las Leyes. El Tribunàl los condenò à muerte, pero el Emperador les hizo gracia, y los desterrò.

No nos olvidò en esta ocasion: publicamente dixo, que las pastillas medicinales de los Padres Gerbillòn, y Bouvet le havian dado la vida, y que la quina, que el Padre Visdelou, y yo le haviamos llevado, le havia librado de la terciana, y que nos lo querìa recompensar. Con esta determinacion, hizo traher el Plàn de todas las casas, que le pertenecian en el recinto de su Palacio: eligiò la mayor, que era la de un Mandarìn, que havia sido Governador del Principe heredero; pero este Oficial, haviendo cometido un delito digno de muerte, perdiò todos sus bienes, y se le desterrò à Tartaria.

El dia quatro de Julio nos juntamos en Palacio por orden de el Emperador, y un Gentilhombre de Camara nos dixo estas razones de su parte: *A*

vosotros quatro os hace donacion el Emperador de una Casa en Hoan-tching ; esto es , en el primer recinto de su Palacio. Despues de haver oìdo estas palabras de rodillas , segun el Ceremonial de la China , nos levantàmos , y nos conduxo este Oficial al quarto del Emperador , para darle allì nuestros agradecimientos , sin que estuviesse presente el Principe. Casualmente se hallaron allì muchos Mandarines, y assistieron à esta ceremonia ; como tambien el Padre Pereyra , y otro Jesuìta , que havian venido à Palacio à diferentes negocios , y todos se pusieron en dos filas , pero en pie , y con un profundo silencio , algo apartados de nosotros , mientras que los Padres Gerbillòn , Bouvet , Visdelou, y yo , ordenados en una misma linea enmedio de ellos, hicimos tres genuflexiones , y nueve profundas inclinaciones , hasta tocar la tierra con la frente en señal de nuestro reconocimiento. Esta ceremonia la repetìmos el dia siguiente delante de el Emperador, el qual nos hizo la honra de nombrarnos en particular , y de hablarnos con terminos los mas expressivos del mundo. Ordenò que le dixessen al Padre Bouvet los presentes , que embiaba à Francia , y le encargò que informasse al Rey de el favor , que acababa de hacernos.

El dia doce de Julio tomamos possession de nuestra Casa; pero como no estaba dispuesta à nuestro modo , ordenò el Emperador al Tribunàl de Edificios , que la reparassen conforme deseassemos, lo que se executò promptamente. Este Tribunàl embiò quatro Arquitectos , con todos los materiales necessarios , y nombrò dos Mandarines por Sobreestantes de la Obra. Estando todo dispuesto , el

dia

dia diez y nueve de Diciembre dedicamos nuestra Capilla à honra de Jesu-Christo, muriendo en la Cruz por la salud de los hombres: y el dia siguiente hicimos la ceremonia de abrirla publicamente. Por la mañana concurrieron allì muchos Christianos, y nos acompañaron à dàr à Dios las gracias de que querìa sèr honrado en el Palacio del Emperador, en donde hasta entonces no se havian ofrecido sino impìos sacrificios. Hizo un Sermon el Padre Visdelou sobre la obligacion de santificar los Domingos, y las Fiestas, y de acudir en estos dias à la Iglesia.

Passado este tiempo, predicò el Padre Gerbillòn todos los Domingos, y explicò à los Fieles las principales obligaciones de un Christiano. Bautizamos muchos Catecumenos, que nos traìan sus Idolos, y los arrojaban debaxo de los bancos, y de las mesas, para mostrar el menosprecio, que hacian de ellos. Todos los Domingos, y Fiestas teniamos algun bautismo. El Padre Visdelou tomò el cuidado de instruìr à los prosélytos, y en poco tiempo tuvimos una Christiandad floreciente. Los Christianos mas fervorosos nos traìan sus amigos para hablarles de la Ley de Dios. El famoso *Hiucúm*, antiguo Eunuco de Palacio, se distinguìa entre los otros en esta obra de caridad. Este hombre santo havia padecido mucho en la ultima persecucion, y sido largo tiempo compañero de los Padres en la prision, y se le havia cargado, lo mismo que à ellos, de nueve gruessas cadenas. Este duro tratamiento le sirviò de incentivo para animar su zelo: ningun hombre se avergonzò menos del Evangelio: sostenìa delante de los Juezes la

causa de Dios, y el partido de la Religion, y les hablaba con una santa libertad, la qual conservò hasta su muerte. Le havia dado Dios considerables bienes de fortuna, y todos los empleò en socorrer à los pobres. Si los Christianos, que venian à Pekin de las Provincias remotas, ò de las Ciudades cercanas, no tenian à donde hospedarse, los recibia con caridad en su casa; y quando eran pobres, los mantenia. Llegò à tanto esta santa hospitalidad, que vino à parar en miseria, y se viò reducido à pedir limosna, despues de haverla hecho tan continua, y tan liberal à los otros. Tenia un dòn tan particular de hablar de Dios, que los mas grandes Señores se alegraban de escucharle. A todas las gentes les inspiraba una tierna devocion para con la Santissima Virgen, à quien honraba particularmente. En sus visitas le hacia el obsequio de llevar su Rosario al cuello, con las Medallas que le havian dado los antiguos Missioneros. Tenia particular inclinacion à nuestra Casa; y aunque distaba de ella cerca de una legua, venia frequentemente à nuestra Capilla à encomendarse à Dios. Una de sus ocupaciones mas ordinarias era el ir à las Aldèas à visitar los Christianos, instruirlos, y aconsejarlos à que permaneciessen en su fervor. Casi siempre convertìa nuevos proselytos, los quales se bautizaban en nuestra Casa, ò en las otras Iglesias, despues que estaban suficientemente instruìdos.

Uno de los mas considerables que bautizamos en estos principios de nuestra Capilla, fue un Coronèl Tartaro de la Casa de el Emperador. Vivia este Oficial cerca de la nuestra: estaba casado

con una Señora Christiana, muy virtuosa, la qual no cessaba, mucho tiempo havia; de rogar à Dios por la conversion de su marido. Le hablaba con frequencia de la santidad de nuestra Religion, y de los bienes, que el Señor del Cielo tenia preparados en la otra vida à los que en esta fielmente le servian. Le explicaba algunas vezes nuestros principales Mysterios, y lo que es necessario creer para ser Christiano. La oìa con buen deseo, pero los cuidados, y embarazos de el siglo impedian siempre, que el grano de la Divina palabra, que se sembraba en su corazon, echasse raìzes. Apenas le quedaba libre un instante de tiempo: su ocupacion le obligaba à ir todas las mañanas à Palacio, donde se estaba todo el dia, y no se bolvia à su casa hasta bien entrada la noche. Si huviera sabido leer, huviera podido instruirse leyendo nuestros Libros; pero es mucho pedir para un Oficial Tartaro, que todo su honor consiste en saber montar un cavallo, disparar el arco, y ser fiel, y prompto en executar los ordenes del Principe. No obstante le tocò Dios, quando el Emperador disponia un viage à Tartaria. Como le era preciso al Oficial el seguirle, resolviò bautizarse antes de su partida. A las seis de la noche vino à buscarnos, y pedirnos el bautismo. Aunque teniamos voluntad de complacerle, nos hallamos al principio impedidos, porque ignoraba todas las oraciones, que siempre les haciamos aprender à los catecumenos antes de conferirles el Bautismo.

Padre mio, me dixo, *no me pidais que aprenda todas estas oraciones de memoria, porque no la tengo*

para

para retenerlas ; ni persona alguna , que pueda repetirmelas : tampoco sè leer para aprenderlas en un Libro ; pero creo todos los Mysterios de la Religion, un Dios en tres Personas , la segunda Persona , que se hizo hombre , y que padeciò la muerte por nuestra salud. Creo que los que guardan la Ley de Dios se salvaràn, y los que no la guardan se condenaràn eternamente. No tengo impedimento alguno para hacerme Christiano : no tengo sino una muger , y nunca quiero tener mas : en mi casa no se encuentran Idolos , ni adoro alguno de ellos : solo venero al Dios del Cielo, y quiero amarle , y servirle toda mi vida.

No nos satisfacia todo esto , porque queriamos que supiesse las oraciones , y assi le persuadiamos, que difiriesse su bautismo hasta la buelta , que entonces se le ayudaria à aprenderlas. *Pero , Padre mio*, me replicò , *si me muero en este viage , mi alma se perderà , y podeis salvarla bautizandome al presente : porque quien me bautizarà si caygo enfermo? Bien veis que à todo estoy prompto , que creo todos los Articulos de vuestra Ley , y que la quiero guardar toda mi vida. He dexado el Palacio,y he venido à aqui à toda priessa para pediros que me hagais esta gracia : dos horas me quedan para mi partida , porque es precisso que esta noche marche. Y assi , Padre mio,* concluyò , *por Dios que no me la negueis.*

Nos llenò de gozo la sinceridad de este Oficial, y juzgamos , que, todo bien considerado, convenia obrar con èl , como se hace con los que estàn en peligro de muerte. Despues de haverle recomendado que aprendiesse las oraciones lo mejor que pudiesse, quando bolviesse de su viage, y que adorasse todas las mañanas, y las noches al Señor del Cielo,

y que nos prometiò de guardar fielmente su Santa Ley, le bauticè en nuestra Capilla, estando presentes nuestros Padres, y nuestros domesticos, y le puse por nombre Joseph. Quisiera poder explicar con quànta alegria, y consuelo recibiò este favor: nos abrazò, y se echò à nuestros pies, y tocò muchas vezes la tierra con su frente, en señal de su agradecimiento. Todo lo que havia previsto sucediò, porque haviendose fatigado mucho en su viage, cayò malo, y muriò à los ocho dias. Espero que Dios, que le havia dado este deseo, se havrà apiadado de èl.

Despues bautizamos al hijo de un Señor joven, que llevaba vanda roxa, en señal de que estaba emparentado con la Familia Real. Este niño, estando cerca del fuego, derribò sobre sì una caldera de agua hirviendo. Gritaba, y padecia dolores muy intensos. Vino su Padre atemorizado à darnos aviso de esta novedad. Yendo à vèr al niño el Padre Visdelou, y hallandole en peligro de muerte, resolviò bautizarle. Diòle cuenta à su padre, que era de nuestros amigos particulares. Señor, le dixo, yà que no podeis aliviar à vuestro hijo en esta vida, ni mitigar los dolores que padece, ponedle en el camino del Cielo, en donde serà eternamente dichoso, y de donde echarà sobre vos, y sobre vuestra familia la bendicion de Dios. Consintiò en ello con gusto su padre, y estuvo presente à su bautismo. El niño, que no tenia mas que tres años, muriò tres dias despues, y su mismo padre vino à darnos la noticia.

A este bautismo se siguiò otro de la misma familia, porque una de sus pequeñas hijas, haviendo

caìdo

caìdo mala, poco tiempo despues, de una enferme-
dad, de que muriò, vino èl mismo à suplicarnos,
que fuessemos à bautizarla, para que pudiesse go-
zar del Cielo con su hermanito. A breve tiempo
se convirtiò la muger de este Señor, con una de
sus hijas, y esperamos que Dios harà el mismo fa-
vor à su marido. Nos assegura muchas vezes, que
no se encomienda sino es al verdadero Dios, Criador
del Cielo, y de la Tierra. Hasta ahora han retarda-
do algunas dificultades su conversion; pero espe-
ramos que las vencerà. Este es un Señor de mu-
cho modo, y distincion: en la Milicia obtiene
un honorifico empleo, que es hereditario en su fa-
milia. No hablo de otros diferentes bautismos, que
ocultamente hemos conferido à niños de la primera
distincion, y no hay necessidad de referirlos aqui.
El deseo de sanarlos hace que sus padres nos rue-
guen que vayamos à verlos, para preguntarnos si
tenemos en Europa remedios contra sus males. Mu-
chos de ellos se han bautizado de este modo, los
quales pediràn à Dios en el Cielo por nosotros, y
por la conversion de un Paìs, en donde huvieran
tenido los primeros empleos, si huvieran vivido.

A un año de havernos dado el Emperador la
Casa, nos hizo otro nuevo favor, en nada inferior
al primero, y que redundaba otro tanto mas en
honra de la Religion. Este fue darnos un gran ter-
reno para construìr Iglesia. A un lado de nues-
tra Casa havia un sitio desocupado de trescientos
pies de largo, y doscientos de ancho. Havien-
do determinado los grandes Maestros de su Casa
levantar alli un cuerpo de habitaciones para
los Eunucos de Palacio, tuvimos por conveniente
ade-

adelantarnos, y procurar obtener este sitio para construìr en èl la Casa del Señor. Despues de haver encomendado à Dios este negocio, fuimos el Padre Gerbillòn, el Padre Visdelou, y yo à presentar nuestro Memorial. Hablando en terminos los mas respetosos, decia, que nuestras Casas jamàs estaban sin Iglesia, y que en todas ellas la Iglesia era la parte principal: que si las Casas eran magnificas, y hermosas, la Iglesia debia en todo excederlas. Porque què honra serìa la nuestra, si haviendo ofrecido por nuestros votos, y por nuestra profession el buscar la mayor gloria de Dios, estabamos mejor alojados que el Señor del Cielo? Que siendo en todo grande la Casa con que nos havia honrado el Emperador, faltaba una Iglesia magnifica para que acompañasse à tan gran dòn; pero que no teniendo sitio para edificarla, no la podiamos hacer, si el Emperador no nos cedìa una parte conveniente en su terreno.

Haviendo presentado nuestro Memorial, y dado fuerza à nuestras razones el que se encargò de èl, embiò el Emperador los Maestros de su Casa para vèr el terreno que pediamos; y despues de haver oìdo su informe, nos concediò la mitad de èl, haciendolo señalar expressamente en su orden, el que se juntò con los registros de Palacio, que nos concedia este sitio para construìr una Iglesia magnifica à honra del Señor del Cielo. Desde entonces se ha trabajado en ella, y yà està quasi acabada. Su entrada es por un gran pòrtico, que està rodeado de galerìas. Luego que sepamos que las Pinturas, en que M. Gherandini, Pintor Italiano muy famoso, trabajaba quando salì de Pekin, es-

tàn concluìdas, y que se haya dedicado publicamente nuestra Iglesia, se harà de ella un plàn, y descripcion.

No cessaba este gràn Principe de hacernos otros favores, que unos Estrangeros como nosotros nunca podrèmos estimar plenamente. Quando ibamos à Palacio nos recibia con grande afabilidad; y quando no podia hablarnos, siempre embiaba quien nos hiciesse cortejo. Es costumbre de la China, que en el principio de el año el Emperador embia à los Grandes Señores de su Corte dos mesas, la una cubierta de viandas, y la otra de frutas, y de dulzes. Las mismas demostraciones hacia con nosotros, y nos combidaba à su bello Palacio de *Tthan-tchun-ivèn*, para vèr desde allì los fuegos de artificio.

Bien conozco que no debe apreciar un Missionero estas honras sino en quanto son utiles à la palabra de Dios. Os asseguro, Reverendo Padre mio, que estabamos bien, segun la presente disposicion, y que el Señor, que nos guiaba, queria tambien que estuviessemos allì, porque desde entonces no nos faltaron tribulaciones, y ocasiones de padecer, y en donde se necessita toda la paciencia, y una prudencia mas que humana para mantenerse, y portarse bien. En todo tiempo serà evidente la palabra de Jesu-Christo, que sus Embiados tendràn que vencer en todo el mundo muchas contradicciones. Dios se ha valido de nosotros para perfeccionar su obra en las Missiones: gusta de hacerla por nuestro medio, dandonos todo el merito de ello: y por lo mismo quiere que le cedamos toda la gloria. Y para que se vea que todo

es

es obrà de Dios, y que no nos hemos de atribuìr la menor parte, las màs sabias, y prudentes medidas, que nos hace discurrir nuestro zelo, las hace inutiles muchas vezes; y nuestros mas bien concertados proyectos, permite que los trastornen los hombres. Yà finalmente que hemos padecido bastante, y reconocido del todo nuestra flaqueza, muestra su poder, convirtiendo los impedimentos mismos, que nos havia opuesto, en otros tantos medios para executar sus designios, con mas ventajas para la Religion, que las que huvieran podido imaginar nuestras idèas. No es necessario decir quanto la variedad de experiencias instruye à un Missionero, ò humillandole quando hace algun bien, ò poniendole desconfianza en sus fuerzas quando trabaja, ò sosteniendole quando se frustran sus intentos. Las persecuciones, que à los mas alentados causan temor, no le assombran; las considera como disposiciones superiores, y divinas, de que se vale la Providencia para llegar à sus fines. Su principal cuidado es sufrir con paciencia, y esperar la hora del Señor, acordandose de lo que dice el Sagrado Texto, que Isaac, Jacob, y Moysés executaron todo lo que les mandaba Dios, porque guardaron fidelidad en la tribulacion; y los que no lo han sido, lo han perdido todo por su impaciencia, y han sido entregados à su enemigo.

En este tiempo nos sucedieron dos motivos de afliccion, que nos causaron mucha inquietud; pero quiso la Misericordia Divina librarnos de ambos. Primeramente creìmos perder al Ilustre Sosàn, Tio de la ultima Emperatrìz, y Tio segundo de el Principe heredero, uno de los primeros Ministros

del Imperio, respetado en toda la China; por la estimacion que hacia el Emperador de sus meritos, y digno de ser honrado de todas las personas zelosas, por la proteccion, que hallaba siempre en èl la Religion. Cayò malo en su Casa de *Tchan-tchun-ivèn.* A los tres dias nos embiò à llamar al Padre Visdelou, y à mì, porque el Padre Gerbillòn se hallaba entonces en Tartaria. Le vimos en un estado tan de peligro, que nos afligiò mucho; pero al dia siguiente nos diò mucho mas cuidado, quando le vimos padecer en todo su cuerpo dolores muy agudos, y yà casi para ceder à lo violento de su mal. Estaba tan sin alientos, que no podia articular palabra, y nos alargaba la mano para mostrar su cariño. Haviendo sabido el Emperador que se morìa, le hizo el honor de irle à visitar à los tres dias, y ofrecerle todos sus remedios. En todo aquel dia, ni en los siguientes le vimos mas, porque se le havia mudado à los quartos mas interiores de su Casa, donde habitaban las mugeres. De dia, y de noche haciamos continuas oraciones en nuestra Capilla por su salud. Nos causaba mucho dolor, prescindiendo de las obligaciones, que le debiamos à este Señor, el verle morir sin bautismo, haviendo sido el Protector de nuestra Santa Religion, y que nos havia dicho muchas vezes, que no adoraba sino al Señor de los Cielos.

Ibamos todos los dias, el uno despues del otro, à preguntar la novedad que havia, y à uno de sus domesticos, que era Christiano, le instruìmos de lo que havia de decirle de nuestra parte en punto de Religion; pero este hombre, despues de algunos dias, nos respondiò, que no solo no podia hablar-

blar-

blarle, pero ni acercarse à èl, porque las mugeres no le dexaban solo ni un instante. Las dificultades aumentaban nuestra tristeza. *Es possible, Señor,* (deciamos aumentando nuestras sùplicas) *que dexais morir un hombre en quien hemos hallado tanto recurso para la seguridad de los Missioneros, y para la publicacion de vuestra Santa Ley?* Dios tuvo piedad de nosotros, conservandonos à este Cavallero, que passado algun tiempo, vino à nuestra Iglesia à dàr las gracias por la salud recuperada. Esto fue un Domingo por la mañana, à tiempo que todos los Christianos se havian juntado en la Iglesia para hacer alli sus oraciones. Entrò, pusose de rodillas, è hizo muchas inclinaciones hasta la tierra. Despues de lo qual vino à visitarnos à nuestros Aposentos, y agradecernos la parte, que haviamos tomado en su enfermedad.

Tambien creìmos perder al Padre Gerbillòn, de quien en estos principios tenian extrema necessidad nuestras Missiones. El Emperador le havia embiado con el Padre Thomàs à Tartaria, para hacer de ella un Mapa puntual. Como sabìa la lengua de los Tartaros, y podia preguntarlos, y trabar conversacion con ellos, debia tener con este motivo muchas noticias pertenecientes à las Provincias, que no tocaban à la China. Cayò malo cerca de el nacimiento del *Kerlòn*, mas de trescientas leguas de Pekin. Su enfermedad, que estaba acompañada de una grande inapetencia, y de continuos vomitos, le reduxo muy presto à tan grande extremidad, que creyò morirse. En efecto, despues de havernos escrito sus ultimos sentimientos, se dispuso para ello. Como *Selonga*, que

es

es una de las poblaciones, que tienen de la parte de allà los Moscovitas, no dista mas que treinta leguas del Lugar donde se hallaba, se hablò de mudarlo à alli; pero huvo dificultad en seguir esta determinacion, y los Mandarines Chinos, que estaban de viage, le dissuadieron de la idèa, porque no se fiaban mucho en los Moscovitas, ni tampoco sabian si lo llevarìa à bien el Emperador. Con todo esso fue preciso que el Padre, enfermo como estaba, tomasse el camino de Pekin; y como tenia poca resistencia para ir à cavallo, se le puso en un carro de camino, en donde tuvo mucho que sufrir durante las trecientas leguas, porque le fue preciso passar por espantosas soledades, por caminos comunmente escabrosos, y llenos de piedras, por cuestas, y faldas de montes, lo que le causaba violentos vaybenes, y muchas vezes le puso en peligro manifiesto de su vida. A esto se juntaba el haverse muchas vezes bolcado el carro durante el camino. Infaliblemente huviera muerto, si no fuera por el cuidado, que tuvo de èl un Cavallero, que oy se halla primer *Colao* de la China, y que entonces havia sido embiado à Tartaria para juzgar, y terminar todas las diferencias de los *Kalkas* de aquel Paìs, que estàn sujetos al Imperio de la China.

Le recibimos con un extremado consuelo, y en Pekin se fue restableciendo poco à poco; pero queriendo despues de un mes salir la primera vez, con el cuidado de ir à vèr los Padres de las otras Casas, que durante su enfermedad repetidas vezes havian venido à visitarle, pensamos que nos le arrebatasse de improviso un nuevo, y peligroso acci-

accidente. Yendo à montar à cavallo en la puerta, y teniendo yà un pie en el eſtrivo, y el cuerpo en el ayre, fue aſſaltado de repente de una apoplegìa. Nueſtros domeſticos le recibieron en los brazos, y le llevaron al primer patio. Haviendo acudido al ruido el Padre Viſdelou, y yo, le encontramos ſin conocimiento, y ſin ſentido, inclinada la cabeza ſobre el pecho, y con unas anſias, que nos parecian pronoſtico de una cercana muerte. Sabe Dios nueſtro dolor al verle en eſtado tan lamentable! En el interin que ſe le conducia à ſu quarto, fue à traer la Extrema-Uncion el Padre Viſdelou, y yo por mi parte los remedios de que tantas vezes haviamos experimentado tan maravilloſos efectos. Le hice tomar, aunque con mucho trabajo, dos tomas, mientras que el Padre Viſdelou ſe preparaba para adminiſtrarle la Extrema-Uncion. Bolviò algun tanto en sì, y nos reconociò; pero de alli à un inſtante bolviò à perder el conocimiento. Multiplicamos nueſtras oraciones, y quiſo Dios que el remedio, que ſe le havia dado, hicieſſe tan maravilloſos efectos, que à las dos horas de haverlo recibido, ſe hallò enteramente mejorado; pero le quedaron unos pervigilios tan penoſos, que nos causò nuevo cuidado. Un Medico Chino le libertò de ellos, y deſde entonces nos lo ha conſervado Dios en perfecta ſalud, para el bien de la Religion, à la qual ha hecho, y hace cada dia ſervicios muy conſiderables.

En eſte tiempo no nos hallabamos mas que tres Padres Franceſes en la China, y todos tres encerrados en la Corte. Pero Dios nos ſocorriò con el

re-

regresso del Padre Bouvet, que nos conduxo de Francia muchos excelentes Missioneros en el Amphitrite: este es el primer Navìo de nuestra Nacion, que ha venido à la China. El Emperador, que estaba en Tartaria à la caza, recibiò con gusto el arribo de este Padre. Embiò tres personas de su Corte à Cantòn, para recibirle, y conducirle à Pekin. Los presentes que le traxo le agradaron mucho, y en su retribucion eximiò al Amphitrite de pagar los derechos, assi de las mercancìas, como del arquèo. Los Mandarines por su parte hicieron grandes honores à M. el Cavallero de la Rocque, como Oficial que era de el Rey. Hospedaronle en un Palacio, y le permitieron andar por la Ciudad de Cantòn acompañado de seis de sus Guardias. Los Embiados de el Emperador le visitaron de ceremonia. Tambien se merecieron mucha distincion los Señores Directores de la Compañia de la China. El Virrey, y los grandes Mandarines de la Provincia, los combidaron à un magnifico festìn. Ultimamente, todo lo que puede conducir para honra, satisfaccion, y provecho de estos Señores, el Padre Bouvet en Cantòn, y nosotros en Pekin, hemos puesto los medios para su consecucion. Pero en la China, donde siempre se miran como sospechosos los Estrangeros, no es facil de conseguir todo lo que se quisiera. Lo principal es, que nosotros dèmos à conocer à Jesu-Christo, segun los ministerios de nuestra vocacion. Esto es en lo que procuran con un maravilloso zelo los nuevos Missioneros, que traxo el Padre Bouvet; los unos en la Corte, adonde fueron

lla-

llamados por orden del Emperador; y los otros por las Provincias.

En otra Carta tendrè la honra de informaros en este punto, porque la presente yà serà demasiadamente molesta. Soy de V. R. con un profundo respeto,

Mi Reverendissimo Padre,

Vuestro mas humilde, y mas obediente servidor,

Juan de Fontaney,
Missionero de la Compañia de Jesus.

CARTA

A LOS MISSIONEROS JESUITAS de la China, è Indias.

Reverendos Padres mios.

POR ſenſible que nos haya ſido la pèrdida, que hemos tenido del Reverendo Padre Verjus, no dudo que la noticia de ſu muerte, que debe yà haver llegado à oìdos de VV. RR. havrà hecho la miſma impreſſion en ſus corazones, y quizà mas viva, pues en ſu perſona pierden à aquel, que miraban como Padre, y Fundador de ſus Miſsiones. Lo era en realidad, y en el eſtablecimiento de obra tan neceſſaria à la ſalvacion de las almas ha gaſtado una buena parte de ſu vida: ha conſagrado à èl ſus cuidados, vigilias, ſalud, credito de ſus amigos, todos ſus penſamientos; y me atrevo à decir, que tambien todos los afectos, y movimientos de ſu corazon.

He juzgado por conveniente no dexar à VV. RR. ſin algun conſuelo en tan juſto dolor, y para ſuavizar de alguna manera el que nos aflige, recoger lo que por mì miſmo he ſabido, y lo que he podido averiguar de otros de las particularidades de ſu vida, y de ſus virtudes. Serà corta, y ſincera la relacion, que de ellas harè, y nada conten-

tendrà, que no se conforme à la mas escrupulosa verdad. Pero espero que harà impressión en VV. RR. una memoria tan amada, como la suya, y que hallaràn en ella, por fervorosos que sean, mucha instruccion, y edificacion.

Naciò el Padre Antonio Verjus en Parìs à 24. de Enero de 1632. Desde sus mas tiernos años se notò en èl un felìz natural, y un maridage de bellas prendas, y talentos, que sirven de fundamento à las grandes esperanzas, que se conciben de un Sugeto, y cautivan al mismo tiempo la atencion, y los esmeros particulares de sus padres. Varias vezes se echò de vèr, que la Providencia velaba en su conservacion de un modo especial, y su familia mirò siempre, no solo como efecto sensible de la singular proteccion de Dios, sino como cosa casi milagrosa, lo que le sucediò en la edad de nueve, ò diez años.

Un dia, que se passeaba en el campo, se ocultò à la vigilancia de su Ayo, y Criados, y subiò sobre el brocàl de un pozo muy profundo, que estaba cubierto de dèbiles tablas, divirtiendose como si se passeàra en un theatro: las dos tablas de enmedio se hundieron, y estaba perdido sin remedio, si al tiempo de caer no se huviera agarrado à una de las tablas que quedaban, de la qual quedò colgado, sin tener otro apoyo para sostener el peso de su cuerpo, que la extremidad de sus dedos. Quedò assi hasta que una Paysana joven acudiò al ruido que havia oìdo; pero como no tenia las fuerzas suficientes para sacarle de el peligro, todo lo que pudo hacer fue dàr gritos, y pedir socorro. Accercòse entonces un hombre no conocido, y ha-

viendole levantado sin trabajo, le avisò que fuesse al instante à una Hermita vecina de Nuestra Señora à dàr gracias à Dios de haverle librado de peligro tan evidente. Hizolo con gozo, porque yà entonces era particular su devocion à esta Gran Señora, y la conservò hasta el fin de sus dias. Toda la bondad de su corazon se descubriò en esta tierna edad, porque apenas alcanzò à sus domesticos, quando embiò al punto à buscar à aquel que le havia librado, para premiarle como lo merecia; pero el hombre, que la Providencia havia conducido à aquel parage para sacarle del peligro, desapareciò al instante; y por mas diligencias que hicieron para hallarle, ò à lo menos para saber quien era, jamàs lo pudieron lograr. Por lo que mira à la doncella rustica, èl mismo se aplicò, en reconocimiento del servicio recibido, à instruìrla en los Mysterios, y obligaciones de la Religion; y lo cumpliò tan bien, siendo todavia niño, que algun tiempo despues la creyeron digna de ser recibida por Religiosa entre las Hospitalarias de la Plaza Real, donde en todo el curso de su vida ha dado grandes exemplos de las virtudes proprias de su estado. En su juventud, no obstante la vigilancia de sus padres, se viò en otros muchos peligros; de los quales le librò siempre la Proteccion Divina, de un modo tan visible, que hablando poco de sì mismo el Padre Verjus, confessaba à sus amigos, que no podia acordarse de ellos, sin tener el corazon penetrado del mas vivo reconocimiento.

Su padre, que por nada contaba las ventajas de la fortuna, si no las acompañaba el verdadero merito, no perdonò trabajo alguno para cultivar

las dichosas inclinaciones de un hijo à quien amaba tiernamente. Nadie havia mas capàz que èl mismo para dàr una buena educacion à sus hijos, como lo saben quantos le han conocido : y bien lo han demostrado los frutos sòlidos, que han producido sus cuidados, como se ha visto en el modo distinguido con que se han portado en la profession que tomaron. Juzgò no obstante que lo mejor que podia disponer de este hijo, era de hacerle estudiar en nuestro Colegio de Parìs. Hizo en poco tiempo grandes progressos en la ciencia, y en la piedad. Aun entonces se traslucian en èl unos sentimientos nobles, y elevados, superiores mucho à su edad: un genio igual, y sin caprichos : una prudencia anticipada : un espiritu vivo, y agudo, que no temìa el trabajo : mucha constancia, y esfuerzo; y para decirlo en una palabra, las mas felices disposiciones para servir algun dia utilmente al estado, y al exemplo de muchos de su familia. Pero Dios, que le querìa para sì, le inspirò otras idèas. Quando pensaban en sacarle del Colegio para ponerle en la carrera Militar, se sintiò con vivos impulsos de dexar el mundo, y entrar en la Compañia. Consultò su vocacion con el Padre Petavio, à quien havia confiado la direccion de su conciencia. Este hombre grande, tan recomendable por su prudencia, y eminente virtud, como por su profunda capacidad, que le hizo el hombre mas sabio de su siglo, le oyò con gusto; y como conocìa por sì mismo, y por la pùblica voz, y fama, la constante piedad, y los talentos naturales del joven, despues de algunas conferencias particulares, le declarò, que su vocacion venìa de Dios. Era preciso

ciso dàr parte à su padre, quien lo sintiò en extremo, y no dexò cosa por hacer para oponerse al intento de su hijo; pero como ni el amor, ni la autoridad paternal hacian mella en su corazon naturalmente firme, y constante, le mandò hacer varios viages de diversion en los contornos de Parìs, para probar si era ligereza puerìl, y si el comercio del mundo le inspiraba otros pensamientos.

En uno de estos viages empezò à dàr muestras de aquel zelo ardiente por la conversion de los Infieles, que despues en toda su vida resplandeciò tan visiblemente. Hallòse un dia en casa de un Cavallero, amigo particular de M. Verjus. Nada omitiò el Cavallero, porque entendia complacer en esto al padre de quanto juzgò aproposito para probar la vocacion del hijo; pero lexos de hacerle fuerza, se afianzò el joven mas, y mas en su determinacion. Ganò tan bien el afecto del Cavallero, y le hablò de un modo tan eficàz de la conversion de los Infieles, que le empeñò à cooperar à tan grande obra con sus limosnas. Dexòle sobre este assumpto un papel escrito de su mano, en el qual le exhortaba à dàr dos mil pesos à nuestro Noviciado, para que se criassen en èl algunos jovenes, que despues llevassen las luzes de el Evangelio al Nuevo Mundo. Este se hallò entre los demàs papeles del Cavallero en su Testamento, el qual estaba encargado de esta limosna, y se pagò aun antes que el Padre Verjus hiciesse los primeros votos de la Religion.

Viendo su padre que todos los medios, que havia tomado para vencer el animo de su hijo, havian

vian servido para afianzarle mas, y mas en èl, no quiso oponerse à los designios de la Providencia Divina, y como hombre virtuoso, y de mucha religion, le ofreciò à Dios en sacrificio. Costò cara la separacion al uno, y al otro, y confessò despues el Padre Verjus, que en aquel lance se dispertaron en su corazon todos los afectos de la naturaleza, con tal fuerza, que le hicieron titubear; pero luego que llegò al Noviciado, diò palabra à Jesu-Christo, que en adelante tendria su Cruz en lugar de todo lo mas amado, que dexaba en este mundo. Se desvaneciò luego su turbacion, y desde entonces empleò todos sus pensamientos en adquirir la perfeccion del estado, que acababa de tomar.

No es facil pintar el fervor con que se aplicò à todas las obligaciones de su profession. Tenia à la sazon diez y nueve años de edad; y como era de juicio maduro, y muy adelantado, tomò las cosas de la piedad, no como Novicio, sino como hombre yà hecho. Sobre todo, se dedicò à adquirir las virtudes sòlidas, y proprias à formar un hombre destinado à emplearse en la salvacion de las almas. Haviendo sido el principal aliciente de su vocacion la conversion del Nuevo Mundo, à este punto tiraba todas las lineas, referìa sus oraciones, comuniones, penitencias, y demàs exercicios de la vida Religiosa, y le inspirò su zelo à escrivir en aquel tiempo à Nuestro Padre General, pidiendole licencia para dedicarse quanto antes à la conversion de los Infieles. Con tan santas disposiciones, hizo sus primeros Votos.

Acabado su Noviciado, le embiaron à enseñar Gramatica à Bretaña: no se entibiò su deseo de las

las Misiones, antes bien se encendiò mas con los exemplos de muchos fervorosos Misioneros Jesuitas, que recorrìan toda la dicha Provincia; pero por el govierno, que observa la Compañia, comprehendiò muy bien, que no estaba todavia maduro para empleos tan arduos, y que ademàs de las fuerzas del cuerpo, y de una edad mas abanzada, le faltaban muchos conocimientos, y la practica, y largo exercicio de muchos trabajos; y en fin, que no debia ir al Nuevo Mundo para hacerse Santo, sino que debia hacerse Santo, para estàr dispuesto à ir à trabajar con fruto en la conversion del Nuevo Mundo.

Por tanto no pensò mas, que en perfeccionarse en su empleo, y las classes le sirvieron para aprender à sufrir, à trabajar, à instruìr, y à formar otros en la virtud, como lo esperaba hacer algun dia en las Misiones. A proporcion que enseñaba à sus discipulos los caminos de la salvacion, marchaba èl mismo à grandes passos en el de la perfeccion; y como todo se enderezaba à las Misiones, ni el estudio de las lenguas, ni la leccion de los Autores Prophanos, ni el gusto, y apego, que resulta de la Poesìa, y de la eloquencia, fueron parte para entibiar su devocion, sabiendo muy bien concordar lo uno con lo otro, y nò permitir que sirviesse de estorvo su devocion à sus estudios. En efecto hizo en ellos tan considerables progressos, que pocos se hallaban, que tuviessen mejor gusto que èl en las obras de ingenio, y de talento, ni que con mas delicadèz entendiesse las bellas Letras.

Despues con las mismas ventajas se aplicò à la

Theo-

Theologìa, y juzgò que podia esperar, que el Padre General diesse oìdos à sus sùplicas, y le concediesse en fin la gracia, que tanto tiempo havia deseado. No obstante militaban muchas razones contra su intento. Como sin reserva se entregaba à todo lo que emprendìa, su extremada aplicacion al estudio le havia causado enfermedades tan graves, que muchas vezes se viò precisado à interrumpir el curso de sus estudios, y dexar las classes por algun tiempo. Enfermò tanto del pecho, que no se tenia esperanza de que pudiesse restablecerse. Por otra parte, con dificultad se privarìa la Francia de un Sugeto, à quien su entendimiento, capacidad, y excelente natural hacian muy aproposito para otros ministerios importantes, y que no necessitaban de tanta robustèz como las funciones de la vida Apostolica.

No obstante, movido de su firmeza, y zelo, hizo tan vivas instancias con sus Superiores, que casi llegaron à ser una especie de violencia; y à pesar de todas las dificultades, que le opusieron, alcanzò en fin de el Generàl la licencia de partir. Pero le inspiraba Dios este gran zelo, para probar su fidelidad; ò por mejor decir, esperaba de su zelo mucho mas de lo que entonces le havia inspirado. Pedia el Padre ser contado entre los Missioneros, y destinandole Dios à ser el Padre, y Conductor de todos ellos, y querìa que de algun modo cumpliesse con todos sus ministerios.

El Señor Conde de Creci, avisado, aunque algo tarde, de su intento, no pudo resolverse à dexar que partiesse un hermano, à quien tanto amaba. Se opuso, pues, fuertemente à su partida, y

se saliò con ello sin mucha dificultad, por haver declarado los Medicos, que en el dèbil estado en que se hallaba el Padre Verjus, ni siquiera podia emprender el viage, sin correr riesgo de su vida. Las razones, è instancias del Conde hicieron fuerza à los Superiores, y determinaron que quedasse en Francia el Padre Verjus. Le dixeron, para su consuelo, que en otro tiempo podria esperar lo que entonces se veìan obligados à negarle. Pensò, pues, el Padre en restablecer su salud; pero como nada podia esperar de las medicinas ordinarias, que muchas vezes le fueron inutiles, recurriò à remedios nuevos, que le inspirò su piedad. Tenia mucha veneracion à la memoria del Señor Miguèl Nobletz, cèlebre Missionero de Bretaña, que muriò en olor de santidad el dia 5. de Mayo de 1652. de quien havia oìdo decir mucho durante su mansion en dicha Provincia. Le invocaba con frequencia en sus devociones particulares, y para cobrar la salud por su intercession, se obligò por voto à escrivir su vida, la que diò à luz baxo el nombre de *Abad de San Andrès*. Fue recibida del pùblico con general aplauso, è impressa en Parìs en el año 1666. leyeronla todas las Comunidades, y se propuso à los Eclesiasticos de los Seminarios como un perfecto modelo para todos aquellos, que se emplearen en la conversion de las almas.

La estimacion, que todos hicieron de esta Obra, primer ensayo del Padre Verjus, fue grande, y nunca quiso declararse autor de ella. Contaba por nada las alabanzas que merecia, con tal que fuesse la Obra solidamente util al proximo: y fue esta una de aquellas maximas, que con mas constancia ha se-

ſeguido en trabajar ſiempre ſin interès proprio, ſabiendo bien que nos dà Dios ciento por uno, no ſolamente por la gloria que le damos, ſino tambien por la que, en obſequio de ſu Mageſtad, ocultamos à los ojos de los hombres. El trabajo de eſcrivir, que parecia opueſto al reſtablecimiento de ſu ſalud, fue el remedio de ſu mal, como lo havia eſperado. Se hallò deſpues mucho mejor, y aunque no con baſtante fuerza para poner por obra ſu primera vocacion, cobrò nuevas eſperanzas de poder emplearſe en Francia con alguna utilidad en la ſalvacion de las almas.

Muchos deſeos ſe tenian de que fueſſe aplicado al Pulpito, teniendo para ello prendas muy ſingulares, y que rara vez ſe hallan reunidas en una miſma perſona: ſu eloquencia era natural, y llena de uncion del Eſpiritu Santo: ſu gracia nada tenia de afectado: mucho fuego, y actividad en ſus fraſſes, y en la accion: ſu imaginacion hermoſeaba el diſcurſo, y lo aclaraba; y ſobre todo, ſu juicio era recto, juſta ſu diſcrecion, y exquiſito ſu guſto para diſcernir en cada materia lo sòlido, y verdadero; pero la debilidad de ſu pecho, y un aſma continua, no dexaron arbitrio à los Superiores para emplear ſus talentos en eſte miniſterio.

Mas facilmente ſe conſolò de eſta determinacion, que ſus amigos, porque temìa mucho el eſplendòr, que trahe conſigo el Pulpito; pero para alimentar ſu zelo, ſe determinò à eſcrivir en materias de piedad. Para dàr una idèa de lo que era capàz de hacer el Padre Verjus en eſte genero, ademàs de la vida del Señor Nobletz, baſta el poner los ojos en la Vida de San Franciſco de Borja,

en la que trabajò mucho, y huviera puesto en ella al fin de su vida la ultima mano, si sus empleos, y enfermedades se lo huvieran permitido. Es Obra llena del espiritu del Christianismo, y de las grandes maximas, y afectos, que dàn à las virtudes toda su hermosura, y energìa: toda la Obra inspira el desprecio de las grandezas humanas, el amor de la soledad, el aprecio de las humillaciones, el deseo de la penitencia, y la dulzura de la oracion, y contemplacion; y no es facil leer con atencion esta Historia sin sentirse igualmente conmovido de los grandes exemplos que contiene, y del modo vivo, y eloquente con que los pone su Autor à la vista de todos.

Tenia el Padre estraña facilidad de escrivir: nada le costaba trabajo, y al tomar la pluma, todo lo que querìa decir, venìa à su pensamiento, y corrìa como de un manantial fecundo, sin tener que buscarlo. Tenia yo la complacencia de verle escrivir un gran numero de cartas sobre negocios importantes, que pedian reflexion, y propriedad de terminos: y las escrivia tan apriessa como si se las dictàran, y al acabarlas veìa, que no havia omitido cosa alguna essencial, ni en quanto à el assumpto, ni en quanto al orden; antes bien observaba en cada frasse tanta gracia, y valentìa en el decir, que aun con mucho estudio, y trabajo es dificil alcanzar su primor. Pocas personas hay de distincion en Francia, que no hayan leìdo, ò recibido cartas suyas, yà escritas espontaneamente, ò yà por orden del R. P. Chayze. Guardaba el mismo Padre Verjus exacto registro de las que escrivia sobre negocios importantes, y su numero es

tan

tan immenso, que qualquiera se admirarà, como estando tan ocupado en otras cosas, huviesse podido escrivir tantas. Es lastima que no se huviessen conservado para el pùblico las Cartas, que escriviò à la difunta Señora la Princesa Maria Eleonora Rohan, Abadesa de Malnoue, sobre diferentes materias espirituales. Esta Princesa, tan recomendable por su piedad, entendimiento, y singular agrado, podia ella misma servir de modelo à los que se gloriàn de escrivir bien. Era muy diestra en esta especie de literatura, y la correspondencia, que tenia con las personas mas cultas, y entendidas de el Reyno, la ponia en estado de poder juzgar, mejor que otros, del precio de tales Obras. Solia decir, que en las cartas de sus conocidos, que mejor escrivian, echaba de vèr al punto el alma que tenian; pero que en aquellas que recibia del Padre Verjus, entreveìa, ò, para decirlo asi, veìa como de lexos, y en perspectiva, un espiritu sòlido, que incomparablemente excedìa à lo que querìa dàr à entender. Quiso poner à la frente de su admirable parafrasis sobre el Libro de la Sabidurìa, un Prefacio compuesto por el Padre Verjus, quien lo hizo tan corto, y en tan poco tiempo, que parecia afectar algun descuido, y negligencia. No obstante pareciò tan bueno à la Señora Princesa, que no se cansaba de decir, que estos pocos renglones, puestos al parecer sin arte, y sin estudio, valian un libro entero.

La fama, que se havia adquirido el Padre de buen Escritor, hizo que le buscassen muchas personas de calidad, con el deseo de aprovecharse

de

de su espiritu, y talentos; pero se escusò siempre, diciendo, que tenia la obligacion de emplear su tiempo en cosas mas importantes à la gloria de Dios, y salvacion del proximo. No obstante no pudo menos de trabajar en algunas Obras de otra especie, pero fue en circunstancias en que su deber, y su amistad le obligaban à ello. Entre estas se pueden contar la Apologìa del Señor Cardenal de *Furstemberg*, preso en Colonia en el tiempo mismo que en ella se negociaba la Paz. Muchos Manifiestos en Francès, y Latin, dirigidos à los Principes de Alemania contra las pretensiones de la Corte de Viena, y otros Escritos de la misma classe, que miraban à los intereses de la Francia, y que compuso para ayudar al Señor Conde de Crecì, quando por orden del Rey fue embiado à Alemania para alivio del mismo Conde.

Oprimido este Ministro con la multitud grande de negocios, de que estaba encargado, y mucho mas por sus achaques, deseò, para consuelo suyo, y alivio, tener cerca de sì al Padre Verjus, cuya facilidad, y destreza para los negocios, y trabajo, conocia, mejor que nadie, lo que consiguiò el año de 1672. Adquiriò el Padre en todas las Cortes de Alemania grande reputacion, no solamente por su capacidad, sino aun mas por sus virtudes, y rectitud. Se admiraba en èl una penetracion, à la qual nada se escondia: una modestia, y un ayre sencillo siempre igual, que fue su caracter entre nosotros, y se hizo notar mas en medio del siglo: con gran decoro vestia su Sotana dentro de los Palacios de los Principes Protestantes, adonde era mas odioso el nombre de Jesuita,

y

y en todo ſu porte ſe traslucìa una grande piedad, y religion, que le hacia amar, y reſpetar de quantos le conocian.

El primer Miniſtro del Señor Elector de Brandemburg, el Baròn de Schvverin, hombre de una capacidad conocida en todo el Imperio, pero zeloſo Calviniſta, y que deſde ſu infancia havia aprendido en el libro de ſus Doctores eſtrañas impreſsiones contra los Jeſuìtas, ſolìa decir, que paſſarìa de buena gana ſu vida con el Padre Verjus, no porque eſte le contemplaſſe de modo alguno en materia de Religion; antes al contrario en eſte aſſumpto le hablaba con la libertad, que conviene à un Miniſtro de Jeſu-Chriſto, y empleò muchas veces toda la fuerza de ſu zelo, para hacerle conocer ſus errores, y deſprenderle de ellos; y ſi no logrò convertirle, fue à lo menos util à la Religion la eſtima grande, que hacia el Baròn del Padre Verjus. Le repreſentò quan vergonzoſo era recibir, y recompenſar, como ſe practicaba en algunas Cortes de Alemania, y principalmente en la de ſu Soberano, à ciertos refugiados de Francia, y otros Reynos Catholicos, à quienes ſolamente el libertinage havia hecho abandonar ſu Paìs, y ſu Religion: y con eſto cerrò à muchos el aſylo que buſcaban para ſus deſordenes; y movido de zelo, para bolverlos mas facilmente al buen camino, quando los podia encontrar, y hablar, no dexaba coſa alguna por hacer para ſacarlos de ſus errores: los inſtruìa, los ponia miedo con los juicios de Dios, los ganaba con ſus buenos oficios, y procuraba reconciliarlos con los Superiores, cuyo caſtigo, y authoridad temian: hacia quanto podia, ſi eran

re-

religiosos, para poner à cubierto su honor, y el de sus ordenes: en fin, los llevaba à parages donde podia esperar, que sus personas, y su salvacion estarìan en adelante con seguridad. Esta especie de mission, que le havia inspirado su zelo hasta dentro de las Cortes, y Palacios de los Principes Hereges, le ocupaba de tal manera, y le salìa con tanto fruto, que parece que la Providencia le havia embiado à Alemania unicamente para que bolviessen à entrar en la Iglesia aquellas almas perdidas.

El Señor de Grote, primer Ministro del Duque de Hanober, no tenia menos estimacion del Padre Verjus, que el Ministro de Brandemburgo: servia à Juan Frederico, Duque de Hanober, que muriò en Ausburgo à 27. de Diciembre de 1679. y siendo el Principe Catholico, seguia el Ministro, por desgracia suya, el partido Protestante. El esplendòr, y superioridad de su genio, unidas à un nacimiento muy distinguido, le daban gran credito en la Corte; y quanto mayor era su merito, crecia à proporcion en su juicio el del Padre Verjus. Hurtaba con frequencia de sus mas importantes negocios algun instante para conversar, y disputar con el Padre: al parecer buscaba la verdad, ò à lo menos la oìa con gusto, quando procuraba el Padre darsela à conocer; pero vencieron à su razon las preocupaciones; y aunque perdiò tierra, nunca pudo resolverse à abandonar sus errores. Confessò no obstante de buena fè, que le havia enteramente convencido el Padre Verjus: que no eran defensables las opiniones de los Calvinistas; y que si una vez se pudiera determinar à condenar la

doc-

doctrina de Luthero, seria unicamente para abrazar la Religion Catholica. Añadian tambien, que le havia dado el Padre una tan alta idèa de los Jesuitas, que se tendria por dichoso de tener siempre cerca de su persona dos, ò tres de su caracter.

Pero quien mejor que nadie conociò las excelentes prendas del Padre Verjus, fue la Princesa Sophia Palatina, hija de Federico, Quinto Elector, Conde Palatino del Rhin, Rey de Bohemia, y de Isabèl de Inglaterra, entonces Duquesa de Osnabruk, y ahora Duquesa Viuda de Hanobèr, cuya capacidad no es menos distinguida, que su nacimiento. Honrò esta Señora al Padre con su estimacion, y confianza, y en muchas ocasiones le diò de ello pruebas muy singulares. Como estaba con entera seguridad de su discrecion, y prudencia, quiso consultarle sobre varios negocios importantes, que miraban à su Casa, y que havian de ser, segun toda probabilidad, muy ventajosas à la Religion Catholica: por lo qual correspondiò el Padre con toda su aplicacion, y zelo à la honra, que le hacia la Princesa, y abrazò los proyectos, que le proponia. Quedaron no obstante sin efecto, por diversos estorvos, que los cortaron, lo que fue sensible al zelo, que tenia de extender la verdadera Religion.

Si supo el Padre Verjus adquirir tanta estimacion en las Cortes de los Principes Protestantes del Imperio, facil serà juzgar, que no la logrò menor entre los Principes Catholicos. El Elector de Colonia Maximiliano Henrico, Duque de Babiera, el Obispo de Strasburgo Francisco Egon de Furstemberg, y el Principe Guillermo su hermano, que

despues fuè Cardenal, le dieron todas las mueſtras poſsibles de ſu afecto, y amiſtad: le hablaban familiarmente de ſus negocios, è intereſſes, y buſcaban ocaſiones de hacerle nuevos favores: le concedian con guſto las gracias, que les pedia; pero nunca queria en ellas ſu interès proprio: le combidaban à que admitieſſe las sùplicas de aquellos que quiſieſſen valerſe de ſu intercesſion, eſtando perſuadidos, que ſiempre mereceria atencion particular lo que el Padre juzgaſſe ſegun razon, y juſticia.

El Obiſpo de Muſter Bernardo de Gaalèn, aunque oprimido de negocios, y lleno ſiempre de infinitos, y grandes proyectos, y el Duque Catholico de Hanover, que era el Principe, y quizà el hombre mas bien inſtruìdo en la Religion, que havia en el Imperio, le decian muchas veces, què nunca deſcanſaban tan guſtoſamente de ſus tarèas, como en ſu compañia. Hallaban en el Padre una erudicion univerſal en todas las ciencias, delicadeza en las bellas Letras, una critica juicioſa de las obras de ingenio, y una dulzura animada de no sè què viveza, que hacia à ſu converſion delicioſa; pero ſobre todo, una virtud à toda prueba, y ſiempre conſtante; de manera, què le llamaban ſiempre que podian, y nunca ſe apartaban de èl, ſin nueva gana de verle.

Pero quien llevò la primacìa en la eſtimacion del Padre Verjus, fue ſin duda el cèlebre Obiſpo de Paderborn, entonces Coadjutor de Muſter Fernando de Fuſtemberg. Bien ſabe toda la Europa, que ninguno mejor que eſte gran Principe podia ſer Juez del merito ageno. Por oculto que eſtu-

vieſſe

viesse, iba à buscarlo à los lugares mas retirados entre los Estrangeros, como entre los de su Nacion, y pensaba que nunca podia honrar bastantemente à los que sobresalian en algun talento. Al punto que conociò al Padre Verjus, le llamò con el mas sincero afecto; y como intentaba el tenerle siempre cerca de su persona, resistiò, sin cessar, à las instancias del Conde de Creci, quien por su parte no podia estàr sin el Padre en las Cortes de Alemania, adonde le llamaba el servicio del Rey.

Se aplicò el Padre con tanto mayor esmero à cultivar, y merecer el favor del Obispo de Paderborn, quanto conociò en èl un gran fondo de Religion, y un deseo ardiente de estender por todas partes la Religion Catholica. Supo la piedad con que este Principe zeloso havia establecido yà Missiones en Alemania, y le persuadiò à que tambien la China experimentasse los efectos de su liberalidad, señalando renta, ò un principal suficiente para mantener siempre alli ocho Missioneros. Esta fundacion, de la qual estàn VV. RR. bien informados por las Relaciones pùblicas, y de cuyo fruto en parte han participado, se debe igualmente al zelo de este incomparable Prelado, y al cuidado que tuvo el Padre en inspirarselo.

Como la prueba mas segura de un merito verdadero, y sòlido, es sin duda la estimacion universal de los hombres grandes con quienes se trata, deseando dàr à conocer à VV. RR. el de el Padre Verjus, no lleven à mal que me dilate algo mas sobre el concepto, que de èl han hecho las personas mas calificadas. Formò la Francia del Padre el mismo juicio, que la Alemania; y como hemos

tenido aqui mas ocasiones de conocerle, que los Estrangeros, la opinion, y parecer de sus Compatriotas debe serle mas ventajosa, y preferible.

Si estimaba en mucho el Padre Verjus al Señor Cardenal de Estrees, à quien nadie ha vencido en generosidad, tampoco omitia este ilustre Prelado ocasion alguna para dàr à conocer el mucho caso, que hacia del Padre. Se olvidaba, por decirlo assi, de su Purpura para tratarle con familiaridad: ponia su gusto en obligarle, y anticipabase à obsequiarle en todas ocasiones; y como si no bastàra honrarle con su proteccion, y apreciable amistad, quiso con empeño, que aceptasse una pension considerable, no tanto, como decia su Eminencia, para ayudar à sus gastos religiosos, quanto para darle pruebas de su alta estimacion. Rehusò con constancia el Padre Verjus esta señal de su afecto, asegurandole siempre del modo mas eficàz, que nunca saldrìa del estado en que se hallaba de poder jurar, que su afectuoso rendimiento havia sido, y serìa siempre perfectamente desinteressado; pero que para que conociesse su Eminencia, que no se oponia à tenerle obligaciones, convenia, para quando su Eminencia tuviesse cinquenta mil pesos de renta, en recibir cada mes diez, ò doce pesos para socorro de las Missiones. De este modo, olvidando sus proprios interesses, jamàs perdiò de vista los de la Iglesia, y del proximo.

Con mayor utilidad de las Missiones, se valiò del favor del Marquès de Louvois, y del Marquès de Scignelay. Se viò por algunos años entre estos dos Ministros una especie de emulacion sobre quien darìa al Padre mayores muestras de su poder, y pro-

tec-

teccion: parecia que disputaban entre sì las ocasiones de procurarle mas gracias; y manejò con tanta prudencia su buena voluntad, ò como èl mismo decia, le guiò Dios tan felizmente en los negocios que tuvo que tratar con ellos, que la disposicion favorable de estos dos hombres grandes àzia su persona, siempre saliò ventajosa à sus amadas Missiones.

Pero entre todos los que ocupaban entonces el ministerio, quien sin duda mas afecto le tenia era el Marquès de Croissy. Decia muchas veces este Ministro, que no tenia en el mundo amigo mas fiel, ni mas verdadero: por tanto nada le ocultaba de quanto miraba à sus interesses particulares, y los de su familia: le comunicaba todos sus proyectos: le daba parte de los sucessos: descargaba en su pecho todas sus penas: y de qualquier negocio que le hablasse, hallaba siempre en las medidas que le proponia, como muchas veces lo publicò el Ministro mismo, consejos llenos de prudencia, y religion.

No dexarè de poner aqui una prueba singular, sabida de pocos, que le diò de su estimacion, proponiendole al Rey para el manejo de uno de aquellos negocios mas delicados, y mas importantes de la Europa, y que pedia superior talento, y prudencia en aquel à quien se confiasse para ganar la voluntad de aquellos con quienes lo havia de tratar. La instruccion que se le havia de dàr estaba yà formada, y existe aùn, la qual dà bien à conocer à què grado llegaba la confianza, que de èl se tenia, porque le entregaban la disposicion de muchas sumas considerables, que havia de em-

plear

plear segun las ocurrencias. Pero sucediò una mudanza no esperada en este negocio, que hizo tomar otras medidas, y le sacò de el embarazo en que le havian metido, sin consultarle; porque quando pusieron los ojos en el Padre, y quando aprobò el Rey la eleccion hecha por el Ministro, nada sabìa el Padre de lo que se tramaba. Siendo despues instruìdo de ello, estuvo muy perplexo sobre el partido que huviera tomado; porque bien que su rendimiento, y zelo por la gloria, y servicio del Rey se havian dado bien à conocer en otras muchas ocasiones; con todo esso, en este lance se hallò vacilante, por la oposicion grande, que tenia à todo lo que parecia no ajustarse con la humildad de su profession. La perplexidad, y turbacion, que le causaron estas dos consideraciones, le hicieron mirar el acaso, que mudò la disposicion de las cosas, y que assi le sacaba de una carga tan opuesta à sus inclinaciones, como un lance felìz, y como una prueba sensible de la proteccion de su Dios, por la qual no acababa de darle gracias. Tan lexos estaba de procurar, ni aun desear los empleos grandes, que evitaba con cuidado las mas naturales ocasiones de salir al pùblico; y aunque en varios tiempos de su vida tuvo muchas oportunidades de dàr quenta al Rey de sus negocios, muy importantes al bien de la Religion, y del Estado, se valiò siempre del ministerio de aquellas personas, que tenian la honra de conferenciar con su Magestad, sin querer parecer en cosa alguna. Le dixeron muchas vezes, que teniendo el honor de ser tan conocido del Rey, no podia dispensarse de darle las gracias en persona, por las limosnas con que liberal-

ralmente socorrìa de quando en quando su Magestad à las Missiones, y por la proteccion con que las honraba; pero el perfecto reconocimiento de que estaba lleno su corazon, jamàs le hizo quebrantar las reglas de modestia, que se havia prescripto, y passaron siempre sus agradecimientos por el mismo canàl por donde le venian las gracias.

El Mariscàl de Luxemburgo, (Francisco Enrico de Montmorenzy, Duque de Pyney, y de Luxemburgo, Par, y Mariscàl de Francia, que muriò en Versalles à 4. de Enero de 1695.) tan cèlebre en Europa por su valor, y victorias, tenia tal confianza en el Padre Verjus, que se puede decir, que nadie passò mas adelante. Aunque mas ocupado quizà en su propria gloria, y en la del Estado, que en el cuidado de su salvacion, no obstante en su corazon conservaba algunos principios de Religion, que le hacian estimar la virtud, y entrar alguna vez dentro de sì mismo. Muchas vezes abriò su pecho al Padre, quien no perdia las esperanzas de verle algun dia tan activo, y zeloso para con Dios, como le havia visto en las cosas del mundo; pero principalmente le mostrò la intima confianza, que de èl hacia, en una de aquellas coyunturas en que es la mayor fortuna hallar un hombre prudente, y de toda confianza. Antes de dàr un passo, que pudiera tener grandes consequencias, quiso tratarlo con èl, y abrirle su conciencia. Deseò tambien saber su parecer sobre un Memorial importante, que disponia, y que debia ser presentado al Rey. No descaeciò con el tiempo esta confianza, continuando siempre la misma hasta la muerte, y de ella se

va-

valiò el Padre para efpirarle maximas, y afectos Chriftianos.

No hay que decir por menor la eftimacion, que de èl hacia el R.P. La Chaize, y la confianza, que fiempre le ha moftrado. Sus efectos fon tan palpables en las Mifsiones, que nadie los puede ignorar. Como conocia en èl una intencion recta, y defintereffada, y un zelo ardiente, y lleno de prudencia para adelantar la Religion, fe valìa del Padre con mucho gufto en los negocios, que le podia comunicar, y principalmente para efcrivir muchas cartas, à que le precifaban los muchos negocios de que eftaba encargado. Entraba de buena gana en las idèas, que le proponia el Padre Verjus para el bien de fus amadas Mifsiones, y las apoyaba con fu autoridad.

Bafta lo dicho para dàr à conocer el juicio, que en el mundo fe tenia del Padre Verjus. Otros, mejor informados de las particularidades de fu vida, echaràn menos quizà muchas cofas, que pudieran dàr nuevo realce à fu merito; pero les ruego, que confidèren, que muchas de ellas fon fecretos, que apenas confiò à fus mas intimos amigos, y que huviera enterrado configo en la fepultura, fi los juzgàra capaces de publicarlos.

Paffo ahora à la eftimacion, que tuvo en fu Religion. Los Generales, que la governaron en fu tiempo, le miraron fiempre como un hombre sòlido, y muy adicto à los verdaderos intereffes de fu cuerpo, que nunca feparaba de los de la Iglefia. Tomaban con gufto fus confejos, abrazaban fus proyectos, admiraban fu zelo, y refpetaban fu virtud,

tud los Superiores de Parìs. Deseaban que moderasse sus afanes; y no obstante que no aprobaban la demasìa, daban continuos elogios à sus buenas intenciones, à su piedad tierna, y à su profunda humildad. Pero què concepto no formarìan los particulares, que tenian la fortuna de vivir con èl? Le hallaron siempre, no solamente muy edificativo, sino tambien un protector seguro en todas sus dependencias. A pesar de sus grandes, y muchas ocupaciones, estaba siempre prompto à recibirlos con agrado, y à servirlos. No perdonaba trabajo, ni escaseaba su credito para satisfacerlos, y estaban los Jesuìtas Estrangeros tan convencidos de su generosidad, que acudian à èl, como si fuera en Parìs el Procurador de todas las Provincias.

De aqui formaràn VV. RR. concepto de lo que serìa para sus amigos. Nadie los ha tenido en mayor numero, y nadie ha sabido cultivarlos mejor, ni merecer su afecto. No esperaba à que le dixessen lo que de èl querian, era el primero à pensar en ello, y su mayor gusto era anticiparse à su obsequio. Por grandes que fuessen los buenos oficios que havia hecho, no permitìa, sin repugnancia, que le diessen las gracias; y decia ordinariamente, que su gusto era que le diessen otras ocasiones de servirlos.

Yà es tiempo que bolvamos à tomar la sèrie de su vida, y hablemos de la mas larga ocupacion de toda ella. Haviendo muerto el Procurador de las Missiones de Levante, echaron mano del Padre Verjus para su empleo. Recibiòlo, no solamente como una disposicion de la Providencia, sino tambien como una reparacion de la pèrdida, que creìa

haver hecho quedandose en Francia. Con este empleo estaba continuamente ocupado en lo que era mas capàz de fomentar su zelo; y al contrario, si huviera sido Missionero, lo huviera limitado à una Iglesia, ò à una Provincia, y ahora se hallaba encargado de la conversion de muchos Reynos. Con este espiritu, no mirò la ocupacion como tiempo de descanso, y aun desde luego se persuadiò que era necessaria una salud mas robusta que la suya para llenar todas sus obligaciones; pero contò menos sobre sus fuerzas, que sobre los socorros de la Providencia.

Faltaban Operarios en muchos parages de las Missiones, por no haver fondos suficientes para mantenerlos; y estando resfriada la piedad de los Fieles, se veìan en la necessidad de abandonar sin enseñanza un gran numero de cismaticos; pero presto mudò el Padre Verjus el semblante à las cosas. Añadiò en poco tiempo à las nuevas Iglesias un gran numero de establecimientos, las surtiò de Operarios, que juntò de todas nuestras Provincias; y siendo assi que sus predecessores no podian admitir la mayor parte de los que se ofrecian, se quexaba siempre el Padre de no tener bastantes Missioneros. Admirados de su conducta, le preguntaban varias vezes los Superiores: *Undè ememus panes ut manducent hi?* Dònde hallarà V. R. con que mantener tantos Operarios? A lo que respondia, que debiamos temer, què faltarìamos à la Providencia, pero no que la Providencia nos faltasse. Añadìa tambien, que no eran las limosnas las que nos procuraban buenos Missioneros, sino que los buenos Missioneros eran los que nos alcan-

canzaban limosnas, segun la palabra de Jesu-Christo: *Buscad primero el Reyno de Dios, y lo demàs os serà dado.*

El miedo de que le podria faltar dinero jamàs impidiò al Padre Verjus emprender una obra buena: en tales lances tomaba sin temor prestadas grandes cantidades, y no temia añadir nuevas deudas, quando las juzgaba necessarias para la salvacion del proximo. La larga experiencia, que tenia de que Dios no se dexa vencer en liberalidad, animaba mas, y mas su confianza: oìa con animo sereno el parecer de aquellos, que tachaban de temerarios sus designios, ò les decia sonriendose: *Arcæ meæ confidito. Haced alguna cuenta con mis caudales.* Lo que entendia de los fondos inagotables del Gran Padre de Familia, cuyos Operarios reciben la recompensa de ciento por uno.

Bendecia el Cielo de un modo particular las santas empressas del Padre, no solamente con las grandes limosnas, que le disponia para las necessidades en que se hallaba, sino tambien mucho mas con el gran numero de excelentes Sugetos, que se ofrecian à èl en todas partes. Su numero era tan grande, que si se huviera dexado à los jovenes Jesuìtas salir con su fervor, y al Padre Verjus con su zelo, se huvieran despoblado las demàs Missiones; y aun puedo decir, que tambien los Colegios: no porque el Padre, combidandolos à entrar en la Viña del Señor, les propusiesse cosas, que pudiessen lisongear à la naturaleza, ò à la curiosidad. Bien saben VV. RR. que muy lexos de quitarles las cruzes, que se hallan sembradas en los caminos de el Apostolado, procuraba con sus

 dif-

discursos ponerlas à su vista en mayor numero. No les hablaba sino de sufrir, de hambre, de sed, naufragios, persecuciones, y martyrio. Escriviendo à uno de ellos, le dixo: *Jesus no le llama à V. R. al Thabòr, sino al Calvario, y á la muerte: acuerdese, Padre mio, que un Apostol muere en todos los instantes: no juzgo conveniente el ocultarle las dificultades, y que un zelo comun no basta para vencerlas; pero la charidad de Jesu-Christo, que le insta, aumentarà sin duda la de V. R. el exemplo de sus Hermanos le animarà; y como espero de la Misericordia Divina, se hallarà lleno de gozo, y consuelo enmedio de sus trabajos.*

Con otro se explicaba de la manera siguiente: *Derramo lagrimas al leer en la ultima Carta de V. R. todo lo que Dios ha querido inspirarle tocante à la conversion de los Infieles. Todo esse valor es menester para emprender tan grandes cosas; pero estè V. R. persuadido, que todo lo que el fervor de su oracion le pusiesse delante de los ojos, serà muy inferior à lo que experimentarà; y aunque dè à su zelo toda la extension que pueda, le embiarà la Providencia cruzes, que no havrà previsto; pero esto mismo debe animarle: no es el discipulo de mejor condicion que su Maestro, y no mereceriamos ser contados entre los discipulos de Jesus, si no llevàramos à su exemplo una pesada cruz.*

Llenas estaban todas sus cartas, y todas sus conversaciones de tan piadosas maximas; y no podia tolerar, que escriviendo à los que pedian Missiones, se les hablasse de algunos cortos alivios, que se hallan en un Paìs mas que en otro. Al contrario estaba persuadido, que quanto mas laboriosa,

y aspera es la Mission, mas Jesuitas se hallan que à ella se dediquen: y añadia ingeniosamente, que un Apostol es como un buen General de un Exercito, que en la batalla acude siempre donde es mas vivo el fuego.

No decia esto porque descuidasse en quanto pudiesse ser de alivio à la vida penosa de sus Missioneros: los amaba como Padre tierno, se compadecia de sus afliciones, y jamàs recibia cartas suyas sin regarlas con sus lagrimas: sobre todo, quando encontraba en ellas las señales de su Apostolado, quiero decir cruzes, y trabajos.

Quando partian para sus Missiones, los proveìa mas allà de sus deseos de todo lo necessario. Empleaba todo su credito para ganarles en los Puertos de Mar la proteccion de los Intendentes, y la amistad de los Capitanes. Mantenia correspondencias en todas partes, en Portugàl, en Inglaterra, en Holanda, Constantinopla, Persia, y en las Indias, para abastecerlos con mas seguridad de dinero, y demàs cosas necessarias. En fin, tanto mas se creìa obligado de contribuir à su comodidad, quanto mas los veìa deseosos de sufrir, y padecer por Jesu-Christo.

Mil vezes han experimentado VV. RR. su caridad, y mucho mejor que yo pudieran decir hasta dònde llegaba su santa inquietud por las Missiones. Hemos visto aqui una infinidad de exemplos edificativos, y otros muchos se nos han ocultado; fuera menester oìr à cada uno de VV. RR. en particular para comprehender, y conocerlos todos.

No tenia el Padre Verjus menor estimacion, que ternura para con sus amados Missioneros, y ninguno

ha-

havia entre ellos, que no le miraſſe con reſpeto; y cuya virtud, y merito no admiraſſe: ſi no eran felices ſus viages, ſi en la quenta que le daban de ſus empreſſas no hallaba que los progreſſos correſpondieſſen à ſus eſperanzas, ſi ſe levantaba alguna perſecucion, nunca echaba la culpa à ellos: ſi le queriamos creer, ſiempre era culpa ſuya; y en eſtas ocaſiones decia: *Bien conozco que lo echo todo à perder, y que mis pecados impiden la obra de Dios.*

Como no ſiempre tienen el miſmo parecer aun en el ſervicio de el Señor aun aquellos que ſon los mas ajuſtados, ſucediò algunas veces, que los Miſsioneros de un Paìs ſe quexaſſen de que no ſe cuidaba de ſu Miſsion, y que ſe ponia todo el eſmero en eſtender otras. Sobre eſto eſcrivian cartas baſtantemente vivas, preciſadas de las verdaderas neceſsidades de los Pueblos, que eſtaban à ſu cargo. Lexos de condenarlos el Padre Verjus, alababa ſiempre ſu zelo, les proponia ſus razones, la deſdicha de los tiempos, la ſituacion poco favorable de ſus negocios; y ſobre todo procuraba convencerlos de ſu buena voluntad, y hacia todos ſus esfuerzos para conſervarlos en los tiempos mas calamitoſos. Nunca perdia el animo, y lexos de dexarſe vencer por los eſtorvos, que excitaba la malicia humana, ò el comun enemigo, tomaba fuerzas, à medida que ſentìa ſu debilidad; y el no ſalirle bien una empreſſa, era motivo para proyectar otra.

Se ha de confeſſar no obſtante, que tuvo al principio el Padre Verjus alguna repugnancia en emprender los nuevos eſtablecimientos, que hicieron los Jeſuìtas Franceſes en las Indias, y en la

China. Preveìa bien las dificultades ; informado de las diferencias , que havia entonces entre las Cortes de Roma , y Portugàl , con ocasion de los Vicarios Apostolicos , y Obispos Franceses ; nombrados por la Sagrada Congregacion , la qual entendia con plena , y entera jurisdiccion en aquel Paìs contra los Privilegios , que defendia el Rey de Portugàl haverle sido concedidos en otro tiempo. Conocia muy bien la dificultad que havia, por mas medidas que tomasse , de reconciliar interesses tan opuestos , y contentar à un mismo tiempo à los Obispos Portugueses , que estaban yà alli establecidos , y à los Obispos Franceses , que de nuevo se establecian , pretendiendo los unos , y los otros , que absolutamente debian depender de ellos. No obstante , como los seis primeros Jesuìtas havian de partir por orden expressa del Rey, yendo à la China en calidad de Mathematicos de su Magestad , juzgò , que apoyados de tan poderosa proteccion, podrian componerse con los unos, y los otros , y que los tendrian algun respeto, hasta que se arreglassen las disputas entre la Corona de Portugàl , y la Sagrada Congregacion. Rindiòse en fin à las ordenes reiteradas , que le diò el Ministro Marquès de Louvois. Es verdad, que haviendo una vez tomado su partido , puso en obra quanto le inspirò su zelo , para sostener , y adelantar esta empressa , à pesar de los estorvos, y persecuciones, que opone, y atraviessa por lo comun el Demonio en todos los proyectos , que miran à la gloria de Dios : y bien saben VV. RR. y lo han experimentado quizà , que no faltò abun-

dante

dante coſecha de dificultades en la obra de que hablamos.

No ſe contentò con los medios ordinarios, que le daba la Francia, para hacer paſſar Operarios à las Indias: intentò abrirles nuevos caminos por la Polonia, Perſia, y Mar Roxo. Inglaterra, aunque en guerra con noſotros, le facilitò algunas vezes el tranſporte de los Miſsioneros en ſus Baxeles: y debemos agradecer à la Real Compañia de Londres los buenos oficios, que en eſto nos ha hecho; y aſsi, en poco tiempo ſe eſtendieron nueſtros Miſsioneros por los Reynos de Siam, de Madurè, Malabàr, Bengala, Surate, Tonkin, y la China. Seguramente podrian eſtos ſuceſſos ſervir de limites al zelo de el Padre Verjus; pero decia, que no moriria contento, ſi no colocaba antes cien Jeſuitas Franceſes en el Oriente; y ſi no ſe cumpliò enteramente ſu deſeo, faltò para completarlo un numero muy corto.

No ſe puede baſtantemente admirar, còmo en tan pocos años pudo hallar fondos ſuficientes para abaſtecer à tantos nuevos eſtablecimientos, y mas conociendo à què punto llegaba ſu deſinterès; y quan lexos eſtaba de abrazar aquellos medios baxos en que la conciencia, ò la honra pudieran formar el menor reparo. Inſtaba à las perſonas zeloſas con toda energìa à que contribuyeſſen à tan ſanta obra: procuraba inclinarlos à ello en ſus converſaciones, por ſus cartas, por medio de ſus amigos, y por otros caminos, que ſabe deſcubrir una piedad ingenioſa. Pero ſi echaba de vèr que en las ofrendas, y limoſnas, que le hacian, ſe mezclaba

otro

otro fin, que la gloria de Dios, bastaba esso solo para no admitirlas.

Muchos viven todavia, que pueden ser testigos de esta verdad, y yo mismo pudiera citar muchos exemplos, que han llegado à mi noticia, y serian una atestacion honrosa à su memoria; pero me contentarè con referir uno de mucha edificacion, y muy al assumpto para retratar su caracter.

Un padre de familias, que tenia un caudal muy considerable, hallandose cercano à la muerte, y pensando en cuidar de su conciencia, hizo llamar al Padre Verjus para que le confessasse. No tenia el enfermo conocimiento particular con el Padre; cuya reputacion sola le havia movido à darle esta señal de su confianza. Comenzò el enfermo diciendole, que era su animo entregar todo su caudal à la Compañia. Oyò el Padre la propuesta con mucha indiferencia, y sin dexarle passar mas adelante, quiso saber si dexaba algun hijo. Al oìr esta palabra el enfermo, aunque postrado de el mal, despertò como de un letargo, y como si le diera la ira nuevas fuerzas, se encolerizò con tanta violencia contra los desordenes de un hijo, haciendo de ellos una pintura tan horrorosa, que desde luego hizo juicio, que tenia el enfermo mas animosidad, que razon.

No obstante, por no despechar à aquel espiritu tan irritado, se esplayò en general sobre la mala conducta de los hijos, que justamente atrahen sobre sì la indignacion de sus padres. Alabòle despues, de que contra la practica de muchos padres no se huviesse cegado sobre los defectos de su hijo.

Pero deſpues de un largo diſcurſo, echando de vèr que le oìa el enfermo con atencion, le dixo: *En fin, Señor, la accion que vais à hacer pide mucha reflexion: preſto parecerèis delante del Tribunal de Dios, y yà no ſerà tiempo de reparar el daño, que huviereis hecho à vueſtro hijo, ſi acaſo no es tan culpable como le haceis. No quiſierais morir cargado de la menor injuſticia contra vueſtro mas cruel enemigo: quánto mas debeis temer de quitar injuſtamente la hacienda, y la honra à quien debèis amar mas que otro alguno en eſte mundo? No quiero creer que eſſe joven ſea del todo inocente, baſta que vos miſmo le acuſeis; pero no me atrevo à juzgarle digno de caſtigo tan ſevero, haſta que le deis tiempo de juſtificar ſu conducta. Por lo demàs, ſeñor, la acrimonìa, la colera, y el enfado, no ſon buenas diſpoſiciones para una ſanta muerte. Haced que venga vueſtro hijo, habladle como padre, y no como enemigo: oìd con ſerenidad ſus eſcuſas, y luego harèis lo que la razon, el amor paterno, y la Religion os inſpirare. Pero en qualquiera determinacion que tomeis acerca de vueſtros bienes, eſcoged qualquier otro, que no ſea Jeſuìta: Y de mi parte os aſſeguro, que con todo el deſeo, que tengo de eſtablecer Miſsiones, jamàs ſervirà mi zelo de pretexto à la venganza de un padre, ni à la ruina, y perdicion de un hijo.*

Eſte diſcurſo, que amplificò el Padre con una eloquencia verdaderamente chriſtiana, tuvo todo el ſuceſſo que deſeaba. Llamò el enfermo à ſu hijo, le hablò con moderacion, le oyò, y le juzgò menos culpable; de manera, que en pocas horas ſe perficionò de tal modo ſu reconciliacion, que fue ſeguida de muchas lagrimas, y de mil pruebas de

de ternura por una, y otra parte. No hallaba el joven expresiones para explicar su obligacion, y reconocimiento à un hombre, que sin conocerle, y de algun modo contra sus proprios intereses, le havia hecho un servicio tan importante; y decia muchas vezes, que si pudiera revelar ciertos secretos pertenecientes à su Casa, que le obligaba la prudencia à sepultar con su padre, conoceria el mundo en la persona de el Padre Verjus hasta donde puede estenderse la prudencia, la bondad, y el desinterès de un Confessor.

Quando alababan al Padre de este desapego, respondia con discrecion, que dos cosas solas podian enriquecer sus Missiones, recibir poco, y con prudencia, y gastar mucho, y con liberalidad, lo qual explicaba de esta manera: *Estoy persuadido, que hay cierta casta de bienes, que empobrece, en lugar de enriquecer. Lo que nos viene de la passion, del interès, de la concupiscencia, nunca sirve para adelantar la gloria de Dios: mas quiero para sustentar à todos los Operarios del Evangelio aquellos pocos panes, que bendixo Jesu-Christo en el Desierto, que todas las riquezas, que nos serìan ofrecidas, y dadas sin charidad, y sin zelo. El un bien crece siempre, y se multiplica mas allà de nuestras necessidades; el otro perece sin fruto alguno, ò sirve solamente para una vana ostentacion: lo qual debe inspirarnos una fè grande, y una prodigalidad santa; porque quando gastamos con confianza en sus Ministros lo poco que Dios embia, y viene con su bendicion, como lo practicaban los Apostoles con los Pueblos, que seguian á Jesu-Christo, hace entonces el Cielo milagros en nuestro favor, y la abundancia sigue de muy cerca à nues-*

nuestra pobreza. No miraba el Padre Verjus estàs maximas como idèas de pura especulacion; eran la regla ordinaria de su conducta: y assi todo crecia en su mano, y en la urgencia, y necessidad le proveìa la Providencia puntualmente de todos los socorros necessarios.

Por esta razon las Missiones, que estabān à su cuidado, se estendieron en la mayor parte de el Mundo. Quando se encargò de ellas, era, por decirlo assi, Padre de una Familia limitada, y de pocos Hijos, y en pocos años llegò à ser el Padre de muchas Naciones. No obstante el gozo grande, que tenia de vèr los grandes sucessos, que daba el Cielo à sus trabajos, conociò bien, que un hombre solo no podia bastar para un empleo, que en sus manos llegò à ser tan penoso. Pensò, pues, en dividirlo, y pidiò con instancia à los Superiores, que le diessen por Compañero un Sugeto de quien tenia una antigua, y verdadera estimacion. Era este el Padre Fleuriau, à quien entregò el cuidado de las Missiones de Levante; esto es, de Constantinopla, Grecia, Syria, Armenia, y Persia, y se quedò con las de las Indias Orientales, y de la China; pero su mucha edad, y continuas enfermedades, haviendo poco despues debilitado considerablemente sus fuerzas, le obligaron en fin à descargarse enteramente, y tomar otro successor para la porcion, que se havia reservado: fue este el Padre Magnàn, quien muriò en Versalles à 15. de Diciembre de 1705.

Yà desembarazado de sus ocupaciones exteriores, no pensò mas que en su propria perfeccion. La libertad, y retiro le gustaron mucho, no porque lo-

grába mas descanso, sino porque tenia tiempo de trabajar unicamente para sì. Repartiò todo el tiempo en la oracion, la mortificacion, y la leccion de los Libros Sagrados: todos sus pensamientos eran de la muerte, y hablaba de ella con tanta frequencia en sus conversaciones, y cartas, que parecia estàr todo absorto en aquella sentencia del Apostol: *Quotidiè morior.* Desde un accidente que tuvo en Fontaynebleau, donde cayò de repente privado de los sentidos, y con symptomas, que le amenazaban una muerte repentina, le fue aùn mas familiar el pensamiento de ella.

Mirò esta caìda como un aviso del Cielo, de que presto llegarìa su hora. Lo agradeciò como una gracia singular, y se sintiò con nuevos deseos de unirse presto con Jesu-Christo; pero el pensamiento de la muerte, que al principio havia sido su mas dulze consuelo, llegò despues à serle una prueba penosa, y de mucha afliccion. A fuerza de pensar en ella, temiò sus consequencias, y no podia, sin turbacion, traerla al pensamiento. En su alma no hallaba sino inquietudes, disgustos, y tinieblas. Se atropellaban los pensamientos unos à otros, y todos le atormentaban. Cien vezes al dia se atribuìa à sì mismo la lentitud de los progressos del Evangelio, como si huviera tenido la culpa. Unas subidas, ò vapores, que en otro tiempo le havian molestado algunas veces, llegaron à ser casi continuos; y el poco dormir, junto con su delicadeza de conciencia, contribuyeron à las agitaciones de su espiritu, queriendo Dios al fin de su vida exercitar su paciencia con esta conturbacion, y purificar su alma.

Sin

Sin embargo conservò siempre enmedio de esta afliccion una sòlida confianza en la Misericordia Divina; y aunque no acompañada de aquella dulzura sensible, que produce la calma, y la paz; tenia toda la eficacia suficiente para que aceptasse con sumission, y aun con accion de gracias, todo lo que le venìa de la mano de Dios. Esta cruz, que le durò casi por dos años, tenia sus intervalos, y el ultimo año de su vida recobrò una entera paz, y quietud. Pero temiendo que una enfermedad larga le bolviesse al estado, que acababa de padecer, rogò al Señor le concediesse un genero de muerte, que no le expusiesse à otras inquietudes semejantes; y estaba tan seguro que havia sido oìda su peticion, que nunca se despedia de sus amigos, sino con el ultimo vale. Muriò en efecto casi repentinamente el dia 16. de Mayo de 1706. à las quatro de la mañana, de edad de setenta y quatro años, ahogado de asthma, cuyo accesso havia llegado à ser muy frequente, y violento.

Jamàs muerte alguna, por repentina que haya parecido, fue menos imprevista, que la suya. Para ella se havia preparado con la inocencia de su vida, con el exercicio constante de las virtudes religiosas, con continuas meditaciones de la vanidad del mundo, con un trabajo infatigable por adelantar la gloria de Dios, y con un presentimiento interior, que le obligaba à estàr siempre dispuesto à parecer delante del Divino Juez.

Tenemos, RR. PP. mios, grandes razones de creer, que estaba maduro para el Cielo, y que Dios le ha sacado de este mundo para premiarle en compañia de un gran numero de Almas Santas,

à quienes ſus trabajos havian procurado la Bienâventuranza eterna. Pero como el Padre de las lumbres halla muchas vezes manchas en lo que parece mas cryſtalino, y puro à los ojos de los hombres, unan VV. RR. ſus oraciones con las nueſtras, para apreſurar en la otra vida, en quanto ſe pueda, el deſcanſo eterno à un hombre, que en eſta vida ſacrificò todo ſu repoſo en favor de VV. RR. Permitanme tambien añadir, que nos imponen otra obligacion ſus religioſos exemplos, de los quales no podemos acordarnos ſin penſar en lo que debemos hacer.

Si conſideramos los grandes talentos, que depoſitaron en la perſona del Padre Verjus la naturaleza, la educacion, y la gracia, parece que no podemos aſpirar à ſerle perfectamente ſemejantes. No obſtante ſe puede decir con toda verdad, que pocos Jeſuìtas hallarèmos mas apropoſito para ſervirnos de modelo. Tenia, es verdad, un genio elevado, y ſiempre lleno de grandes deſignios; pero empleado ſiempre unicamente en la gloria de Dios. Nadie ſe humillàba de mejor gana à todas las acciones ſencillas, y comunes de la vida religioſa. Amaba el retiro tanto, como la obſervancia, y lloraba muchas vezes el verſe precisado à diſpenſarſe de ciertas menudencias por ſus ocupaciones, viages, viſitas, y enfermedades: mas por lo que mira à la oracion, leccion de Libros eſpirituales, exactitud en rezar à ſu tiempo el Oficio Divino, en celebrar cada dia los Divinos Myſterios, y en confeſſarſe regularmente dos veces en la ſemana, ninguna coſa fue jamàs capàz de impedirle ſu mas puntual cumplimiento.

Su

Su mortificacion no ha sido la menor de sus virtudes. Miraba las cruces como su herencia, y las amaba como la mas preciosa porcion de la herencia de Jesu-Christo, bien que con un semblante siempre alegre, y sereno, de manera, que la tranquilidad de su espiritu se traslucia en toda su conducta, y conversaciones. Toda su vida fue un puro trabajo. El mal de pecho le diò que padecer en la juventud: succediò el asthma à esta molestia, luego le acometieron unas violentas jaquecas; y en fin una fluxion general, y unos vahìdos muy enfadosos acabaron de arruinar enteramente su salud. No gustaba siquiera de aquellos placères inocentes, que se conceden à las personas mas espirituales; y si alguna cosa era capàz de darle gusto, era el pensar, que quizà sus enfermedades le servirìan de Purgatorio: assi se explicaba en sus mayores aflicciones. En lugar de tomar despues de la comida, segun estylo, algun desahogo, y descanso en la conversacion, se retiraba comunmente à su quarto para escrivir, ò para orar: dormìa muy poco, y tenià muchas vezes que passar una parte de la noche sin acostarse.

Recibia sobre todo con mucho contento las incomodidades, que acompañan la pobreza de nuestro estado: huìa con cuidado, no solamente lo que pudiera entre nosotros tener visos de singularidad; pero en las cosas aun mas comunes tenia tan poco asseo, y cuidado, que llegaba alguna vez à ofender la limpieza: se negaba con constancia à los regalos que le querian hacer, y para no admitirlos, decia comunmente, que no sabìa què uso hacer de ellos. Su hermano el Conde de

Cre-

Creci, mas atento que otro à sus menestères religiosos, le embiò un dia una mesa comoda para escrivir, haciendo juicio, que el Religioso mas austero podia, sin escrupulo, servirse de ella. Al Padre no obstante le pareciò demasiadamente buena, y se viò precisado el Conde à bolverla à tomar. Otra vez le pidiò que aceptasse una silla poltrona de cordobàn, sin otro adorno, porque supo que passaba la mayor parte de la noche en otra de paja. La rehusò con firmeza, como todo lo demàs; y como à pesar de su resistencia se la dexassen junto à su cama, decia con donayre: *Essas son las armas de Saùl, que no vienen ajustadas à David*, y assi ni una vez sola quiso sentarse en ella; y para no darle que sentir, la llevaron à la Enfermerìa.

Muchas personas, que por sì mismas havian probado su delicadeza en este punto, le embiaron, sin darse à conocer, diferentes cosas, que podrian servirle para su alivio, ò para su salud; pero se averiguò que el uso, que de ellas hacia, era embiarlas al Hospitàl, y con esso detuvo el curso de sus liberalidades. Parecia que no tenia gusto, ni paladar; tal era su indiferencia para todo lo que le ponian en la mesa: empezaba sin reflexion por la fruta, ò por qualquier otra cosa, que el acaso le pusiesse mas à mano: jamàs se quexò de la calidad de la comida: nada havia malo para èl, porque todo le parecia bueno para un pobre.

Aunque muy sensible al frio, tuvo mucha repugnancia en permitir que le subiessen brasero à su Quarto, y para obligarle fue menester orden expressa del Padre General, à quien suplicò esto

una persona de la primera distincion; y aun assi fue tanta su moderacion, que le hacia encender por obedecer, mas que por calentarse; y quando le decian sus amigos que no era decencia hacer estos ahorros; y sobre todo, porque Cardenales, Obispos, y otras personas de la Primera Classe le honraban con sus visitas en su Quarto, decia, que al contrario un poco de economìa no cae mal en un Religioso; y que no ignorando de el todo los Grandes del mundo las obligaciones de nuestra pobreza; quando se abaten, y humillan tanto, deben estàr dispuestos à participar algun rato de las incomodidades de nuestro estado.

Juntaba à esta perfecta mortificacion una sincera humildad, no obstante la general estimacion en que estaba: tenia muy baxos sentimientos de sì mismo, y estos se daban à conocer en el modo con que se explicaba quando se veìa en lances precisos de hablar de sì. No gustaba de alabanzas, ni de lisonjas, y querìa unicamente que le echassen la culpa de todas las empressas que se frustraban. Trataba à los otros con el mayor agassajo, estimacion, y respeto, hallando siempre ocasion de decirles cosas de su mayor gusto.

El ningun caso que hacia de la aprobacion, y alabanzas de los hombres en quanto à su persona, no le quitaba la viveza, quando se trataba de la reputacion de sus amigos, ò del honor de sus Missiones: se encendia entonces su zelo, y le hacia activo en su defensa; pero sin passar jamàs los limites de la moderacion, y de su natural mansedumbre, y guardando siempre las mas exac-

tas

tas reglas de la charidad christiana ; porque en este punto fue extremada la delicadeza de su conciencia , y no havia medio de que no se valiesse para evitar todas las disputas capaces de alterar esta virtud. Si con todo esso , à pesar de las precauciones que tomaba , se perseguia injustamente à personas cuya honra , è interesses debia defender , no perdonaba cuidado , ni trabajo alguno, para que el pùblico se informasse de la verdad, è hiciesse justicia al merito : bien saben VV. RR. que el Padre fue el primero que empeñò à uno de nuestros mejores Escritores à refutar las calumnias atroces , que havian levantado algunos Hereges contra los nuevos Christianos del Oriente, desacreditando el zelo de aquellos que trabajaron en su conversion : tambien à instancias suyas , en las ultimas , y ruidosas disputas sobre las Ceremonias de la China, se empleaban otros en dàr mayor luz à la verdad ; de donde se puede colegir quànto sintiò lo que passò en este negocio ; y si se pudiera referir por menor su porte , y conducta en esta materia , le serviria solo de un grande elogio.

Para conservar mas tiempo la memoria de un hombre , que merece el mayor cariño de VV. RR. se ha hecho sacar su Retrato. Los rasgos del pincèl bien tirados , pondràn delante de sus ojos el ayre de su semblante , pero no podràn representar la penetracion , y vivacidad de su espiritu ; mucho menos la bondad de su corazon , y demàs prendas de su alma , que han hecho decir à quantos le han conocido , que el

Padre Verjus era un buen amigo, un hombre verdaderamente de bien, y un perfecto Religioso. Soy con todo el respeto possible,

Reverendos Padres mios,

Su muy rendido, y muy obediente servidor,

Carlos le Gobien,

De la Compañia de Jesus.

CAR-

CARTA

DEL PADRE NIEL, MISSIONERO de la Compañia de Jeſus,

AL REVERENDO PADRE DEZ, de la miſma Compañia, Rector de el Colegio de Strasburg, ſobre dos nuevas Miſsiones eſtablecidas de algunos años à eſta parte en la America Meridional.

Lima, Capitàl del Perù, à 20. de Mayo de 1705.

Reverendo Padre mio,

PAX CHRISTI.

HE tenido la honra de eſcrivir à V.R. por la via de Panamà, Ciudad ſituada en el Mar del Sùr en el Iſthmo, que ſepàra la America Meridional de la Septentrionàl; y buelvo à repetir mis Cartas por los Navìos Franceſes, que buelven à Francia, abandonandonos en medio de nueſtra carrera, por no hallarſe en eſtado de navegar à la China, como lo havian intentado. Tan enfadoſo contratiempo, nos pone en el mas

ter-

terrible embarazo ; pero el Señor , que quiere probar nuestra paciencia , nos ha inspirado bastante animo , y aliento para proseguir nuestro viage , y buscar por Mexico , y Philipinas otro camino para la China , no conocido hasta ahora de los Missioneros Franceses. Yà estamos resueltos à tomar este partido ; y haviendolo muchas vezes consultado con Dios en la oracion , hemos conocido , con la certeza que cabe , que le es agradable esta determinacion , y que conviene al bien de la Mission , y à la fidelidad , que debemos à una vocacion tan santa como la nuestra. No ignoramos las dificultades , que tenemos que vencer, ni los peligros que nos esperan ; pero como el sufrir , y padecer son el caracter mas seguro de la obra de Dios , no nos causan temor en el cumplimiento de sus designios, estando,por su Divina Misericordia, dispuestos à recibir de su mano lo que nos quisiere embiar , haciendole de todo corazon el sacrificio de nuestras vidas , y de todos nuestros afectos , para seguir la voz que nos llama , y hacernos dignos de predicar el Evangelio, y dàr à conocer à las Naciones , que nos tocassen en suerte, la gloria de su Santo Nombre. Dios, que con la fuerza de su brazo todo poderoso ha llevado à la China un gran numero de Missioneros entre mil trabajos , y peligros , nos harà tambien, como esperamos , la misma gracia , si se digna de servirse de instrumentos tan flacos , è inutiles como nosotros ; y si permite que nuestros pecados, y faltas nos hagan indignos de esta gracia , que esperamos de su infinita misericordia , adorarèmos con humildad su Justicia , y nos tendrèmos

por

por dichosos de morir en tan santa empressa.

Por tanto, lexos de tenernos lastima, pido à V.R. que dè muchas gracias al Señor por havernos tratado como à amigos suyos. Aquellos que saben, y comprehenden el consuelo, que hay en no tener otro apoyo, y remedio, que Dios solo, y en descansar en el seno de su amable providencia, pueden formar una idèa justa de la dicha de que gozamos. La situacion en que nos hallamos se parece à aquella en que se viò el Grande Apostol de las Indias San Francisco Xavier, quando intentaba entrar en el immenso Imperio de la China: por lo qual le hemos escogido por Patròn, y Protector del viage, esperando que serà feliz baxo el amparo de tan gran Santo. Tenemos que caminar mas de cinco mil leguas para llegar à la China, adonde no podrèmos arribar en menos de diez y siete, ò diez y ocho meses. Nos es preciso atravessar la Nueva-España para ir à la Ciudad de Mexico, y de alli à Acapulco, famoso Puerto de el Mar del Sùr, de donde no podrèmos partir para Philipinas hasta el mes de Marzo del año proximo de 1706. El camino es nuevo, y singular.

Me parece que es disposicion particular de la Providencia para acostumbrarnos à los trabajos, y exercicios de la vida Apostolica; y para que recorriendo tan immensa extension de tierras Infieles, seamos testigos del zelo infatigable de nuestros Padres derramados por estas grandes Provincias de America, para plantar, ò mantener nuestra Santa Fè. Cada dia se aumenta esta porcion de la Viña de el Señor con el descubrimiento de nuevos Pueblos, y santas industrias de estos admira-

rables Operarios para ganar à Jesu-Christo tantas Naciones Barbaras, abandonadas por tantos siglos. Quàntas instrucciones tenemos delante de los ojos en la penosa, y santa vida de los hombres Apostolicos, que han establecido la Mission gloriosa de los Moxos, que pertenecen à la Provincia del Perù? Què exemplos de la mas heroyca paciencia no hallamos en estos Padres en su abandono totàl de todas las incomodidades de la vida, en su valor invencible para abrirse nuevos caminos, hasta ahora cerrados aùn à las armas victoriosas de los Españoles? En fin, en el zelo Divino, y lleno de sobrenatural sabiduria, con que han establecido una numerosa, y floreciente Christiandad entre Barbaros, casi tan salvages como las mismas bestias feroces. Como no puedo escrivir todavia à V. R. el fruto de nuestros trabajos Apostolicos, de buena gana le darìa cuenta de lo que aqui passa, con seguridad de hallar en ello mi propria edificacion, y enseñanza, como tambien materia suficiente, con que satisfacer su ardiente zelo por la propagacion de la Fè; pero como pide este trabajo mas tiempo, y habilidad que la mia, me contentarè con dàr à V. R. una ligera idèa de el estado presente de esta floreciente Mission.

Remito al Padre le Gobien la Historia de la vida, y gloriosa muerte del Padre Cypriano Barazo, uno de los primeros Fundadores de esta Mission, el qual, dos años y medio hà, mereciò recibir la corona del martyrio à 16. de Septiembre de 1702. despues de haver trabajado mas de veinte y siete años en la conversion de estos Pueblos. En esta Historia, que hizo imprimir en Lima el año pas-

passado un santo, y habil Prelado, el señor Don Nicolàs Urbano de Mata, Obispo de la Ciudad de la Paz, se veràn los progressos, y principios de la Mission, la naturaleza, calidad, y situacion de el Paìs, y las costumbres, y modales de los Pueblos nuevamente convertidos. Yo me limitarè à dàr una descripcion del govierno espiritual planteado por los Missioneros, y de el orden admirable con que lo han fundado con increìble fruto.

Treinta años hà, ò cerca, que empezò esta Mission, que està situada en la Zona-Torrida, à doce grados de latitud meridional. Està separada de el Perù por las altas montañas llamadas Cordillera, que estàn à su Oriente. Al Mediodia no està lexos de las Missiones del Paraguay; pero al Poniente, y al Norte hay unas tierras immensas todavia por descubrir, que con el tiempo daràn un gran campo al zelo de los Operarios Apostolicos. Mas de treinta Missioneros de nuestra Compañia se emplean oy dia en cultivar esta penosa Mission. Han convertido yà de veinte y cinco à treinta mil almas, y formado quince, ò diez y seis Lugares distantes unos de otros como de seis à siete leguas. Cada Lugar està edificado en el terreno mas conveniente para la salud, y para los abastos: sus calles son iguales, y tiradas à nivèl, y las casas uniformes. A cada familia se señala la porcion de tierra, que es necessaria para su manutencion, y el Padre, ò Gefe de ella està obligado à hacer que se cultive, para desterrar de su casa la ociosidad, y pobreza. De aqui se saca, que las familias sean casi igualmente ricas; quiero decir, que cada casa tenga con que vivir sin miseria: pero que

ninguna sea tan abundante, que pueda passar la vida sin trabajar, y con regalo. Ademàs de los bienes, que se distribuyen à cada familia, en particular en tierras, ò en ganados, cada Pueblo tiene sus valdìos, ò bienes comunes, que se aplican à la Iglesia, y al Hospitàl, donde se reciben los pobres, y viejos, que por su edad no pueden trabajar. Una parte de estos bienes se gasta en obras pùblicas, y en proveer à los estraños, y Neophytos de lo necessario, entretanto que puedan trabajar.

Quando se forma un nuevo Pueblo, todos los demàs deben contribuìr à su fabrica, segun sus fuerzas, y rentas. En el principio de cada año se eligen entre los mas prudentes, y virtuosos vecinos Juezes, y Regidores, para cuidar de la policìa, castigar el vicio, y arreglar las diferencias, que pueden sobrevenir en el Lugar. Cada falta tiene su proprio castigo, impuesto por las leyes. Por lo comun viven dos Missioneros en cada Pueblo, y los Juezes, y Regidores les tienen tanto respeto, y estimacion, que nada hacen sin consejo suyo. Por su parte estàn los Padres en un continuo trabajo, gastan la mañana en celebrar los Santos Mysterios, oìr confessiones, que son frequentes, y dàr audiencia à los que vàn à consultarlos, y proponerles sus dudas. Por la tarde explican la Doctrina Christiana, visitan à los pobres, y à los enfermos, y acaban el dia con la oracion pùblica, que al anochecer se hace en la Iglesia. Los dias de Fiesta se añade à lo referido el Sermon por la mañana, y las Visperas por la tarde. Es cosa muy edificativa el modo con que en esta nueva Mission se celebra el Oficio Divino; pues aunque no son muchos los

Mi-

Ministros que sirven al Altar, se suple no obstante esta falta con el gran fervor, respeto, y devocion de los nuevos Christianos; y como son aficionados al canto, y à los instrumentos, cada Iglesia tiene su Musica. El numero de estos, y demàs Oficiales de la Iglesia es bastante grande, porque dàn algunos privilegios particulares à los que estàn empleados en el servicio Divino, y alivio de los pobres. Todas las Iglesias son grandes, y de buena fabrica, muy asseadas, y adornadas con pintura, y escultura hechas por los Indios, que se han adiestrado en estas artes. Estàn proveìdas de ricos Ornamentos por el zelo, y contribucion de personas piadosas. Las Iglesias son de tres Naves, con Choro, y Medianaranja muy hermosa. La grandeza, y primor de estos edificios embelesa à los Indios, y les inspira una alta idèa de nuestra Santa Religion.

Una de las mayores dificultades, que han tenido que vencer los Missioneros en la conversion de estos Pueblos, ha sido la diversidad de lenguas, que reynaba entre ellos. Para remediar tan grande inconveniente, que atrassaba mucho los progressos del Evangelio, se ha hecho entre veinte lenguas diferentes eleccion de una, que es la mas general, y la mas facil de aprender, y se ha trabajado en hacerla la lengua universal de todo este Pueblo, à quien se ha impuesto la obligacion de aprenderla. A este fin se ha compuesto una Gramatica, que se enseña en las Escuelas, y la estudian los Missioneros quando vienen à la Mission, porque es la unica lengua que se usa para predicar, y catequizar.

Como el Superior de la Mission tiene la Inten-

dencia General sobre todos los Lugares de ella, ha escogido para su residencia un Pueblo, que està en el centro de la Provincia. Tiene en su casa una Bibliotheca comun à todos los Missioneros, y una Botica llena de toda especie de remedios, que se distribuyen à todos los Lugares, segun lo pide la necessidad. Juntanse una vez al año en este Pueblo los Missioneros para hacer los exercicios espirituales, y consultar entre sì los medios de adelantar la conversion de los Gentiles, y aumentar el mayor bien de esta nueva Iglesia. Con todo esso, no està el Superior de la Mission tan aligado al Lugar de su morada comun, que no visite todos los años cada Iglesia, y tambien entre en los Paìses vecinos para ganar almas à Jesu-Christo. Las ultimas Cartas, que se han recibido de esta Mission, nos participan, que mas de cien mil personas, atrahidas, y encantadas de la vida santa, y felìz de que gozan sus Paysanos baxo la conducta de los Missioneros, piden con instancia Operarios, que los instruyan en nuestra Santa Religion; pero hasta ahora la falta de Sugetos, y socorros no ha dexado à los Padres arbitrio para trabajar en la enseñanza de estos Pueblos, cuya conversion serìa seguida de la de otros infinitos Indios; porque se tiene noticia, que estàn extraordinariamente poblados estos immensos Paìses.

Como se ha reconocido por una larga experiencia, que el trato de los Españoles es muy perjudicial à los Indios, ò porque se portan con ellos con demasiada aspereza, aplicandolos à trabajo de mucha fatiga, ò porque los escandalizan con su vida licenciosa, y desreglada, se ha sacado de

su

su Mageſtad Catholica un Decreto, que prohibe à todo Eſpañol la entrada en eſta Miſsion, y toda comunicacion con los Indios, que la componen; de ſuerte, que ſi por acaſo, ò por neceſsidad llega algun Eſpañol à eſte Paìs, el Miſsionero, deſpues de haverle recibido con caridad, y practicado con èl los deberes de la Hoſpitalidad Chriſtiana, le deſpide para otra parte. Lo que acabo de referir eſtà ſacado de las Cartas de los Padres Miſsioneros, ſin añadir coſa alguna à lo que han eſcrito. Al contrario he omitido muchas circunſtancias de grande edificacion, y muchas induſtrias, que inſpira Dios à eſtos fervoroſos Operarios, para eſtablecer tan bello orden en eſta nueva Chriſtiandad, y mantener la pureza, y ſantidad de ſus coſtumbres.

Eſte es, Padre mio, el Pueblo eſcogido de Dios, la Nacion deſtinada en eſtos ultimos tiempos à renovar el fervor, la devocion, la viveza de fè, y aquella perfecta union de corazones, que tanto ſe admirò en los Chriſtianos de la primitiva Igleſia; pero no debiera la vida ſanta, y fervoroſa de eſtos Neophytos confundir à los Chriſtianos de nueſtro ſiglo, que con tantos ſocorros, luces, y gracias, deshonran la ſantidad de nueſtra Religion, y la dignidad del nombre Chriſtiano? Quièn puede, à viſta de eſto, no adorar los profundos, è impenetrables juicios de Dios, que por ſu miſericordia ha ſacado à eſtos Pueblos de las mas eſpeſas tinieblas de la infidelidad en que eſtaban ſepultados menos de treinta años hà, y colmadolos de las gracias, y luzes, de que abuſan cada dia

tan-

tantas almas educadas con cuidado en el seno del Christianismo?

Pudiera dàr parte à V. R. de otras muchas noticias dignas de su piedad, si emprendiera hablarle de la famosa Mission del Paraguay, tantas vezes perseguida; y à pesar de las persecuciones, siempre tan floreciente, que sirve de modelo à todas las que se establecen de nuevo en la America Meridional; pero como se ha dado al pùblico la Historia de esta Mission, donde cada uno puede vèr las virtudes heroycas de los Operarios, que la han cultivado, y el fervor de los Neophytos, que la componen, dexarè de hablar de ella, limitandome à dàr alguna noticia de otra Mission, fundada dos años hà en las tierras mas Meridionales de America, de donde con el tiempo se espera poder penetrar hasta el Estrecho de Magallanes, que avistamos en nuestro viage. Como pertenece esta Mission à la Provincia de Chile, que tiene pocos Operarios, y està muy cargada de muchas otras Missiones de Españoles, y de los naturales de el Paìs, que se han convertido, no puede emplear sino un corto numero de Sugetos en el cultivo de tan dilatado campo. Por otra parte pide esta Mission talentos singulares en sus Missioneros: pues deben tener una salud fuerte, y robusta, un desapego pefecto de todas las comodidades de la vida; en fin, una suavidad, que gane los corazones; una fortaleza, valor, y constancia, que estè à prueba de las dificultades mas arduas enmedio de un Pueblo Barbaro; pero por feròz, è indòmita que sea esta Nacion, baxarà la cabeza pa-

para recibir el yugo de la Religion Christiana, si el zelo de los hombres Apostolicos se regùla por aquella sabidurìa sobrenatural, que no mira sino à Dios; por aquel desinterès, que no busca sino la salvacion de las almas; y sobre todo, por aquella dulzura, que gana antes de rendir los entendimientos. Havrà como treinta años que muriò el Padre Nicolàs Mascardi, de nuestra Compañia, hombre ilustre por los grandes trabajos que passò, y por los Pueblos que convirtiò, el qual gastò muchos años en barbechar este campo estèril, è inculto; y fue con tan felìz sucesso, que recogiò una abundante mies, y mereciò despues la corona del martyrio, como premio correspondiente à sus Apostolicos trabajos. Desde aquel tiempo esta tierra, regada con sangre tan preciosa, ha dado tan bellas esperanzas, que muchos Jesuìtas de la Provincia de Chile se han ofrecido à continuar la empressa del Padre Mascardi, cuyo nombre se ha hecho venerable de los mismos que le martyrizaron, pues movidos estos Pueblos de el arrepentimiento de su delito, y prevenidos interiormente de la gracia, que les alcanza de Dios, mucho tiempo hà que pidieron Jesuìtas, que les enseñassen el camino del Cielo. Asseguran muchos de ellos, que se les ha aparecido el Padre, y consolado, prometiendoles, que irìan allà Missioneros para instruìrlos, y convertirlos. En efecto, ò sea verdadero el hecho, ò sea rumor sin fundamento, dos años despues inspirò Dios al Padre Phelipe de la Laguna que pusiesse mano en obra tan importante à la salvacion de las almas. Haviendome venido à las manos una Relacion, que escrive este

Padre à un amigo suyo, dandole cuenta de sus trabajos, y de los medios de que se ha valido para plantear esta Mision, embio à VV.RR. un resumen de ella.

RELACION

DEL ESTABLECIMIENTO DE LA Mision de Nuestra Señora de Nahuelhuapi, sacada de una Carta del Padre Phelipe de la Laguna, de la Compañia de Jesus.

HAvia algunos años, que con particular vocacion, y singular disposicion de su misericordia, me llamaba Dios à la conversion de los Indios llamados *Pulches*, y *Poyas*, situados enfrente de Chiloè, y del otro lado de las montañas de los contornos de *Nahuelhuapi*, à cinquenta leguas del Mar del Sùr, en la altura de casi quarenta y dos grados de latitud Meridional. La memoria reciente de las virtudes heroycas de el Padre Nicolàs Mascardi havia hecho nacer, y crecer en mi el deseo de recoger lo que havia sembrado; y como es muy fecunda la sangre de los martyres, no dudaba que havia de hallar una dichosa, y abundante mies. Sin cessar suspiraba por esta amada Mision, y encerraba en el fondo de mi corazon estos santos deseos, sin atreverme à darlos à conocer, porque

que mirando las cosas con los ojos de la prudencia humana, me parecia casi impossible mi intento. No obstante, como venia de Dios mi vocacion, me puse en sus manos, y le dexè el cuidado de disponer los medios mas convenientes para la execucion de los designios que me inspiraba. Conocì presto, que le era agradable mi confianza, porque su providencia, que nos govierna por caminos secretos, y siempre admirables, permitiò que me nombrassen mis Superiores por Vice-Rector del Colegio de Chiloè, y me mandaron ir à Santiago, Capital de Chile, por causa de algunos negocios, que pedian mi presencia. Me diò el Señor à conocer, que el viage havia de servir para otra cosa mucho mas importante, que aquella para que me hacian ir à Santiago. En efecto, haviendo por fortuna hallado en el Puerto de Chiloè un Navio, que hacia vela para Valparaìso, que es el Puerto de la Ciudad Capital, lleguè allà en quince dias, y dì parte al Padre Provincial del animo, que me havia inspirado Dios de establecer una nueva Mission en Nahuelhuapi: aprobò mi resolucion, y me diò palabra de apoyarla con todo su poder: me puse en movimiento para assegurar el sucesso de tan grande obra: dì principio, interessando à las personas mas santas, y zelosas à unir sus oraciones con las mias, para alcanzar, à fuerza de sùplicas, y penitencias, las gracias necessarias para tan dificil empressa. Sobre todo, lo encomendè à un santo Religioso de nuestra Compañia, el Hermano Alfonso Lopez, venerable por la inocencia de su vida, por la santa sencillèz, que reyna en todas sus acciones, por el dòn extraordinario de

oracion, y principalmente por su tierna devocion à Maria Santissima, de quien recibia singulares favores. Le dì palabra de poner la Mission baxo de la proteccion de tan poderosa Abogada, y que todas las Iglesias, que hiciesse en honra de Dios, serìan dedicadas à la Madre de Misericordia, si me alcanzaba lo que le pedia. Pocos dias despues vino à mì el Hermano con semblante alegre, y me dixo, que pusiesse toda mi confianza en Dios, y que saldrìa bien la empressa, en que pensaba.

Havia dificultades casi invencibles: nada podia yo hacer sin el beneplacito de el Governador de Chile, y este Cavallero estaba opuesto à los nuevos establecimientos, ò por el sentimiento, que tuvo de vèr muchos abandonados por no haverlos podido mantener, ò porque estando sin dinero el Erario del Rey, no podia hacer los abances necessarios de caudal para fundar nueva Mission. En tan tristes circunstancias, clamè con confianza al Señor, que es el dueño de los corazones, haciendo voto de decir treinta Missas, y ayunar treinta dias à pan, y agua en honra de la Santissima Trinidad, si alcanzaba el permisso del Governador. Escrivì este voto en un papel, y haviendolo perdido, cayò en manos de un Sugeto, quien, sin saberlo yo, lo llevò al Governador. Pocos dias despues, haviendo con mucho fervor encomendado este negocio à nuestro Señor, me sentì tan lleno de confianza de salir bien con mi intento, que me determinè à hacerle una visita. Saliendo de casa, dixe à un amigo mio, que encontrè, que iba à Palacio, y que no bolverìa al Colegio sin la licencia que iba à pedir. En efecto, haviendo pedido

au-

audiencia, me conduxeron al Quarto del Señor Governador, quien estaba leyendo el voto que havia hecho, y sin esperar que le hablasse, me dixo: *Vayase V. R. Padre mio, su negocio està concluìdo, y vengo en ello de buena gana; y estè persuadido, que cooperarè à su zelo en quanto de mì dependiere, segun las ordenes, è intenciones del Rey mi Amo: vayase V. R. à ganar almas para Jesu-Christo; pero sin olvidarse de encomendar à Dios à su Magestad, y à mì.* Debo decir à V. R. que jamàs sentì ni gozo interior, ni consuelo mas puro, que aquel, que me llenò el corazon en este instante, y desde entonces me premiò Dios de antemano muy liberalmente las penas, y fatigas, que havia de padecer por su amor en el viage, que emprendìa para llegar al lugar de mi Missìon.

Haviendo dado gracias à Dios por favor tan particular, dispuse mi partida, con las limosnas que me dieron algunas personas piadosas: comprè Ornamentos de Iglesia, algunas curiosidades convenientes para hacer algunos cortos regalos à los Indios, las provisiones precisas para mi viage, y en el mes de Noviembre de 1703. me puse en camino con el Padre Joseph Maria Sesa, que me dieron los Superiores por Compañero.

No puedo explicar las aventuras molestas, y contratiempos, que nos sucedieron, ni los trabajos, que passàmos en casi doscientas leguas, que anduvimos por caminos impracticables, atravessando torrentes, y rios, montes, y bosques, sin socorro, y sin guias, en una total falta de todas las cosas. Cayò enfermo mi Compañero de una fuerte calentura en la mitad del camino, lo que

me obligò à embiarle al Colegio mas cercano con algunos de los que me acompañaban, y con esso me quedè casi solo, y abandonado enmedio de estos Indios feroces, à quienes el nombre Español es tan odioso, que quien por desgracia cae en sus manos, no puede librarse de su furor, y crueldad; pero me sacò el Señor de todos estos peligros de un modo maravilloso, despues de haverme juzgado digno de padecer algo por su amor, en un viage de casi tres meses. Lleguè, pues, con mucho aliento, y salud al termino deseado de mi Missìon de Nahuelhuapi: me recibieron los Caziques, ò Gefes del Pueblo como un Angel de el Cielo: comencè erigiendo un Altar debaxo de una Tienda, con toda la decencia possible, entretanto que se fabricasse una Iglesia: visitè à los Principales del Paìs, combidandolos à que viniessen à vivir conmigo para fundar un pequeño Pueblo, y para que yo pudiesse exercitar los ministerios con mas fruto. Tuve el consuelo de vèr los Neophytos, bautizados en otro tiempo por el Padre Mascardi, assistir à los Oficios Divinos, y à la explicacion de la Doctrina Christiana, con tal fervor, devocion, y hambre espiritual, que puedo fundar grandes, y sòlidas esperanzas de su firmeza en la Fè, y sinceridad de sus promessas. Luego fuì à consolar à los enfermos, y ancianos, que no podian visitarme, y bauticè à algunos niños con el consentimiento de sus padres.

Este primer consuelo creciò mucho con el arribo del Padre Joseph Guillermo, embiado por los Superiores para ocupar el lugar de el Padre Sesa. Concertamos los medios mas proprios para esta-

ble-

blecer solidamente nuestra Missìon, y resolvimos que èl se quedasse en Nahuelhuapi para construìr una pequeña Iglesia, y Casa, y que entretanto irìa yo à Baldivia à solicitar la proteccion del Governador en favor de los Neophytos: y empeñè à los Caciques à que le escriviessen una carta muy cortesana, pidiendole su amistad, y amparo. Lleguè à Baldivia à principios de Abril de 1704. con los Diputados, à quienes recibiò con mucho gusto, y ternura el Señor Governador Don Manuel de Auteffia, dandome mil muestras de estimacion, y amistad, y empeñando su palabra de ayudar en quanto pudiere à este nuevo establecimiento: detuveme en dicha Ciudad el tiempo preciso para concluìr mis dependencias, y partì de allì à mediado del mismo mes de Abril con los dos Diputados, à quienes entregò su respuesta el Governador para los Caciques, y era del tenor siguiente:

SEñORES,

HE sabido con mucho gusto por vuestra Carta, y por lo que me dixeron vuestros Diputados, el buen recibimiento, que haveis hecho à los Missioneros de la Compañia de Jesus, y la resolucion, que haveis tomado de abrazar nuestra Santa Religion: y por tanto, despues de haver dado solemnes gracias à Dios, Señor Soberano del Cielo, y de la Tierra, por tan felìz noticia, debo assegураros, que no podeis pensar en cosa, que sea mas del agrado del Gran Monarca de las Españas, y de las Indias Phelipe V. mi Señor, y mi Dueño, à quien Dios colme de gloria, de prosperidad, y de años: por lo qual, como represento su perso-

na

na en el empleo con que me ha honrado, os ofrezco, y os prometo de su parte, para siempre, su amistad, y proteccion para vosotros, y para los que siguiessen vuestro exemplo; haciendoos saber al mismo tiempo, que debeis tener cuidado, que despues de haver abrazado la Fè Catholica todos vuestros vassallos, presten juramento de fidelidad, y obediencia al Rey mi Amo, quien serà siempre vuestro apoyo, vuestro protector, y vuestro defensor contra todos vuestros enemigos; y asi desde oy yo, y mis successores queremos mantener con vosotros una constante amistad, y una sòlida correspondencia para socorreros en vuestras necessidades; y esperando que serèis muy fieles en executar lo que os prescrivo en nombre del Rey mi Amo, he querido hacer mi palabra mas authentica, poniendo aqui el sello de mis Armas. Baldivia à 8. de Abril de 1704. *Don Manuel de Auteffia.*

A mi buelta de Baldivia hallè una pequeña Iglesia edificada en Nahuelhuapi, à los Neophytos llenos de fervor, y muchos catecumenos dispuestos à recibir el Bautismo por el zelo del Padre Guillermo mi Compañero. Fue recibida la Carta del Governador con mucho gozo de todo el Pueblo, y comenzamos muy de veras à poner manos à la obra de Dios. Yà hemos hecho una pequeña Casa, y echado los cimientos de una Iglesia mas grande, porque empiezan à buscarnos las Naciones vecinas. No obstante, como el Paìs en que estoy està poblado de dos Naciones, llamada la una *Pulches*, y la otra *Poyas*, parece haver entre ellos zelos, y emulacion, porque me quisieron disuadir los Pulches que trabajasse en la conver-

sion

sion de sus vecinos, diciendome, què es una Nacion fiera, cruel, y barbara, con la qual no se puede tratar.

Yo que conocia el buen genio, y docilidad de los Poyas, que me havian instado mucho à que los instruyesse, conocì que obraban los Pulches con passion; y assi, juntando algunos dias despues à los principales de esta gente, les hablè con mucha eficacia, poniendoles delante de los ojos las razones, que no me dexaban seguir su consejo. Les dixe, que querìa Dios salvar à todos los hombres, sin excepcion de personas: que no podian los Ministros de Jesu-Christo excluìr del Reyno del Cielo à ningun Pueblo, sin faltar à la Justicia, y à su obligacion, porque eran embiados à instruìr, y bautizar à todas las gentes; y que ellos mismos, si querian ser verdaderos Christianos, debian ser los primeros en procurar con zelo la salvacion, y conversion de los Poyas, los quales eran hermanos de Jesu-Christo, herederos de su gloria, y rescatados igualmente con su Sangre preciosa, derramada para salvar al Mundo entero: que el estorvo que pretendian poner à la conversion de sus vecinos, era lazo, y ardid del Demonio, comun enemigo de los hombres, para privar à este Pueblo del beneficio inestimable de la Fè; y assimismo de todo merito, haciendoles quebrantar un precepto de charidad. Hicieron en ellos estas razones bastante impression, y sin mas tardanza me dieron palabra de no oponerse à la enseñanza, y conversion de los Poyas. En fin, haviendo vencido esta dificultad, que podia retardar el progresso del Evangelio, y haviendo dispuesto los corazones

de

de aquellos, que con mas fervor me pedian el Santo Bautismo, escogì un dia solemne para hacer con mas pompa las ceremonias, y los bauticè à todos. Ahora tengo grande consuelo de vèr la mudanza maravillosa, que ha obrado la gracia de Jesu-Christo en sus costumbres, y conducta, en su fervor, y fidelidad en cumplir con sus obligaciones.

Estas son, Padre mio, las primicias de mis trabajos Apostolicos, ruegue V. R. al Señor, que embie Operarios zelosos, y de mucho aliento, y que disponga el espiritu, y el corazon de el infinito Pueblo que nos rodèa, para que reciba la Fè, y para que se digne el Señor de derramar su bendicion sobre mi ministerio. No harè ahora la descripcion del Paìs, ni hablarè de las costumbres, y usos de los Pueblos, por no haver estado aquì tiempo suficiente para conocerlas bien. Para el Verano que viene estarè mejor informado, porque intento recorrer todo el Paìs, para conocerlo con mas exactitud, y establecer Missiones en los parages que juzgare convenientes. Se extiende este Paìs hasta el Estrecho, que llaman de Magallanes, y tiene por aquel lado mas de cien leguas, y del lado de el Mar del Norte tiene muchas mas. Me atrevo à prometerme, que querrà Dios servirse de un instrumento tan flaco como yo para ganar à Jesu-Christo esta grande extension de tierras; y espero que su providencia, siempre alerta para la conversion de los Infieles, inspirarà à muchos, animados de su espiritu, à venir à tomar parte en nuestros trabajos; y à acabar lo que tan felizmente hemos comenzado. *Phelipe de la Laguna.*

Este es un resumen fiel de la Relacion, que ha llegado à mis manos. Aunque no se vèn conversiones ruidosas, ni en gran numero, como lo deseará el zelo de V. R. no dudo con todo esso, que lo leerà con gusto, y darà à Dios muchas gracias de haverse querido servir de el ministerio de nuestros hermanos para extender por todas partes la gloria de su Santo Nombre. No pondrè fin à esta Carta, sin suplicar à V. R. que ampare nuestra Mission de la China, à la qual ha tenido siempre tanta aficion, y que haga sus esfuerzos para embiar allà hombres Apostolicos llenos de zelo, y del espiritu de Dios, y que me alcance con sus oraciones los socorros espirituales de que necessito, para que sea digno Ministro suyo. Quedo con mucho respeto,

Reverendo Padre mio,

Su muy humilde, y muy obediente servidor,

A. J. X. Niel,

De la Compañia de Jesus

CARTA

DEL PADRE FONTANEY, Miſsionero de la Compañia de Jeſus,

AL R. P. DE LA CHAYZE, de la miſma Compañia, Confeſſor de ſu Mageſtad Chriſtianiſma.

Londres 15. *de Enero de* 1704.

Reverendo Padre mio,

PAX CHRISTI.

POR el parage de donde tengo la honra de eſcrivir à V. R. conocerà que he buelto de la China à Europa en un Navio Inglès. Eſperaba ſer el portador de ella, ſiendo la primera que he eſcrito en todo mi viage, el qual ha ſido de ſeis à ſiete meſes; pero veo que todavia eſtarè aqui algun tiempo, antes que pueda paſſar à Francia: y aſsi la embiarè à V. R. en la primera ocaſion, contentandome entretanto con darle cuenta en ſegunda Carta de las coſas de que conviene que V. R. eſtè informado mucho mas, que de aquellas de que he hablado en mi primera.

Comienzo por una memoria fiel los pequeños ſervicios, que por la gracia de Dios hemos podido hacer à los Miſsioneros Ecleſiaſticos, y à diferentes Religioſos, que eſtàn en la China, ò ayudandolos para hacer eſtablecimientos, ò librandolos de las perſecuciones, que en diverſas Provincias del Imperio levantaba contra ellos el enemigo del Genero Humano. Nada dirè, que no ſea conforme à las Cartas con que me han honrado los Miſsioneros, ò han eſcrito à otros Jeſuitas, que me las han comunicado.

Bien que eſtuvieſſe tolerado en la China el exercicio de la Religion Chriſtiana, deſde la famoſa perſecucion de *Yamquanſiem*, aquel terrible enemigo del nombre Chriſtiano, no dexaban los Miſſioneros de hallarſe frequentemente embarazados, yà ſea para entrar en las Provincias del Imperio, ò yà para exercitar en ellas ſus miniſterios. Entonces la unica entrada libre era por la Ciudad de Macao, que poſſeen los Portugueſes mas hà de un ſiglo. Era neceſſario el beneplacito de eſtos, y no lo concedian de buena gana à los Eſtrangeros. Si ſe tomaba otro camino, ſe eſtaba expueſto à los inſultos de los Mandarines, que trataban mal à los Miſsioneros, y les obligaban à bolver atràs; pero deſde que tomò el Emperador la reſolucion de abrir ſus Puertos, y permitir à los Eſtrangeros el Comercio en ſus Eſtados, los Miſsioneros de diferentes Ordenes, y de todas Naciones, ſe han valido de una coyuntura tan favorable para entrar en la China, y hacer en ella diferentes eſtablecimientos.

Como en una mies tan abundante nunca puede

haver demasiados Operarios buenos, la llegada de estos hombres Apostolicos nos ha colmado de gozo. Los hemos recibido como à nuestros hermanos: les hemos hecho los servicios todos, que estaban en nuestra mano, apoyando, como acabo de decir, sus diferentes establecimientos, haciendo cessar los malos tratamientos, y persecuciones, que contra ellos excitaban algunos Mandarines poco afectos, ò muy interessados. Con haver sido nuestra conducta siempre igual, y favorable à ellos, no nos han hecho en Europa la justicia, que debiamos esperar. Quando vine à Francia en el año de 1700. estrañè mucho el rumor, que nos hacia passar por hombres, que nos haviamos declarado contra los demàs Missioneros, y que queriamos arruinar sus Iglesias, y oponernos à sus fundaciones.

A la verdad, para formar de nosotros semejantes conceptos, es preciso que nos tengan por hombres perdidos, sin honra, ni conciencia; y para publicarlos, y comunicarlos à otros, sin haverse informado antes de nuestro porte, es preciso que se hayan olvidado de todas las leyes de la justicia, y charidad. Podemos acaso ignorar, que molestar assi en su ministerio à unos hombres llenos de zelo, y de buenas intenciones, seria ofender, y tomarnoslas con Dios mismo, y atraher sobre nuestras personas, y trabajos los rayos, y maldiciones de su Propheta? *Ay de vosotros, que en vuestras intenciones no mirais que se trata de la obra de Dios, y que no considerais que essas almas son obra de sus manos. Et opus Dei non respicitis, nec operà manuum ejus consideratis.* Isaì. cap. 5.

Ade-

Además, cómo podriamos lisongearnos de poder solos bastar à la conversion de toda la China? Ciertamente, Padre mio, que nunca tuvimos tales pensamientos; y assi, quantos mas Compañeros tuvieramos de nuestros trabajos, tanto mayor sería siempre nuestro consuelo, y alegria. De buena gana escrivieramos al presente, como en otro tiempo San Francisco Xavier, à todas las Universidades de Europa, para exhortar à todas las personas zelosas à venir à nuestro socorro. Estos son nuestros verdaderos sentimientos: Dios los conoce, y nos atrevemos à decir, que nunca los ha desmentido nuestra conducta. Darè de ello algunos exemplos.

Los Padres de San Francisco de Manila, Capitàl de Philipinas, fueron los primeros que nos dieron ocasion de manifestarles esta conducta. Haviendo dichos Padres tomado la determinacion de establecerse en *Ngankin*, cuya situacion es muy agradable, y que tiene un Virrey particular, bien que dista solamente cinco jornadas de *Nan-kin*, Capitàl de la Provincia, me hicieron la honra de comunicarme su designio en Cantòn, donde me hallaba con el Padre le Comte. Uniendose con ellos el Señor Obispo de Argolis, que vivia en compañia suya, me rogò con mucha instancia este Prelado, que me interessasse en este negocio, y passasse mis buenos oficios con los Mandarines. Escrivì al Padre Gerbillòn, quien poco despues me embiò Cartas de Recomendacion para los Oficiales Reales, de quienes dependia esta fundacion. Las entreguè al R. P. de San Pasqual, Superior de los otros, y Missionero, de un merito muy distinguido. Presentò

las

las Cartas à los Mandarines de *Ngankin*, y le concedieron estos todo lo que querìa.

Casi en el mismo tiempo procuramos dàr pruebas al R. P. Leonisa, ahora Obispo de Beryte, de nuestro reconocimiento à la amistad con que nos honraba. Don Gregorio Lopez, Obispo de Basilèa, conforme à los Poderes, que havia recibido de la Santa Silla, antes de su muerte le nombrò por Vicario Apostolico de *Kiamnàm*; esto es, de la Provincia de *Namkin*; de *Pecheli*, esto es, Provincia de *Pekin*, y de otras Provincias Septentrionales de la China, dexandole la Casa de Namkin, que poco antes de morir havia comprado: hallaba dificultad para ponerse en possesion de ella, por estàr la Casa junto à la Sala de Audiencia de uno de los primeros Señores de la Corte, y temiò se opusiesse el Mandarìn, ò estorvasse por algun accidente, que tomasse possesion de la Casa, y estableciesse en ella Iglesia. Nos diò à conocer su inquietud, y al punto los Padres Gerbillòn, y Bouvet empeñaron à sus amigos para que escriviessen à dicho Señor: lo qual hicieron con tanta instancia, que lexos de inquietar al Padre Leonisa, recibiò el Mandarìn su visita, y la pagò despues haciendole dos especies de presentes: el uno (decia) era en agradecimiento de aquel que havia recibido: y el otro para mostrarle su gozo de tenerle en su vecindad.

No fuimos menos afortunados en procurar se hiciesse justicia al Señor Blanc por una afrenta pùblica, que le havian hecho en *Emovy*, Puerto de la Provincia de Fokien. Bolviendo un dia este Missionero de un Navìo Inglès con una cantidad de dinero

nero bastantemente considerable, què le embiaban de Europa para su manutencion, y la de sus Compañeros, le hizo prender el Mandarìn de la Aduana: le citò à su Tribunal, confiscò el dinero, y en su presencia hizo dàr crueles golpes à uno de sus Criados. Un proceder tan violento, sorprehendiò estrañamente al virtuoso Eclesiastico, el qual, no estando, como tampoco los otros Missioneros, acostumbrado à semejantes insultos, nos escriviò una carta muy tierna sobre la desgracia, que le acababa de suceder. Nos afligiò mucho el caso, y tomamos las medidas necessarias para que se le hiciesse justicia. La satisfaccion que le alcanzamos fue, primeramente, que el *Tsonto*, Mandarìn, Superior al Virrey de la Provincia, le tomasse baxo su proteccion. En segundo lugar el Mandarìn de la Aduana, instado por sus parientes, que se hallaban en Pekìn, y desaprobaban su conducta, fue el primero à verle, le bolviò su dinero, y le asseguró de su amistad. En tercer lugar, haviendo ido algunos dias despues à pagarle la visita, mandò el Mandarìn llamar al Guarda de la Aduana, autor del insulto, y le hizo tender en el suelo para recibir cierto numero de palos; pero pidiendo el Señor Blanc perdon por el pobre, logrò que no fuesse maltratado. Escriviònos despues, que estaba perfectamente satisfecho con la reparacion de su honra, y honores, que havia recibido.

Tambien se valiò de nosotros el Señor Maigrot, ahora Obispo de Conòn, y Vicario Apostolico de la Provincia de Fokien. Vivia este Prelado muchos años havia en la Ciudad de *Fou-tcheou*, Capital de la Provincia; pero como no le parecia bastante

tante comoda la Casa que habitaba, comprò otra; y tomò de ella possesion. Los vecinos, poco gustosos de tener una Iglesia en su vecindad, comenzaron à inquietar à sus Criados, y luego à molestarle à èl mismo. Muchas vezes me hizo la honra de escrivirme à Pekin, para que hiciesse cessar una persecucion que le levantaban, por mirarle como hombre poco apoyado, y conocido de los Mandarines, y sin authoridad bastante para reprimir las insolencias de sus vecinos. Me embiò Dios oportunidad para desengañarlos con el viage, que me mandò hacer el Emperador à Foquien, y à Cantòn. Passè por *Fou-tcheou*, y para dàr lugar al Señor Maigrot de trabar amistad con los primeros Oficiales de la Provincia, dexando la casa, que me estaba prevenida, fui à hospedarme à la suya. Los dias siguientes, el Tsonto, el Virrey, el Governador de la Ciudad, y otros muchos Mandarines, me vinieron à visitar. Despues de las primeras cortesanìas, les presentè al Señor Maigrot, hiceles un elogio de su virtud, y de su capacidad, les roguè le mirassen como hermano mio, y amigo particular. Sobre todos se le mostrò muy afecto el Governador de la Ciudad, y le hizo despues tantos buenos oficios, que me pidiò el Prelado le diesse por ellos las gracias. Por esta corta Relacion bien vè V. R. que con toda sinceridad, y buena fè nos interessamos en todo lo que mira à los Missioneros, y que tenemos particular gusto, y miramos como obligacion el hacerles todos los servicios, que dependen de nosotros.

Pero en los años de 1698. y 1699. tuvimos ocasiones de dàr mayores pruebas de nuestro zelo

por

por el bien comun en tiempo que nombrò el Papa Obispos, y Vicarios Apostolicos para cada Provincia de la China. Acudieron à nosotros muchos de estos Señores, y nos representaron su obligacion de obedecer à la Santa Silla, y las invencibles dificultades, que encontrarìan en sus Provincias, donde ni havia Christianos, ni Iglesias, ni Missioneros, si no eran apoyados de alguna recomendacion de la Corte. Las circunstancias eran delicadas, y era mucha empressa querer establecerse à un mismo tiempo en tantos parages diferentes; siendo muy de temer, que en un Imperio, en que la desconfianza, y las sospechas son como el mòbil, y alma de el govierno, no se assustassen de tantos nuevos establecimientos hechos de repente en Provincias donde no tenian los Europeos conocimiento alguno: con todo esso, como hablaba la Santa Silla, juzgamos era preciso poner manos à la obra, y que havia llegado el tiempo de ensanchar las puertas à la predicacion de el Evangelio.

Encargòse de la empressa el Padre Gerbillòn, nuestro Superior: comenzò por el Obispo de Argolis, que acababa de ser nombrado Obispo de Pekin. Como tenia el animo este Prelado de establecerse en las Fronteras del Pecheli, y de Chantòn, que eran de su jurisdiccion, para hallarse como en el centro de su Obispado, y dàr la mano à todo, escriviò el Padre Gerbillòn en su favor al Virrey de Chantòn. Protegido el Obispo de este gran Mandarìn, comprò una Casa en Lintein, Ciudad de segunda orden, y tomò possessión de ella. Mormuraron de ello algunos Letrados, y presen-

taron contra su Ilustrissima un Memorial, en que decian: *La Ley, que predican estos Missioneros, es buena; pero como son Estrangeros, es de temer, que algun dia causen un alboroto.* Avisado el Padre Gerbillòn de los passos que havian dado los Letrados, redoblò sus recomendaciones para con el Virrey, y este les impuso silencio. No tengo la Carta, que escriviò el Prelado à dicho Padre, dandole las gracias de haver tan felizmente terminado este negocio; pero tengo la de su Vicario General el R. P. Antonio de Frusinone, Italiano, y Religioso de San Francisco, del tenor siguiente: *Doy à V. R. mil gracias en nombre de su Ilustrissima, y mio, por los buenos oficios que nos ha hecho: la sùplica que le hago es, que me dè ocasiones de mostrar mi reconocimiento, y de hacer que el mundo todo conozca las obligaciones que le tengo. Mucho tiempo hà, muy amado Padre, que conozco su grande reputacion, y aun antes de venir á la China sabìa que estaba V. R. lleno de charidad, y que su mayor gusto es servir à todos los Missioneros, sin excepcion de personas. Quièn ahora no estarà convencido de esta verdad? Sus mismos enemigos se vèn precisados à conocerla, à confessarla, y escrivirla en loor, y estimacion de V. R.*

Trabaja al presente el Obispo de Pekin en levantar una nueva Iglesia en *Tong-cham-for*, de la misma Provincia de Chantòn, adonde quiere establecer quatro Religiosos de su Orden de San Francisco, nuevamente venidos de Italia. Es este Prelado el que antes era conocido baxo el nombre de Obispo de Argolis. Havia parecido siempre esta Ciudad muy aversa à los Predicadores del Evangelio; pero à peticion nuestra, haviendo el Virrey

rey difpuefto los animos para recibirlos, los Mandarines, antes tan opueftos, fe han ablandado, y por sì mifmos bufcan ahora una Cafa, en que pueda vivir fu Iluftrifsima con conveniencia.

No firviò con menos eficacia el Padre Gerbillòn al Señor Blanc en fu eftablecimiento de *Yunnàn*: que es una de las Provincias Occidentales de la China, como parece por la Carta, que le efcriviò en aquel tiempo, fu fecha à 3. de Marzo de 1702. pero con mas vigor fe interefsò por el Señor Obifpo de Rofalia, à quien havia nombrado la Santa Silla por Vicario Apoftolico de la Provincia Occidentàl llamada *Sou-tchovèn.* Se valiò del proprio hijo del Virrey, y avisò al Prelado de lo que havia hecho, para facilitarle la entrada de fu Vicariato. Diòle las gracias el Señor Obifpo, pero en lugar de ir à la Provincia, tomò la determinacion de paffar à Europa, y llegar con prefteza à Roma. Antes de fu partida embiò en fu lugar quatro Mifsioneros à la mencionada Provincia. Eran eftos los Señores Bacet, Baluere, Appiani, y Mullener, que tardaron cafi un año en llegar allà. Los dos ultimos fe detuvieron en la entrada de la Provincia en la Ciudad de *Tzonpin*, con animo de hacer en ella un eftablecimiento. Las contradicciones que encontraron en efta Ciudad, caufaron otras mayores al Señor Bacet quando llegò à la Capitàl llamada *Tchin-tou.* Yà prevenidos los Mandarines contra los Mifsioneros, no admitieron fu vifita, ni le dexaron tomar poffefsion de una Cafa, que havia comprado. No pudo valerfe de la proteccion del Virrey, por haver efte Señor partido algunos mefes antes para apaciguar una

ſedicion en las Fronteras de *Sou-tchoven.* Quiſo entrar en negociacion con los Mandarines de *Tchin-tou*, les repreſentò, que haviendo el Emperador authorizado en el Imperio la Religion Chriſtiana con Edicto pùblico, y haviendo deſde aquel tiempo el Tribunal de Ritos dado una Sentencia en favor de la nueva Igleſia de *Nien-tcheou*, no debian oponerſe à ſu eſtablecimiento en la Ciudad Capitàl. *Es verdad,* le reſpondieron, *que ha dado el Emperador un Edicto favorable à la Religion Chriſtiana; pero como no habla ſino de las antiguas Igleſias, no authoriza que ſe edifiquen otras nuevas. Por lo que mira al negocio de Nien-tcheou, traednos otro Decreto ſemejante al que diò el Tribunal de Ritos en favor de eſta nueva Igleſia, y os concederèmos vueſtra peticion.*

Hallò el Virrey en ſu buelta à *Tchin-tou* à los Mandarines empeñados en eſte negocio, por lo qual no recibiò la viſita del Señor Bacet; y hablando el Miſsionero con los Oficiales del Virrey de las recomendaciones, que el año antecedente havian embiado de la Corte en ſu favor, le reſpondieron eſtos, que ſu Amo no ſe acordaba de ellas; y que no era de eſtrañar, por la multitud de negocios, que deſde aquel tiempo le havian encargado. Nos cauſaron mucho ſentimiento eſtos malos ſuceſſos, que nos comunicò el Señor Bacet, pidiendo al Padre Gerbillòn le embiaſſe otra Recomendacion, para que la primera gracia, que le havia concedido, no fueſſe inutil. Añadia: *Eſpero que Dios no permitirà, que deſpues de haver venido de tan lexos, nos veamos preciſados à bolvernos, y que V. R. cuyo zelo es tan grande por la glo-*

ria Divina, harà todos los esfuerzos que pueda à este fin, como se lo suplicamos el Señor Baluere, y yo.

Havia yo buelto de Francia à Pekin quando se recibiò esta Carta, cuya fecha es de 3. de Julio de 1702. No eran favorables las circunstancias: no obstante nos resolvimos à emplear todos nuestros amigos para apoyar los establecimientos del Señor Bacet, y sus Associados. Pedimos à los Señores, que nos honran con su proteccion, que escriviessen al Virrey de *Sou-tchovèn.* Lo hicieron con mucha eficacia, remitiendole con su Carta la ultima declaracion del Tribunal de Ritos en favor de la Iglesia de Nimpo, para convencer à los Oficiales, que no corrian peligro alguno en permitir que los Predicadores del Evangelio edificassen Iglesias en su Provincia.

No hablo aqui de la paz, que procuramos à los RR PP. Agustinos, librandolos de la persecucion, que por cinco años havian padecido en conservar su Iglesia de *Vou tcheou* en la Provincia de *Quamsi*, ni de lo que hicimos por el Señor Quety, Eclesiastico muy virtuoso de las Missiones Estrangeras, y de muchos otros Missioneros, que se valieron de nosotros, porque en esto me dilataria demasiado: lo que puedo decir es, que hemos trabajado por ellos con el mismo zelo, y ardor, que por nosotros mismos, sin mas fin, que el de darles gusto, y procurar la mayor gloria de Dios: por lo qual recibimos de casi todos estos hombres Apostolicos muestras de sincero afecto. Si nos vemos afligidos, ellos nos consuelan: si derrama Dios su bendicion sobre nuestros trabajos, nos felicitan, y se alegran con nosotros: si nos calum-

nian,

nian, confunden à nuestros enemigos, dando testimonio de la verdad, como lo hicieron en el negocio de *Nien-tcheou.*

Se havia publicado en Parìs, que los Jesuìtas havian arruinado cinco Iglesias del Señor Obispo de Rosalia, y que havian hecho tratar muy mal à este Prelado, tan distinguido por su nacimiento, y por su zelo. No se podia esparcir cosa mas sin fundamento, que este rumor, que corria en Parìs. Escandalizaronse los Missioneros de la China, que lo llegaron à oìr: me escriviò el R. P. Basilio, Religioso de San Francisco, y Vicario Apostolico de la Provincia de Chensi, à 21. de Octubre de 1701. de la manera siguiente: *Dios mio, què injusticia! O què falsa es la noticia, que ha corrido del Ilustrissimo Lione, herido, y maltratado en Nien-tcheou, y de las cinco Iglesias arruinadas por orden de los Mandarines!* „ Creì al principio que me hablaban „ de una Ciudad de Hongria, llamada *Cinco Iglesias.* „ Padre mio, no pensemos sino en hacernos dignos „ de nuestra vocacion, y el embuste, la mentira, y „ la calumnia con que pretenden mancharnos, ser„ viràn para dàr mayor esplendòr à nuestra gloria.

En otra Carta me dice assi: *Me alegro con VV. RR. y los felicito de todo mi corazon del felìz arribo, no obstante los peligros casi continuos de naufragio en que se han hallado VV.RR. de los socorros, que esperaban los Padres, que con tanto zelo sirven á Dios en esta Mission, trabajando por su gloria, no solamente por sì mismos, sino con tantos brazos, como son los Missioneros, à quienes ayudan, y protegen.*

Del mismo dictamen era el Señor Obispo de Pekin, como lo manifiesta en la Carta, que escriviò

al Padre Gerbillòn despues de mi buelta de Europa, su fecha 30. de Septiembre de 1701. ,, Tengo ,, un verdadero gozo de la felìz llegada del Padre ,, Fontaney, y de los ochoMissioneros, que trae con- ,, sigo. Bendito sea el Dios de misericordias, que dà ,, à mi alma tan gran consuelo: pido à V.R. me em- ,, bie sus nombres Europeos, y Chinos, para que los ,, pueda embiar à la Sagrada Congregacion, y darla ,, parte de la agradable noticia de su arribo. Estoy ,, seguro, que serà noticia de mucho gusto. La gra- ,, cia, que ahora pido à Dios, es, que nos embie ,, Jesuìtas Franceses en gran numero, y espero nos ,, concederà este favor.

El R. P. Alcalà, Religioso de Santo Domingo, y Vicario Apostolico de la Provincia de *Tche-kiam*, nos escriviò por entonces casi del mismo tenor en su Carta de 18. de Octubre de 1701. en respuesta al Padre Gerbillòn, quien le havia dado las gracias del buen recibimiento, que en *Lanki* havia hecho à los Padres Broissia, y Golet. Dice assi: *Muchos motivos tengo, como tambien todos los otros Missioneros, de dàr à V. R. las gracias por su proteccion, y assistencia en todos los embarazos en que estamos entre tantos Infieles, sirviendose V. R. como otro Joseph, del favor que Dios le ha dado para con el Emperador, en utilidad, y provecho de esta Mission, y de sus Ministros. Estoy muy informado de lo que digo, y por esta razon siempre he tenido à V. R. mucha estima, y veneracion.*

Añadirè à estos testimonios lo que el Illustrissimo Nuncio tuvo por bien de participarme tres años hà en Parìs, por orden de la Sagrada Congregacion, de la Propagacion de la Fè. Sin duda que to-

todavia se acordarà V. R. de ello. Me dixo, pues, aquel Prelado: *Haviendo sabido la Sagrada Congregacion por las Cartas, que ha recibido de los Obispos, de los Vicarios Apostolicos, y de muchos Missioneros dé la China, con què zelo se han empleado los Jesuìtas Franceses, desde que estàn en esta Mission, en defender la Religion, y hacer à los demàs Missioneros todos los servicios, que el afecto, y buena voluntad de el Emperador los ha puesto en estado de poder hacerles, ha juzgado ser de su obligacion dàr à los Padres un testimonio authentico de la satisfaccion, que tiene de su conducta. Por tanto, en Carta firmada por el Señor Cardenal Barberino, Prefecto de la Sagrada Congregacion, y por el Señor Fabroni, Secretario de la misma, me encarga dè à V. R. de su parte las gracias, y le haga saber quànto estima todo lo que V. R. y demàs Jesuìtas sus Compañeros han hecho en aquel dilatado Imperio, para el bien de la Religion, y para sostener en sus funciones à todos los Operarios; y que los assegure, que en todas las ocasiones que se ofreciessen les darà pruebas de su proteccion, y de su buena voluntad.*

Si es para nosotros de mucho consuelo el vèr que los Missioneros de todas las Ordenes, y Naciones, que con nosotros trabajan en esta penosa Mission, nos hacen justicia, puedo assegurar à V. R. que no lo hacemos sin mucha dificultad, y sin que nos cuesten mucho las recomendaciones que nos piden, principalmente quando tenemos que acudir à los primeros Ministros, à los Presidentes de los Tribunales, y à los Señores mas considerables de la Corte. Para persuadirse de lo dicho, basta tener alguna noticia del Ceremonial

de

de este Païs. Es preciso esperar por mucho tiempo algunos de aquellos instantes favorables, y tomar muchas precauciones para no hacerse importunos. Ademàs, nadie se pone delante de una persona de consideracion para pedirle alguna gracia sin hacerle algun regalo: y esta es costumbre general, de la qual no pueden dispensarse de modo alguno los Estrangeros.

Lo que mas entrada, y credito nos dà para los primeros Oficiales de el Imperio, es el afecto, y proteccion con que nos honra el Emperador, y que procuramos merecer con los servicios que le hacemos; porque bien que este Principe no tenga ahora la misma inclinacion, que tuvo años passados por las Mathematicas, y otras Ciencias de Europa, en las quales se ha hecho muy habil, no obstante estamos obligados à ir con frequencia à Palacio, por tener siempre este Principe algunas preguntas que hacernos: dia, y noche ocupa su Magestad en exercicios de charidad à los Coadjutores Fraperie, Baudìn, y Rodes, diestros en curar llagas, y disponer remedios, embiandolos à visitar à los Oficiales de su Casa, y à las personas mas calificadas de Pekin, quando estàn enfermos. Està tan satisfecho de sus servicios, que no hace viage à Tartaria, ni à alguna Provincia del Imperio, sin llevar consigo à alguno de ellos. Gusta tambien mucho del Padre Jarroux, y de el Hermano Brocard, quienes por orden expressa de su Magestad vàn todos los dias à Palacio: el primero es muy habil en la Ciencia Analytica, Algebra, Mechanica, y la Theorica de los Reloxes: y el segundo trabaja muy bien en vàrias obras, que son

de su agrado. Por mas ocupados que estèn en el servicio del Principe, no dexan de lograr algunos ratos para predicar à Jesu-Christo, y anunciarle à los Oficiales de Palacio, que tienen orden de tratar con ellos.

Por lo demàs no se puede hacer juicio de esta Corte por lo que passa en Francia, y demàs Palacios de Europa, en los quales se puede trabar conocimiento con los Sabios, y personas mas distinguidas por sus empleos, y por su nacimiento. En el Palacio de Pekin no tenemos essa ventaja, porque quando vamos allà estamos encerrados en un quarto immediato al del Emperador, lo qual ciertamente es un favor extraordinario, y una prueba de la mayor confianza; pero como està lexos del parage donde se juntan los Grandes de el Imperio, no tenemos trato con ellos, y solamente podemos hablar con algunos Eunucos, ò Gentilhombres de Camara. Passamos todo el dia en este quarto, y muchas veces no salimos de èl hasta muy entrada la noche, muy cansados, y fatigados. Ciertamente nos costaria mucho trabajo una vida tan retirada, y de ninguna libertad, y à primera vista tan poco conforme al espiritu de un Missionero, si no nos obligàra à continuarla la mayor gloria de Dios; pero la entrada facil, que tenemos cerca del Principe, y el gran credito, que dà à nuestra Santa Religion, y que influye mucho para que los Mandarines honren, y protejan à los Missioneros, nos recompensa abundantemente los trabajos.

Nada dirè aqui de lo que avisè à V. R. en mi primera Carta desde Pekin, sino que en el frontis, ò fachada de la bella Iglesia, que acabamos de edi-

edificar en el primer recinto de Palacio, à la vista de todo el Imperio, se vèn gravadas en grandes caractères de oro estas letras Chinas: *Tien-thu-tung-tchi-kien. Cœli Domini Templum mandato Imperatoris erectum. Templo del Señor del Cielo edificado por orden del Emperador.* Es una de las mas bellas obras de Pekin: en ella nada hemos omitido, que pueda picar la curiosidad Chinense, y llamar à los Mandarines, y personas mas calificadas del Imperio, para lograr ocasion de hablarlos de Dios, è instruirlos en nuestros Santos Mysterios. Aunque no estaba del todo acabada quando partì de Pekin, el Principe heredero, los dos hermanos del Emperador, los Principes sus hijos, y los mas principales Señores de la Corte, havian ido muchas vezes à verla. Los Mandarines, que se embian à las Provincias, llevados de la misma curiosidad, vienen tambien à verla, y se visten de pensamientos favorables à la Religion, cuyos efectos experimentamos quando llegan à sus goviernos. Prueba de ello es lo que hizo algunos meses hà el Virrey de Cantòn, hombre sabio, pero zeloso mas allà de lo que se puede imaginar por las costumbres de su Paìs, y observancia de sus leyes. El Pueblo, creyendo poder aprovecharse de esta disposicion del Virrey, le diò quexas de que uno de nuestros Missioneros, el R. P. Turcotti, nombrado por la Santa Silla Obispo de Andrevile, y Vicario Apostolico de la Provincia de Kouei-tcheou, edificaba dos Iglesias demasiadamente altas, la una en Cantòn, y la otra à quatro leguas de alli, en el famoso Lugar de Fochàn, no inferior à Cantòn ni en riquezas, ni en multitud de gente. Pedia que las

echassen por tierra, ò à lo menos que las rebaxassen. Respondiòles el Virrey: *Aì està el Emperador, que permite que en su proprio Palacio se levante otra Iglesia mas alta: què temeridad no serìa tocar à estas?* Estamos en animo de hacer la Iglesia de Pekin, lo mas magnifica que podamos, para que corresponda à la magnificencia del sitio en que ha querido la Providencia Divina que se colocasse, y para que dè mucho peso de authoridad à las otras, que se edificaren à mayor gloria de Dios en las Provincias. Por el Navìo llamado el Amphitrite, ha embiado el Rey un servicio completo de plata, y adornos muy ricos. Estaban admirados de su belleza los Mandarines de Palacio, que los vieron, y los Christianos, à quienes los mostramos à nuestro arribo. Solamente nos faltan diez, ò doce Quadros grandes para adornar el Altar Mayor, y los costados de la Iglesia.

Actualmente estamos trabajando en formar diferentes establecimientos para poner en ellos à nuestros Compañeros, tanto à los que el Padre Boubet, y yo hemos conducido aqui à bordo del Amphitrite, como à los Padres, que han venido por el camino de Indias. Hemos elegido las Provincias de *Kiamsi*, *Hiou-quam*, y *Tche-kiam* por mas apropoſito para sacar grande fruto, ganando mas almas à Jesu-Christo.

Nuestros Jesuìtas Portugueses, cuyo numero de Missioneros es demasiadamente corto para assistir à las Iglesias, que han fundado en este Imperio, nos han pedido à los Padres Premare, y Baborier, cuya virtud, y capacidad bien conoce V. R. El primero ha ido à *Kien-tchang*, y el segundo à

Ting-

Ying-tcheou. Es esta una Ciudad de primer orden, metida en las montañas, que dividen la Provincia de Fokien de la de Kiamsi. En menos de quatro meses ha bautizado el Padre Baborier como doscientas personas, y convertido una familia infestada mucho tiempo hà de el Demonio. Repetidas veces hicieron los Bonzos todas sus habilidades para echar al maligno espiritu; pero no se viò libre del enemigo hasta que pidiò à los Christianos que viniessen à su casa à decir los conjuros de la Iglesia. Fue despues dicho Padre à dos Ciudades, que nunca havian visto Misionero alguno à predicar à Jesu-Christo. No quisieron darle oìdos en la primera; pero en la segunda, llamada *Youn-tcheou,* convirtiò en siete dias catorce personas. Passò de alli à un Lugar vecino, adonde recibieron el Bautismo cinquenta catecumenos. Me dice en su Carta, que tocaba yà al momento favorable en que se iba à convertir todo el Lugar, porque acudian en gran numero à oìr la palabra de Dios. Pero de repente se entibiò su fervor por los embustes de un hombre, que se atreviò à infamar nuestros ministerios. Publicaba el malvado, que los Christianos hacian cocer en un caldero las entrañas de un hombre muerto, para sacar de ellas un azeyte detestable, del qual se servian en las ceremonias del Bautismo. Mantenia desvergonzadamente mentira tan enorme, assegurando que lo havia visto con sus proprios ojos en Manila, adonde havia vivido tres años. Es inexplicable, añade el Padre, la impression que hizo en todo el Pueblo, yà en disposicion de renunciar al Paganismo, un embuste tan extravagante. En vano daba vozes contra lo que decia, ha-

haciendoles vèr en nuestros Libros, y Catecismos impressos la falsedad, y mentira de el embustero, y no los pudo desengañar. En estos encuentros necessitò el Missionero de mucha gracia para consolarse, y conformarse ciegamente con las disposiciones de la Providencia.

Visitò despues este zeloso Missionero las Ciudades de *Chang-han*, y *Youn-ting*, y los Lugares de su jurisdiccion. En una de sus correrias Apostolicas experimentò quan util, y ventajoso es comunicar à los Idolatras los Libros de nuestra Santa Ley. Me avisa lo siguiente: *Hacia Mission en un Lugar, adonde encontrè à un viejo de edad de ochenta y quatro años, que era tenido por hombre sabio entre los Chinos, y havia recibido el grado de Bachillèr en la edad de diez y ocho años: como era sordo, no me entendia al principio, quizà tambien porque no hablaba yo con bastante perfeccion su lengua. Haviendole dicho de mi parte un Bachillèr Christiano, que me acompañaba, que siendo de una edad tan abanzada, tocaba yà à las puertas de la muerte, y estaba en visperas de comenzar una vida, que nunca tendria fin. Còmo*, me respondiò con una viveza, que no es comun en personas de sus años, *quando muere el hombre, no muere todo con èl? Su alma perece, como su cuerpo, y despues de esta vida nada mas hay que esperar. Procurò el Bachillèr desengañarle; pero viendo yo que entre ellos se encendìa la disputa, y que el viejo se obstinaba mas, y mas, los interrumpì, y dì al anciano algunos Libros de nuestra Santa Religion. Hicieron estos tanta impression en su espiritu, que alumbrandole Dios, poco à poco reconociò en fin la verdad de nuestra Santa Fè, la abrazò, pidiò el Bautismo, y llegò*

à

à ser un Christiano muy fervoroso. Despues publicaba por todas partes, que los libros Chinos, y aun los de Confucio, no merecian ser comparados con los de nuestra Religion: que estos eran mucho mas claros, y de Doctrina mas sòlida, y mas bien probada: que qualquiera que no reconocia à Dios, ò no queria abrazar su Ley haviendolos leido, no merecia ser contado entre los hombres. Para decir esto se servia de la expression pouchegin.

Entretantò que trabajaba el Padre Baborier en las Missiones Portuguesas, recibiò orden el Padre Broissia de comenzar los nuevos establecimientos que haviamos proyectado. Recorriò la Provincia de *Kiamsi*, y escogiò à *Vou tcheou*, *Jao-tch ou*, y *Kiou-kiang*, tres Ciudades bien pobladas, y del primer orden: comprò en ellas algunas casas, y dexò en ellas à los Padres Fouquet, Entre Colles, y Domenge, para fundar nuevas Iglesias.

Hallò el primero de los tres algunos Christianos en *Vou-tcheou*, cuyo numero aumentò en el poco tiempo que hizo alli su residencia, porque se viò precisado à encargarse de la Iglesia de *Nan-tchan*, Capital de la Provincia, por la ocasion siguiente: Haviendo los Ilustrissimos Maigrot, Obispo de Conòn, y Vicario Apostolico de la Provincia de Foquien, y Lione, Obispo de Rosalia, llevado sus quexas à Roma contra los Jesuitas, sobre los honores, que dàn los Chinos à Confucio, y à sus difuntos, los Obispos de Nankin, Macao, Ascalòn, y Andreville, que no eran del parecer de los primeros, se juzgaron obligados à embiar Diputados à Europa para informar al Papa, y à la Congregacion del Santo Oficio, à la qual estaba encargado

gado el examen de este negocio. Para tàn importante comission eligieron al Padre Francisco Noèl, antiguo Missionero de la Provincia de Kiansi, y al Padre Gaspàr Castner, quien cuidaba de la Iglesia de Fochàn, ambos muy habiles en la lengua, y costumbres de la China. Con mucho sentimiento se viò el Padre Noèl precisado à dexar su amada Mission de *Nan-tchan*, y diò al Padre Fouquet el cargo de ella, no estando mas de veinte leguas de alli, hasta que tuviessen proporcion los Padres Portugueses de embiar allà algun Missionero suyo.

Haviendo el Padre Broisia hecho en la Provincia de Quiansi los establecimientos yà mencionados, passò en el mes de Junio de 1701. con el Padre Golet à la Provincia de *Tche-kiam*, con animo de fundar una nueva Iglesia en Nimpo. Como el Pueblo de esta Ciudad es muy supersticioso, è inclinado à la Idolatrìa, y se barruntaban las grandes dificultades, que tendria el sucesso de este negocio, haviamos tomado en la Corte todas las medidas necessarias para que fuessen favorables los Mandarines de dicha Ciudad. En efecto el Governador, y los primeros Oficiales de ella recibieron con honra à los dos Missioneros, les pagaron la visita, y les dieron licencia para comprar una Casa en el parage de la Ciudad, que juzgassen mas comodo para exercitar su ministerio. No pudiendo los Padres hallar casa sino à un precio excessivo, compraron un terreno, y comenzaron à edificar en èl algunos quartos, con una pequeña Iglesia.

Estos principios tan felices no tuvieron efecto, por haver faltado de alli repentinamente los tres

Man-

Mandarines, que los protegìan. El primero cayò en desgracia, y perdiò su empleo: el segundo tuvo que dexar el suyo, para ir à su Paìs à llorar, segun la costumbre del Reyno, la muerte de su madre: y el tercero fue elevado por el Emperador à mas alta dignidad, de manera, que se vieron los dos Missioneros en Nimpo sin apoyo, y sin proteccion. Presto lo echaron de vèr, porque los nuevos Mandarines comenzaron à preguntarles si estaba informado el Emperador de su entrada en la China, y de su residencia en Nimpo? Respondieronles los Padres, que haviendo venido con el Padre Bouvet, les havia su Magestad dado licencia para habitar en qualquiera parte de su Imperio, y que havian elegido à Nimpo para recibirme à mi buelta de Europa, adonde havia ido por orden expressa del Emperador. Pareciò estàr satisfecho el Tsonto; pero el Virrey, que era Philosopho, quiero decir, un Mandarìn austero, que entiende la ley à la letra, y la hace guardar con rigor, fue de parecer contrario. No le hicieron fuerza las razones de los Padres, quienes en vano le representaban que el Emperador havia dado un Edicto en favor de la Religion Christiana, y que protegìa à los Missioneros. *Este Gran Principe*, le dixeron, *quiere que hagamos nuevos establecimientos en las Provincias: no lo prohibe el Tribunal de Ritos: acaba ahora de confirmar la Fundacion de la Iglesia de Nien-tcheou; por tanto no debeis tomar à mal que hayamos venido à establecernos en Nimpo, para dàr à conocer al verdadero Dios, y predicar su Evangelio.* Replicòles el Mandarìn: *Es verdad que el Edicto del Emperador de que hablais no prohibe hacer nuevas Iglesias; pero*

tampoco dà licencia para ellas: ha confirmado el Tribunal de Ritos la Iglesia de Nien-tcheou, pero no habla esta confirmacion con Nimpo: Por tanto quiero consultar à esse Tribunal sobre vuestro negocio, y embiarle las informaciones, que acabo de hacer.

Assustaronse los dos Missioneros con la respuesta del Virrey, sabiendo bien, que si una sola vez el Tribunal de Ritos daba sentencia contra un solo establecimiento nuestro, se valdrian de ella los Virreyes de las Provincias, y Governadores de las Ciudades para oponerse à las fundaciones, que en adelante se quisieran hacer. Estaba yo en Pekin quando nos llegò esta triste noticia: conociamos, mejor que nadie, lo que se debia temer de semejante resolucion: creìmos que nada podria sobrar, para assegurarnos en tan delicada coyuntura, de el favor de dicho Tribunal. Fue el Padre Gerbillòn à visitar al primer Presidente, quien le tenia afecto, y le empeñò à que favoreciesse à nuestra Santa Religion. El buen recibimiento que hizo el Mandarin le llenò de esperanza; y no fue vana, porque pocos dias despues diò el Tribunal de Ritos la respuesta siguiente al Virrey de *Tche-chiam*, y à los demàs Mandarines, que le havian consultado sobre nuestro establecimiento en Nimpo.

Citais el ultimo Edicto del Emperador, y decìs que ordena este Edicto, que se conserven las Iglesias yà edificadas en honra de el Señor del Cielo; pero que no dà licencia para hacer otras nuevas, sobre lo qual preguntais, si se ha de tolerar la que se ha hecho en Nimpo: Citais tambien una Respuesta de este Tribunal, en la qual hemos dicho, que no se debia estorvar al Europeo Leang-hon-gin, (este es el nombre Chi-

no

no del Obispo de Rosalia) *que havia comprado una Casa en Nien-tcheou ; y preguntais si os haveis de portar del mismo modo con los dos Europeos , que acaban de comprar una Casa en Nimpo. La respuesta que damos à vuestras preguntas es esta : El Edicto del Emperador , que vosotros mismos citais , dice claramente, que los Padres Europeos son hombres de una virtud reconocida , que no hacen daño , ni causan disgusto à nadie , y que han hecho servicios considerables al Estado. Si se permite que los Bonzos , y los Lamas se establezcan en la China , y levanten en ella Casas, por què se ha de negar esta licencia á los Padres Europeos? Acaba el Edicto mandando que se conserven todas las Iglesias que entonces posseìan , y que nadie los moleste. Segun este Edicto , pues , al qual obedecemos con entera , y perfecta sumission , es nuestra voluntad que se conserve à los Padres Europeos la Iglesia , que han hecho en Nimpo ; y que sin ser molestados, puedan vivir alli. Lo hacemos saber al Virrey , y demás Oficiales de la Provincia.* La fecha de esta Ordenanza es à principios de Septiembre de 1702.

No teniamos motivo para esperar respuesta tan favorable ; y quando consideramos que el Tribunal de Ritos , el qual en todos tiempos ha sido enemigo declarado de la Religion Christiana , toma en esta ocasion su defensa , nos justifica , y hace valer nuestras razones , no podemos dàr bastantes gracias à Dios por tan maravillosa mudanza , porque no contento el Tribunal de referir los elogios de el Edicto del Emperador para que se acuerden de ellos los Mandarines , les pone delante de los ojos los discursos , que nos son favorables , y las consequencias naturales , que de èl se deben sacar

en abono de nueſtros eſtablecimientos. En fin nos permite vivir en Nimpo, y nos lo permite en execucion de eſte Edicto, al qual quiere obedecer con entera, y perfecta ſumiſsion. Son muy al caſo eſtas palabras, porque por ellas denota claramente el Tribunal la intencion, y ſentido de el Edicto, y el modo con que deben executarlo los fieles vaſſallos del Emperador.

Fuimos à viſitar à los principales Oficiales del Tribunal para darles las gracias por ſu proteccion en lance tan importante: y nos dieron à entender que ſe alegraban mucho de havernos dado guſto, y que no huvieran hecho otro tanto por los Bonzos: *Porque* (nos dixeron) *ſi huvieran eſtos edificado un Pagode, ò Templo de Idolos en alguna Ciudad, y nos pidieran parecer los Mandarines, huvieramos hecho abatir el Pagode ſin formalidad alguna, porque no es permitido à los Bonzos hacer nuevos Templos en la China; pero quando levantan alguno, ſe acomodan, y ajuſtan con los Mandarines de los Lugares; y como no forman eſtos quexa, cerramos los ojos para no vèr ſus nuevos eſtablecimientos.*

Añadieron con mucha corteſanìa, que en el Edicto de el Emperador en favor de la Religion Chriſtiana, hallaban con que authorizarſe para no tratar à los Bonzos con tanta benignidad, porque veìan quales eran las intenciones del Principe, y el modo con que ſe explicaba. No deben por eſſo fiarſe demaſiado los Miſsioneros de la favorable diſpoſicion del Tribunal de Ritos en eſte lance, y deben ſiempre huìr con gran cuidado de conſultarlos ſobre ſus negocios; porque como ſe mudan muchas vezes los principales Mandarines de eſte

Tri-

Tribunal, se debe temer que los unos no sean del parecer de sus antecessores, y dèn alguna sentencia contraria, lo qual arruinarìa todas las facultades precedentes, y causarìan un daño irreparable à los Operarios Evangelicos, los quales en adelante no encontrarìan la misma facilidad para sus establecimientos. Y assi, la conducta mas prudente, y mas segura para lograr su intento, es el tomar medidas, y componerse con los Mandarines de los Lugares correspondientes, y no dàr passo sin su licencia, y beneplacito.

Al punto que llegò à Nimpo la respuesta de el Tribunal de Ritos, mostraron mucho gozo los Mandarines à los dos Missioneros, y estos se dieron priessa para acabar su Casa, cuya obra havia sido interrumpida, y à reconciliarse, y cultivar la amistad de sus vecinos. El Padre Golet, à quien havia dexado por Superior de esta nueva Mission el Padre Broissia, comenzaba à formar un establecimiento sòlido, quando sucedieron dos acasos, que huvieran dissipado las mas bellas esperanzas, si Dios, por su misericordia, no le huviera protegido de un modo muy singular. El mismo Padre, en una Carta, que escriviò al Padre Gerbillòn en 26. de Enero de 1703. habla de ello del modo siguiente.

Dice, pues, assi: *La primera gracia, que hizo Dios à esta Casa, despues de havernos hecho favorable al Tribunal de Ritos, fue la de preservarla por una especie de milagro de un incendio, que no se podia evitar. El dia 9. de Noviembre del año passado de 1702. prendiò el fuego à las ocho y media de la noche en tres casas, un poco mas allà de la nuestra, y en la misma cera de la calle. Como el tiempo era muy sereno, y*

el

el viento muy fuerte, dos de las casas fueron presto reducidas à ceniza. La tercera, que estaba contigua à la nuestra, mas alta, y llena de madera, arrojaba una grande llama; la qual trahia el viento con grande impetu sobre nuestro techo. Me hallaba yo entonces en el Jardìn con un Criado, y algunos Christianos, que havian venido à nuestro socorro. Nos pusimos todos de rodillas, invocando la misericordia del Señor, y pidiendole su asistencia, hice voto de ayunar à pan, y agua todos los Viernes de mi vida, si libraba nuestra Casa del incendio, que parecia inevitable. En el instante mismo se mudò el ayre, bolviendose de Occidente à Oriente. La llama, que sin cessar daba contra el techo de nuestra Casa, se bolviò àzia las dos casas yà quemadas, y el terrible humo, que ocultaba nuestra Casa, fue echado al mismo lado; de manera, que haviendo subido algunos de los que estaban conmigo sobre el techo, y echado continuamente agua, apagaron poco à poco el fuego. Los vecinos, que estaban à espaldas de nuestra Huerta, vieron un prodigio, de el qual no tengo noticia alguna: asseguraron, que durante el incendio de la Casa vecina havian visto enmedio del techo de la nuestra à un hombre grande vestido de blanco, y lleno de luz, que rechazaba las llamas. Ninguno de los nuestros viò cosa semejante, y para convencerme de la asistencia del Cielo, me bastò vèr còmo se havia buelto de repente el ayre quando menos se esperaba. Algunos vecinos, y otros hicieron la missma reflexion que yo, y no cessaban de admirar la proteccion tan singular de Dios. Luego que amaneciò acudiò de tropèl todo el Pueblo de Nimpo, para vèr las tristes reliquias del incendio. Fue preciso abrirles la puerta de nuestra Casa, para que viessen á satisfac-

cion

cion como havia sido librada del fuego. Me daban la enhorabuena, y alababan al mismo tiempo à aquel Gran Dios à quien se debia el favor. Decia uno: *La Ley del Señor del Cielo es incomparable.* Exclamaba otro: *El Señor del Cielo protege à sus siervos.* Otro decia: *Es preciso que el Dios de estos Padres de Europa sea muy poderoso. En fin todo lo registraron, y no nos vimos libres de tanta multitud de gentes hasta medio dia; pero si en este lance quiso la Bondad Divina velar en la conservacion de nuestra Casa, no dexò de cuidar tambien en otro de mi persona.*

Un Criado Idolatra, que havia tomado yà à mi servicio, con esperanzas de ganarle á Jesu-Christo, intentò matarme con veneno; nada le era mas facil siendo mi Cocinero. Confiaba que su delito quedarìa oculto, y que podrìa despues de mi muerte apoderarse sin peligro alguno de mis alhajas, y efectos. Echò, pues, cardenillo sublimado en la comida, que me tenia prevenida: despues de haver comido sentì un gran dolor de cabeza, y una hora despues otro muy vivo en los ojos: uno de estos me picaba, y daba continuos latidos, con tanta violencia, como si le huvieran entrado agujas. En el mismo tiempo se cubria el Cielo de nubes, y amenazaba con una grande tempestad. Atribuì mi mal à la disposicion del tiempo, y lo dixe à algunos de mis domesticos. Haviendo salido de casa el Criado, que me havia dado el veneno, bolviò al instante à entrar en ella, y me vino à decir, que fuera de la Ciudad havia aparecido un Dragòn en el ayre, y que el Governador, y el General de las Tropas havian ido à verlo. Echè de vèr por su discurso, que la tempestad se disipaba, y concebì esperanzas, que cessarìa mi indisposicion. Cenè por la noche, como havia comido al me-

medio dia; quiero decir, unos huevos envenenados: quiso ser testigo de ello mi Cocinero, y se estuvo conmigo durante la cena. Hablè con èl de la necessidad, que tenia de hacerse Christiano, y fingiò gustar de mis razones; pero me diò muchas escusas para dilatar su bautismo, assegurandome, que lo recibirìa dentro de quince dias. Esperaba sin duda que por entonces no estarìa yo en estado de acordarle de su palabra. Tuve muy mala noche, y la mañana siguiente sentì grandes dolores de estomago, los quales prosiguieron todo el dia, y noche siguiente, hasta las dos que me levantè, no pudiendo lograr descanso alguno. A esta hora tuve unos vomitos violentos, que me dieron mucho que padecer, y lo que arrojaba me parecia al gusto ser un verdadero veneno. Tomè un poco de triaca, y sentì alivio muy prompto. Hice despues oracion para dàr à Dios gracias por la mejorìa, y passè lo demàs de la noche con bastante quietud. A la mañana siguiente reparè que los vomitos eran puro cardenillo, mezclado con otra droga blanca, que no conocia; pero me asseguraron, que era lo que llaman los Chinos Sin. *Tambien por otros dos indicios, de que fueron testigos muchos, se conociò que era verdadero veneno.* Misericordiæ Domini, quia non sumus consumpti. *Bendito sea el Dios de Misericordias, que ha hecho vèr, aun en una persona tan miserable como yo, que quando se trabaja por su gloria, vela en nuestra conservacion, y muda en nuestro favor la naturaleza de las cosas mas capaces de hacernos mal, segun la palabra de nuestro Salvador:* Et si mortiferum quid biberint, non eis nocebit. Lo referido es lo que nos avisò el Padre Golet.

Lleguè à Nimpo por la Pasqua de Navidad, y

con

con gusto, y admiracion mia le encontrè con perfecta salud, porque sabiendo lo que havia acontecido, estaba con mucho cuidado. Tenia yà formada una pequeña Christiandad, la qual se aumentò con un Padre de familia, à quien se confiriò el Bautismo en el tiempo que allì me detuve. Se havia èste convertido leyendo nuestros Libros, y sus hijos estaban en animo de seguir en breve su exemplo. Un dia me dixo este fervoroso Missionero: *Si quisiera hacer Christianos, ò poco instruìdos, ò poco arreglados en sus costumbres, huviera bautizado muchos mas; pero antes de conferirles el Bautismo, los instruyo con diligencia, examino los motivos de su conversion, y los pruebo para averiguar si seràn constantes en su determinacion.* Se lamentaba, como casi todos los Missioneros, de no tener con que mantener dos, ò tres Catequistas; y me asseguraba, que si pudiera yo procurarle este consuelo, dentro de pocos años se verìa una Christiandad numerosa en su Mission, segun las buenas disposiciones, que havia notado en los vecinos de la Ciudad, y los Paysanos de la campiña.

Como en tres, ò quatro dias se passa de Nimpo al Japòn, quando el ayre es favorable, y no hay año que no partan de este Puerto muchos Navìos para *Nangazacki*, tuve la curiosidad de informarme del estado de aquel grande Imperio. Vea V. R. aqui lo que pudo saber el Padre Golet de dos Chinos, uno de los quales havia hecho cinco viages al Japòn; y el otro, à quien yo mismo he hablado, acababa de llegar allì. Este se disponia para abrazar nuestra Santa Religion, y lo huviera

yà executado, si la gana de hacer otro viage à dicho Reyno no se lo huviera estorvado.

Nangazacki, llamado por los Chinos *Tchamki*, es una Ciudad abierta, de siete à ocho mil habitantes: està rodeada de montes, cuya cima està cubierta de pinos, y sus faldas bien cultivadas: dista una legua del Mar, à la orilla de un Rio, cuya boca es muy estrecha: lo han fortificado los Japones con buenas trincheras, y con dos baterìas de artillerìa. Dia, y noche se hace centinela con tanto rigor, que al punto que parece algun Baxèl, vàn dos Barcos ligeros à reconocerlo, y dàn cuenta despues al General de la Milicia. Si es algun Navìo Chino, y Holandès, permiten que entre en el Puerto, porque tienen libertad estas dos Naciones de comerciar en Tchamki, estandoles prohibidos todos los demàs Puertos del Japòn; de manera, que si entràra alguno en otro Puerto, serìa apressado, y sus efectos confiscados. Ocho años hà que sucediò lo que voy à decir à un Navìo Chino, que batido de la tempestad, y apique de naufragar, entrò en el Puerto de Sachuma. El Governador de la Ciudad hizo al punto prender al Capitàn del Navìo, y à todo el equipage, cargandolos de prisiones, por haver contravenido à las leyes del Imperio. No obstante, informado despues de la desgracia de la pobre gente, que precisamente havia entrado en Sachuma, para librarse de un triste naufragio, tuvo lastima de ellos; hizo calafetear su Navìo, y los embiò con buena guardia à Tchamki. El modo con que tratan à los Chinos es el siguiente:

Luego

Luego que entra algun Navìo suyo en el Puerto, vàn à bordo los Oficiales de la Ciudad para tomar una lista exacta del equipage, y de las mercaderìas. Lo visitan todo con tal rigor, que nada se les puede escapar: abren los cofres, desdoblan los cubiertos, registran hasta el forro de los vestidos, dàn golpes por todas partes sobre los toneles, y barriles, para vèr si estàn llenos, ò vacìos: si hallan algunos libros Chinos, los ojean todos; pero por lo comun los echan al mar, por no cansarse en examinarlos. Despues preguntan à cada uno en particular su edad, profession, y negocio. Sobre todo, se informan de su Religion. Hecho este examen, tienden sobre el puente de el Navìo una lamina de cobre, de un pie de largo, y medio de ancho, en la qual està gravada la Imagen de un Crucifixo, y obligan à cada uno à pisarla con la cabeza descubierta, y un pie desnudo. En fin, haviendo leìdo un Edicto muy largo, que contiene las mayores execraciones contra la Religion Christiana, y un compendio de los Decretos, que la proscriben en el Japòn, embarcan à los Chinos ocho à ocho en unas Chalupas, y los conducen à su habitacion. En llegando à la puerta de la Casa, los buelven à visitar, para vèr si llevan gin-sen, ò alguna otra mercaderìa de contravando.

La Casa de los Chinos està edificada sobre el declive, ò falda de un montecillo, de donde se avista toda la Ciudad. Tiene dos recintos, y dos puertas, el primero propriamente es un terraplèn, adonde vàn los Japones à venderles sus mercaderìas; y no lo pueden hacer todos, sino precisamente aquellos, que tienen permisso del General

de las Tropas. Se escrive esta Licencia en una tablilla de madera, que deben llevar colgada al lado. El segundo recinto contiene nueve ordenes de edificios, que son como otros tantos Mesones, ò Posadas. Cada orden tiene siete quartos, en que se hospedan los Chinos con bastante conveniencia. No los proveen de muebles, ni utensilios necessarios, como son platos grandes, y pequeños, quitasoles, abanicos, &c. y no los permiten servirse de los que tienen en su Navìo, teniendo cuidado de encerrar los muebles en un Almacèn luego que llegan al Puerto, y assi se vèn precisados à comprarlos. Tienen los Chinos entera libertad de andar en el primer recinto de su Posada, pero no pueden salir de ella. No se concede esta gracia sino à los principales Comerciantes, que por orden del General vàn à la Fortaleza à vèr las mercaderìas, que quieren tomar. Tampoco es licito à los Japones el passar desde el primer recinto al segundo; y si alguno se atreviera à hacerlo, serìa maltratado por la Guardia. Los generos que llevan los Chinos al Japòn, no se sacan à tierra, quedan en el Navìo, y se entregan à una Guardia Japona, hasta que el General, quien solo hace todo el comercio del Paìs, embia à alguno de los suyos para que tome lo que quiera, segun la lista que le han presentado.

La Casa de los Holandeses no es tan grande, ni de tanta extension, ni en situacion tan agradable como la de los Chinos; pero es mas asseada, y de mejor fabrica, por haverla ellos mismos costeado. Està orilla del Rio, en un terreno llano. Las precauciones, que toman los Japones para con ellos,

ellos , son mayores , que la que guardan con los Chinos. En llegando un Navìo Holandès, no se permite sino à los principales Comerciantes que pongan pie en tierra: se les dà una buena Guardia, y se les obliga à quedar encerrados en su Posada hasta la partida de sus Navìos, que suele ser por tres, ò quatro meses. Embiaron estos el año passado quatro Navìos al Japòn, y los Chinos embiaron quarenta.

Por mas que deseasse saber si havia todavia Christianos en el Japòn, adonde fue tan floreciente nuestra Santa Religion à principios de el siglo passado, nada pude comprehender. Mucha apariencia hay que los Emperadores del Japòn, que por mas de un siglo han tomado tan à pechos todos los medios para extinguir el Christianismo; haciendo sufrir à los Christianos los mas crueles, y nunca oìdos tormentos, hayan logrado su execrable intento. Lo cierto es, que no puede entrar un Missionero en este Imperio mientras se observa el rigor referido al arribo de los Navìos. Solo el Gran Padre de Misericordias puede abrir la puerta quando lo juzgue conducente à su mayor gloria. Me han dibujado los Chinos la entrada del Rio de Nangarzaki, la qual embio à V. R. como me la han dado.

Por lo demàs, el Puerto de Nimpo es uno de aquellos que ha abierto el Emperador de la China à los Estrangeros. No està aùn frequentado por los Navìos de Europa. Se detienen los Ingleses en *Tcheu-cham*, que es una Isla al Nord-Este, y distante de Nimpo diez y ocho, ò veinte leguas. Arribaron aqui la primera vez por un acaso, no pu-

pudiendo hallar, ni distinguir à Nimpo entre las demàs Islas de la Costa. Desde entonces los Mandarines de *Tcheou-chàn*, que es un Puerto muy bueno, pero poco acomodado para el Comercio, à solicitacion suya, alcanzaron Ordenes de la Corte para detenerlos allì. Estuve con ellos desde fines de Enero, hasta primero de Marzo de 1703. que nos hicimos à la vela para bolver à Inglaterra.

El Señor Catchepoll, Presidente de su Comercio en todos los Puertos de la China, no permitiò que tomasse otra posada, que la suya, diciendome con donayre, que me havian entregado los Mandarines en su poder. Es verdad que el Mandarìn de la Aduana, que era mi amigo, se havia servido de las mismas palabras quando lleguè à *Tcheou-chan*. Puedo decir de los Señores Ingleses, que su conducta hace mucha honra à sì mismos, y à todos los Europeos. Su gasto, los regalos que hacen à los Mandarines, las recompensas que dàn à los de las Audiencias, porque en ciertas ocasiones son precisas, les adquieren mucho credito, y reputacion. Por otro lado la moderacion, que muestran en los negocios, les gana la estimacion de aquellos con quienes tratan. Conocen que no sirve con los Chinos ni el enfado, ni las modales vivas, y promptas. La razon propuesta con suavidad, y sin passion, los trae al punto que se desea. Al contrario, la misma razon mezclada con còlera, y viveza, los aparta, y merece su desprecio. Sus Criados, y Marineros eran modestos, y detenidos, sin dàr motivo alguno de quexa: lo qual como me hiciesse novedad, me dixeron, que

la

la Compañia de Inglaterra les havia mandado tener menos atencion al interès, que à lo que podia honrar su Nacion, y hacerla recomendable.

Entretanto que se establecian nuestros Missioneros en *Tche-chiam*, y *Kiamsi*, del modo que acabo de decir, trabajaba por su parte el Padre Hervieu en hacer nuevas Iglesias en *Hou-quam*, Provincia situada casi en el corazon de la China. La relacion, que dà de sus trabajos en una de sus Cartas, es como se sigue: ,, Haviendo passado cinco meses ,, en Nan-kin unicamente ocupado en el estudio de ,, la lengua China, recibì orden del Padre Gerbillòn, ,, nuestro Superior, de ir al punto à *Agan-tcheou*, ,, Ciudad de la Provincia de *Hou-quam*, para encar,, garme de una Casa, que tres meses havia estaba ,, comprada: partì à 18. de Agosto de 1702. con ,, unos calores tan excessivos, que padecì mucho ,, mas en este viage, que passando dos vezes la li,, nea, y viviendo en las Indias por espacio de diez ,, meses. Despues de tres semanas de camino, lle,, guè à *Kicou-kiam*, adonde tenemos una Iglesia: ,, supe que havian sobrevenido nuevas dificultades ,, en *Hoan-tcheou*, y que la Casa no estaba compra,, da. Detuveme, pues, en el primer Lugar entre,, tanto que viniesse la Casa à nuestro poder, ò yo ,, recibiesse nuevas ordenes de Pekin. Durante mi ,, mansion llegò un Christiano, que dos Alguaciles ,, guardaban sin perderle de vista. Supe de este ,, hombre, que uno de los Mandarines de *Hoan-* ,, *tcheou*, haviendo ido à la casa de un Christiano, ,, llamado *Tchu*, se havia llevado todas las Santas ,, Imagenes. Havia preguntado à los de la casa so,, bre su Religion, y que haviendoles estos respon-

„ dido que eran Christianos, havia hecho maltra-
„ tar à los hombres: que no siendo èl ni de la Ciu-
„ dad, ni aun de la Provincia de *Hou-quam*, le em-
„ biaba el Mandarìn, baxo de buena Escolta, al de
„ *Kicou-chiam*, quien debia hacerle conducir à un
„ cierto termino, y assi de Ciudad en Ciudad, hasta
„ la de *Kan-tcheou*, de donde decia que era. La re-
„ lacion que nos hizo el Christiano nos pareciò ex-
„ traordinaria, y dudabamos de su verdad; pero
„ haviendo visto uno de nuestros Criados la Carta,
„ que escrivia el un Mandarìn al otro, vimos que
„ todo el delito del preso era la profession, que
„ hacia de la Religion Christiana, la qual en la
„ mencionada Carta era tratada de falsa. Exhorta-
„ mos al fervoroso Christiano à que apreciasse mu-
„ cho la gracia, que le hacia Dios de padecer por
„ tan buena causa, y le dimos todo el socorro, que
„ permitia nuestra pobreza. Pero no durò mucho
„ su padecer, porque al instante que llegò à *Kan-
„ tcheou*, Ciudad de la Provincia de *Kiamsi*, pidiò
„ por èl el Padre Amiani, Jesuìta Italiano, y le
„ hizo poner en libertad aun antes que pareciesse
„ delante de los Mandarines.

„ En este intervalo los Padres Domenge, y Por-
„ quet, encargados de nuestras fundaciones de
„ *Hou-quam*, compraron en fin la Casa que me estaba
„ destinada en *Hoan-theou*. Dieronme aviso, y fui
„ al instante allà. Desde el dia siguiente el Padre
„ Domenge, y yo fuimos à visitar à los Mandari-
„ nes, pero uno solo tuvo la cortesanìa de reci-
„ birnos, lo qual nos diò à conocer la mala dis-
„ posicion en que estaban àzia nosotros. Tuvimos
„ noticia, que intentaban echarnos de la Ciudad,

y,

„ y que tenian animo de proceder juridicamente, „ contra nueftro eftablecimiento, y llevar fus quexas à los grandes Mandarines de la Provincia. A „ efte avifo partiò mi Compañero para la Capital, „ adonde juzgò fu prefencia mas neceffaria que „ en Hou-quam, y yo me quedè alli folo. El Mandarìn, que havia maltratado à los Chriftianos, como yà tengo dicho, prefentò pocos dias defpues „ una Peticion al Governador de la Ciudad, en „ la qual, fin decir injurias contra nueftra Santa „ Ley, hacia prefente, que no haviendo havido hafta „ entonces Tien-chutàn, efto es, Iglefia en Hoantcheou, no creìa yà que fe debieffe permitir que „ fe eftablecieffe alli Iglefia; y le fuplicaba dieffe „ fobre ello fus ordenes. El Governador, que acababa de tomar poffefsion de fu cargo, no juzgò „ apropofito confultar à los grandes Mandarines de „ la Provincia fobre efte negocio, y por sì mifmo „ lo determinò al inftante, mandando al Mandarìn „ inferior embiaffe luego al punto Oficiales de Jufticia para facarme de mi Cafa. Al inftante me „ intimaron ordenes fobre ordenes, y un Taoffee, „ efto es, una efpecie de Bonzo cafado, de mi vecindad, valiendofe de la coyuntura, juntò una „ tropa de gente vil, hace que le figa, y prefenta un Memorial al Mandarìn contra los que havian tomado parte en efte negocio, y hace que „ me infulte el acompañamiento, que llevaba, „ dentro de mi propria Cafa. No me affuftò el tumulto, porque efperaba que el Padre Domenge „ me embiarìa alguna orden favorable del Virrey; „ pero avifandome el dicho Padre, que no havia „ podido tener audiencia del Mandarìn, ocupado en-

, entonces en el examen de los Licenciados ; y por
, otra parte viendo el miedo, que se havia apode-
, rado de mis domesticos, yà apique de abando-
, narme, hice venir à dos Christianos graduados
, de una Ciudad vecina, y les confiè mi Casa.
, Hecho esto, partì para la Capital, muy conten-
, to de haver comenzado la Mission con contradic-
, ciones, è insultos, esperando que por esto mis-
, mo llegarìa à ser mas floreciente.

, Haviendo acabado el Virrey sus examenes, fui-
, mos à verle, y segun costumbre, le ofrecimos
, nuestros regalos, los quales no quiso admitir, tra-
, tandonos con todo esso con honra ; pero quando
, le hablamos de nuestro negocio, se puso muy sè-
, rio, y nos dixo : *Por què quereis estableceros en*
, *Hoan-tcheou, teniendo yà una Iglesia en la Capital*
, *de la Provincia?* Le respondimos, que queriamos
, vivir alli para instruìr muchos Christianos, que es-
, taban en la vecindad ; añadiendo, que si los Man-
, darines tenian dificultad de admitirnos, era por-
, que no nos conocian, ni estaban informados de
, las excelentes maximas de la Ley de Dios, la qual
, exhortaba à los hombres à la paz, y la virtud: que
, si quisiera decir una palabra en nuestro favor, se-
, rìamos recibidos con gusto. *Bueno es esso*, repli-
, cò el Virrey ; *mas en fin sois Estrangeros, y los*
, *Mandarines del Lugar se oponen à vuestro estableci-*
, *miento : no puedo menos de dár parte de todo al Tri-*
, *bunal de Ritos.* Le pedimos que no nos metiesse
, con este Tribunal. A lo que respondiò : *No teneis*
, *motivo de temerlo, pues que ahora recientemente ha*
, *confirmado vuestro establecimiento en Nimpo, y no*
, *dexarà de favoreceros en el de Hoan-tcheou.* Bolvi-
mos

„mos no obstante à instarle que no llevasse el nego-
„cio al Tribunal de Ritos, assegurandole, que mas
„queriamos renunciar nuestra fundacion, que can-
„sar mas à los Mandarines de dicho Tribunal. Nos
„prometiò el Virrey todo lo que quisimos, para li-
„brarse de nosotros; y nos dixo, que tambien ha-
„blarìa al Governador de la Ciudad, quien enton-
„ces se hallaba por otros negocios en la Capital.
„Tres dias despues nos hizo avisar el Virrey, que
„havia hablado al Governador, y que este havia
„rehusado encargarse de nuestra dependencia. Era
„esto una pura escusa de este Mandarìn, porque
„supimos poco despues, que no le havia hablado
„una palabra.

„A vista de la respuesta de el Virrey, no tenia
„que hacer mas, que esperar las ordenes de mis
„Superiores; pero conociendo que havia de du-
„rar mucho tiempo en la Capital, procurè ocu-
„parme lo mas utilmente que me fue posible. Co-
„mencè à explicar el Cathecismo todos los Do-
„mingos, entretanto que el Padre Bayard, con
„quien vivia, hacia correrìas Apostolicas en los
„Lugares, y Ciudades vecinas. Trabajaba en todo
„este tiempo el Padre Gerbillòn en Pekin en ter-
„minar el negocio de *Hoan-tcheou*: ganò conoci-
„miento con el hijo primogenito del Virrey, Man-
„darìn en el Colegio Imperial de Pekin, alcanzò
„de èl nuevas recomendaciones para su Padre, nos
„las embiò con un Memorial dirigido al mismo
„fin, para que lo presentassemos al Virrey, y al
„mismo tiempo embiaba su hijo una copia, y le
„rogaba con grande instancia, que terminasse este
„negocio à favor nuestro.

,, Apenās recibiò el Virrey eſtas Cartas, quāndo ,, embiò à pedir, que uno de noſotros le fueſſe à ,, hablar. Fue el Padre Bayard, y el Virrey, deſ- ,, pues de preguntarle por el Padre Gerbillòn, tra- ,, tando con èl de los caractères Chinos, de el me- ,, thodo que guardabamos para aprenderlos, y pe- ,, dido que le explicaſſe en parte los Mandamientos ,, de Dios, le moſtrò la minuta de la Peticion, que ,, le havia dirigido ſu hijo: la puſo en manos del ,, Padre, diciendole, que ſacaſſe una copia ſegun ,, toda formalidad, y la entregaſſe al *Sun-pou-koan*, ,, ù Oficial, que tiene el encargo de recibir ſeme- ,, jantes Memoriales.

,, Eſtando de buelta el Padre Bayard, me infor- ,, mò del suceſſo de ſu viſita, y miramos deſde lue- ,, go la dependencia como concluìda, y ſin perder ,, tiempo fuimos à la Igleſia à dàr gracias à Dios, ,, y decir juntos el *Te Deum*. En efecto dos dias deſ- ,, pues pronunciò el Virrey la primera ſentencia ſo- ,, bre nueſtra demanda, y la dirigiò al primer Man- ,, darìn de *Hoan-tcheou*, de el tenor ſiguiente: *En ,, el año de* 1692. *el Tribunal de Ritos, cuyo miem- ,, bro tengo la honra de ſer, diò un Edicto en favòr de ,, los Europeos, declarando que ſu Ley no es una Secta ,, falſa, y ſuperſticioſa: que no ſon gentes que pertur- ,, ban el Eſtado, y que al contrario lo han ſervido. Ahora ,, Moun-tchin-ki (es el nombre Chino del Padre Domen- ,, ge) y otros, han comprado una Caſa en vueſtra Ciudad, ,, para vivir en ella, y los haveis hecho ſalir: han cau- ,, ſado algun deſorden, ò excitado algun alboroto en ,, vueſtra Ciudad, ò en ſu juriſdiccion? Venga preſto ,, la reſpueſta: os embio aqui adjunta una Copia de el ,, Edicto del Tribunal de Ritos, el qual eſtà en los Re- ,, giſtros del Archivo de mi Tribunal.*

El

,, El Governador, que en realidad no nos aborrecia, penetrò desde luego las intenciones del Virrey, y vendiendo como favor el conformarse con ellas, respondiò en estos terminos: *No han causado los Europeos desorden alguno en esta Ciudad; pero haviendosenos representado que no havian tenido Iglesia alguna en Hoan-tcheou, y que havian venido unos Europeos para establecerse en ella, no me he atrevido à convenir en ello por mi proprio parecer; ignorando que huviesse dado Edicto en su favor el Tribunal de Ritos; pero ahora que me haveis hecho la gracia de remitirme una Copia del Decreto, es justo dexarlos obrar.*

,, Haviendo el Virrey recibido la respuesta de el Mandarìn, pronunciò sentencia definitiva. *Ya que los Europeos* (decia) *no han causado turbacion en vuestra Ciudad, como vos mismo lo atestiguais, iràn à vivir allà; y es un negocio concluìdo.* Fuimos aquel mismo dia à dàr las gracias al Virrey por lo que acababa de hacer por nosotros, pero no recibiò nuestra visita: nos hizo decir solamente por el Sum-pou-koan, ò pequeño Mandarìn de su Tribunal, que podiamos ir à vivir en dicha Ciudad, quando lo tuviessemos por conveniente.

,, Partimos pocos dias despues el Padre Domenge, y yo, y tomamos segunda vez possession de nuestra Casa. Al punto que llegamos, visitamos à los Mandarines, y estos nos recibieron con honra, y nos pagaron la visita. Quiso el Governador hacernos una especie de reparacion de honor, diciendo publicamente, que si nos havia ofendido, havia sido por falta de buen informe de nuestro negocio. Quando vino à nuestra Casa nos hizo à

cada

, cada uno en particular ocho especies de regalos;
, bien que los dos juntos le haviamos hecho sola-
, mente el mismo numero de presentes. Como veìa-
, mos por todos los passos que havia dado , que se
, reconciliaba de buena fè con nosotros,nos atrevi-
, mos à pedirle un *Kao-ki* , esto es , una Salvaguar-
, dia , la qual se pone en algun parage eminente
, de la Casa , para librarnos de los insultos del po-
, pulacho. Nos lo prometiò sin detencion, y la hizo
, expedir poco despues de la partida del PadreDo-
, menge para la Capital.

, Apenas acabamos nuestras visitas , quando co-
, menzaron las lluvias, lo qual fue para mì un con-
, tratiempo muy enfadoso , porque no podia hacer
, las reparaciones necessarias en la Casa , la qual se
, hallaba en muy mal estado , sin puertas , ni ven-
, tanas , y con tantas goteras por todas partes, que
, quando quise colocar mi Altar para decir Missa,
, apenas pude hallar parage donde ponerlo ; pero
, el gozo que tuve de vèr concluìdo tan felizmente
, nuestro negocio , no me dexò hacer atencion à la
, incomodidad de mi posada. Quiso Dios añadir
, otro consuelo , para mì muy sensible : el tempo-
, ral de que acabo de hablar hizo detener en Hoan-
, tcheou muchos Christianos , que de varias partes
, havian venido para su comercio. Como estàn es-
, tos casi siempre ausentes de sus casas , havia seis,
, ò siete años que no havian visto Missionero algu-
, no. Fue grande su alegria quando supieron que
, yo estaba alli establecido , y assi el Viernes San-
, to vinieron mas de veinte de ellos à la Iglesia:
, los conducia un Graduado , de edad de ochenta
, y dos años , quien tuvo , como los otros , el con-

suelo

, suelo de adorar à Jesu-Christo Crucificado en un
, Lugar donde hasta entonces no lo havia sido, à lo
, menos con las ceremonias, que prescrive para
, aquel Santo dia la Iglesia. Avisados los Christia-
, nos de los Lugares de el contorno, vinieron à la
, Iglesia los dias siguientes para celebrar las Fies-
, tas de Pasqua. Suplì las ceremonias del Bautismo
, à siete adultos, y à dos niños, à quienes havian
, bautizado los Catequistas, y los demàs confessa-
, ron, y comulgaron. Passadas las Fiestas, se reti-
, raron los Christianos, y yo quedè quieto en mi
, Iglesia, repartiendo muchos libros de nuestra
, Santa Religion, y anunciando à Jesu-Christo à
, todos, segun que se ofrecia la ocasion. Poco des-
, pues de Pasqua tuvimos noticia de que havian pri-
, vado de sus empleos à quatro principales Man-
, darines de la Ciudad. Nos sorprehendiò la no-
, vedad, y fue verdadera respecto de tres de ellos,
, y pudiera haverlo sido tambien respecto del quar-
, to, porque muriò un mes despues. Asi Dios,
, despues de haverse servido de aquellos mismos
, que se havian opuesto, para establecer mas sò-
, lidamente su Iglesia, y despues de haver sacado
, de su misma boca la justificacion de nuestra San-
, ta Ley, no permitiò que mandassen por mas tiem-
, po en una Ciudad adonde havian tenido tanta
, dificultad de recibir à sus Ministros. Como no
, han llegado todavia sus successores, no sè en què
, disposicion estaràn àzia nosotros: lo que me dà
, cuidado, y pena es, que he menester muchos
, presentes para visitarlos, y no sè de donde te-
, nerlos. No obstante espero, que no me faltarà
, la Providencia en un lance tan importante para

„ su gloria, y para el establecimiento de esta nueva
„ Iglesia. Yà vè V. R. por lo que acabo de referir,
„ que hasta ahora no he podido trabajar solidamen-
„ te en la conversion de los Infieles. Mi trabajo de
„ seis meses ha sido enseñar el Catecismo à los
„ niños, oìr muchas confessiones, y bautizar unos
„ cinquenta adultos. Muy de otra manera trabaja
„ el Padre Bayard en sus correrìas Apostolicas. Ha-
„ viendo este zeloso Missionero recorrido todas las
„ Christiandades, que fundò en varias partes de
„ esta Provincia el difunto Padre Jacobo Montèl,
„ cuenta haver bautizado mas de mil personas en
„ solo un año. Mucho tiempo passarà sin que yo
„ pueda hacer otro tanto en esta Ciudad, y distri-
„ to, el unico de la Provincia de *Hou-quam*, adon-
„ de no se ha extendido el zelo del Padre Montèl.
„ Confio no obstante, que derramarà Dios sus ben-
„ diciones sobre esta Ciudad, la qual tiene otras
„ nueve en su jurisdiccion, sin contar muchissimas
„ Aldèas, y Lugares muy poblados, y que en po-
„ cos años tendrèmos aqui una floreciente Mission.
„ Para lograr este felìz sucesso, serìan menester
„ quatro, ò cinco buenos Catequistas, porque sin
„ ellos es dificil adelantar la obra de Dios, y ape-
„ nas me hallo en estado de mantener uno; pero
„ en los principios es preciso hacer lo que se pue-
„ de, y esperar que el Padre de Misericordia nos
„ provea de mayores fondos, ò supla por algun
„ camino extraordinario los medios que ahora nos
„ faltan.

„ Se admirarà V. R. que no haya hablado de
„ nuestro establecimiento de Cantòn. Consiste en
„ una Casa, que el Padre Visdelou, y yo compra-
mos

,, mos diez años hà para recibir à los Missioneros, y
,, otros socorros, que nos vienen de Europa. Estuvo
,, aqui dos meses el Padre Bouvet, quando le em-
,, biò à Francia el Emperador. Tuvo la fortuna de
,, bautizar nueve, ò diez personas. No fui yo tan
,, dichoso quando passè à embarcarme à bordo del
,, Amphitrite, pues solamente pude instruìr à uno de
,, mis domesticos, y ganarle para Jesu-Christo. Era
,, este un Joven de bello natural; su conversion tie-
,, ne algo de extraordinaria. Vivia en Nankin quan-
,, do llegò allì el Emperador à principios del año
,, de 1699. El Padre Gerbillòn, que estaba de via-
,, ge, à instancia de sus parientes, le recibiò en su
,, servicio, y le llevò à Pekin, desde donde vino
,, conmigo hasta Cantòn. Sabìa yà las oraciones, y
,, todo lo que era necessario para ser Christiano;
,, pero daba siempre largas para serlo. Durante mi
,, viage le hablè muchas vezes en particular, y en
,, presencia de sus compañeros, que eran Christia-
,, nos, y que tambien le exhortaban sobre la neces-
,, sidad de su salvacion. Convenìa en todo, pero
,, no se determinaba. *Què diràn mis parientes*, me
,, replicò un dia que le instaba mas: *ninguno de*
,, *ellos es Christiano: yo serìa el primero, y à esto no*
,, *me puedo resolver. Si el Emperador* (le decia yo)
,, *te hiciera Mandarin, no lo quisieras ser, porque nin-*
,, *guno de los tuyos hasta ahora lo ha sido? Al contrario,*
,, *no serìa para tì de mucha honra el ser el primer*
,, *Mandarìn de tu familia, y por esso mismo no te es-*
,, *timarìan mas tus parientes? Aqui es lo mismo, se-*
,, *ràs el primer Christiano de tu Casa, y concurriendo*
,, *à que tus parientes tambien lo sean, seràs causa de*
,, *su salvacion. Puedes hacer cosa mejor? Y no es esto*

„ *una gracia muy grande de Dios?* Como no le convenciesse con estas razones, pensè que me ocultaba sus verdaderas intenciones, y encarguè à un Catequista que con habilidad averiguasse la causa de sus dilaciones. Los Chinos se hablan mutuamente con confianza, y sin dificultad se comunican sus trabajos, y los mas secretos pensamientos. Le confessò, pues, el joven, que muchas vezes hacian sus parientes la ceremonia de honrar à sus antepassados, y decia: *Si yo no lo hago con ellos, me echaràn de casa, y quizà me denunciaràn à los Mandarines, como un hombre que no tiene respeto, y reconocimiento à sus parientes, y esto es lo que no me dexa ser Christiano.*

„ *Quien os ha dicho*, replicò el Catequista, *que no podreis assistir à essas ceremonias siendo Christiano? Yo lo soy por la gracia de Dios, y assisto à ellas quando me precisa la necessidad. Nos probibe solamente la Religion Christiana que pidamos, ò esperemos gracias de nuestros parientes difuntos, que creamos que pueden hacernos bien, que estàn presentes en la tablilla, ò que vienen à oìr nuestras oraciones, ò recibir nuestras oblaciones. Tambien probibe que quememos monedas de papel, ò derramemos en el suelo el vino que les ofrecemos; pero no manda que no reconozcamos el beneficio del nacimiento, y educacion, que de ellos recibimos, ni el darles gracias postrandonos delante de la tablilla en que està escrito su nombre, y ofreciendoles nuestros bienes. Si me es licito* (respondiò el Joven) *ir con mis parientes à bacer mis respetos delante de las imagenes de mis antepassados, yà no tengo dificultad, y desde ahora quiero ser Christiano.* Dos dias despues vino con el

Ca-

„ Catequista, y me informò de la disposicion en
„ que estaba. Pidiòme el Joven perdon de haver
„ resistido tanto tiempo à la gracia de Dios, y me
„ suplicò le diesse el Bautismo, assegurandome, que
„ ni èl, ni sus parientes esperaban cosa alguna de
„ sus antepassados, quando, segun costumbre, los
„ honraban. No creì deber excluìr del Reyno del
„ Cielo à un hombre, que tenia la Fè, y que esta-
„ ba dispuesto conforme pide el Papa Alexandro
„ VII. Desde entonces ha vivido muy christiana-
„ mente, y al presente està sirviendo al Padre Vis-
„ delou.

„ Siete Iglesias hay en Cantòn, una de los Jesuì-
„ tas Portuguesses, la qual es la primera, y la mas
„ antigua de todas: dos de los Padres de San Fran-
„ cisco: dos de los Señores Eclesiasticos de las Mis-
„ siones Estrangeras: una de los Padres Agustinos,
„ y la nuestra, con uno, ò dos Missioneros en cada
„ una, y con todo esso son alli muy pocas las con-
„ versiones. Casi lo mismo sucede en los demàs
„ Puertos, adonde arriban Navìos de Europa; pe-
„ ro no es lo mismo en las Ciudades interiores de
„ la China, donde son mas frequentes las con-
„ versiones, y en poco tiempo se forman numero-
„ sas Christiandades. Me preguntarà por ventura
„ V. R. de dònde nace tan grande diferencia? Mas
„ quiero que responda por mì el Apostol de las In-
„ dias San Francisco Xavier, à quien embiò Dios
„ con el dòn de lenguas, y con el poder de hacer
„ milagros para convertir à estos Pueblos. En todas
„ las partes adonde se establecian los Portuguesses,
„ hallaba este Gran Santo estorvos casi invencibles
„ à la Propagacion de la Fè. Se afligia de ello hasta

„ cansarse de la vida. (Lib.1.epist.7.) *Mas quisiera* „ (dice) *estàr en lo mas interior de la Ethyopia, ò en* „ *alguna parte de las tierras de el Preste-Juan, alli* „ *trabajarìa con paz en la conversion de los Gentiles;* „ *lexos de todas las miserias, que por fuerza vèn mis* „ *ojos, y no puedo remediar. Un sentimiento tengo,* „ *y es de no haverme opuesto à ellas con mas vigor.* „ Prosigue diciendo: *Si la suavidad no corrige á estas* „ *gentes, haceis mejor en usar de rigor, y severidad.* „ *Hay mucho merito en reprehender à los pecadores, y* „ *en los ojos de Dios es un gran pecado no reprehenderlos, quando por su vida escandalosa impiden la conversion de los Infieles.*

„ Estos malos exemplos de los Christianos, cuyos deplorables efectos lloraba San Francisco Xavier, son tambien los que hacen inutiles nuestros „ trabajos en los Puertos de la China. Los habitantes de los Puertos hacen viages à los Reynos vecinos, adonde vèn las dissoluciones, y excessos „ de algunos Europeos. Estàn casi à la vista de Macao, donde no hallan mejores exemplos. Los „ que vienen de Europa à los Puertos, los confirman en el mismo concepto, porque vèn à muchos cuya vida es muy desreglada, y de grande „ libertad. De aqui se sigue, que pierden presto „ toda la estimacion, que les haviamos espirado de „ la Ley de Dios. Dicen entre sì: *Los Europeos, con* „ *ser Christianos, no por esso son mas castos, sobrios,* „ *mas detenidos, menos colericos, y apassionados que* „ *nosotros.* Quando vèn à los Missioneros vivir en medio de ellos de un modo irreprehensible, y „ con edificacion, imaginan que es mas en virtud „ de su estado, ò de alguna obligacion particular,

que

„ que en virtud de la Religion. Al contrario ſucede „ en lo interior de la China, adonde, como ſon ſoſtenidas las verdades, que ſe les predican, con la „ vida exemplar de los Predicadores, ſe admiran „ de nueſtra Santa Ley, que enſeña à los hombres „ tan excelentes virtudes, y los obliga à practicarlas.

„ Pero no ſe podràn ſuſpender eſtos deſordenes, „ y aplicar algun remedio? Veaſe aqui el que proponìa en una de ſus Cartas el Apoſtol de las Indias: (*Lib.2.epiſt.5.*) Eſte ſerìa elegir para Capitanes de los Navìos, que vàn à la China, à hombres de honra, y conciencia, reſueltos à oponerſe por sì miſmos à los deſordenes, darles poder, „ y ordenes riguroſas de caſtigar los eſcandalos, „ concederles recompenſas conſiderables ſi executan ſu comiſsion con fidelidad. Mas quiero que „ ſe lea en las Cartas de el Santo Apoſtol, que explayarme aqui mas.

„ Si vieran los Chinos à los Europeos, que arriban à ſus Puertos, moderados, charitativos, dueños de sì miſmos, y de ſus paſsiones: ſi los vieran muchas vezes en la Igleſia frequentar los Sacramentos; y en una palabra, vivir como los enſeñamos, què impreſsion no harìan en ſus corazones tales exemplos de piedad? Bendecirìan mil „ vezes nueſtra Santa Ley: *En populus ſapiens, & intelligens.* (Deut.4.) dirìan: *Ved aqui unos hombres excelentes, una Nacion ſabia, cuyas coſtumbres ſon admirables.*

„ Hallarìan los Directores Generales de las Compañias mas intereſſes de los que pienſan, cooperando en eſto à nueſtro zelo: ſaben que eſtàn ſus

Na-

, Navìos expuestos à muchos peligros surcando es-
, tos mares: que Dios solo es el Dueño de los vien-
, tos : que hay que temer escollos , y tempestades:
, que las enfermedades de las tripulaciones , y el
, encuentro de Pyratas son tambien males , que sin
, una proteccion particular , no se pueden evitar.
, Tiene, pues, Dios cien modos de trastornar nues-
, tros designios , quando estorvamos los suyos , ò
, quando toleramos que nuestros dependientes los
, impidan.

, Haviendo dado cuenta à V. R. de el estado
, de nuestras Missiones , no sè si serà cosa de ha-
, cer relacion de las aventuras del segundo viage
, de la China , à bordo del Amphitrite. No dudo
, que estarà yà instruìdo por algunos Padres , que
, se hallaron conmigo, pero es dificil que cada uno
, en particular repàre todo lo que passa en un Na-
, vìo, principalmente quando hay tempestad. Creo
, que no dirè cosa , que sea contraria à lo que re-
, firieron los otros,y quizà añadirè algunas circuns-
, tancias , que no disgustaràn , y que yo solo pude
, saber.

, Havia partido el Amphitrite de Puerto-Luis à
, 7. de Marzo de 1701. mandado por el Señor Ri-
, gaudiere , à quien su habilidad , y zelo por los
, intereſſes de la Compañia Real de la China , su
, grande vigilancia , acompañada siempre de un
, ayre afable , nos hacia amar , y estimar. Tenia
, por Thenientes à los Señores Horry , y Touche-
, Bouvet , por Alferez à los Señores Beaulieu , y el
, Cavallero Rigaudiere. Venia à la China por pri-
, mer Director de la Compañia el Señor Figeralz,
, y tenia por segundos à los Señores Pecheberti,
Fran-

, Francia, y Martineau. Yo tambien bolvì acom-
, pañado de ocho Missioneros de nuestra Compa-
, ñia, que no respiraban sino por ocasiones de tra-
, bajar en la mayor gloria de Dios. Reynaba la
, piedad en el Navio, y es preciso confessar, que
, los Franceses en sus navegaciones son dignos de
, toda alabanza en este punto. Se hacia con regu-
, laridad oracion por mañana, y noche; y quando
, el temporal lo permitia, se oìa Missa todos los
, dias, se cantaban las Letanìas despues de cenar, y
, en diferentes Coros se juntaban para rezar el Ro-
, sario. Los Domingos, y Fiestas principales se can-
, taban Visperas, luego havia Sermon, y eran fre-
, quentes las confessiones, y Comuniones. Durante
, el viage vì morir à tres, ò quatro como predes-
, tinados: dixeron, que la vida de algunos de
, ellos no daba esperanzas de muerte tan Christia-
, na, y que havian sido muy felices de haver te-
, nido en aquellos ultimos instantes Ministros zelo-
, sos à su cabecera, sin apartarse jamàs de ellos.
, Assi hablaban sus amigos, y comprehendieron
, todos lo mucho que importa lograr semejantes
, socorros en aquel tiempo decissivo de que de-
, pende la eternidad.

, El viage fue felìz hasta cien leguas de la Chi-
, na. Alli nos esperaba Dios para precisar, por de-
, cirlo assi, à aquellos que vivian todavia en pe-
, cado, à mudar enteramente de vida, y para dar-
, nos à conocer, que de èl depende unicamente la
, felicidad de la navegacion. El dia 29. de Julio,
, à las cinco de la mañana, un viento repentino se
, llevò nuestra Mesana, y Cebadera: cayeron al
, mismo tiempo trece Marineros, que havian subi-
do

„ do sobre las entenas. Ahogaronse tres, los demàs
„ se sacaron con vida de el mar. Acudieron para
„ librar el Arbol mayor; pero como no estaba soste-
„ nido por los otros, à los quales està unido, lo com-
„ movieron con tanta violencia la tempestad, y la
„ agitacion del mar, que à las diez de la mañana se
„ estaba yà cayendo. Todos se dieron por perdi-
„ dos, porque estaba entre quatro bombas, dis-
„ tantes las unas de las otras como cosa de dos
„ pies. Llegan estas bombas hasta el fondo del Na-
„ vio, y cayendo encima el Arbol, las hunde mas;
„ y con la violencia del golpe se abre, y sumer-
„ ge en un instante el Navio. No solamente podia
„ su caìda echar apique el Navio de esta manera,
„ sino tambien, como temiamos, podia romper una
„ parte del Baxèl.

„ Para todos estos riesgos, en la situacion en
„ que estabamos, no havia otro remedio sino el de
„ implorar la misericordia de Dios. En efecto todos
„ la pidieron, y clamaron à Maria Santissima, que
„ intercediesse por nosotros, haciendo voto de lle-
„ var à la primera de sus Iglesias en Francia un
„ quadro, en que estuviesse pintado el peligro de
„ nuestro naufragio. Invocaron tambien todos à San
„ Francisco Xavier, Apostol de las Indias, y Pa-
„ tròn de estos Mares, en los quales, como noso-
„ tros, havia padecido tempestades extraordina-
„ rias. Dios, que veìa nuestra afliccion, oyò nues-
„ tras sùplicas, cayò poco à poco el Arbol mayor
„ entre dos bombas, sin lastimar con su caìda par-
„ te alguna del Navio.

„ Mas este peligro, que por haver sido el pri-
„ mero nos havia sobresaltado, no fue el mayor. La
tem-

„ tempestad era furiosa, y el mar irritado levan-„ taba olas como montañas. No estando yà el „ Navio sostenido de sus Arboles, daba bueltas „ segun la impressión de los vientos: lo sepultaban „ las olas muchas vezes, y lo batian con tanto fu-„ ror, que à cada passo parecia que lo queria tra-„ gar el mar en sus senos. Muchos eran de parecer, „ que no llegariamos à la noche: *Multum ibi lacry-„ marum vidi, multum sollicitudinis, & languoris*, di-„ ce San Francisco Xavier en semejante ocasion. *Vi-„ mos aquel dia muchas lagrimas, y mucha consterna-„ cion.* No obstante tomò cada uno el partido im-„ portante de prepararse con una confession gene-„ ral para la muerte. No havia lugar para hacerlas „ muy largas, pero cada uno confessaba lo que era „ menester, y el arrepentimiento parecia sincero. „ Dichosos con todo esso los que no esperan tales „ extremos para pensar de veras en su conver-„ sion.

„ Me preguntarà quizà V. R. què afectos reyna-„ ban en nuestros Missioneros en aquel instante fa-„ tal. No dirè que tenian el valor de un San Fran-„ cisco Xavier quien no pedia à Dios que le li-„ brasse de un peligro, sino para entrar en otros „ mucho mayores, trabajando siempre para su ma-„ yor gloria. Puedo no obstante assegurar à V. R. „ que ninguno sentia haver dexado su Patria, y que „ ninguno se dexò vèr turbado. Algunos de ellos, „ haviendo acabado de oìr las confessiones, vinie-„ ron juntos à mi camara en lo mas fuerte de la „ tempestad, y con semblante alegre, como hom-„ bres que nada mas deseaban, me dixeron: *Veni-„ mos, Padre mio, à despedirnos de V. R. y à darle*

,, *gracias de havernos conducido hasta este termino: le*
,, *pedimos perdon de los trabajos que le hemos causado;*
,, *y de los malos exemplos que le hemos dado. Estamos*
,, *contentos, y nos encomendamos en sus oraciones.* Sù-
,, plica, y accion de gracias tan no esperada, me
,, hicieron derramar muchas lagrimas, y les respon-
,, dì: *Padres mios, nos hemos amado por Dios en esta*
,, *vida mortal: vamos, si es su santa voluntad, à*
,, *amarnos para siempre durante toda la eternidad.* Pro-
,, seguimos lo demàs del dia en oracion, y à media
,, noche diximos las Letanìas de los Santos, las de
,, la Virgen, y San Francisco Xavier, y las que se
,, dicen por los Navegantes. Què no se hace en lan-
,, ce tan triste para alcanzar gracia, y misericordia
,, del Señor!

,, Cessò por la mañana la tempestad, y siguieronse
,, dos dias de calma, en los quales se compusieron
,, unos mastiles pequeños, para acabar, si era pos-
,, sible, nuestro viage. Supe despues por algunas
,, personas, que tienen mucho conocimiento de los
,, mares de la China, que la estacion de los vien-
,, tos furiosos no comenzaba hasta veinte de Ju-
,, lio, y no passaba de quatro de Octubre: que en
,, esta temporada era preciso estàr con gran cui-
,, dado, distantes solamente ciento, ò doscien-
,, tas leguas de la Costa de la China: que era dili-
,, gencia necessària el dexar caer los juanetes, y al-
,, zar la Chalupa, ò Bote, pues por lo comun sor-
,, prehende la tempestad, que viene de repente, y
,, no dà lugar para levarlos. *Mejor es*, decian, *ar-*
,, *ribar dos, ò tres dias mas tarde, yendo con menos*
,, *fuerza de vela, que arriesgar viage, y vida cami-*
,, *nando à todo trapo por llegar antes al termino.*

A

„A cinco de Agosto nos vimos cerca de las Islas
„de Macao, que huvieramos doblado aquel mismo
„dia, si huviera continuado el viento; pero mudòse
„al anochecer, y nos fue contrario el dia siguien-
„te. El Señor Rigaudiere, que no se hallaba en
„parage seguro, quiso tomar lengua de un Navio
„Portuguès, que havia andado à un quarto de le-
„gua de nosotros, y se disponia à entrar entre las
„Islas. Queriamos saber si havia parage seguro
„donde nos pudiessemos guarecer, y pedirle un Pi-
„loto para que nos guiasse allà. Estos Señores,
„bien que se contassen entre nuestros amigos, no
„permitieron que el Bote se acercasse. En vano
„clamaba el Oficial, que era Francès, que estaba
„solo, y que les preguntaba si conocian algun abri-
„go entre las Islas. Le hicieron señas con las armas
„en la mano de que se retirasse, y nunca quisieron
„hablarle, ni darle la menor noticia. Conducta tan
„no esperada, picò vivamente à los nuestros: era
„tanto mas cruel, quanto en realidad havia mas
„de un lugar seguro donde pudieramos estàr. Si lo
„huviessemos conocido, huvieramos llegado en
„siete, ù ocho dias à Cantòn, ganando un año de
„tiempo, y evitando todos los peligros, que des-
„pues tuvimos que padecer.

„A siete de Agosto, à las ocho de la mañana, se
„levantò otra tempestad tan fuerte, y aun mas peli-
„grosa que la primera, por hallarnos cerca de las
„Costas, y por estàr nuestros Arboles, y velas de-
„masiadamente dèbiles para governar el Navio.
„Como era el viento de Este, fue preciso hacer
„rumbo àzia la Isla de Sancian, ò Sanchòn, que
„estaba de nosotros diez, ò doce leguas al Ponien-

 te.

„ te. Tuvo necessidad el Capitàn de toda su habili-
„ dad en este lance. Rompiòse una de las velas,
„ como tambien la gabia. Por instantes se conta-
„ ban nuevas desgracias, pero se procuraba poner
„ remedio à todo. En fin, al ponerse el Sol entra-
„ mos en una Bahìa, donde estuvimos al abrigo del
„ Este; pero como temiamos el Sud, que nos hu-
„ viera echado sobre la Costa, dos dias despues
„ passamos al Poniente de la Isla, à vista del Se-
„ pulcro de San Francisco Xavier, adonde un año
„ antes havian los Jesuìtas de Macao construìdo
„ una pequeña Capilla, la qual se descubria tierra
„ adentro, à dos leguas de donde estabamos.

„ No le dirè à V. R. qual fue nuestro consuelo,
„ despues de tantos desastres, viendonos tan cerca
„ de este lugar de bendiciones. Cantamos el *Te*
„ *Deum*, y se hizo una descarga de toda nuestra
„ artillerìa. Cada uno de nosotros se acordò, como
„ este Gran Santo havia sacado al Amphitrite de
„ enmedio de las Rocas de *Paracèl*, entre las quales
„ se havia metido en su primer viage, y confiaba-
„ mos que tambien en este le haviamos de deber
„ nuestras vidas. Como estaba el Navio desarbo-
„ lado, partì al punto con algunos Oficiales para
„ buscar en Cantòn algun mastil. Passando por la
„ Capilla del Santo, tuve el gusto de decir Missa
„ en ella, de besar la primera vez la tierra, que
„ havia recibido su precioso Cuerpo, y dedicarme
„ de nuevo à Dios, para continuar la Mission adon-
„ de el Santo havia acabado la suya. Me acordè de
„ mis Compañeros, à quienes todos havia dexado
„ en el Navio para consuelo de la tripulacion. Lle-
„ gando à Cantòn, les embiè una Galera bien proveì-
da

„da de temeros, que le sirviessen quando quisiessen
„visitar el Sepulcro del Santo Apostol. Me avisaron
„que les havia hecho el gusto mayor, que podian
„esperar: que iban allà todos los dias à decir Missa,
„y que tambien los Marineros, y Oficiales los
„acompañaban por su turno, y que todos estos
„havian alli comulgado, y algunos mas de una
„vez. Era la peregrinacion corta, que cada uno
„hacia con gusto en los veinte dias que parò el
„Navio al abrigo de Sancian.

„Los mastiles que se llevaron de Cantòn no eran
„bastante grandes, pero no se hallaban mejores en
„todo el Paìs. Quince dias gastaron en caminar
„siete, ù ocho leguas por la rapidèz de las cor-
„rientes. Fueron de parecer los Pilotos de la Costa
„que se echasse ancora baxo de la Isla llamada
„*Niou-co*, en un parage bueno, assegurando, que
„por Septiembre no dexarian de correr los vien-
„tos de Poniente, y que se levantarìa alguno bas-
„tante fuerte para acabar lo que quedaba de ca-
„mino. Con siete, ù ocho horas de viento favora-
„ble se pudiera doblar las Islas de Macao, y ga-
„nar la entrada del Rio de Cantòn, de donde las
„marcas solas nos llevarian hasta la Ciudad.

„En efecto vino el ayre, y nos adelantò dos, ò
„tres leguas, pero al ponerse el Sol se mudò de re-
„pente. Los vientos de Este, y Nord-Este bolvieron à
„soplar con tal furor, que jamàs vimos tempestad
„tan horrorosa. El Señor Rigaudiere quiso bolver
„à su primer abrigo baxo de la Isla de Sancian, pe-
„ro no lo pudo lograr. Perdiò sus ancoras maestras,
„y se viò precisado à abandonar la Chalupa, y el
„Bote. Era espantosa la obscuridad de la noche,
acom-

, acompañada de borrascas, y de una horrible
, lluvia. Las entenas, las velas, y los arboles se
, quebraban successivamente, y en este trance, mas
, que nunca, nos persuadimos que serìa el ultimo
, dia de nuestra vida. Los Padres Tartre, y Con-
, tanzin, à quienes havia dexado à bordo quan-
, do bolvì segunda vez con mis Compañeros à
, Cantòn, confessaron à todos. Luego que ama-
, neciò, queria cada uno que se encallasse el Navio
, para salvar la vida. Se tuvieron por felices de
, ponerse detràs de una Isleta, que defendia algo
, del viento. Dos dias despues supieron que era la
, de *Fan-ki-chan*, distante cinco leguas de una Ciu-
, dad llamada *Tiem-pe*, y que para llegar allà ha-
, vian caminado mas de cinquenta leguas en una
, noche, y una mañana sin velas, y passado entre
, muchas Islas, sin vèr siquiera una de ellas.

, Quince dias despues huvo en el mismo parage
, otra tempestad, que se puede llamar la quarta.
, Me dixeron despues los Mandarines de Tiem-pe,
, que iban à una eminencia para observar si rom-
, pia el Navio sus cables; pero por fortuna no per-
, diò la unica ancora, que le havia quedado.

, Havia avisado al Capitàn, que en caso que
, no huviesse llegado à Cantòn antes de primero
, de Octubre, partirìa yo aquel dia para ir à tomar
, los regalos de el Emperador, y llevarlos quanto
, antes à Pekin. Partì en efecto con dos Galeras,
, acompañado del Padre Porquet, y fui en dere-
, chura à *Kiou-co*; pero yà no estaba alli el Na-
, vio, haviendolo dexado el dia veinte y nueve de
, Septiembre. Como nadie podia darnos noticia
, del rumbo que havia tomado, por haverlo arro-

jado

„jado de noche la tempestad, lo busquè en todas
„las Islas. Fui à Sancian, registrè toda la Costa, lle-
„guè à Macao; y en fin, despues de haver corri-
„do todos estos mares con frequentes peligros,
„bolvì à Cantòn, adonde hallè Cartas del princi-
„pal Mandarìn de Tiem-pe, en que me avisaba
„que estaba el Amphitrite en su vecindad: que
„con mucho gusto suyo tratarìa bien à los Fran-
„ceses. Daba el mismo aviso al Tsonto, quien
„sin perder tiempo me lo participò.

„Me puse otra vez en camino con los Padres
„Porquet, y Hervieu. Este ultimo iba à ser Cape-
„llàn del Navio, y à aliviar à los Padres Tartre,
„y Contanzìn. No pude detener las lagrimas à la
„vista del pobre Navio, batido de tantas tempesta-
„des, y protegido tan poderosamente de la Divina
„Providencia. A mi llegada recibimos dos arboles
„muy buenos, que nos regalò el Tsonto. Los havia
„sacado de un gran Barco de Siam, que en la pri-
„mera tempestad, que padecimos à veinte y nueve
„de Julio, havia naufragado sobre la Costa de la
„China, y los hizo conducir de mas de sesenta
„leguas, arrastrados lo largo de las Costas por
„unas Galeras, y Chalupas, con todo el trabajo, y
„gasto, que se puede imaginar.

„Otra cosa hice para poner à salvo el Navio, el
„qual estando debaxo de *Fan ki-chan*, estaba à
„peligro de perderse cada dia. Hice buscar un
„Puerto seguro donde invernasse: nos havian ha-
„blado de un parage llamado *Quan-tchou-voan*,
„distante como treinta leguas al Poniente de *Tiem-*
„*pe*; pero antes de encaminarnos allà, quisimos vèr
„por nosotros mismos, sin fiarnos demasiado de los

Chi-

„ Chinos, ſi el Puerto eſtaba como decian. Para
„ eſſo era preciſo conocer ſu entrada, y ſondearla:
„ y los Mandarines, à quienes hablè, dieron licen-
„ cia à nueſtros Pilotos para que la examinaſſen,
„ dandoles tambien gente para conducirlos.

„ En fin, no teniendo los Señores Directores ni
„ Barcos, ni Chalupas para tranſportar à Cantòn
„ el dinero, y efectos de la Compañia, les cedì
„ mis dos Galeras, y bolvì por tierra con los re-
„ galos de el Emperador. Vino conmigo el Padre
„ Hervieu, por haverme ſido preciſo ceder à las
„ fuertes inſtancias del Padre Contanzin. Havia yà
„ viſto las quatro tempeſtades, y nada havia ſido
„ capàz de abatir ſu animo, ni debilitar las fuer-
„ zas, que Dios ſolo podia haverle dado para tan
„ grandes, y tan continuos trabajos.

„ Me eſcriviò el Capitàn muchas Cartas llenas
„ de agradecimiento à ſu arribo à *Koan-tcheou-voan*,
„ y me decia aſsi : *Ahora, R.P. mio, debemos à V.R.*
„ *la vida mi tripulacion, y yo, por havernos procu-*
„ *rado Arboles, y Puerto tan ſeguro : ſi ſe añaden los*
„ *cuidados que toma por noſotros, como tambien los*
„ *demàs Padres, no pueden hombres agradecerlo baſ-*
„ *tantemente. Dios ſolo puede dàr à VV.RR. el galar-*
„ *dòn. Eſtà nueſtro Navio con toda ſeguridad en eſte*
„ *Puerto, y hemos yà ſentido los efectos de ſu zelo.*
„ *Todos los Mandarines del contorno nos han viſita-*
„ *do, y hecho todas las ofertas imaginables. Tienen à*
„ *nueſtra diſpoſicion diſpueſtas algunas Galeras para*
„ *facilitar el deſembarco de todas las coſas. Reyna la*
„ *alegria, y contento en nueſtro equipage : tenemos un*
„ *pollo muy gordo por dos quartos, un buey por qua-*
„ *tro peſetas, y todas las demàs coſas à proporcion. En*

fin

„ fin, despues de tantos sustos, y peligros, nos ha puesto Dios en un buen Quartèl de Invierno, adonde nada nos falta. El Padre Contanzin es cada dia mas fervoroso: doy à V. R. palabra de cuidar mucho de su salud, porque no ha venido à la China para consumir sus fuerzas, trabajando à bordo del Amphitrite, y debe guardarlas para mejor ocasion.

„ Lo mismo me escriviò pocos dias despues el mismo Padre con mayor extension en estos terminos: El Capitàn bolviò luego despues de la partida de V.R. de Tiem-pe: el dia siguiente 15. de Noviembre hizo embarcar los mastiles de el Tsonto, con provision de agua, y leña, y tambien los enfermos, y cavañas, que se les havia construìdo en la Isla; de manera, que à las diez de la noche llevamos una Luna clara, y tuvimos un viento proporcionado para nuestros Arboles. Se aprovechò de ello tan felizmente el Capitan, que al salir el Sol avistamos el Puerto en que haviamos de entrar, bien que dista veinte y quatro, ò veinte y cinco leguas del parage de donde salimos. Nos conduxo muy bien, y con destreza el Piloto Chino de Tiem pe, pero como se havia sossegado el viento, y la marea nos era contraria, no pudimos entrar en èl hasta las tres de la tarde. Se passa por entre dos bancos de arena, que entran mucho en el mar en una linea paralela, y forman un canal de mas de una legua de ancho. A su entrada se encuentran solamente cinco, seis, y siete brazas de agua; pero quanto mas se acerca al Puerto, se encuentra mas. Iba delante el Señor Horry en un Bote con la sonda en la mano. En fin, entramos sin dificultad, tenien-

„ do siempre diez brazas de agua. Estamos actual-
„ mente como en un pilon, en ocho brazas de agua,
„ à la lengua de la tierra, la qual nos rodèa por
„ todos lados de tal suerte, que los enfermos, que
„ se hallaban en cama quando entramos, no han
„ podido reconocer por donde hemos venido.

„ Haviendo echado ancora, hizo el Capitàn can-
„ tar el *Te Deum* en accion de gracias de vernos en
„ fin en lugar seguro, y el dia siguiente se dixo la
„ Missa por la misma intencion. Estamos aqui tan
„ quietos, y sossegados, como si estuvieramos en
„ un quarto, sin haver hasta ahora sentido el menor
„ movimiento en el Navio. Mùy terrible havia de ser
„ la tempestad por afuera para que se sintiessen
„ aqui los vaybenes, por lo qual se han sacado à
„ tierra los mastiles, y las entenas. Se ha descargado
„ el Navio: bien sabe V.R. que nuestro Capitan ha
„ hecho quanto era de su parte: à V. R. pedimos,
„ que acabe lo demàs; quiero decir, que procure
„ nos provean de los viveres necessarios, pagandolos,
„ y que lexos de inquietarnos los Mandarines, se
„ pongan de nuestra parte para favorecernos. Por
„ lo que mira al Capitàn, està resuelto à contener
„ à sus gentes en su obligacion, y de no permitir
„ que dèn motivo de quexa, ni el menor escandalo
„ à los Chinos.

„ El Sabado al anochecer, me dice en otra Car-
„ ta, vino un dependiente de el Mandarìn de *Ou-*
„ *tchuen* à avisarnos que venia su Amo en persona
„ à mostrarnos la mucha parte, que tomaba en
„ nuestro felìz arribo. En efecto ayer mañana, à
„ veinte y uno de Diciembre, vino escoltado de
„ cinco Galeras, nos hizo visita de ceremonia con

el

„ el gran Collar, lo que diò motivo à nuestros Ma-
„ rineros para tenerle por Christiano, que traìa un
„ gruesso Rosario al cuello. No se puede mostrar
„ mas amistad, ni hablar mas cortesanamente que èl,
„ nos diò palabra de servirnos en quanto pudiesse,
„ y nos ofreciò algunos de los suyos para que nos
„ conduxessen adonde quisiessemos ir. Me pidio con
„ instancias que avisasse à V. R. que se portarìa con
„ nosotros à toda su satisfaccion. Se llama *Tchen-lao-*
„ *ye*, y firma *Tchen-loung* en sus villetes de visita. Le
„ dimos de comer muy bien, y à otros tres Man-
„ darines, que le acompañaban. Les gustò nuestro
„ modo de comer, y los licores les parecieron muy
„ buenos. Bolviò à su Galera à esso de las tres, y
„ les saludamos con tres cañonazos, que assusta-
„ ron mucho à los Chinos de su sequito, que en
„ efecto era buena la polvora. A un quarto de hora
„ despues fuimos el Capitàn, y yo à pagarle la vi-
„ sita, nos hizo saludar à nuestro arribo con tres
„ tiros de artillerìa, y con otros tres à nuestra
„ partida. Le hicimos nuestro regalo, y partiò à
„ las nueve de la noche para bolverse à su destino,
„ y entonces le saludamos otra vez con tres caño-
„ nazos. No serà de poco gusto para V. R. el saber
„ que nos hallamos aqui en grande abundancia,
„ que sin duda es efecto de sus cuidados. Los bue-
„ yes nos cuestan à quatro pesetas, la docena de
„ huevos à dos quartos, cada pollo lo mismo. Quan-
„ tos comeràn nuestros Marineros? Cazamos con
„ toda libertad: los javalìes, los venados, los ga-
„ mos, las perdices, y las gallinas ciegas, ador-
„ nan con frequencia la mesa del Capitàn. Parece
„ que quiere Dios recompensarles, con el gusto que

„ aqui hallan todos, los sustos, y peligros, que „ hasta ahora han tenido.

„ Tal ha sido la mansion de el Amphitrite en el „ Puerto *Koan-tcheou-vodn*, cerca del Rio de *Sin-* „ *men-kiang*, à nueve leguas de la pequeña Ciudad „ de *Ou-tchuen*. En todo este tiempo hizo à bordo „ del Navio el Padre Contanzìn, como acostumbra, „ la Mission: continuò à la cabecera de los enfer- „ mos para asistirlos, y consolarlos, predicando to- „ dos los Domingos al Equipage, y dandole otros „ socorros espirituales. Le encargaba yo siempre el „ cuidado de su salud; y à este punto me respon- „ diò, qne esso estaba en las manos de Dios, y „ que por esso mismo, como la dedicada à su Mages- „ tad, debia cuidar mucho de ella. Hago, me dice, „ lo que V. R. me ha mandado para conservarla. „ Si nuestros Padres, que estàn en Cantòn, fue- „ ran tan exactos en cumplir sus ordenes, se ha- „ llarian mucho mas robustos. Por amor de Dios „ que no piensen en venir à succederme aqui, y „ que tengan à bien que estè yo mas tiempo que „ ellos à bordo del Navio. Hago en esto la volun- „ tad de Dios, y por tanto viviria aqui con gusto „ toda mi vida.

„ Bien que pensasse mucho tiempo havia el Pa- „ dre Contanzin en dedicarse à la conversion de los „ Infieles, no alcanzò licencia de venir conmigo à „ la China hasta tres dias antes que yo partiesse de „ Paris. Era el mas joven de mis Compañeros; pero „ se puede decir, si me es permitido servirme de „ esta expression, que no ha sido el menor de los „ Apostoles. Ha hecho grande fruto à bordo de el „ Navio, y me han referido muchas cosas singula-

res

„ res de su zelo, que no es menester contàr aqui.
„ No he hablado à V.R. de otros establecimien-
„ tos, que se han hecho en la China: guardolo
„ para quando estèmos en paz, y eche raìzes el
„ Christianismo. Tampoco hablarè de los beneficios,
„ que ha obrado Dios por el ministerio de algunos
„ Compañeros mios, que viven con los Padres Por-
„ tugueses ayudandolos en sus Missiones. El Padre
„ Visdelou ha hecho servicios considerables en la
„ Iglesia de la Capital de *Fokien*, adonde ha traìdo
„ à mejor vida à muchos, que se havian apartado
„ del camino de la virtud. Prosigue el Padre Beau-
„ vollier en mantener la paz con sus consejos, è
„ instrucciones: es un Missionero de grandes ta-
„ lentos, sabe muchas lenguas Orientales, y se apli-
„ ca al conocimiento de los caractères, y libros
„ Chinos.
„ No debo omitir las santas disposiciones, en
„ que he dexado los ultimos Missioneros, que
„ han llegado à la China. Dios, que los ha llamado
„ à la vida Apostolica, los ha ido disponiendo para
„ ella desde mucho tiempo con el exercicio de las
„ virtudes mas sòlidas. Vea V. R. lo que algunos
„ de ellos han escrito en diferentes tiempos al Pa-
„ dre Superior General de nuestra Mission. No los
„ nombrarè por no ofender su modestia; pero es
„ bueno manifestar en general las gracias, que Dios
„ les ha hecho, y mas quando sirven à nuestra edi-
„ ficacion, y exemplo.
„ Dice uno de ellos: La unica gracia, que pido
„ à V.R. es, que me emplee en lo que huviesse
„ mas penoso, y de mayor mortificacion, yà sea
„ para el espiritu, yà sea para el cuerpo. No es un

, fervor passagero el que me hace hablar assi: mu-
, cho tiempo hà que me ha puesto Dios en la dis-
, posicion de desear, y buscar de veras lo mas ar-
, duo, y dificultoso. Si me miràra à mì mismo, no
, hablàra de esta manera, porque conozco mi fla-
, queza; pero aquel en quien he puesto mi con-
, fianza, y por cuyo amor he venido à esta Mis-
, sion, lo puede todo, y de su bondad todo lo es-
, pero. Si hay algun parage donde sea preciso an-
, dar por muchos caminos, ayunar, velar, sufrir
, frio, ò calor, creo me conviene, por haverme
, dado Dios fuerzas para sufrir fatigas, y trabajos
, mas facilmente que otros. Hablo à V. R. como
, à mi Superior, para que disponga de mì con mas
, libertad. En todas partes adonde me embiare
, me hallarè bien, porque en todas ellas hallarè
, à mi Dios. Ruego, pues, à V. R. que me mire
, como un Missionero, que quiere sacrificarse del
, todo al Señor, y que no pretende perdonar tra-
, bajo alguno en cosas de su gloria.

, Dice otro: Quisiera que no me huviera dexado
, V. R. la eleccion de una de las dos Missiones,
, que me señala, antes bien que me huviera de-
, terminado à la que fuere de su voluntad. He de-
, xado la Francia, obedeciendo à la voz de Dios,
, y no quisiera en la China, adonde me ha condu-
, cido su providencia, seguir otro movimiento, que
, el de la obediencia. Espero me darà V. R. en
, adelante este merito, y este consuelo, sin consul-
, tar mis inclinaciones. Suplico, pues, à V. R.
, que por el zelo, y amor, que tiene à sus Subdi-
, tos, para su adelantamiento espiritual, que me
, conceda este favor, dandome sus ordenes, y de-

xan-

, xandome el gusto de ponerlas en execucion.

, He venido à la China, me escrive otro, , con la resolucion de abandonarme enteramente , en manos de mis Superiores, igualmente deter- , minado à recibirlo todo, y à no pedir cosa alguna; , y assi puede V.R. disponer de mì para las Provin- , cias del Norte, ò para las del Mediodia, en la , forma, y tiempo que fuere su voluntad. En qual- , quiera parte donde me pusiere creerè que la ma- , no de Dios me ha puesto alli, y pensarè solamen- , te en servirle, y en serle fiel los dias que me que- , dan de vida.

, Otro me dice: Suplìco à V.R. se persuada, que , aunque soy el menos virtuoso de todos los Missio- , neros que han venido à la China, con la gracia de , Dios, à ninguno cederè sobre el punto de no de- , sear jamàs lugar, ni empleo particular: si huviere , alguna ocupacion mas penosa, creo me convendrà , mejor que à nadie por muchas razones. En fin, , gracias al Señor estoy en la disposicion de no dàr , oìdos à mi amor proprio, sino de caminar adon- , de juzgàre V.R. que tendrè mas que trabajar , por la salvacion de las almas, y por la mayor , gloria de Dios. Jamàs me negarè à trabajos, y difi- , cultades, (prosigue el mismo en otra Carta) hasta , ahora me ha dado Dios tanta fuerza, que sola- , mente temo no ponerme sin reserva en manos de , su providencia.

, Quiera Dios conservar en estos afectos, y mà- , ximas à los Missioneros, que nos han venido yà, , y comunicarlas à los que han de venir, y perpe- , tuarlas entre todos. Esta indiferencia para Luga- , res, Ciudades, y Provincias, parece necessaria,

quan-

„ quando lo unico, que nos trahe à las Missiones, „ es el deseo de convertir almas; porque no sabe- „ mos adonde estàn las que quiere Dios salvar por „ nuestro ministerio, y para cuyo bien nos ha lla- „ mado à la Mission, conservado en los viages, y „ conducido felizmente al Puerto: *Ecce gentem, quam „ nesciebas, vocabis.* (Isaì. 55.) No se podrà aplicar à „ lo que vamos diciendo el dicho de el Propheta? „ *Los Pueblos que llamaràs te son enteramente descono- „ cidos: no son los que piensas, y menos aùn los que „ quieres por inclinacion. Tengo otros pensamientos dis- „ tintos de los tuyos: tanto como dista el Cielo de la „ Tierra, tanto distan, y exceden mis designios à tus „ luzes y conocimientos.*

„ Es muchas vezes para nosotros un encuentro „ casual, pero arreglado por la Providencia, el „ que produce la conversion de un Infiel: es una „ afliccion, que le viene de repente: es el fin de „ una ultima enfermedad: es un rodèo, que sin pen- „ sar nos obliga à hacer, passando por algun para- „ ge. Còmo nos haviamos de hallar en el lance „ preciso de estos instantes favorables, en este tiem- „ po saludable, si Dios mismo no nos llevarà como „ por la mano? Depende muchas vezes de tales „ acasos no pensados la salvacion, no solamente de „ un particular, sino de una Provincia entera. De- „ xemonos, pues, llevar, y nos conducirà siempre „ el Señor à donde, y como conviene.

„ Acabarìa aqui esta Carta sobradamente larga, „ si no creyera dàr gusto à V. R. resolviendo una, „ ò dos dificultades, que me propusieron algunas „ personas virtuosas en mi ultimo viage de Fran- „ cia, con ocasion de estas Missiones. Andais, me de-

„decian, vestidos de seda en la China, haceis vues-„tros viages por las Ciudades, no à pie, sino en „silla. Predicaban los Apostoles el Evangelio de essa „manera? Y se puede guardar la pobreza religio-„sa llevando vestidos de seda? En el concepto de „estas personas, cuya virtud venero, ir à predicar „à Jesu-Christo à los Chinos, è ir con los pies des-„calzos, y el bordòn en la mano, es una misma „cosa.

„No sè si pretenden estas personas, que es ar-„bitrario andar vestidos assi en la China, y que „facilitarìa mas su conversion el traher otro vesti-„do, y es no obstante lo primero en que se havia „de convenir: *Nemo enim nostrum sibi vivit*, dice „el Apostol (Rom. 14.) porque un Missionero en „los Paìses Infieles no vive para sì, sino para ga-„nar almas à Dios. Debe, pues, ajustar con este „fin sus virtudes, y toda su conducta. Llevaba San „Juan Bautista un aspero silicio por vestido, y „acompañaba su predicacion con un ayuno muy „riguroso, porque con esta austeridad commovìa, „y convertìa à los Judios. El modo de vivir de „Christo Señor nuestro en todo el tiempo de su „predicacion, fue siempre mas conforme al uso „ordinario de los hombres. San Pablo se hacia to-„do à todos: *Per infamiam, & bonam famam.* (2. „Cor. 6. 8.) Recibia igualmente las honras, y la „confusion, arreglandose segun el fruto, que de „estos medios podia sacar: *Scio & humiliari, scio „& abundare, satiari, & esurire, abundare, & pe-„nuriam pati.* No consistìa su virtud en vivir so-„lamente en el desprecio, y falta de todas las co-„sas, sino en saber sufrir con paciencia, quando

„ le molestaban las penas interiores, y en no ne-
„ garse à medios mas suaves, quando por ellos
„ podia procurar la gloria de Dios. Esta es la cien-
„ cia que deben saber, à exemplo de San Pablo, los
„ hombres Apostolicos, y que no pueden ignorar,
„ ni dexar de practicar en las Missiones, sin hacer-
„ se responsables de la salvacion de muchas al-
„ mas.

„ Gracias à Dios los Missioneros de la China son
„ hermanos de los otros, que vàn con los pies des-
„ nudos, con vestido penitente, y ayunan riguro-
„ samente en las Missiones de Madurè, y de los que
„ siguen en los bosques à los salvages de la Cana-
„ da enmedio de las nieves, sufriendo hambre, y
„ frio. Quando ellos, y nosotros estabamos en Fran-
„ cia, è instabamos à nuestros Superiores para que
„ nos embiassen à Missiones Estrangeras, no se echa-
„ ba de vèr mas regularidad, mas menosprecio del
„ mundo, mas zelo, ni fervor en los que se destina-
„ ban à la Canada, que en los que pedian la Mis-
„ sion de la China. Luego no se puede decir con
„ razon, que por falta de mortificacion, y peni-
„ tencia no observan estos la misma austeridad ex-
„ terior, de la misma manera que no es por tibie-
„ za, ò falta de fervor el que coman carne los Mis-
„ sioneros de Canada, siendo assi que los de Ma-
„ durè no la prueban jamàs. Lo que basta en un Paìs
„ para que en èl se reciba el Evangelio, no es apro-
„ posito, ni basta muchas vezes para que se abrace
„ en otro.

„ Quando vinieron à la China nuestros primeros
„ Missioneros, tenian mucha gana de llevar vesti-
„ dos pobres, como en las otras Missiones, para
mos-

, mostrar su despego del mundo. Entre otros, mu-
, chas vezes me dixo el Ilustr. Gregorio Lopez,
, Obispo de Basilèa, que el Padre Matheo Ricci,
, Fundador de esta Mission, viviò assi los primeros
, años, y que por siete de ellos estuvo con los Bon-
, zos vestido casi como ellos, y en la mayor
, pobreza. Le amaban estos por su dulzura, y mo-
, destia, honraban su virtud, le enseñaron la len-
, gua China, y sus caractères; pero en todo aquel
, tiempo apenas convirtiò à uno. Eran entonces
, nuevas en la China las Ciencias de Europa. Mo-
, vidos de curiosidad, quisieron despues verle al-
, gunos Mandarines: les gustò, porque su semblan-
, te era respetoso, y ganaba los corazones. Al-
, gunos, satisfechos de su capacidad, le cobraron
, afecto, y comenzaron à frequentarle mas vezes.
, Haviendo sabido por la conversacion, que su gran
, motivo de haver ido à la China era el de predi-
, carles la Ley de Dios, cuyas verdades principa-
, les les explicò, alabaron su intento; pero le
, aconsejaron que mudasse de trage, diciendole:
, *En el estado en que estais pocos os oiràn, ni os su-*
, *friràn mucho tiempo en la China. Yà que sois Sabio,*
, *vivid como nuestros Sabios, y assi podreis hablar à to-*
, *dos. Acostumbrados los Mandarines à estimar à los Le-*
, *trados, os respetaràn tambien, recibiràn vuestras vi-*
, *sitas; y el Pueblo, viendoos honrado de ellos, os hon-*
, *rarà, y oirà con gusto vuestras instrucciones.* El Padre,
, que havia yà experimentado la verdad de lo que
, le decian, porque conocia bien, que adelantaba
, poco, y que casi perdia el tiempo, haviendolo en-
, comendado à Dios, y consultado à sus Superiores,
, siguiò el consejo de los Mandarines. Esta es, de-

„ cia el Obispo de Basilèa, la razon porque los primeros Missioneros de la Compañia mudaron su modo de vivir, y se pusieron sobre el pie de las gentes de letras. Los alababa de haver tomado este partido, añadiendo, que es el unico, y verdadero, que se puede tomar, si se quiere predicar el Evangelio, y establecer la Religion en este Imperio.

„ Cinquenta años despues, teniendo yà nuestros Missioneros formada una numerosa Christiandad, los Religiosos de San Francisco, y de Santo Domingo, llevados del zelo de ganar almas à Jesu-Christo, passaron desde Philipinas à la China; pero, ò fuesse que no conociessen el methodo, que haviamos tomado, ò que creyessen acertar mejor llevando su vestido religioso, fueron à predicar por las calles con el Santo Crucifixo en la mano. Tuvieron el merito de sufrir mucho, de recibir golpes, de ser encarcelados, y echados otra vez à su Paìs; pero no tuvieron el consuelo de hacer el bien, que havian esperado. Lo probaron muchas vezes, aunque siempre con perjuicio de su principal intento, hasta que de comun consentimiento, y por ordenes repetidas de sus Superiores Generales, se determinaron en fin à vestirse, y à vivir como nosotros.

„ Vimos dos años hà otros tres, ò quatro Religiosos de San Francisco venidos de Italia, que quisieron bolver à la misma practica, y andar aqui vestidos con su Saco pobre, y tosco, como con tanta edificacion andan en Europa. Los mismos de su Orden se opusieron los primeros à esta resolucion, y el Illustrissimo Obispo de Pekin, Re-

„ ligioso de la misma Sagrada Familia, dos años des-
„ pues, hizo que le mudassen, poniendolos sobre el
„ pie de los demàs Misioneros.

„ La classe, pues, ò estado de los Letrados, es
„ el que deben tomar los Misioneros, quando vie-
„ nen à la China; y no admite duda, despues de
„ tantas experiencias. Los mas de los Religiosos,
„ que siguieron nuestro exemplo, no se creìan obli-
„ gados à imitarnos; antes bien se puede decir,
„ que mas inclinados estaban à oponerse sobre to-
„ do en este punto à nuestros usos, que à confor-
„ marse con ellos. Si nos miran los Chinos en rea-
„ lidad como Letrados, y Doctores de Europa, que
„ son titulos honrosos, y proporcionados à nuestra
„ profession, tomando este estado, nos serà pre-
„ ciso guardar todo el decoro, y decencia cor-
„ respondiente, vistiendonos de seda, y haciendo-
„ nos llevar en silla, como acostumbran ellos, quan-
„ do salimos de casa para hacer nuestras visitas.

„ Aun quando no subsistiera esta razon particu-
„ lar, debriamos vivir de el modo dicho para con-
„ formarnos con la costumbre general de el Paìs,
„ porque la gente mas comun viste de seda, y anda
„ en silla quando se visitan. No passa esto entre
„ ellos por grandeza, ò vana obstentacion, sino
„ por una muestra de el respeto, que se tiene
„ à las personas à quienes se visita, y una prue-
„ ba de no ser pobres, ni de despreciable condi-
„ cion. En Europa solo los Grandes, y los Ricos
„ debrian gastar seda, por ser de subido precio ta-
„ les vestidos, y no es mucho, por consiguiente,
„ que desdiga tanto de la pobreza religiosa; mas
„ aqui la gente mas baxa, y los criados por lo co-

mun,

„ mun visten de seda. Segun estas idèas del Paìs, y „ no segun las que se forman en Francia, debemos „ arreglar las nuestras; y las personas devotas de „ quienes he hablado, deben no precipitar sus jui„ cios, ni creer con ligereza que nuestros Missio„ neros, haviendo comenzado por el espiritu, quie„ ran acabar en carne, y que se regalen, y di„ viertan en un Paìs adonde unicamente los ha lle„ vado el deseo de vivir en grande perfeccion, y „ de padecer mucho trabajando à mayor gloria de „ Dios.

„ He hablado precisamente de las visitas, por„ que en casa visten los Chinos como quieren, y „ viven los Missioneros en grande pobreza, y usan „ de las telas mas comunes. Vàn à pie quando re„ corren los Lugares haciendo Mission: andan tam„ bien algunos à pie en las Ciudades en diferentes „ ocasiones, lo que puede tener sus peligros àzia „ la Religion; porque ademàs de las burlas, y pa„ labras de desprecio, que atrahen sobre sì, y „ que seguramente no disponen à los Chinos à oir„ los, deben acordarse que son precisamente tole„ rados los Missioneros en la China, y que rara „ vez deben parecer en pùblico, porque ofendi„ dos los Mandarines de verlos en tan gran nume„ ro, ò de verlos con frequencia, no imaginen „ que son demasiadamente ossados, y que se debe „ avisar à la Corte. Este reparo precisa à los Mis„ sioneros à tomar grandes precauciones, y à guar„ dar muchas medidas. No negarè, si se quiere, que „ no serìa lo mismo para quien huviere recibido „ de Dios, como los Apostoles, y como San Fran„ cisco Xavier, el dòn de hacer milagros. Un Mis-

sio-

„ſionero authorizado con eſte poder, irìa à pie, el
„ bordòn en la mano, veſtido como quiſiere por
„ todas las Ciudades de la China. Los Pueblos,
„ atrahidos por la fama de ſus prodigios, correrian
„ en tropas à verle, y oìrle, le reſpetarìan, ſerìan
„ dòciles à ſus palabras, admirarìan ſu pobreza,
„ porque creerìan que en ſu mano eſtaba el ſer ri-
„ co. Pero dado un hombre de eſte caracter, no
„ por eſſo los demàs Miſsioneros, que no tendrian
„ el miſmo poder, y que quiſieran guardar ſeme-
„ jante conducta, hallarian en los Pueblos el miſmo
„ reſpeto, y la miſma ſumiſsion.

„ Lo mas ſeguro, pues, es ſeguir en la Miſsion
„ las coſtumbres introducidas con tanta prudencia.
„ La experiencia enſeña, que han producido yà
„ grandes frutos. Eſtablecida por eſte medio ſo-
„ lidamente la Religion, ella miſma pondrà tam-
„ bien à los Miſsioneros en la libertad de dexarlas,
„ y de bolver à tomar à ſu voluntad las uſanzas de
„ Europa. Si no ſon de ſu aprobacion los veſtidos
„ de ſeda, nunca deben llevarlos en caſa, ni quan-
„ do eſtàn ſolos con ſus criados; y quando vàn por
„ la Ciudad, que ſean ſiempre de los mas modeſtos.
„ Pueden tambien, debaxo de ropas de ſeda, lle-
„ var el Saco, y el ſilicio, como lo practican mu-
„ chos ſantos Miſsioneros. En fin, para ſer Santo,
„ y predicar el Evangelio, no es meneſter cubrirſe
„ con veſtido de penitencia. Quàntos excelentes
„ Religioſos de todas las Ordenes mantienen, y de-
„ fienden con admirable zelo en los Paìſes Here-
„ ges los intereſſes de Jeſu-Chriſto, y viſten con
„ indiferencia todo genero de trages? Mas hà de
„ cien años que ſe fundò la Miſsion de la China,
han

„ han entrado en ella Missioneros de todas las Na-„ ciones de Europa, y de diferentes institutos. „ Gracias al Señor que ninguno de ellos hasta ahora „ ha apostatado de la Fè, ninguno ha cometido „ accion alguna escandalosa, ni deshonrado la Re-„ ligion. Dios ha hecho esta gracia particular à la „ Mission de la China: luego es preciso, que la vi-„ da que tienen no los lleve al relaxamiento, ò que „ sean raras las ocasiones de perderse, ò que pro-„ teja Dios de un modo singular à los Operarios „ Evangelicos. De qualquiera de estos principios „ que nazca, siempre es una justificacion de nues-„ tra conducta, y un grande aliciente para que los „ hombres Apostolicos vengan à trabajar en la „ conversion de las almas, siguiendo las huellas de „ los primeros Fundadores de la Mission.

„ No hablo de la mortificacion del genio, y na-„ turales inclinaciones, la qual es la que tanto en-„ comiendan los Santos, y sumamente necessaria „ en esta Mission; de manera, que sin ella, ni se „ perseveràra mucho tiempo aqui, ni se hiciera „ cosa grande por la gloria de Dios. Un Europeo „ es naturalmente vivo, ardiente, apresurado, y „ curioso. Llegando à la China, es preciso mudar-„ se en otro hombre, y vivir siempre afable, pa-„ ciente, y sèrio. Es preciso recibir à todos con „ con cortesìa, mostrar mucho mas gusto de ver-„ los, oìrlos todo el tiempo que quisieren con in-„ alterable paciencia, proponerles sus razones con „ suavidad, sin levantar la voz, ni hacer muchos „ gestos, ni acciones, porque aqui se escandalizan „ estrañamente de vèr un Missionero de humor as-„ pero, y poco cortès. Si es vivo, y colerico, es

„ aùn peòr, sus proprios domesticos seràn los pri„ meros en despreciarle, è infamarle.

„ Debe tambien renunciar todos los contentos, y „ diversiones de la vida. Un Missionero, que se „ halla solo en las Provincias, nunca sale de su ca„ sa sino para administrar los Sacramentos à los en„ fermos, ò para ir en ciertos tiempos à los Lu„ gares à hacer Mission. Son raras las visitas en „ la China, y no se pueden tener sino con aquellos „ que han abrazado la Fè, y con los Catecumenos, „ à quienes se habla solamente de Dios. Lo demàs „ del tiempo se debe estàr solo, y gastarlo en orar, „ ò estudiar: por lo qual, los que gustan del es„ tudio, se hallan mejor en esta Mission, que los „ que no tienen esta inclinacion.

„ En fin, un ayre sèrio, y grave es proprio de „ un Missionero, y debe guardarlo inviolablemen„ te aun en lo interior de su casa, si quiere que le „ estimen los Chinos, y que sus palabras hagan im„ pression en sus corazones. Por esso el Padre Julio „ Alieni, uno de los mayores hombres, y Operarios „ de esta Mission, quando le visitaban los Christia„ nos, por mas familiaridad que tuviesse con ellos, „ tomaba siempre vestido de ceremonia para ha„ blarles. Con este exterior compuesto les inspira„ ba respeto, y con su mansedumbre, y afabilidad „ en la conversacion ganaba su estimacion, y con„ fianza. Quando les repartìa Estampas de devo„ cion, ò Medallas, los llevaba à la Sacristìa, y „ alli, tomando una Sobrepellìz, y poniendolos de „ rodillas, les explicaba el respeto, y veneracion „ con que debian recibir, y guardar las Santas Ima„ genes. Admirè mucho en este ilustre Missionero,

,, no solamente el cuidado, que tenia de instruirlos,
,, mas tambien su atencion continua en guardar en
,, lo exterior todo lo que podia merecerle el res-
,, peto, consideracion, y estima de los Chinos, no
,, haciendo caso de la mortificacion particular, que
,, le causaba semejante esclavitud.

,, De todo lo dicho se infiere, que en la China
,, nuestras intenciones son derechas, y santas, y que
,, no nos faltan ocasiones de mortificacion. No obs-
,, tante debo confessar, que es la Mission adonde
,, viven mas honradamente los Operarios Evangeli-
,, cos. Son estimados de los Grandes, y de el Pue-
,, blo, y es una gracia de el Señor, que no pode-
,, mos bastantemente agradecer: la referimos to-
,, do al bien de la Religion, en quanto nos es pos-
,, sible, y Dios es testigo si nos proponemos otro
,, fin. A esto enderezamos nuestros estudios, traba-
,, jos, y correrias penosas. Padecemos, y expo-
,, nemos nuestras vidas à frequentes peligros, sin
,, cessar jamàs, sino en la muerte, de emplear nues-
,, tras fuerzas, y talentos en adelantar tan gloriosa
,, empressa: *Impendam, & superimpendar ipse*, di-
,, ce el Apostol San Pablo. (2. Cor. 12. 15.) Por
,, este fin lo sacrificarà todo, y me sacrificarè à mi
,, mismo.

,, Tendrè la honra de discurrir con V. R. sobre
,, diferentes medios de hacer mas floreciente esta
,, Mission, y socorrer mas à sus Operarios. Nadie
,, pide para sì, y si pedimos para la obra de Dios,
,, nos persuadimos, que los que aman à Jesu-Christo,
,, y como V. R. se interessan en la salvacion de las
,, almas, oiràn nuestra peticion. No dexa el De-
,, monio piedra por mover para arruinar esta Mis-
sion,

„ sion, y estorvar sus progressos. Conoce que en
„ otras partes se pierden las almas à centenares,
„ y en la China à millones: que los Pueblos en
„ ninguna parte tienen tan buena disposicion para
„ recibir la Fè, ni los Missioneros tanta oportuni-
„ dad para predicarla. Quisiera el enemigo de
„ nuestra salvacion, que todo este grande Imperio
„ fuesse suyo, y nosotros nos esforzamos para que
„ sea de Jesu-Christo. Peleamos, y padecemos pa-
„ ra darle à conocer, y hacerle reynar en toda su
„ extension: quiera el Cielo bendecir tan justas in-
„ tenciones, y continuar en derramar sobre noso-
„ tros sus mas preciosos favores. Entretanto que
„ tenga la honra de vèr à V.R. me encomiendo en
„ sus santas oraciones, y quedo con muy profundo
„ respeto,

Muy Reverendo Padre mio,

Su muy rendido, y muy obediente
servidor,

Juan de Fontaney,

Missionero de la Compañia de Jesus.

CARTA
DE EL PADRE BOUCHET,
de la Compañia de Jesus, Missionero de Madurè, y Superior de la nueva Mission de Carnate,

AL ILUSTRISSIMO SEñOR OBISPO de Auranches.

ILL.MO SEñOR.

LOS trabajos de un hombre Apostolico en las Indias Orientales son tan grandes, y continuos, que parece que el cuidado de predicar el nombre de Jesu-Christo à los Idolatras, y el de cultivar à los nuevos Fieles, es mas que suficiente ocupacion para un Missionero. En efecto en ciertos tiempos del año, lexos de tener lugar de aplicarnos al estudio, apenas lo tenemos para vivir, y muchas vezes se vè precisado el Missionero à hurtar al descanso de la noche el tiempo que ha de dàr à la oracion, y à los otros exercicios de su profession.

No obstante, Señor, en algunas temporadas, y en ciertas horas de algunos dias, nos hallamos con bastante libertad para descansar de nuestros trabajos,

jos,

jos con alguna lectura, y estudio. Procurámos hacer nuestros descansos utiles à la Religion. A este fin nos aplicamos à las Ciencias, que tienen mas curso entre aquellos Idolatras, en cuya conversion trabajamos, y hacemos todo lo possible para encontrar en sus errores mismos con que convencerlos de la verdad, que hemos venido à anunciarles. En estos ratos perdidos, que me han dexado libres las ocupaciones inseparables de mi ministerio, he estudiado à fondo, quanto he podido, el systèma de Religion recibido entre los Indios. Mi intento en esta Carta es poner à V. S. I. delante de los ojos, y carear algunas congeturas, que à mi parecer seràn capaces de merecer su atencion. Se enderezan todas à probar que los Indios han tomado su Religion de los Libros de Moysès, y de los Prophetas: que todas las fabulas con que han llenado susEscritos no han obscurecido tanto la verdad, que no se pueda conocer; y en fin, que ademàs de la Religion del Pueblo Hebreo, que aprendieron à lo menos en parte por su comercio con los Judios, y Egypcios, se descubran entre ellos algunas huellas bien señaladas de la Religion Christiana, que les predicò el Apostol Santo Thomàs, Panteno, y otros grandes hombres de los primeros siglos de la Iglesia.

No dudo, Señor, que V.S.I. me perdonarà la libertad, que me tomo de embiarle esta Carta. He creìdo que unas reflexiones, que pueden ser utiles para confirmar, y defender nuestra Santa Religion, debrian ser en justicia dirigidas à V. S. I. como mas proprias à una persona, que ha demostrado la verdad de nuestra Fè con la mas vasta erudi-

dicion, y con el mas exquisito conocimiento de la Antiguedad Sagrada, y Prophana.

Acuerdome, Señor, de haver leìdo en su erudito Libro de la Demostracion Evangelica, que la Doctrina de Moysès havia penetrado hasta en las Indias: y su cuidado en notar en los Autores quanto en ellos se encuentra de favorable à la Religion, ha hecho que V.S.I. anticipasse una parte de las cosas, que tenia yo que decir. Añadirè, pues, lo que precisamente he descubierto de nuevo en los mismos lugares con la lectura de los mas antiguos Libros de los Indios, y con la correspondencia, que he mantenido con los Sabios del Paìs.

Es cierto, Señor, que por lo comun los Indios no han dado en los absurdos del Atheismo. Tienen de la Divinidad idèas bastantemente ajustadas, bien que alteradas, y corrompidas con el culto de los Idolos. Reconocen à un Dios infinitamente perfecto, existente en toda la eternidad, y que comprehende en sì los mas excelentes Atributos. Hasta aqui vàn bien, y conformes con el concepto de la Divinidad, que tenia el Pueblo de Dios. Ahora entra lo que con tanta desgracia suya ha añadido la Idolatrìa.

Asseguraràn los mas de los Indios, que el gran numero de Dioses, que al presente adoran, son unos meros Dioses subalternos, sujetos al Supremo Sèr, igualmente Señor de los Dioses, y de los hombres. Este Gran Dios (dicen ellos) es infinitamente superior à todos los Entes, y esta incomprehensible distancia impide toda comunicacion con las pobres criaturas. En efecto (prosiguen) què propor-

cion

cion entre un Sèr infinitamente perfecto, y unas criaturas llenas, como nosotros lo somos, de imperfecciones, y miserias? Por esso, segun ellos, *Parabaravastou*, esto es, *el Dios Supremo*, criò tres Dioses inferiores; es à saber, *Bruma*, *Vichnou*, y *Routrèn*, dando al primero el poder de criar, al segundo el de conservar, y al tercero el derecho de destruìr.

Pero estos tres Dioses, que adoran los Indios, son, segun sus Sabios, los hijos de una muger à quien llaman *Parachatti*, que quiere decir *Poder Supremo*. Reduciendo esta fabula à lo que era en su origen, se descubrirà facilmente la verdad, por afeada que estè con las manchas, è idèas ridiculas, que la ha añadido el espiritu de la mentira.

No pretendian los primeros Indios significar otra cosa, sino que todo quanto se hace en el mundo, ò por la creacion, que atribuyen à *Bruma*, ò por la conservacion, que es la jurisdiccion de *Vichnou*, ò en fin por las diferentes mudanzas, que son la obra de *Routrèn*, viene unicamente del poder absoluto del *Parabaravastou*, ò del *Dios Supremo*. Estos entendimientos carnales hicieron despues una muger de su *Parachatti*, dandola tres hijos, que son los principales efectos de la Omnipotencia. En efecto *Chatti* significa en lengua Indiana *Poder*; y *Para*, Supremo, ò absoluto.

Esta idèa, que tienen los Indios de un Sèr infinitamente superior à las otras Divinidades, denota à lo menos, que en realidad no adoraban sus antepassados sino à un Dios, y que no se introdu-

xo entre ellos el *Polytheismo*, sino del mismo modo que se insinuò en los demàs Paises Idolatras.

No pretendo, Señor, que este primer conocimiento pruebe con evidencia el comercio de los Indios con los Egypcios, ò con los Judios: sè muy bien, que sin semejante socorro ha gravado el Autor de la Naturaleza esta verdad fundamental en el entendimiento de todos los hombres, y que no se borra en ellos sino por el desreglamiento, y corrupcion de su corazon: y por esso mismo nada digo del parecer de los Indios sobre la inmortalidad de nuestras almas, y sobre otras muchas verdades semejantes.

No pienso con todo esso que lleve V.S.I. à mal el saber còmo hallan los Indios explicada en sus Autores la semejanza del hombre con el Soberano Sèr. Lo siguiente se ha sacado de uno de sus mas antiguos Libros, segun me lo afirmò un Sabio Bracmàn. Imaginad (dice este Autor) un millon de vasos grandes todos llenos de agua, sobre los quales flecha el Sol los rayos de su luz. Este bello Astro, aunque unico, se multiplica de algun modo, y en un instante se pinta todo entero en cada uno de los vasos, produciendo en ellos una imagen suya muy parecida. Son nuestros cuerpos los vasos llenos de agua, el Sol es la figura, ò symbolo del Soberano Sèr, y la imagen del Sol retratada en cada uno de los vasos nos representa con bastante naturalidad à nuestra alma criada à la semejanza de Dios mismo.

Passo ahora, Señor, à otros rasgos mas señalados, y mas del caso, para satisfacer à la delicada dis-

discrecion de V.S.I. quien tendrà à bien que cuente sencillamente las cosas como las he sabido. Serìa muy inutil, escriviendo à tan sabio Prelado, mezclar en ellas mis particulares reflexiones.

Los Indios, como acabo de decir, creen que *Bruma* es de los tres Dioses subalternos quien ha recibido del Dios Supremo el poder de criar. Fue, pues, *Bruma* quien criò al primer hombre; pero lo que hace à mi assumpto es, que formò al hombre del lodo de la tierra todavia nueva, y reciente. A la verdad le costò su obra algun trabajo: la empezò algunas vezes, y hasta la tercera tentativa no se hallaron ajustadas sus medidas. Esta ultima circunstancia fue añadida por la fabula, y nadie se admire que un Dios de segunda classe tuviesse necessidad de haver sido aprendìz para criar al hombre con la perfecta proporcion de todos los miembros de que se compone; pero si se huvieran atenido à lo que la naturaleza, y verosimilmente el comercio de los Judios lès havia enseñado de la Unidad de Dios, se huvieran contentado con lo que por el mismo camino havian aprendido de la creacion del hombre, y se huvieran detenido en los limites de decir, como ahora lo hacen con la Sagrada Escritura, que el hombre fue formado del cieno de la tierra nuevamente criada por las manos del Criador.

No es esto todo, Señor. Yà que estaba criado el hombre por *Bruma* con el trabajo, que acabamos de referir, el nuevo Criador, tanto mas se enamorò de su criatura, quanto mas le costò perfeccionarla. Veamos ahora còmo se colocò esta en una morada digna de su perfeccion.

Es magnifica en la Escritura la descripcion que se hace del Paraìso terrenal. No lo son menos los Indios en los retratos, que hacen de su *Chorcàm*. Segun ellos, es un Jardin de delicias, adonde se hallan todas las frutas con abundancia, y tambien se halla un Arbol, cuya fruta comunicarìa la inmortalidad si fuera concedido comer de ella. Serìa muy estraño que unos hombres, que jamàs huvieran oìdo hablar del Paraìso, huvieran hecho, sin saberlo, una pintura, que tanto se le parece.

Lo que hay de mas maravilloso, Señor, es, que los Dioses inferiores, que desde la creacion del mundo se multiplicaron infinitamente, no tenian seguridad de lograr la inmortalidad, en que tanto se interessaban. A esta ocasion cuentan los Indios una historia: y por fabulosa que parezca, seguramente no tiene otra fuente, que la doctrina de los Hebreos, y quizà tambien de los Christianos.

Los Dioses (dicen los Indios) tentaron todos los caminos para llegar à la inmortalidad. A fuerza de reflexionar les vino el pensamiento de recurrir al Arbol de la Vida plantado en el Chorcàm. Saliòles bien este medio, y comiendo de quando en quando de la fruta del Arbol, se conservaron el precioso tesoro, que tanto les importaba no perder. Una famosa Serpiente, llamada *Cheien*, viendo que los Dioses de segunda orden havian descubierto el Arbol de la Vida, como segun toda apariencia estaba entregado à su cuidado, concibiò tan grande colera de la sorpressa que le havian hecho, que al instante arrojò una gran cantidad de veneno, inficionando toda la tierra,

de manera, que no se librò ni un hombre de este mortal veneno. Pero tuvo lastima el Dios *Chiven* de la Naturaleza Humana; y pareciendo en la forma de hombre, se tragò, sin mas ni mas, todo el veneno con que havia inficionado el Universo la maliciosa Serpiente.

Yà vè V. S. I. que conforme adelantamos se aclaran algo las cosas: le pido aùn un poco de paciencia para oìr una nueva fabula, que voy à contar, porque ciertamente engañarìa à V.S.I. si me empeñàra en contarle cosas mas sèrias: no costaria dificultad sacar de ella la Historia del Diluvio, y sus principales circunstancias, como las refiere la Escritura. El Dios *Routrèn*, quiero decir, *el gran destruidor de las cosas criadas*, tomò un dia la resolucion de anegar à todos los hombres, de quienes afectaba tener algunos motivos de quexa. No pudo ser tàn secreto su designio, que no fuesse conocido à tiempo por *Vichnou*, el conservador de las criaturas. Yà verà V.S.I. que le debieron estas en tan terrible lance la mas essencial obligacion. Averiguò, pues, con exactitud el dia en que havia de suceder el Diluvio. No alcanzaba su poder à suspender la execucion de los proyectos del Dios *Routrèn*; mas su calidad de Dios conservador de las cosas criadas, le authorizaba à embarazar, por todos los medios posibles, tan pernicioso efecto. Valiòse, pues, de la astucia siguiente.

Apareciòse, pues, un dia à su gran confidente *Sattiavarti*, y le avisò en secreto, que dentro de poco sucederia un Diluvio universal, en que la tierra serìa inundada, y que no menos pretendia *Rou-*

trèn, que acabar con todo el Genero Humano, y con los animales. Le afirmò no obstante, que en quanto à su persona no tendria que temer, y que à pesar de Routrèn hallarìa modo de conservarle, y que por su parte tomarìa providencia para bolver à poblar el mundo. Su animo era hacer parecer una Barca portentosa quando mas descuidado estarìa Routrèn, y encerrar en ella una buena provision à lo menos de ochocientos y quarenta millones de almas, y semillas de entes; pero que era condicion precisa, que se hallasse Sattiavarti al tiempo del Diluvio sobre cierto monte muy alto, que tuvo cuidado de señalarle, y hacer que lo conociesse bien. Algun tiempo despues, como le havia sido prophetizado, viò Sattiavarti una infinidad de nubes que se juntaban, y con animo sereno mirò la tempestad, que se formaba sobre la cabeza de los culpados. Cayò del Cielo la mas terrible lluvia, que jamàs se ha visto. Crecieron los Rios, y con rapidèz cubrieron toda la superficie de la tierra. Rompiò el Màr sus diques, y mezclandose con los Rios, que havian salido de madre, cubriò en poco tiempo las montañas mas elevadas: arboles, animales, hombres, Ciudades, Reynos, todo fue sumergido: perecieron, y fueron destruìdos todos los Entes animados.

Entretanto *Sattiavarti*, y con algunos de sus penitentes, estaba retirado sobre la montaña. Alli esperaba el socorro prometido: y no dexò de tener algunos ratos malos de susto. El agua, que tomaba sin cessar continuas creces, y se acercaba insensiblemente à su morada, le ponia de quando en quando en terrible consternacion; pero en el instante

tante en que se daba por perdido, viò aparecer la Barca en que se havia de salvar. Entrò en ella sin perder tiempo, con los devotos que le acompañaban: en ella se hallaron encerrados los ochocientos y quarenta millones de almas, y semillas de entes.

Toda la dificultad estaba en conducir la Barca, y fortificarla contra el impetu de las olas, que estaban en furiosa agitacion. Diò providencia el Dios *Vichnou*, haciendose al punto pez, y valiendose de su cola como de timòn para governar el Navio. El Dios Pez, y Piloto maniobrò con tanta destreza, que esperò Sattiavarti con mucha paz en su asylo, que las aguas corriessen encima de la superficie de la tierra. Bien vè V.S.I. que la aplicacion es clara, y que no se necessita de mucha penetracion para descubrir en esta relacion, mezclada de fabulas, y ridiculas imaginaciones, lo que nos enseñan los Libros Sagrados del Diluvio, del Arca, y de la conservacion de Noè con su familia. No pàran en esto nuestros Indios, y despues de haver desfigurado à Noè baxo del nombre de *Sattiavarti*, podrian tambien haver atribuido à *Braama* las aventuras mas singulares de la Historia de Abrahàm. Darè de ello algunas pinceladas, que me parecen muy conducentes.

Desde luego podria apoyar mis congeturas con la conformidad del nombre. Es claro que no hay mucho trecho entre Braama, y Abrahàm, y ojalà nuestros eruditos, en materia de Etymologìa, no huviessen adoptado otras menos racionales, y mas violentas.

Este Braama, cuyo nombre es tan parecido al de

de Abrahàm, se havia casado con una muger, à quien llaman todos los Indios *Sarasuadi*. Harà juicio V.S.I. del peso, que añade à mi primera congetura el nombre de esta muger. Las dos ultimas sylabas de la palabra *Sarasuadi* son en lengua de los Indios una terminacion honorifica; y assi *uadi*, corresponde à nuestra palabra *Señora*. Hallase este final en los nombres de muchas mugeres distinguidas, como en el de *Paruadi*, muger de Routrèn. Es, pues, evidente, que las dos primeras sylabas de la palabra *Sarasuadi*, que componen enteramente el nombre de la muger de Braama, se reducen à *Sara*, nombre de la muger de Abrahàm.

Aùn falta otro rasgo mas singular. Braama entre los Indios, como Abrahàm entre los Judios, fue Cabeza de muchas *Castas*, ò *Tribus* diferentes. Conformanse los dos Pueblos bastantemente en el numero de las Tribus. En *Ticherapali*, adonde està el mas famoso Templo de la India, se celebra cada año una Fiesta, en la qual lleva delante de sì un venerable Anciano doce niños, quienes, segun ellos, representan à los doce Gefes de las principales Castas. Es verdad que algunos Doctores son de opinion, que en esta Fiesta hace el Anciano el papel de *Vichnou*; pero no es el parecer comun de los Sabios, ni de el Pueblo, los quales por lo comun piensan que Braama es el Gefe de todas las Tribus.

Sea lo que fuere de esto, Señor, no juzgo que para reconocer en la doctrina de los Indios la de los antiguos Hebreos, sea menester que todo se encuentre en perfecta conformidad de una parte, y otra. Los Indios reparten muchas vezes en diferen-

tes,

tes perfonas lo que nos cuenta la Efcritura de una fola, ò juntan en una fola lo que diftribuye la Efcritura entre muchas; pero efta diferencia, muy lexos de deftruìr nueftras congeturas, debe fervir, fi no me engaño, para apoyarlas: y creo que la femejanza demafiadamente afectada, ferviria folamente para hacerlas fofpechofas.

Efto fupuefto, Señor, profigo en referir lo que facaron los Indios de la Hiftoria de Abrahàm, ò atribuyendolo à Braama, ò haciendo de ello honor à alguno de fus Diofes, ò de fus Heroes. Honran los Indios la memoria de uno de fus penitentes, quien, como el Patriarca Abrahàm, fe difpufo à facrificar fu hijo à uno de los Diofes del Paìs. Le havia pedido efta victima, pero fe contentò con la buena voluntad del padre, y no permitiò que llegaffe à fu execucion. No obftante dicen algunos, que fue facrificado el hijo, pero que le refucitò el Dios.

En una de las Caftas de las Indias hallè una coftumbre, que me forprehendiò, y es la que llaman la *Cafta de los Ladrones.* No adelante V. S. I. fu juicio creyendo, que porque en eftos Pueblos hay una Tribu entera de Ladrones, todos los que fon de tan honrado oficio componen un cuerpo particular, y gozan, à exclufion de todos los otros, de algun privilegio para robar; quiero decir folamente, que en efecto todos los Indios de efta Cafta roban con extremado atrevimiento, pero por defgracia no fon los unicos de quienes debemos guardarnos.

Defpues de efta corta explicacion, que me ha parecido neceffaria, buelvo à mi Hiftoria. He ha-

llado, pues, que en esta Casta se guarda la ceremonia de la Circuncision; pero no se practica en la niñèz, sino en la edad de veinte años: y no todos estàn sujetos, pero sì los principales de la Casta, en la qual se observa. Es muy antiguo su uso, y serìa muy dificil descubrir su origen enmedio de un Pueblo enteramente Idolatra.

Ha visto V.S.I. la Historia de el Diluvio, y de Noè en *Vichnou*, y en *Sattiavarti*, y la de Abrahàm en *Braama*, y en *Vichnou*: ahora tendrà el gusto de vèr la de Moysès, y los mismos Dioses, y me persuado que la hallarà menos alterada que las precedentes.

Nada me parece mas adequado à Moysès, que el Vichnou de los Indios transformado en *Crichnèn*; pues significa esta palabra, en lengua de los Indios, *Negro*, para dàr à entender, que Crichnèn ha venido de un Paìs en que los habitantes son de este color. Añaden los Indios, que uno de los mas cercanos parientes de Crichnèn fue expuesto en su niñèz en una pequeña cuna sobre un gran Rio, adonde estuvo en peligro evidente de perecer. Le sacaron de èl, y como era un niño muy hermoso, le llevaron à una gran Princesa, quien le hizo criar con cuidado, y despues se encargò de su educacion.

No sè por què se les ofreciò aplicar este sucesso à uno de los parientes de Crichnèn, y no à èl mismo. Pero què se ha de hacer à esto? Las cosas se han de contar como son, y para hacer las aventuras mas parecidas, no disfrazarè la verdad. No fue, pues, Crichnèn quien se criò en el Palacio de la gran Princesa, sino uno de sus parientes. En esso discrepa la comparacion con Moysès: dirè algo con que reparar esta falta.

Lue-

Luego que naciò Crichnèn fue expuesto sobre un gran Rio para librarle de la colera de el Rey, quien esperaba el tiempo de su nacimiento para hacerle morir. Abriòse el Rio para no hacer mal con sus aguas à deposito tan precioso: sacaron al niño de parage tan peligroso, y fue educado de unos Pastores: casòse despues con sus hijas, y guardò por mucho tiempo los ganados de sus Suegros: se distinguiò en breve entre todos sus compañeros, los quales le tomaron por su Gefe. Hizo entonces cosas maravillosas en defensa de los ganados, y de los Pastores. Diò la muerte al Rey, quien le havia declarado una cruel guerra. Fue perseguido por sus enemigos, y como no se hallaba en estado de hacerles frente, se retirò àzia el mar. Este le abriò camino por enmedio de sus olas, y sumergiò à los que le seguian. Asi se librò de los tormentos que le havian dispuesto.

Quièn podrà, Señor, dudar, que los Indios no havian conocido à Moysès con el nombre de *Vichnou*, transfigurado en *Crichnèn*? Mas al conocimiento de este famoso Conductor de el Pueblo de Dios han juntado muchas costumbres, que èl mismo dexò escritas en sus Libros, y muchas leyes que publicò, cuya observancia se ha conservado despues de sus dias.

Entre las costumbres, que no pueden los Indios haver aprendido sino de los Judios, y que oy dia perseveran en el Paìs, cuento los baños frequentes, las purificaciones, un grande horror à los cadaveres, con cuyo tacto se tienen por manchados, el orden diferente, y distincion de las Castas, la Ley inviolable, que prohibe los matrimonios, fue-

ra de su Tribu, ò Casta particular. Serià, Señor, nunca acabar, si entràra en todas las particularidades. Me detendrè, pues, solamente en algunas observaciones, que no son tan comunes en los Libros de los Sabios.

Conocì à un Bracman muy habil entre los Indios, quien me contò la Historia siguiente, cuyo sentido no comprehendiò èl mismo mientras viviò en las tinieblas de la Idolatrìa. Hacen los Indios un sacrificio, que llaman *Ekiam*, el mas cèlebre de los que se hacen en Indias. Sacrifican un Carnero, y en una especie de oracion que rezan dicen en alta voz estas palabras: *Quàndo nacerà el Salvador? Quàndo parecerà el Redemptor?*

El sacrificio del Carnero, en mi juicio, tiene mucha relacion con el del Cordero Pasqual: porque se ha de notar, que como tenian obligacion los Judios de comer parte de la victima; assi los Bracmanes, aunque no comen carne, estàn dispensados de su abstinencia el dia que ofrecen el sacrificio del *Ekiam*, y la Ley los obliga à comer el Carnero que se sacrifica, y por esso lo reparten entre sì los Bracmanes.

Adoran muchos Indios al Fuego: aun sus Dioses han imolado victimas à este Elemento. Tienen un precepto en el sacrificio de Omàn, por el qual se les manda conservar siempre el fuego, y no dexar que en algun tiempo se apague. El que assiste al *Ekiam* debe todas las mañanas, y noches echar leña al fuego para conservarlo. Diligencia tan escrupulosa corresponde muy bien con el precepto del Levitico (cap.vj. v. 12. y 13.) *Ignis in Altari semper ardebit, quem nutriet Sacerdos, subjiciens ligna*

manè

mane per singulos dies. Todavia llega mas allà el respeto que tienen los Indios al Fuego, pues se precipitan por sì mismos en las llamas. Bien dirà V.S I. y yo tambien lo digo, que mejor les huviera sido el no haver añadido esta cruel ceremonia à lo que aprendieron de los Judios en esta materia.

Tienen tambien los Indios un alto concepto de las serpientes: creen que estos animales tienen algo de Divino, y que su vista pronostica dichas, y assi adoran muchos à las serpientes, y las hacen profundas reverencias; pero estos animales, poco agredecidos, las pagan con crueles mordeduras. Si la Serpiente de bronce, que mostrò Moysès al Pueblo de Dios, cuya vista los sanaba, huviera sido tan cruel como las serpientes vivas de los Indios, seguro està, que jamàs los Judios huvieran tenido tentacion de adorarla.

Digamos en fin, Señor, algo de la caridad de los Indios para con sus esclavos: los tratan como si fueran hijos suyos, ponen gran cuidado en criarlos bien, proveen con generosidad à todo lo que han menester, nada les falta, ni vestido, ni alimento, y los ponen en estado, y casi siempre en libertad. Se dirìa que à los Indios, como à los Israelitas, dirigiò Moysès los preceptos que leemos en este assumpto en el Levitico.

Quièn dirìa, pues, Señor, con alguna probabilidad, que los Indios no tuvieron antiguamente algun conocimiento de la Ley de Moysès? Lo que cuentan de su Ley, y de Braama su Legislador, deshace, à mi parecer, la duda, que pudiera quedar en esta materia. Diò Braama la Ley à los hombres, y es el Vedam, ò Libro de la Ley, que los

Indios respetan como infalible. Segun ellos, es la pura palabra de Dios, dictada por el *Abadàm*, esto es, por aquel que no puede engañarse, y que por essencia dice verdad. Este Libro, ò Vedàm se divide en quatro partes; y segun la opinion de muchos Indios doctos, huvo antiguamente otra quinta parte, que por injuria de los tiempos pereciò, y no ha sido possible recobrar.

Es imponderable la estimacion de los Indios por la Ley, que recibieron de su Braama. El profundo respeto con que la oyen, la eleccion de personas aproposito para hacer su lectura, la disposicion de animo con que deben assistir à ella, y otras cien circunstancias semejantes, concuerdan perfectamente con lo que sabemos de los Judios en lo tocante à la Ley Santa, y à Moysès su Legislador. La desgracia es, Señor, que el respeto de los Indios para su Ley, es la causa porque nos la ocultan como un mysterio impenetrable. No obstante he podido por medio de algunos Doctores averiguar lo bastante, para mostrar que los Libros de la Ley del pretendido Braama son una imitacion del Pentateuco de Moysès. La primera parte de el Vedàm, que llaman ellos *Irroucouvedàm*, trata de la primera Causa, y del modo con que fue criado el Mundo. Lo que me han contado de mas singular, y que viene mas à nuestro assumpto, es, que en el principio no havia mas que Dios, y agua, y que Dios era llevado sobre ella. Facil es de notar la conformidad de esta expression con el primer Capitulo del Genesis.

He sabido por muchos Bracmanes, que en el tercer Libro, que llaman *Samavedàm*, hay muchos

pre-

preceptos de moral, lo que puede tener mucha semejanza con los preceptos morales, que contiene el Exodo.

El quarto Libro, que tiene por nombre *Adaranavedàm*, incluye los diferentes sacrificios, que se deben ofrecer, las calidades necessarias en las victimas, el modo de edificar Templos, y las Fiestas, que deben celebrar en ellos. Casi, sin adivinar, es una idèa, segun pienso, tomada de los Libros del Levitico, y de el Deuteronomio.

En fin, Señor, para que nada falte al paralelo; como recibiò Moysès la Ley en el famoso Monte *Sinai*, tambien en la cèlebre Montaña de *Mahamerou* se hallò Braama con el Vedàm de los Indios. Es esta Montaña la misma, que los Griegos llamaron *Meros*, donde dicen que naciò Baccho, y que tuvieron su morada los Dioses. Añaden los Indios, que aun ahora esta Montaña es el parage en que estàn situados sus Chorchams, ò diferentes Paraìsos, que reconocen.

No es razon, Señor, que despues de haver hablado con bastante extension de Moysès, y de la Ley, no digamos una palabra de Maria hermana de este Gran Propheta. Mucho me engaño, ò su historia no fue ignorada de los Indios.

Dice la Escritura de Maria, que despues de el passo milagroso del Mar Roxo, juntò à las mugeres Israelìtas, tomò instrumentos musicos, y con sus compañeras se puso à danzar, y cantar las alabanzas de el Todopoderoso. Allà và un rasgo parecido, que cuentan los Indios de su famosa *Lakeoumi*. Esta muger, como Maria hermana de Moysès, saliò del Mar por una especie de milagro. Apenas

se

se viò libre del peligro en que se havia visto de perecer, quando viò un bayle magnifico, en el qual danzaron todos los Dioses, y Diosas al sòn de los instrumentos.

Facil fuera, Señor, saliendo de los Libros de Moysès, recorrer los demàs Libros Historicos de la Escritura, y hallar en la tradicion de nuestros Indios con que proseguir mi comparacion; pero temo que la demasiada exactitud canse à V. S. I. y me contentarè con añadir una, ò dos Historias, que me han dado mas golpe, y vienen mas al caso.

La primera que se me ofrece es la que los Indios publican con el nombre de *Arichandirèn*. Este es un Rey muy antiguo de la India, y que exceptuando el nombre, y algunas otras circunstancias, puede tomarse por el Santo Job de la Escritura.

Juntaronse un dia los Dioses en su Chorchàm, ò si place mas, en el Paraìso de delicias. Presidìa à esta ilustre Junta *Devendirèn*, Dios de la Gloria. Hallaronse en ella muchos Dioses, y Diosas, tuvieron tambien lugar los mas famosos Penitentes, y con particularidad los siete principales Anachoretas.

Despues de una conversacion de cosas indiferentes, se propuso esta question: Si havia entre los hombres un Principe sin defecto. Defendieron casi todos, que no havia siquiera uno, que no estuviesse sujeto à grandes vicios; y à la frente de este partido se puso *Vichouva-moutrèn*; pero mantuvo fuertemente la opinion contraria el cèlebre *Vachichtèn*, diciendo, que el Rey Arichandirèn su discipulo era un Principe perfecto. El otro, que

es

es de un genio imperioso, no gustando que alguno le contradixesse, se enfadò en extremo, y assegurò à los Dioses, que si le querian entregar al pretendido Principe perfecto, les harìa vèr sus defectos.

Vachichtèn aceptò el desafio, y convinieron de una, y otra parte en que aquel que fuesse vencido, cederìa al otro todos los meritos, que havia podido adquirir con una larga penitencia. Fue el pobre Rey la victima de esta disputa, pusole *Vichouva-moutrèn* à todas las pruebas possibles, reduxole à la mas extremada pobreza, le despojò de su Reyno, hizo morir al unico hijo que tenia, y aun le quitò à su muger Clandirandi.

A pesar de tantas desgracias se mantuvo siempre el Principe en el exercicio de la virtud con una igualdad de animo, de que no eran capaces los Dioses mismos, que con tanto rigor le probaban. Por esso mismo le recompensaron con la mayor magnificencia. Abrazaronle los Dioses uno despues de otro, y las Diosas mismas le hicieron sus cumplimientos. Le bolvieron su muger, y resucitaron à su hijo. Cediò, pues *Vichouva-moutrèn* conforme al concordato, todos sus meritos à *Vachichtèn*, quien regalò con ellos à *Arichandirèn*, y con mucho sentimiento suyo fue el vencido à hacer una larga penitencia, para adquirir, si era possible, una buena provision de nuevos meritos.

La segunda Historia, que tengo que contar à V.S.I. es mas funesta, y se parece mas à un lance de la Historia de Sanson, que la Fabula de Arichandirèn à la Historia de Job.

Asseguran, pues, los Indios, que su Dios *Ra-*

mon

mon emprendiò cierto dia la conquista de Zeylàn; y aun con ser Dios, tuvo por conveniente valerse de esta estratagema. Levantò un Exercito de Monos, y les diò por General à un Mono de mucha classe, al qual llaman *Anoumàn*. Hizo que se le rodeasse la cola con muchas piezas de tela, y sobre estas derramò grandes vasijas de azeyte. Pegòlas fuego, y corriendo el Mono por las campiñas enmedio de los trigos, bosques, Aldèas, y Ciudades, lo abrasò todo, y quemò quanto encontrò en su carrera, reduciendo à cenizas casi toda la Isla. Despues de esta expedicion no le havia de costar mucho, ni era menester el poder de un Dios de primera magnitud, para conquistar el Reyno.

Me havrè, Señor, detenido demasiado sobre la conformidad de la doctrina de los Indios con la del Pueblo de Dios: yo me enmendarè, abreviando lo que me quedaba que decir sobre el segundo punto, que, como el primero, es mi animo sujetar à las luzes, y penetracion de V.S.I. Me estrecharè à algunas cortas reflexiones, que me persuaden que los Indios, que viven mas tierra adentro, como los habitantes de la Costa, desde los primeros siglos de la Iglesia tuvieron conocimiento de la Religion Christiana, haviendo sido instruìdos en ella por Santo Thomè, y los primeros Discipulos de los Apostoles.

Comienzo por la idèa confusa, que aun oy dia conservan de la adorable Trinidad, que les fue antiguamente anunciada. Yà llevo dicho, que los tres primeros Dioses de los Indios son *Bruma*, *Vichnou*, y *Routrèn*. A la verdad los mas de los Gentiles los toman por tres Divinidades distintas,

y con real separacion; pero muchos *Nianigueuls*, ò hombres espirituales, dicen, que estos tres Dioses, separados en apariencia, son en realidad un solo Dios: que se llama *Bruma*, quando produce de la nada, y exercita su Omnipotencia: *Vichnou*, quando conserva los Entes criados, y practìca su bondad; y en fin toma el nombre de *Routrèn*, quando destruye las Ciudades, castiga à los culpados, y hace sentir los efectos de su merecido enojo.

Assi, algunos años hace, me explicaba un Bracman su concepto de la fabulosa Trinidad de los Paganos. Es menester, decia, representarse à Dios, y sus tres nombres diferentes, que corresponden à sus tres principales Atributos, casi debaxo del concepto, ò figura de aquellas pyramides triangulares, que se erigen delante de las puertas de algunos Templos.

Bien conocerà V. S. I. que no pretendo decir, que esta imaginacion de los Indios se ajuste en todo con la verdad, que confessamos los Christianos; pero à lo menos dà à entender, que en otro tiempo tuvieron luzes mas puras, y que se obscurecieron con la incomprehensibilidad, que encierra un Mysterio tan superior à la flaca, y corta razon, y comprehension de los hombres.

Las Fabulas han alterado aùn mas el Mysterio de la Encarnacion; pero convienen todos los Indios en que muchas vezes encarnò Dios, y casi de comun consentimiento lo atribuyen à *Vichnou*, el segundo Dios de su Trinidad; y jamàs encarnò segun ellos, sino como Salvador, y Libertador de los hombres.

Yà vè V.S.I. que abrevio quanto me es possible.

ble, y passo à lo que mira à los Sacramentos. Dicen los Indios, que el baño tomado en ciertos Rios borra enteramente los pecados; y que esta agua mysteriosa lava, no solamente los cuerpos, sino de un modo admirable purifica tambien las almas. No serìa esta una idèa, que les havràn dado del Santo Bautismo?

No havia yo notado cosa alguna, que pudiesse servir de bosquexo à la Divina Eucharistìa, pero algunos años hà me hizo hacer algun reparo un Bracman, convertido en una circunstancia digna de tener aqui lugar. Lo que queda de los sacrificios, de el arròz que se distribuye para comer en los Templos, guarda entre los Indios el nombre de *Prajadàm*, que significa en nuestra lengua *Divina Gracia*: y lo mismo significa el termino Griego *Eucharistìa*.

Con mas claridad hallo algo para la confessìon; y creo, Señor, deberme explayar un poco mas. Es una especie de maxima entre los Indios, que aquel que confiessa su pecado recibirà su perdon: *Cheida param chonual tiroum*. Celebran todos los años una Fiesta, en la qual vàn à la orilla de un Rio à confessarse, para que sus pecados sean enteramente borrados. En el famoso Sacrificio Ekiam, la muger de el que preside tiene obligacion de confessarse, y de entrar en las circunstancias de sus faltas mas vergonzosas, y de declarar aun el numero de sus pecados.

Una fabula de los Indios, que hay en este assumpto, confirmarà mis congeturas. Quando estaba en el mundo Crichnèn, la famosa *Draupadi* estaba casada con cinco hermanos, todos Reyes

cè-

cèlebres de Madurè. Uno de eſtos Principes tirò cierto dia una flecha contra un arbol, derribando de èl una admirable fruta. Pertenecia à un afamado Penitente, y tenia la calidad de dàr una fruta al mes, y eſta comunicaba tanto vigor al que la comìa, que en todo el mes le baſtaba eſte ſolo alimento; y porque en aquellos tiempos antiguos ſe temia mas la maldicion de los Penitentes, que la de los Dioſes, recelaron los cinco hermanos que los maldecirìa el Hermitaño. Pidieron, pues, ſocorro à Crichnèn en un negocio tan delicado. El Dios Vichnou, transfigurado en Crichnèn, les dixo, como tambien à Draupadi, que ſe hallaba preſente, que no veìa ſino un ſolo medio para reparar tanto mal: y que eſte era la confeſsion entera de todos los pecados de ſu vida: que el arbol de el qual havia caìdo la fruta tenia ſeis codos de alto, y que à medida que cada uno ſe confeſſaſſe, ſe levantarìa la fruta en el ayre lo alto de un codo, y que al fin de la ultima confeſsion ſe pegarìa al arbol, como lo eſtaba antes.

El remedio era amargo, pero era preciſo paſſar por ello, ò exponerſe à la maldicion de un Penitente. Tomaron, pues, los cinco hermanos ſu partido, y conſintieron en declarar toda ſu conciencia. La dificultad eſtaba en determinar la muger à hacer lo miſmo, y les coſtò no poco trabajo: quando la exhortaban à confeſſarſe, ſe ſentia muy inclinada à guardar ſecreto, y à callar. No obſtante, à fuerza de repreſentarla las funeſtas conſequencias de la maldicion de el *Sanias*, Penitente de las Indias, la ſacaron la palabra de hacer todo lo que querian.

Havida efta feguridad, el mayor de los Principes empezò efta enfadofa ceremonia, haciendo una confefsión muy exacta de toda fu vida. A medida que fe declaraba fubia la fruta por sì mifma, y al fin de efta primera confefsion fe hallò levantada como un codo, y no mas. Continuaron à exemplo de fu hermano mayor los otros quatro Principes, fucediendo el mifmo prodigio; quiero decir, que al fin de la quinta confefsion fe havia elevado la fruta cinco codos.

Faltaba folamente otro codo, y eftaba refervado à Draupadi efte ultimo esfuerzo. Defpues de muchas dificultades, comenzò fu confefsion, y la fruta fe levantaba poco à poco. Decia que no tenia mas, y no obftante faltaba todavia medio codo para que fe unieffe la fruta al arbol en la parte de donde havia caìdo. Era evidente que fe havia olvidado, ò por mejor decir, que havia callado algo. Rogaronla con lagrimas los cinco hermanos que no fe perdieffe à sì, y à ellos por una mala verguenza. No la hicieron fuerza fus sùplicas, pero haviendo venido Crichnèn à fu focorro, declarò un pecado de penfamiento, que havia querido ocultar. Apenas lo dixo, quando acabò la fruta fu viage maravillofo, y fue por sì mifma à unirfe à la rama del arbol donde antes havia eftado.

Acabarè, Señor, con la referida fabula la larga Carta, que me he tomado la libertad de efcrivirle. He dado cuenta à V.S.I. de los conocimientos adquiridos enmedio de los Pueblos de la India, en otro tiempo verifimilmente Chriftianos, y fumergidos muchos figlos hà en las tinieblas de la Idolatrìa. Trabajan defde un figlo hà los Mifsione-

ros

ros de nueſtra Compañia, ſiguiendo las huellas de San Franciſco Xavier para bolverlos al conocimiento del verdadero Dios, y à la pureza de el culto Evangelico.

Bien echa de vèr V.S.I. que al miſmo tiempo que trabajamos en hacer que eſtos Pueblos abandonados baxen la cervìz al ſuave yugo de Jeſu-Chriſto, procuramos hacer algun ſervicio à los Sabios de Europa con los deſcubrimientos que hacemos en los Paìſes, que nos ſon baſtantemente conocidos. A V.S.I. toca ſuplir con ſu profunda penetracion, y continua correſpondencia con los Eruditos de la Antiguedad, lo que puede faltar à las luzes, que adquirimos entre eſtos Pueblos. Si fueren de alguna utilidad eſtas noticias para el bien de la Religion, ninguno mejor que V.S.I. puede hacerlas ſervir à eſte fin. Quedo con el mas profundo reſpeto,

ILL.MO SEñOR.

De V.S.I. el mas rendido, y obediente ſervidor,

Bouchet,

Miſsionero de la Compañia de Jeſus.

CAR-

CARTA

DEL PADRE BOUCHET, Miſsionero de la Compañia de Jeſus en las Indias,

AL PADRE BALTUS, de la miſma Compañia.

PAX CHRISTI.

Reverendo Padre mio,

HE leìdo con increìble guſto la Reſpueſta excelente,que ha dado V.R. à la Hiſtoria de los Oraculos. No ſe pueden refutar con mas ſolidèz las falſas razones ſobre que eſtriva el peligroſo ſyſtèma, que emprende combatir.

Ha probado V.R. de un modo invencible, que daban antiguamente oraculos los Demonios por la boca de los falſos Sacerdotes de los Idolos, y que han ceſſado à medida que el Chriſtianiſmo ſe ha ido eſtableciendo en el mundo ſobre las ruinas del Paganiſmo, y de la Idolatrìa. Aunque no es facil añadir coſa alguna à tantas pruebas convincentes con que ha llenado V. R. ſu reſpueſta, ſacadas

de

de las Obras de los Padres de la Iglesia, y de los Paganos mismos; me atrevo no obstante à afirmar, que puedo enriquecer la opinion que defiende V. R. con una nueva demostracion, à la qual nada se podrà oponer que sea razonable. No la saco, como V.R. las suyas, de los monumentos de la Antiguedad, sino de lo que veo que sucede, y de lo qual soy testigo de vista, en nuestras Missiones de Madurè, y Carnate.

He tenido la fortuna de emplear la mejor parte de mi vida en predicar el Evangelio à los Idolatras de las Indias, y no faltò el consuelo de experimentar, que algunos prodigios, que contribuyeron à la conversion de los Paganos en la primitiva Iglesia, se renuevan cada dia en las Christiandades, que tenemos la felicidad de fundar enmedio de las tierras Infieles.

Sì, Padre mio, ahora mismo existèn pruebas sensibles de las dos verdades, que V. R. tiene tan bien fundadas en su Obra: porque en primer lugar es cierto, que dàn los Demonios en este tiempo oraculos en las Indias, y que los dàn, no por el medio de los Idolos, lo que estarìa expuesto al embuste, y à la ilusion, sino por boca de los Sacerdotes de los mismos Idolos, ò algunas vezes de los que se hallan presentes quando se le invoca. En segundo lugar no es menos verdad, que cessan los oraculos en el Paìs, y que enmudecen, y pierden su poder los Demonios à medida de los progressos del Evangelio. Para convencerse de la verdad de estas dos proposiciones, basta haver passado algun tiempo en la Missìon de las Indias.

Si me hiciere el Señor la gracia de bolverme

à

à mi amada Mifsion, que con tanto fentimiento mio he dexado, y adonde eftoy para bolver quanto antes para confumar en ella lo que me queda de vida, y falud, embiarè à V.R. una mas ampla relacion de ciertas refpueftas, y oraculos particulares, que no pueden haver fido dados fino por el Demonio. Baftarà referir ahora algunas pruebas generales, que no dexaràn de fer de fu gufto.

Y para comenzar digo, que es hecho, de el qual nadie duda en las Indias, y cuya evidencia no permite duda, que dàn los Demonios oraculos, y que eftos malignos efpiritus fe apodèran de los Sacerdotes que los invocan, ò con la mifma facilidad de los que afsiften, y participan de eftos efpectaculos. Tienen los Sacerdotes unas oraciones abominables, que dirigen al Demonio quando le confultan fobre algun fuceffo. Pero defdichado de aquel de quien fe vale el Demonio para organo fuyo! Pone en rara agitacion todos fus miembros, y le hace bolver la cabeza de una manera efpantofa. Alguna vez le hace verter copiofas lagrimas, y le llena de aquella efpecie de furor, y entufiafmo, que antiguamente entre los Gentiles, como ahora entre los Indios, es la feñal de la prefencia del Demonio, y el preludio de fus refpueftas.

Luego que fe echan de vèr en el Sacerdote, ò en alguno de los afsiftentes, las feñales de haver fido oìda la invocacion, fe acercan al poffeìdo, y le preguntan fobre la materia de que fe trata. Se explica entonces el Demonio por la boca de aquel de quien fe ha apoderado. Por lo comun fon baftantemente equivocas las refpueftas quando fon de cofas futuras. No dexa por effo de acertar muchas

ve-

vezes, y de responder con una precision, que excede en mucho à las luzes de los mas habiles; pero igualmente se halla en lo ajustado de unas, y en lo ambiguo de otras respuestas, prueba convincente de ser el Demonio su autor: porque en fin, por mas entendido que sea de lo futuro, quando depende de una causa libre, no le es conocido con certeza; y por otra parte, siendo ajustadas por lo comun sus congeturas, y muy superior à la nuestra su inteligencia, no es de admirar que encuentre algunas vezes la verdad en ocasiones en que el hombre mas sutìl, y mas diestro tendria pensamientos muy distintos de los suyos.

No pretendo, Padre mio, que à imitacion de los oraculos dados verdaderamente por los Demonios, no remeden con arte alguna vez los Sacerdotes de los Idolos à los posseìdos, y respondan lo mejor que puedan à los que los consultan; pero à lo mas esta dissimulacion es, como he dicho, una imitacion de la verdad, y es el Demonio comunmente tan fiel à obedecer à su invocacion, que no les es necessario el embuste. No ès mi animo referir muchos exemplos, pero darè uno, que ahora me viene à la memoria, y que en mi juicio debe convencer à todo hombre cuerdo de que tiene parte el Demonio en los oraculos, que se dàn en las Indias.

En el camino de Varongapatti à Calpaleam se encuentra un famoso Templo, que los Indios llaman *Changandi*. Al Este de este Templo, y como à media legua de distancia, se halla un Lugar bien poblado, y cèlebre por el sucesso, que voy à contar. Uno de los vecinos de este Pueblo era gran Privado

del Demonio. Comunicabale en tanto grado, que todas las ſemanas, en cierto dia ſeñalado, ſe apoderaba de èl, y por ſu boca daba los mas paſmoſos oraculos. Acudian de tropèl à ſu caſa para conſultarle: no obſtante toda la honra, y diſtincion, que hacia el Demonio à ſu perſona, empezaba yà à canſarſe de ſu empleo. El Demonio, que le grangeaba tantas viſitas, era un hueſped muy enfadoſo, no apoderandoſe jamàs de èl, ſin hacerle padecer mucho quando le dexaba; de ſuerte, que podia el deſdichado contar cada ſemana un dia de terrible enfermedad. Con el tiempo llegò à ſer el Demonio mas incomodo, porque ganando por ſu medio la confianza, y las adoraciones de un numero increible de Indios, le diò gana de quedarſe por muchos dias en poſſeſsion del hombre en quien ſe hallaba tan honrado. Apenas tardaba en bolver, y parecia que no alternaba ſino para renovar con mas frequencia los ſuſtos, que le cauſaba ſu venida, y los tormentos, que acompañaban ſu ſalida. Llegaron à tanto ſus largas, y frequentes viſitas, que el miſerable Indio ſe hallò incapàz de cuidar de ſu familia, la qual no podia vivir ſin ſu aſsiſtencia. Sus parientes, conſternados, fueron à muchos Templos, para ſuplicar à los falſos Dioſes, que ſuſpendieſſen, ò à lo menos moderàſſen las violencias del maligno eſpiritu; pero eran muy hermanos los pretendidos Dioſes, y el Demonio, contra quien imploraban ſu ſocorro, para hacer coſa, que no fueſſe de ſu guſto. Por tanto no fueron oìdos ſus ruegos: el Demonio, mas furioſo por eſto miſmo, proſeguia como antes dando ſus oraculos por boca de ſu antiguo hueſped; con

eſta

esta diferencia, que le atormentaba con mas rigor; y en fin hizo temer la vida del pobre hombre.

Estando las cosas tan desesperadas, creyeron que no havia otro remedio sino acudir à aquel mismo que era el malhechor. Imaginaron, pues, que tendria la condescendencia de dàr un oraculo en favor del desdichado, por cuyo medio daba tantos à otros. Un Sabado por la noche le preguntaron si no se havia de retirar, y què querìa por minorar el numero de sus visitas, y por moderar sus violencias? En pocas palabras respondiò el oraculo, que si el Lunes siguiente llevaban al enfermo à Changandi, no serìa atormentado mas, ni recibirìa mas visitas suyas.

Pusieron por obra sus ordenes, esperando el alivio del pobre, llevandole allà la vispera del dia señalado por el Demonio; pero allì fue atormentado mas que nunca. Le oìan dàr gritos horrorosos, como un hombre que padece los mas crueles tormentos. En todo esto nada parecia en lo exterior, y se consolaban con que el tiempo dado por el oraculo no havia aùn llegado. En fin llegò el Lunes, y se cumpliò el oraculo à la letra; pero muy de otra manera de la que esperaban. Espirò el enfermo, con las mas horribles convulsiones, despues de haver echado mucha sangre por las narices, por las orejas, y por la boca, señas todas comunes en las Indias de una enfermedad, y muerte causada por possession. Assi justificò el Demonio su oraculo, por el qual asseguraba, que cessarìa el desdichado de estàr enfermo, y de recibir sus visitas.

Facil es imaginar qual serìa el susto de los asisten-

tentes à un sucesso tan tràgico. En verdad que à nadie entonces se puso en la cabeza, que havia fraude en la possesion del pobre hombre, ni en los oraculos, que havia dado por tanto tiempo. No creo que los Criticos de mas mal humor se persuadan que se puede llevar la dissimulacion à tal excesso: à lo menos la muger del malaventurado no fue de este parecer. Diòla tanto golpe la muerte repentina, y violenta de su marido, que abjurò la Idolatrìa, y el culto del Demonio, del qual havia sido funesta victima su esposo, y se hizo instruìr quanto antes, y recibiò el Santo Bautismo en Calpaleàm, adonde yo mismo la confessè muchas vezes, la hice contar el sucesso en presencia de los Idolatras, y mas vezes en presencia de los Christianos, que venian à nuestra Iglesia.

Passo ahora à otras cosas, sobre las quales son en las Indias muy frequentemente consultados los Demonios. De todos los que quieren passar por decidores de oraculos, aquellos en quienes mas confianza se tiene, son, sin disputa, los Adivinos, que se meten à descubrir los Ladrones cuyos robos son ocultos.

Despues de haver tentado todos los caminos ordinarios, y naturales, recurren à estos, y por mayor desgracia de los pobres Idolatras, demasiadamente bien son servidos de el Demonio. En mi tiempo han passado cosas pasmosas en este assumpto: referirè una, de cuya verdad puede V.R. estàr seguro.

Habian robado con tanta sutileza, y secreto algunas pedrerìas preciosas al General del Exercito de Madurè, que el Reo parecia estàr muy fuera

de

de toda sospecha; y assi, por mas pesquisas que hicieron, jamàs pudieron lograr el menor indicio del Ladròn. Consultaron en Tichera-panli à un joven, que era de los famosos Adivinos del Paìs. Haviendo invocado al Demonio, pintò tan al vivo el autor de el hurto, que no les costò trabajo el reconocerle. El desdichado, de quien ni siquiera havian sospechado (tan lexos estaban de pensar en èl) no pudo tenerse firme contra el oraculo. Confessò su delito, protestando, que nada havia de natural en el modo con que fue descubierto su robo.

Quando se llega à sospechar de muchas personas sobre un hurto, y no se puede convencer à alguno en particular, para determinarse toman este medio: Escriven los nombres de todos los indiciados en unos villetes particulares, y los colocan en circulo: invocan despues con las ceremonias acostumbradas al Demonio, y se retiran, haviendo antes cerrado, y cubierto el circulo de manera, que nadie puede tocarlo. Buelven algun tiempo despues, lo destapan, y aquel cuyo nombre no està en fila es tenido por el unico culpado. Tantas vezes, y tan constantemente les ha salido bien à los Indios esta especie de oraculo para averiguar entre muchos el unico que es reo, que basta esta prueba sola para hacerle à uno su processo.

De otro modo tambien acostumbran los Demonios explicarse con los Indios, y darles las respuestas que piden, y es por la noche, y entre sueños. Debo decir, que me ha parecido este medio mas expuesto à fraudes, y embustes; pero sea

lo

lo que fuere de esto, se encuentran tal vez en este medio cosas tan estrañas, y circunstancias tan singulares, que no dexan lugar para dudar que el Demonio tiene mucha parte en ello, y que en realidad instruye à los Sacerdotes de los Idolos que le invocan.

Refiero pocos exemplos de lo que cuento, no porque sean raros en las Indias, ni porque muchos de ellos no sean indubitables, sino porque admiten tan poca duda, y son tenidos por tan ciertos en el Païs, que no toman el trabajo de escrivirlos. No obstante, si los quisiesse V. R. en mayor numero, tendrè cuidado de satisfacerle luego que me haga Dios la gracia de ponerme otra vez entre mis Christianos de Madurè, por los quales suspiro con inexplicables ansias.

En fin, Padre mio, què razon havrà de dudar, que dàn los Demonios respuestas, y oraculos en las Indias, quando tenemos pruebas tan convincentes de que obran infinitas cosas muy superiores al alcance de los hombres? Pongo por exemplo, vemos que los que invocan à los Demonios sostienen solos, y sin apoyo un cobertizo, ò cama de de ramas de arboles cortadas, sin que estèn unidas, ò enlazadas entre sì por parte alguna. Otros levantan en el ayre una especie de sabana grande, que se mantiene extendida en toda su anchura, para probar que es verdadera la comunicacion de el Demonio con ellos. Algunos beben a la vista de todos unos vasos grandes llenos de sangre, que contienen muchos quartillos, medida de Parìs, sin recibir el mas leve daño.

Sè tambien por el testimonio de un hombre dig-

no

no de fè, y de credito, que se hallò por casualidad en una Junta, en la qual fue testigo del hecho, que voy à contar. Havia pegado en cierto parage de un pequeño quarto un cuerpo sòlido de la altura de un hombre, y lo havian afianzado tan bien, que no se podia sin grandes fuerzas arrancar de la pared. No obstante, sin que nadie lo tocasse, ni siquiera se acercasse à ello, lo vieron desprenderse por sì mismo, y abanzarse bastante lexos fuera del lugar adonde havia sido colocado. Añadase à esto, que el Demonio, consiguiente siempre, en todo lugar, y tiempo pide de sus adoradores los mas abominables sacrificios, y los mas capaces de inspirar horror à los hombres; pero al mismo tiempo los mas proprios, para satisfacer su malignidad.

Què dirìan en fin nuestros pretendidos espiritus fuertes de Europa; quiero decir, aquellos que una critica sin tino hace incrèdulos sobre las cosas mas bien averiguadas, quando no les tiene cuenta creerlas? Què dirìan, buelvo à decir, si fueran, como nosotros, testigos de la cruel tyranìa, que exercen los Demonios sobre los Indios Idolatras? Les ponen tal vez estos malignos espiritus la cabeza tan baxa, y les hacen doblar por detràs los brazos, y las piernas de tal suerte, que su cuerpo parece una bola, lo qual les causa los mas vivos dolores. En vano los llevan à los Templos de los Idolos para hallar algun alivio: no es en ellos adonde lo deben esperar: nuestras Iglesias, y nuestros Christianos son los unicos asylos, y socorros, que pueden oponer à tan terrible tyranìa: y este remedio, como se verà en la sèrie de esta Carta,

prue-

prueba de un modo invencible quienes son los verdaderos autores de los inconceptibles dolores, que padecen los desdichados.

Yà echa de vèr V.R. que me he salido un poco del assumpto de los oraculos, que es el principal objeto de mi Carta: creo no obstante, que no serà inutil mi digresion. Una vez convencidos, que tienen los Demonios sobre los Idolatras un poder, que no se puede poner en duda, estaràn todos mas bien dispuestos para creer lo que he referido de los oraculos dados por ellos à los Indios, y estoy persuadido, que un hombre de sana fè sobre la existencia de los Demonios, no puede hallar dificultad sobre el ultimo articulo.

Finalmente no tratamos aqui de cavernas, y lugares subterraneos, ni de conceder à los Sacerdotes de los Idolos las Trompetas del Cavallero Morlando para engrossar su voz, ò multiplicar su sonido: no porque no sean bastante embusteros para fingir todos los medios capaces de engañar à los Pueblos, y suponer oraculos falsos à falta de otros, que no hayan querido dàr los Demonios; pero no se hallan en estas estrechezes, por guardarles su palabra los Demonios con demasiada fidelidad. Tan verdad es que dàn oraculos en las Indias, como serìa ridiculo suponer, como en los siglos passados lo hicieron, que en este Paìs los oraculos se daban por boca de las Estatuas. Ha demostrado V.R. el poco fundamento de esta congetura por los testimonios de la Antiguedad, y por la ridiculèz inseparable del mismo hecho; pero en quanto à las Indias tenemos tantos testigos de lo contrario, como hay Idolatras, y Christianos en todo el

Rey-

Reyno. Es cierto que en tantos años como he vivido entre estos Pueblos, jamàs he oìdo decir que huviesse hablado algun Idolo, haviendo hecho las mayores diligencias para instruìrme à fondo en todo lo concerniente à los Idolos, y à sus adoradores.

Lo que mas convence el assumpto es, que era muy facil imaginar este expediente, si no huvieran dado por sì mismos los oraculos por boca de los hombres. Vemos en las Indias Estatuas enormes por su magnitud, y altura, y todas son huecas por adentro. Estàn à la entrada de los Templos Paganos, y parece que estàn hechas aproposito para favorecer el embuste de los Sacerdotes, si huvieran tenido necessidad de valerse de ellas; pero à la verdad serìa muy grossera esta estratagema, y dudo mucho que algun Indio se dexasse engañar. Veanse aqui algunos exemplos, que dàn à conocer de quanto son capaces los Sacerdotes de las Indias en materia de embustes, y que al mismo tiempo convenceràn que los Indios no son gentes, que se dexan engañar tan facilmente. De aqui se puede sacar, que siendo una opinion constante, y universal en las Indias, que los Demonios dàn oraculos, no està ciertamente establecida sobre la fraude de algunos particulares, ni sobre la demasiada credulidad del Pueblo.

Algunos años hà un Rey de Tanjaour, muy dado al culto de los Idolos, sintiò que poco à poco se entibiaba su antigua devocion. Hasta entonces havia sido muy constante en visitar todos los meses un famoso Templo, llamado *Manarcovil*. Hacìa en èl grandes limosnas à los Sacerdotes, y sin di-

ficultad se concibe, que una devocion tàn liberal era muy de su gusto; pero què desconsuelo para ellos quando vieron que no iba mas el Principe à su Templo! Creo que facilmente se huvieran consolado de su ausencia si à lo menos embiàra las cantidades, que tenia costumbre de distribuirles; pero el mal fue, que se vieron privados juntamente de la honra de vèr al Principe, y del provecho que sacaban de sus visitas. Sobre ello se juntaron los Bracmanes, y como era el lance de tanta importancia para ellos, deliberaron entre sì largo tiempo sobre el partido que havian de tomar. La dificultad consistia en empeñar al Principe à que visitasse, segun su antigua costumbre, el Templo de *Manarcovil*. Si tenian la fortuna de lograrlo, no dudaban de las liberalidades ordinarias de el Principe.

Imaginaron, pues, esta estratagema: Hicieron correr la voz por todo el Reyno, que Manar, assi se llamaba el Idolo, estaba afligido en extremo: que le havian visto derramar lagrimas muy gordas, y que importaba mucho que el Rey se informasse de ello. Decian que el dolor de su Dios era ocasionado de el desprecio, que de èl parecia hacer el Principe: que Manar le havia siempre amado, y protegido: que no obstante se veìa reducido à la triste necessidad de castigar el ultrage, que de èl recibia, y que un resto del antiguo cariño le arrancaba las lagrimas, que con tanta abundancia corrian de sus ojos.

El Rey de Tanjaour, buen Pagano, y supersticioso con excesso, se assustò de la novedad. Se tuvo por perdido sin remedio si no procuraba calmar

la ira del Dios Menar. Se encaminò, pues, al Templo, seguido de un gran numero de Cortesanos, se postrò delante del Idolo, y viendo que efectivamente vertia lagrimas, le suplicò le perdonasse su olvido, dandole palabra de reparar con usura el daño, que su descuido pudiera haver hecho à su culto entre sus vassallos. Para cumplir su palabra, tomò las medidas, que eran mas del gusto de los Bracmanes, haciendo distribuìr al instante mil pesos, que à esta intencion hizo traer. No se le ofreciò al pobre Principe la mas leve sospecha de dolo de parte de los Bracmanes. Estaba la Estatua separada del todo de la muralla, y puesta sobre un pedestal, lo que para el Principe servia de demonstracion de la realidad del prodigio, y à su parecer eran los Bracmanes los hombres mas de bien, que havia en el mundo.

Los Oficiales que se hallaban en la comitiva del Principe no fueron del todo tan crèdulos. Uno de ellos, al salir del Templo, se acercò al Rey, y le dixo, que era tan raro el caso, que le daba ocasion de sospechar en èl algun engaño. Le mirò al instante el Principe con còlera, y enfado, y su duda como una impiedad detestable. No obstante, à fuerza de repetirle la misma sospecha, logrò el Oficial la licencia, que con tanta eficacia pedia, de examinar de cerca la Estatua. Entra al punto otra vez en el Templo, pone Guardas à la puerta, y toma consigo algunos Soldados de confianza. Hace que quiten la Estatua del Altar donde estaba puesta, la registra por todas partes con cuidado, pero se pasma estrañamente de no encontrar cosa que sirva de apoyo à sus congeturas. Se havia imaginado

que havia un pequeño conducto de plomo; que passaba por debaxo de el Altar al cuerpo de la Estatua, y que por este medio se introducia el agua, que corria despues por los ojos. Nada hallò de esso; pero como se hallaba tan empeñado, hizo nuevas pesquisas, y en fin descubriò por una pequeña linea, casi imperceptible, la union de la parte superior de la cabeza con la parte inferior. Separò con violencia los dos pedazos, y viò en la concabidad del craneo un poco de algodòn mojado en agua, la qual caìa gota à gota por los ojos del Idolo.

Què alegria para el Oficial de haver encontrado lo que buscaba! Pero què pasmo en el Principe quando viò por sus ojos el embuste de los Bracmanes, que asi le havian engañado! Montò en furiosa còlera, y castigò sin dilacion à los tramposos. Lo primero que hizo fue hacerles bolver el dinero, que les havia dado, y los condenò à mil escudos de multa. Para comprehender bien la gravedad de este castigo era menester conocer lo interessados que son estos hombres. Multa tan considerable, les fue sin comparacion mas sensible, que los mas rigurosos suplicios.

Quien creerà facilmente, que gentes capaces de fraude de esta especie no huvieran inventado el secreto de hablar por boca de los Idolos, siendo en sì tan facil, como yà llevo dicho, si juzgàran que podia servir de lazo à los Gentiles, que consultan à los oraculos, ò si estos no se daban sin falta en las Indias, no por el organo de las Estatuas, sino por boca de los Sacerdotes, à quienes pone el Demonio en una especie de furor, y entusiasmo; ò

tam-

tambien por boca de alguno de los que asisten al sacrificio; y que por mas que repugnen, se hallan algunas vezes mucho mas diestros en el arte de adivinar de lo que quisieran.

Lo que escrivo à V. R. sobre el modo con que se dàn respuestas en las Indias, es tan constante en el Paìs, que quando se pronuncia algun oraculo por qualquier otro medio, sospechan al instante que hay en ello dolo, y engaño.

Cuentan nuestros Indios, que dos Mercaderes enterraron de comun acuerdo en un lugar muy oculto un tesoro, que les pertenecia à ambos. No obstante fue robado, y el que de los dos havia hecho el tiro, era el mas atrevido en proclamar su inocencia, y en tratar à su compañero de infiel, y ladron. Llegò à protestar, que probaria su inocencia por el oraculo de un Dios famoso, à quien adoran los Indios baxo de cierto arbol. En el dia señalado hicieron las invocaciones acostumbradas, y esperaban que el Dios, ò el Demonio, à quien havian acudido, se apoderasse de alguno de la junta. Pero se admiraron mucho quando oyeron salir del arbol una voz, que declaraba por inocente del hurto al que lo havia hecho; y al contrario condenaba al infelìz Comerciante, à quien ni siquiera havia venido al pensamiento. Pero siendo una cosa no oìda en las Indias, que los oraculos se diessen de esta manera, los Diputados de la Corte, para asistir à la ceremonia, mandaron, que antes que procediessen contra el acusado, se examinasse con diligencia si havia sospecha de engaño en el nuevo oraculo. Estaba podrido el arbol por adentro, y sin mas averiguacion, echaron paja en un agujero

del

del arbol, y le pegaron fuego, para que el humo, ò la llama obligassen al oraculo à tomar otro lenguage, suponiendo, como lo dudaban, que huviesse alguno escondido en el tronco del arbol. Saliò bien la experiencia, el pobre desdichado, que no havia previsto semejante prueba, no tuvo por conveniente dexarse quemar: diò grandes vozes, diciendo, que lo declararìa todo, que apartassen la lumbre, que empezaba à chamuscarle. Tuvieron lastima de èl, y se descubriò el embuste.

Buelvo à decir à V. R. que es cosa inconcusa entre los Indios, que no saben llorar, ni hablar los arboles, ni las Estatuas. Puede suceder alguna vez que los Demonios hagan que se muevan unos pequeños Idolos à peticion fervorosa de los Idolatras, quando para ello ponen los medios necessarios. Vea V. R. aqui lo que me han contado los Christianos, en otro tiempo muy amigos, y familiares de los Gentiles, de esta especie de prodigio, que obra el Demonio.

Ciertos Penitentes hacen con mucha ceremonia sacrificios à la orilla del agua: descriven un circulo de uno, ò dos codos de diametro, al rededor del qual colocan sus Idolos de manera, que su situacion corresponda à los ocho rumbos del viento. Creen los Paganos que los Dioses inferiores presiden à estos ocho lados de el mundo, igualmente distantes los unos de los otros. Invocan à estos falsos Dioses, y sucede alguna vez, que à vista de todos los assistentes se mueve una de las Estatuas, y dà bueltas en el lugar mismo donde està puesta, sin que nadie la toque. Ciertamente sucede este movimiento de tal modo, que no se pue-

puede atribuir ſino à la operacion inviſible de el maligno eſpiritu.

Los Indios, que acoſtumbran eſta eſpecie de ſacrificios, ponen tambien alguna vez en el centro del circulo la Eſtatua de el Idolo à que quieren ſacrificar. Se tienen por favorecidos de ſus Dioſes de un modo muy ſingular, ſi ſucede que ſe mueva la Eſtatua por sì miſma. Muchas vezes, deſpues de haver empleado todas las oraciones ſacrilegas deſtinadas para ſus ſuperſticiones, quedan immobles las Eſtatuas, lo que toman por mal aguero. Lo cierto es, que tal qual vez ſe agitan, y ſe ponen en grande movimiento. Sè tambien eſte caſo por perſonas, que no ſe pueden acuſar de demaſiadamente crèdulas en eſta materia, y por eſſo miſmo ſon mas dignas de credito.

Yà ſe vè haſta donde ſe extiende el poder de los Demonios en el aſſumpto de que vamos hablando. No ſe ha oìdo jamàs que haya hablado el maligno eſpiritu por boca de un Idolo, ni que ſe haya ſervido algun Sacerdote Gentìl de ſemejante artificio. No ſe hallarà en ſus Libros ſeñal alguna de ello. A lo menos, por grande que haya ſido mi aplicacion à inſtruìrme en todo lo que mira al culto de los Idolos, puedo aſſegurar, que no he leìdo coſa, que ſe parezca en alguno de ellos.

Acabo eſta Carta, Padre mio, porque hay en la materia que trato coſa mas intereſſante, y glorioſa para nueſtra Santa Religion. Hablo del milagroſo ſilencio de los oraculos en las Indias, à medida que Jeſu-Chriſto es en ellas conocido, y adorado. Digo aùn mas, y yà que hablamos del poder de los Demonios, y de la victoria, que ſobre

ellos alcanzò la Cruz de Jesu-Christo, añadirè, que esta adorable Cruz, no solamente cierra la boca à los engañosos oraculos, sino que es en los Paìses Infieles el unico dique, y valuarte, que se puede oponer con felicidad à la cruèl tyranìa, que exercen sobre sus esclavos tan imperiosos dueños.

No pretendo decir, que desde el instante que los primeros Missioneros plantaron la Fè, y levantaron el Estandarte de la Cruz en las Indias, se hayan visto cessar de repente todos los oraculos en todas las partes de las Indias Idolatras, y que desde aquel punto no hayan conservado algun poder sobre los Indios, que vivian en su infidelidad. Refutando igual suposicion hecha por el Señor Van-Dole, ha justificado V.R. al Señor Fontenele sobre la opinion de los Antiguos Padres de la Iglesia, tocante à la cessacion de los oraculos: mostrando, que no cessaron los oraculos del Paganismo sino à proporcion que se extendia por el mundo la saludable Doctrina del Evangelio: que este milagroso sucesso, no aconteciendo de repente, y en un instante, no debe ser por esso atribuìdo menos à toda la poderosa eficacia de Jesu-Christo; y que el silencio de los Demonios, como tambien la ruina de su tyranìa, no es menos efecto de la authoridad, que ha dado à los Christianos de echarlos de todas partes en su nombre. Pretendo dàr à V.R. una prueba subsistente con la sencilla relacion de las maravillas, de que hemos tenido la dicha de ser testigos, de el poder absoluto de Jesu-Christo Crucificado, y de los que hacen profession de adorarle.

En efecto, quando sucede que se hallan por

aca-

acaso algunos Christianos en las Assambléas tumultuosas de los Indios, en las quales habla el Demonio por la boca de aquellos de quienes se apodèra, guarda un profundo silencio, sin que sean capaces de hacer que lo rompa los Sacerdotes, las invocaciones, y los repetidos sacrificios. Es esto tan comun en los Lugares de la Missión de Madurè, donde tenemos nuestras residencias, que antes de comenzar sus sacrilegas ceremonias, tienen los Idolatras gran cuidado de averiguar si se ha mezclado entre ellos algun Christiano. Tan persuadidos estàn à que un solo Christiano, confundido en la multitud, quitarìa el habla, y el poder al Demonio. Darè de ello algunos exemplos.

Pocos años hà llevaban en triunfo, con una solemne Procession, à un Idolo de Madurè, y se apoderò el Demonio de uno de los assistentes. Acudieron los demàs de tropèl luego que vieron las señales, que conocen denotar la presencia de el Demonio, para ponerse en parage de oìr sus oraculos. Passò por casualidad un Christiano la misma parte, y no fuè menester mas para imponer silencio al maligno espiritu. Callò al punto, y no diò respuesta à los que le preguntaban sobre cosas futuras; y obstinandose à no decir mas palabra, uno de la multitud dixo, que sin duda alguna havria algun Christiano entre la gente. Buscaronle con diligencia, pero pudo escaparse, y à toda priessa se retirò à nuestra Iglesia.

Un Missionero nuestro, entrando en un Lugar, hizo alto en uno de los salones, que para la conveniencia de los passageros se hallan en los cami-

nos. Se retirò el Padre à un rincòn de la sala; pero uno de sus compañeros Christianos viò en la calle immediata, que los vecinos rodeaban à un obsesso, y que le hacian preguntas para informarse de varias cosas secretas. Metiòse el Christiano entre la gente, y tan sagazmente, que no fue visto aun de los que mas cerca estaban. Era imposible que le conociesse el pobre obsesso; mas el Demonio mismo presto conociò el poder del recien llegado. Callò al instante: prometianle sacrificios, pero todo fue en vano, porque no le pudieron sacar una sola palabra. Retiròse el Christiano tan secretamente, como se havia metido entre ellos; y luego viendose el Demonio libre de aquel, que podia mas que èl, hablò como antes, y declarò en sus primeras palabras à la multitud, que la presencia de un Christiano, que se havia mezclado entre la gente sin que le viessen, le havia obligado à guardar silencio.

Serìa nunca acabar referir à V.R. todos los casos semejantes de que tengo noticia: confirma cada uno de ellos de un modo invencible, que no puede resistir el poder de los espiritus de tinieblas al victorioso dominio, que comunica Jesu-Christo à los hijos de luz, que son sus discipulos, y adoradores de su Cruz Sagrada. Dirè solamente en general, siguiendo en esto una de las reflexiones de V. R. que algunos de nuestros Christianos de Indias, en este punto, como en otros varios, parecidos à los de la primitiva Iglesia, pueden desafiar sobre este articulo, y llamar à prueba à los Indios mas encaprichados de sus oracu-

los,

los ; y demàs ſuperſticiones de el Paganiſmo.

Pero no tan ſolamente ſe manifieſta el imperio de la Cruz ſobre los Demonios, imponiendo ſilencio à los oraculos, ſino tambien, y no con menor gloria, forzando à eſtos tyranos, con la milagroſa virtud que tienen, à que abandonen, y ſalgan de los deſdichados de quienes ſe apodèran, y à quienes atormentan del modo mas cruèl. Es otro articulo en que ſin dificultad convienen los Chriſtianos, y los Idolatras ; y la fama es tan general en todo el Paìs, que miran como medio ſeguro para echar à los Demonios, y verſe libres de ellos el abrazar la Ley de Jeſu-Chriſto.

Nos confirma la experiencia de cada dia eſta verdad, de tanto conſuelo para noſotros, y de tanta gloria para nueſtra Santa Religion. En efecto, apenas comienzan eſtos hombres tan maltratados del Demonio à inſtruìrſe en nueſtros Santos Myſterios, quando ſe ſienten con alivio, y al cabo de quince dias, ò à mas tardar de un mes, ſe hallan enteramente libres, y en perfecta ſalud.

Quan bien fundada ſea eſta opinion univerſal, ſe puede colegir de que ſola una certitud infalible de verſe ſanos empeñarìa à eſtos pobres à tener recurſo à tal remedio. No ſon eſtos caſos del numero de aquellos, que ſe pueden explicar à ſu antojo, ſuponiendo mala fè en aquellos, que ſe dàn por atormentados, y curados por la toda poderoſa virtud de nueſtra Santa Religion. Quien procede de buena fè, y conoce el genio de los Indios, no recurre à ſemejantes ſupueſtos. Los Idolatras, y los que tienen mas devocion à los Idolos, y por

esso mismo mas sujetos à los insultos del Demonio, tienen estrañas preocupaciones contra la Religion Christiana. Ninguna ganancia pueden esperar de un embuste de esta naturaleza: nada tienen que temer de los Christianos, mucho sì de los Infieles: se exponen à perder sus haciendas, y al desprecio de sus Castas, ò Tribus, à ser encarcelados, y à ser maltratados de sus Paysanos; pero estas dificultades son aùn mas terribles para los que son de aquellas Castas en que se cuentan pocos Christianos, en las quales por consiguiente le serìa casi impossible, despues de su conversion, hallar quien quisiesse hacer alianza con ellos.

Esta ultima reflexion me parece la mas considerable, y solo los que viven con estos Pueblos pueden comprehender toda su fuerza. Para formar de ello alguna idèa, se ha de suponer, lo que es muy cierto, que no hay Nacion en que los Padres quieran con mas extremo à sus hijos. Su ternura passa à quanto podemos imaginar: principalmente consiste en establecerlos, y casarlos con ventaja; pero no es licito contraher alianza fuera de su Casta particular; y assi, el que abraza el Christianismo, si es de una Casta en que son pocos los Christianos, puede renunciar de algun modo al establecimiento de su familia, y por consiguiente tiene que combatir continuamente los afectos mas vivos, y mas naturales. Sin embargo los tormentos, que hace el Demonio padecer à estos desdichados, son tan violentos, que se vèn forzados à vencer todas estas consideraciones. Vienen à nuestras Iglesias, y en ellas hallan su alivio,

vio, y su salud. Este motivo de credibilidad, junto con los otros, que con gran cuidado les explicamos, y mas que todo la poderosa gracia de Jesu-Christo los desprende poco a poco de sus antiguas supersticiones, y les hace abrazar la Ley Santa, que les procura tan grandes ventajas en esta vida, y les promete otras infinitamente mayores en la eternidad.

Buelvo à decir no son raros estos sucessos, y no son pocos los exemplos que vemos, antes bien es un milagro casi continuo, y que se renueva cada dia. Bauticè una vez, en el espacio de un mes, quatrocientos Idolatras: de estos, à lo menos doscientos, havian sido atormentados por el Demonio, y se libraron de su persecucion haciendose instruìr en la Doctrina Christiana. Serìa para nosotros cosa estraña, que no viniessen sin cessar à nuestras Iglesias à buscar socorro; y por lo que à mì toca puedo assegurar con toda sinceridad, que casi siempre hay alguno de ellos en *Aour*, donde tenemos una de nuestras principales Iglesias, y donde he vivido muchos años. Alli fui muchas vezes testigo de que los Christianos de toda edad, sexo, y condicion lanzan à los Demonios, y libran à los posseìdos con solo invocar el nombre de Jesu-Christo, con la señal de la Cruz, con el Agua bendita, y con otros santos exercicios authorizados por la Religion Christiana. De todo lo qual seguramente hacen nuestros buenos Indios mejor uso, que nuestros Christianos de Europa. Llega à tanto su devocion, que frequentemente obligan al Demonio à dàr testimonio, con mucho pesar suyo,

à

à la fuerza todo poderosa de Jesu-Christo: y todos los dias oìmos à estos malaventurados espiritus confessar que son cruelmente atormentados en los Infiernos, y que la misma suerte espera à todos aquellos que los consultan. Y en fin, que el unico medio de evitar tan grandes tormentos es abrazar, y seguir la Ley, que predican los *Gouroux* de los Christianos, assi llaman los Indios à su Doctor, ò Padre Espiritual.

Por todo lo dicho hacen los Neophytos un soberano desprecio de los Demonios, sobre los quales su calidad de Christianos les dà tan grande authoridad. En presencia de los Paganos los insultan, y con generosa confianza los aguizcan, estando armados con la señal de la Cruz, à intentar cosa alguna contra sus personas; y se debe notar, que muchas vezes son aquellos mismos Indios, que en otro tiempo fueron los mas maltratados de ellos, y que mas los temian quando vivian en las tinieblas del Paganismo.

Varias vezes me informè de los mas fervorosos de nuestros Christianos, que en su juventud havian sido victimas del furor del Demonio, y havian servido de instrumento para sus oraculos: y me confessaron que los trataba con tanta furia el Demonio, que se admiraban de no haverse muerto. Nunca me pudieron dàr razon de las respuestas que daba el Demonio por su boca, ni del modo con que passaban estas cosas quando entraba en possession de sus cuerpos. En tales lances estaban de tal manera fuera de sì mismos, que no tenian uso libre de su razon, ni de sus sentidos, ni parte

alguna en lo que pronunciaba, y obraba el Demo-
nio por su medio.

Quizà algunos, ò incrèdulos, ò prevenidos, no querràn dàr credito al testimonio de estos buenos Indios; pero yo que conozco à fondo su inocencia, y su sinceridad, que soy testigo, y depositario de sus virtudes, y que no puedo conocerlos, sin compararlos con los Fieles de los primeros siglos, harìa grande escrupulo de dudar siquiera un instante de la verdad de sus testimonios. Creerìan cometer un gran pecado si engañaban à su *Gourou*, ò Padre Espiritual: y ciertamente aquellos de quienes me he informado son de tan delicada conciencia, que la sombra de pecado los causa tal inquietud, que algunas vezes nos cuesta harto trabajo el calmarlos, y sossegarlos.

Què consuelo para nosotros, Padre mio, vèr por nuestros ojos renovarse, no solamente el fervor, mas tambien los milagros de la primitiva Iglesia! Què materia de gozo, y alegria para las almas zelosas, que ayudan à la manutencion de los Missioneros, y de los fervorosos Christianos, que con nosotros llevan el peso de los trabajos Apostolicos, quando sepan que se extiende con tanto fruto en los Paìses Infieles la gloria de la Religion, à la qual contribuyen con su generosidad, y limosnas! Persuadido estoy que nadie toma mas interès en sus progressos, que V. R. quien, como espero, recibirà con agrado la relacion que le he hecho de las victorias, que alcanza nuestra Santa Religion en las Indias sobre el poder de el Infierno. Ha trabajado V. R. con buen sucesso para assegu-

rar este triunfo à la Cruz de Jesu-Christo ; y no puede menos de recibir bien lo que he tenido la honra de escrivirle, bien que no es mas que un ensayo, al qual, si assi lo quiere V. R. darè la ultima mano quando buelva à las Indias. Quedo con mucho respeto,

Reverendo Padre mio,

Muy rendido, y muy obediente siervo de V. R.

J. V. Bouchet.

Missionero de la Compañia de Jesus.

CAR-

CARTA
DE EL PADRE MARTIN, Miſsionero de la Compañia de Jeſus en las Indias,
AL PADRE VILLETE, de la miſma Compañia.

PAX CHRISTI.

Reverendo Padre mio,

EL interès que toma V. R. en las bendiciones, que derrama Dios ſobre nueſtros trabajos, merece bien que de nueſtra parte tengamos cuidado de informarle de ellas, y yo me hallo obligado à correſponder à ſu deſeo. Me parece que en mi ultima Carta he hablado à V. R. de el viage que hice à la Coſta de Coromandèl; y ſi no me engaño la acabè con eſta relacion. Ahora voy à dàr cuenta à V. R. de lo mas particular, que ha ſucedido deſde aquel tiempo.

Partì de Coromandèl el Martes de Carneſtolendas para bolver à la Miſsion, que ſe me havia ſeñalado. Cerca de media noche me hallè con mis diſcipulos à la orilla de un Rio, que era preciſo

vadear. La obscuridad nos empeñò en un passo tan profundo, que el agua nos llegaba hasta la garganta; y jamàs, sin una particular proteccion de Dios, huvieramos podido salir del peligro. Es necessario tomar el tiempo de la noche para alexarse de las Costas habitadas por los Europeos, porque si nos vieran los Gentiles, no dexarìan de echarnos en cara que somos ***Pranguis***, nombre que dàn à los de Europa; y esta idèa, que nos harìa despreciables à sus ojos, les inspirarìa un horror invencible contra la Religion.

Haviendo caminado algun tiempo, passè lo demàs de la noche en una casa caìda, que estaba à la entrada de un Pueblo. El frio que cogì en el passo del Rio me causò calentura, lo que diò no poco susto à los Christianos que me acompañaban. Necessitaba de un poco de lumbre, pero no nos atreviamos à encenderla, por no atraher à nuestra cavaña à los Gentiles, que huvieran sin duda congeturado de dònde venìa: y assi, dos horas antes de amanecer, bolvì à caminar largo trecho, y me cansè en extremo.

La Divina Providencia me inspirò que marchasse à grandes jornadas, como bien se conociò despues, porque al anochecer vimos aparecer à nuestra mano derecha quatro, ò cinco personas, que à largos passos querian darnos alcance. Creìmos al principio que eran Ladrones, porque son muchos los que infestan estas campiñas; pero presto se desvaneciò nuestro temor. Eran unos buenos Christianos, que se apresuraban para alcanzarnos, y pedirme que fuesse à ayudar à bien morir à una muger Christiana, que estaba yà à los ultimos. Dexè,

pues,

pues, mi camino para seguirlos, y al fin del dia lleguè à la orilla de un estanque muy extraviado, adonde havian traìdo à la enferma, porque corrìa peligro si se entràra en el Lugar, por ser casi todos los vecinos Idolatras, y enemigos del nombre Christiano. Me edificò mucho la buena disposicion de la moribunda, y haviendola confessado, y preparado à una santa muerte, proseguì mi camino àzia *Couttour*.

Lleguè casi à medio dia à dicho Pueblo, donde hallè à un Jesuìta Portuguès, llamado el Padre Bertholdo, que con un zelo muy superior à sus fuerzas trabaja en esta Misсion. Dixome el peligro de que acababa la Providencia Divina de librarle. Havia ido muy de mañana à su Confessonario, que es una Cavaña cubierta de paja, donde hay una rexilla, que cae al patio de la Iglesia, y adonde llegan los Christianos uno à uno à confessarse. Sacudiendo la piel de Venado, sobre que solemos sentarnos, saliò de ella una grande serpiente, de las que llaman en Portuguès *Cabra-Capel*. Su veneno es muy eficàz, y sin duda huviera mordido al Padre, si antes de sentarse no huviera sacudido la piel. Las tapias de tierra de que estàn hechas nuestras chozas, dàn muchas vezes entrada à tales huespedes, y nos ponen en peligro de ser à cada instante mordidos. En mi ultima Carta referì algunos exemplos singulares, y bastan para dàr à conocer este peligro tan comun en la Mission de Madurè.

Esta especie de serpientes es mas comun aqui, que en los demàs parages de la India, por imaginarse los Gentiles que son consagradas à uno de sus

Dioses, y darles cierto culto, y tener tan gran cuidado de conservarlas, que las dàn de comer à la puerta de los Templos, y tambien en sus proprias casas. Las llaman con el nombre de *Nalla-Pambou*, que quiere decir *serpiente buena*, porque, segun ellos, hacen la felicidad de los lugares en que moran. Sin embargo de su bondad, no dexan de matar à sus mismos adoradores. El remedio especifico, que se halla en las Indias contra la mordedura de estas serpientes, y de otras muchas bestias venenosas, se llaman *Veia-Marondou*, esto es, remedio contra veneno. Lo practìcan mas los Christianos, que los Gentiles, porque estos recurren al punto à las invocaciones del Demonio, y à otras infinitas supersticiones, en que estàn muy encaprichados. Al contrario se valen los Christianos de los remedios naturales, entre los quales tiene este el primer lugar. Dicese que un *Joghi*, ò Penitente Gentil, comunicò este secreto à uno de nuestros primeros Missioneros, en reconocimiento de algunos servicios importantes, que le havia hecho.

No solamente emplean los Gentiles sus pactos supersticiosos contra la mordedura de las serpientes, sino tambien en casi todas sus enfermedades. Uno de los mayores trabajos de los nuevos Fieles, que se hallan tan mezclados entre los Idolatras, es el estorvar que quando caen malos se valgan de semejantes medios sus parientes Infieles. Sucede alguna vez, que quando se duermen, ò se desmayan, los atan al brazo, al cuello, ò à los pies, unas figuras, ò escritos, que son otras tantas señales de pacto con el Demonio. Quando buelve en sì el enfermo, ò despierta, arranca luego

los

los infames caractères, escogiendo morir antes; que cobrar su salud por medios tan ilicitos. Algunos de ellos no quieren recibir de los Gentiles los remedios naturales, porque muchas vezes añaden estos ceremonias supersticiosas.

Me detuve medio dia en Couttour, y partì el dia siguiente. Bolvì à passar por el Pueblo en que dos meses antes, en mi viage de Pondicheri, havia bautizado dos niños, y un adulto moribundo. Esperaba recoger alli los frutos abundantes de la semilla Evangelica, que entonces havia echado, porque havia sabido que la santa muerte del hombre recien bautizado havia hecho grande impression en muchos Gentiles, que no esperaban sino la llegada de un Catequista para instruirse, y abrazar el Christianismo; pero con mucho dolor mio vì frustradas mis esperanzas. El enemigo del Padre de Familia havia sembrado la cizaña en este pequeño campo. Casi todos sus parientes se havian levantado contra ellos, y pervertido à muchos. De treinta y tres personas que se havian declarado por Jesu-Christo, solos diez y siete resistieron à la persecucion de sus parientes. A la verdad casi todos se juntaron al rededor de mì, pero sin dificultad descubrì en sus semblantes los que havian sido constantes, y los que havian sido infieles à la gracia. Reprehendì a los unos por su cobardìa, y animè à los otros. Quatro, ò cinco de los mas fervorosos me acompañaron hasta el Pueblo vecino llamado *Kokeri*. Aqui hallè al Padre Antonio Diaz muy ocupado en confessar à los Fieles, que havian venido en gran numero à su Iglesia: tuve el consuelo de ayudar al zeloso Missionero,

y

y no nos desembarazamos hasta muy entrada la noche.

La primera persona que confessè fue una viuda de unos sesenta años de edad: acabada su confession, me llamò aparte, y desanudando un trapo, sacò de èl veinte fanones, que hacen casi dos pesos de nuestra moneda, y los puso à mis pies: este es el modo respetoso con que los Christianos de esta nueva Iglesia hacen sus ofrendas, y dixome: Como yà no me queda mucho tiempo de vida, le suplico reciba esta cantidad para hacer que me encomienden à Dios despues de mis dias. Yo la respondì, que continuamente haciamos oracion porque Dios santificasse à los Fieles, y que quando morìa alguno doblabamos nuestros sufragios, y ofreciamos por su alma el Santo Sacrificio del Altar; mas que no podiamos recibir dinero à este fin. No me satisfarè, replicò la buena viuda, si no aceptais mi ofrenda, ò à lo menos si no me determinais la buena obra en que le he de aplicar. Como me instasse fuertemente, procurè que hiciesse atencion à la grande pobreza de la Iglesia donde nos hallabamos. O! me dixo llena de alegria, quànto gusto me dais. No solamente ofrezco para el adorno de la Iglesia los veinte fanones, sino tambien quanto en adelante pudiere ganar con mi trabajo. Tan extraordinaria generosidad me sorprehendiò, y debe pasmar à quantos conocen la miseria de estos Pueblos, los tributos con que estàn oprimidos, y el apego natural que tienen al dinero.

Esta accion me trae à la memoria otra de no menor edificacion. En un tiempo en que estaban ame-

amenazados de una hambre general, vino al Padre Bouchet un buen Neophyto, y puso à sus pies cinco fanones, que hacen libra y media de Francia. Rehusò al principio su ofrenda, dando por razon, que era dificultoso que no se hallasse necessitado durante la carestìa. Es verdad, replicò el fervoroso Neophyto con una fè digna de los primeros siglos, que à ellos se reduce todo mi caudal, y aumentandose la carestìa, me veo mas, y mas en la ultima miseria; pero por esso mismo ofrezco à la Iglesia esso poco que tengo. Dios se hace mi deudor, no me pagarà ciento por uno? No pudo el Missionero contener sus lagrimas viendo tan viva confianza en Dios: recibiò su limosna para no entibiar su fè; pero con la condicion, que acudirìa à èl quando le faltasse lo necessario para mantenerse.

Instandome el tiempo de estàr en *Counampati*, Lugar de mi nueva Mission, dexè al Padre Diaz antes que huviera querido, caminando con tanta diligencia, que el dia siguiente à buena hora lleguè à la ribera del *Coloràn.* En ciertos tiempos del año es de los mas grandes, y mas ràpidos Rios del Paìs; pero en otros apenas merece el nombre de riachuelo. Quando le passè no se hablaba sino de la cèlebre victoria, que acababa de ganar contra las Tropas del Rey de Tanjaour el Talavay, Principe, ò Governador General de Ticherapali, que estuvo apique de causar la desgracia del primer Ministro de el Rey de Tanjaour, el mas cruel enemigo do nuestra Santa Religion. Me contaron del modo siguiente la destreza con que saliò del peligro el Ministro, y darà à conocer su caracter, y lo

que

que debemos temer de un perseguidor tan habil.

Estaba el Talabay acampado en la ribera Septentrional del Rio para defender su Reyno del Exercito de Tanjaour, que hacia grandes destrozos en todo el Paìs; pero por mas que hizo no pudo detener las incursiones de un enemigo, cuya Cavallerìa era mucho mas numerosa que la suya. Creyò que el mejor partido que podia tomar era hacer una diversion. Al punto lo executò repassando el Rio, cuyas aguas havian baxado mucho, para entrar en el Reyno de Tanjaour. Todo se hizo con tanto secreto, que no echaron de vèr los enemigos, que havia passado, hasta que vieron sus Tropas puestas en orden en la otra orilla de el Rio, y dispuestas à penetrar en el corazon del Reyno, que havia quedado sin defensa. Los desconcertò un passo tan no previsto, y no les quedaba otro remedio que el de passar tambien el Rio para ir al socorro de su Paìs. En efecto fue este el partido que tomaron; pero tomaron mal el vado, y las lluvias, que por entonces havian caìdo en las montañas de Nalavar, donde tiene su origen, lo hincharon de manera, que quando tentaron el passo las Tropas de Tanjaour, muchos de à pie, y algunos de à cavallo, fueron llevados de la corriente. El Talabay que viò su desorden, se dexò caer sobre ellos, y sin dificultad los rompiò. Fue menos combate que fuga, y la derrota fue general. En fin, una victoria tan completa fue seguida de la tala, y saquèo de la mayor parte del Reyno de Tanjaour.

Furioso el Rey de verse vencido por un Pueblo he-

hecho à recibir sus leyes, entrò en grandes sospechas de infidelidad, ò negligencia contra su primer Ministro *Balogi*, ò como otros le llaman *Vaggi-Pandidèn.* Los Grandes, que le aborrecìan, y se havian conjurado à su pèrdida, apoyaron fuertemente la sospecha, haciendo caer sobre èl el desgraciado sucesso de la guerra. Pero Balogi, sin assustarse de la conjuracion que se tramaba contra su persona, fue en secreto à verse con el Rey, y le dixo con tono firme: *Principe, yo mismo pondrè mi cabeza sobre un cadahalso si no concluyo la paz dentro de ocho dias con vuestros enemigos.* El termino que señalaba era corto, y se lo concediò el Rey.

Embiò al punto sus Secretarios este habil Ministro en casa de los principales Comerciantes de la Ciudad, y de la comarca: ordenò que cada uno de ellos le prestasse una suma considerable, so pena de confiscacion de todos sus bienes: sacò todo el dinero que pudo de sus parientes, y amigos: valiòse tambien de una gruessa cantidad del Thesoro Real; y en fin, en menos de quatro dias juntò cerca de quinientos mil escudos, que sin perder tiempo empleò en ganar à la Reyna de Ticherapali, en corromper à la mayor parte de su Consejo; y sobre todo, en atraher à su partido al Padre de el Talabay, hombre codicioso de dinero mas de lo que se puede pensar. Se diò tan buena maña, que antes de los ocho dias, sin que el mismo Talabay tuviesse conocimiento de ello, concluyò la Paz en Ticherapali con el Rey de Tanjaour. Asi diò el vencido la ley al vencedor, y bolviò à la privanza de su Principe. Su poder fue mas absoluto que nunca, y lo empleò despues en arruinar la for-

tuna de casi todo los Grandes de el Reyno, y perseguir cruelmente à los Christianos; pero de esto darè relacion en otro tiempo.

Despues de muchas fatigas lleguè à *Counampati*, una de las mas florecientes Iglesias, que haviamos tenido en la Mission, pero casi aniquilada yà con las guerras continuas, y varias turbaciones entre los muchos Señores, que viven en estos Bosques. Tres años hà que el Padre Simòn Carvallo cuida de esta Iglesia, y à pesar de su dèbil salud ha hecho en ella maravilloso fruto. Bautizò el primer año mas de setecientas y sesenta personas, en el segundo bautizò mil, y en el tercero mil docientas y quarenta.

Las enfermedades casi continuas del fervoroso Missionero obligaron en fin à los Superiores à mirar por su alivio. Embiandole à Aour à ayudar al Padre Bouchet, à quien sus grandes fatigas havian dexado sin fuerzas; pero no bastando à su zelo un trabajo partido, y à medias, despues de muchas instancias, logrò el Padre Carvallo licencia para ir à fundar nuevas Iglesias en la parte Occidental de el Reyno de Madurè, à lo largo de las Montañas, que lo dividen del de *Maissour*. El ayre es alli apestado, y falta casi todo lo necessario para la vida aùn tan dura, y rigurosa, como lo es la de un Missionero. Sin embargo ha fundado yà el Padre dos Iglesias, una en la grande poblacion llamada *Totiam*, y otra en la Ciudad de *Tourcour*, Capital de los Estados de un Principe, que tiene por nombre *Leretti*.

A mediados de Quaresma tomè possession de la Iglesia de Counampati. Aunque el Pueblo es pe-

que-

queño, no obſtante los Señores ſon muy poderoſos, y formidables à los Principes vecinos. Como ſon Ladrones de profeſsion, hacen de noche ſus correrìas, y ſaquean los Paìſes de el contorno. Bien que ſu vida tan criminal los tenga tan apartados del Reyno de Dios, no dexan de ſer afectos à los Miſsioneros, que les debemos el terreno que ocupa nueſtra Igleſia. No puede ſer inſultado el lugar, por eſtàr rodeado de un boſque muy eſpeſo, y no hay mas de una ſenda muy eſtrecha, cerrada con quatro, ò cinco puertas hechas à manera de zarzos, que no ſerìan forzadas ſin trabajo, ſi eſtuvieran defendidas por Soldados. El Señor actual del Pueblo ha perdido, por ſu poca conducta, y mala vida, la mayor parte de los bienes, que le dexaron ſus abuelos; pero ha conſervado en el corazon el reſpeto, y afecto, que le inſpiraron àzia los Miſſioneros.

Como es preciſo atraveſſar quatro, ò cinco leguas de boſque para llegar à Counampati, ſirve eſte peligroſo paſſo de razon, ò pretexto à los Neophytos menos fervoroſos para eſcuſarſe de frequentar la Igleſia en los dias ſeñalados; y aunque para ponerſe à cubierto de todo inſulto les baſta declarar que vàn à hacer oracion à la Igleſia del verdadero Dios, y à viſitar à los *Souàmis*, que aſsi llaman à los Miſsioneros, el menor accidente que ſucede à uno de ellos, pone à los demàs en la mayor conſternacion. Todo lo dicho ha determinado al Padre Carvallo à edificar una Igleſia en un parage mas cercano à *Tanjaour*, ò por lo menos à un lado, adonde ſe puede ir por un Paìs deſcubierto, independiente del Principe, y no expueſto

à la irrupcion de los Ladrones. El sitio que le pareciò mas aproposito està al otro lado de el Rio, cerca de un Pueblo llamado *Elacourrichi*, y à la entrada de un bosque perteneciente al Principe de *Arielour*, por otro nombre *Nainar*.

Havia el Padre alcanzado el permisso de cortar un cierto espacio de bosque, y el dia despues de mi arribo hice proseguir la obra, con animo de ir allà despues de Pasqua; y estarme hasta mediado Junio, tiempo en que el Rio comienza à tomar aguas, y à engruessarse con las lluvias, que por entonces caen sobre los Montes de Malabàr. Mi distrito se compone de tierras pertenecientes à tres distintos Principes; es à saber, à los de Madurè, Tanjaour, y Nainar, y no se cuentan menos de treinta mil Christianos. Como la extension es tan grande, rara vez estamos sin persecucion. Quando tomè possession de esta Iglesia padeciamos dos en distintos parages, y estabamos amenazados de tercera en otro lugar.

El primero de estos parages era la Provincia de *Chondanarou*. Los Principales de el Paìs, animados contra los Fieles, cuyo numero crecia cada dia, conspiraron à su ruina: prendieron à muchos, dieron la bastonada à algunos, y se obligaron todos por un Escrito firmado de su mano à no permitir que alguno de el Paìs abrazasse el Christianismo. Demàs de esto decretaron, que los que yà se havian hecho Christianos renunciassen la Fè, so pena de ser echados de los Lugares. Tambien pensaban en derribar la Iglesia; pero el Gefe del Pueblo, siendo Christiano, se opuso con vigor à una empressa, que no menos intentaba, que la ruina total de

la

la nueva Christiandad. Se valiò tan à tiempo del credito, y authoridad de sus parientes, y amigos, aun de los que eran Idolatras, que poco à poco los hizo entrar en dictamenes mas moderados.

El Catequista del Lugar, que tenia la fama de ser buen Medico, y que por su habilidad se havia hecho necessario à todo el Paìs, tuvo el valor de ir à hablar à nuestros enemigos, y de representarlos con energìa, que no era justo perseguir una Ley, cuyas maximas eran tan santas, y conformes con la recta razon, que enseñaba à no hacer daño à nadie, à hacer bien à todos, aun à aquellos que nos hacen mal: à adorar, y servir al verdadero Dios, à obedecer à los Principes, Padres, Amos; y en fin à todos los que estàn revestidos de alguna authoridad.

Estos hombres, impelidos de su odio contra nuestra Santa Fè, le dieron una respuesta, qual por ventura jamàs ha proferido el Idolatra mas brutal, y mas barbaro. Porque su Ley es Santa, le dixeron, la aborrecemos, y la queremos arruinar: si authorizàra nuestros robos dandolos por licitos, y sin temor de castigo: si nos eximiera de pagar el tributo, que el Rey nos impone: si nos enseñàra à tomar venganza de nuestros enemigos, y à contentar nuestras passiones sin zozobra, ni temor para en adelante, la abrazarìamos con gusto, y alegria; mas porque pone tan terrible freno à nuestros apetitos, la desechamos: y à tì, Catequista, te mandamos, que al punto salgas de la Provincia. Salgo de ella, replicò el Catequista, yà que me forzais à ello; pero buscad Medico que os

asista, y os cure de vuestras enfermedades, como yo tantas vezes lo he practicado.

Haviendose encendido esta persecucion sin noticia de el Governador de la Provincia, despachè al punto un Catequista para que le visitasse, y segun costumbre del Paìs, con algunos regalos, para que diesse mas peso à esta atencion, y cortesania. Supo el Mensagero insinuarse tan bien en la gracia de el Governador, que sin tardanza mandò se dexasse à los Pueblos la libertad de recibir una Ley, que no enseñaba sino cosas justas, y santas. Por precisas, y fuertes que fuessen las ordenes, no fue possible lograr que se anulasse el Auto, que havian entre sì posseìdo nuestros enemigos; y por no enconarlos, suspendimos las diligencias, contentandonos con haver ganado al Governador.

En quanto à lo demàs, sirviò à lo menos esta prueba à dàr nuevo lustre à la firmeza de nuestros Neophytos. Uno de ellos se señalò con una constancia, y generosidad verdaderamente christiana; fuè azotado varias vezes con grande crueldad: con cordeles le apretaron fuertemente los dedos, le quemaron los brazos con hachas encendidas, sin que hiciessen mella, ni la menor mudanza en su Fè. Yo mismo vì las cicatrices de tantas llagas, que tuvo el ilustre Neophyto la dicha de sufrir por Jesu-Christo.

Contra uno de los mas antiguos Christianos exercitaron principalmente su rabia los Gentiles: era un habil Escultor, à quien havian muchas vezes instado à que trabajasse en los Carros Triumphales destinados à llevar sus Idolos; pero nunca pudieron vencer su resistencia. Dissimularon algun

tan-

tanto, porque le necesitaban para otras obras. En fin rompiendo los diques su furor, le prendieron, le maltrataron, saquearon su casa, destruyeron sus haciendas, y le echaron afrentosamente de su Pueblo. Saliò de èl lleno de alegria, muy dichoso, como decia, de haverlo perdido todo, y haver padecido por Jesu-Christo. Se retirò à una Provincia vecina, donde un hombre rico, que conocia su habilidad, le recogiò en su casa, y le empleò en varias obras.

Con el tiempo aquellos mismos, que tan indignamente le havian tratado, le rogaron olvidasse las injurias passadas, y bolviesse à sus Paysanos, quienes le recibirìan con honor. Yo mismo le fui à buscar, y à exhortar à que quanto antes tomasse otra vez possessión de sus bienes; pero su respuesta me sorprehendiò casi tanto como me edificò. Nuestros enemigos (me dixo) me han hecho un gran servicio queriendo hacerme daño: si huviera quedado en mi Paìs, quizà no me huviera podido resistir à trabajar en hacer sus Idolos, y Carros Triumphales. Ay! un instante solo bastaba para que la esperanza de ganar, ò el temor de los malos tratamientos me hiciesse ceder à sus instancias. Ahora que nada tengo, nada puedo perder: ganarè mi vida con el sudor de mi rostro: si el Amo à quien sirvo me quisiere emplear en obras prohibidas, me retirarè à otra parte: al contrario, si recobràra los bienes de que he sido despojado, pudiera fiarme de mì mismo? Què sè yo si tendrè siempre el mismo valor, que ahora siento? Mas estimo la paz de que gozo, que todo lo que he perdido.

Un desinterès tan perfecto animò à un Christiano cobarde, que fue de ello testigo, à declararse mas abiertamente, que hasta entonces havia hecho, por la Religion. Este era Gefe de un pequeño Lugar, y todos los que posseen en èl algunas tierras le pagan cada año cierto tributo, y por su parte està obligado, por razon de censo, à tener cada año un banquete para los vecinos. El festìn es acompañado de ceremonias muy teñidas de supersticiones Paganas. Entre otras hay una tan infame, como ridicula, pues el que dà el banquete tiene obligacion, al fin de la comida, de tiznarse todo el cuerpo de un modo extravagante, de tomar en la mano la piel del carnero que se sirviò en la mesa, de correr tràs los combidados, y de darles golpes con ella, gritando al mismo tiempo con toda su fuerza, como lo pudiera hacer un hombre furioso, y agitado de algun mal espiritu. Luego debe correr por todas las casas del Pueblo, haciendo mil gestos ridiculos, y afectando infinitas posturas lascivas, è indecentes. Las mugeres, que estàn à sus puertas para vèr el espectaculo, permiten sin verguenza estas bufonadas infames. Le saludan como una Divinidad, imaginando, que algun Dios se ha apoderado de èl, y le obliga à hacer todas aquellas muecas, y gestos, y à ponerse en tan estrañas posturas. Tales son las ceremenias de este solemne banquete.

Nunca havia tenido parte el Christiano de quien hablo en unas acciones tan opuestas à la prudencia, y modestia Christiana: se contentaba con darles la comida, en la qual no se mezclaba supersticion alguna. Despues se retiraba por no comuni-

car

car con las feas locuras de los Idolatras. La junta le substituìa otro para practicar al fin de la comida las necias ceremonias, que acabo de referir; pero haviendo algunos enemigos del nombre Christiano intentado ponerle pleyto, con pretexto de que havia perdido su derecho por no haver cumplido con las ceremonias inseparables, y anexas al festìn, era de temer que cediesse à tentacion tan delicada. En efecto procuraba lisongearse, que no harìa mal en tiznarse el cuerpo, correr acà, y allà con la piel del carnero, andar por las casas de el Lugar haciendo algunas posturas ridiculas, con tal, que nada se mezclasse en ellas de indecente. Adonde està el delito, decia, si de antemano declaro, que hago todas estas cosas por pura diversion, que no estoy animado del espiritu de algunos de sus Dioses, y que renuncio de todas las reverencias, y culto que me dieren?

Asi buscaba el pobre hombre razones para cegarse; pero le desengañè, y le hice conocer, que serìa verdadero autor de todas las acciones supersticiosas, que cometerìan los Gentiles àzia su persona: que serìa reo de todas las idolatrìas, que ocasionarìa por sus bufonadas afectadas; en fin, que si de otra manera no podia mantener sus derechos, y preeminencias en el Lugar, debia absolutamente renunciarlo todo: que de otra suerte no le reconocerìa en adelante por hijo de Dios, ni por discipulo mio.

Conocì en su semblante, que mis razones, y amenazas huvieran hecho poca impresion en su corazon, si no huvieran sido sostenidas con el exemplo del fervoroso Christiano de quien he ha-

 blado.

blado. Se avergonzò de su cobardìa, y despues de haver combatido con los diversos movimientos, que se levantaron en lo interior de su corazon, se echò à mis pies, y los abrazò con lagrimas, y en alta voz protestò, que aun quando quisieran los Gentiles dispensarle de unas ceremonias tan contrarias à la Fè, y à las buenas costumbres, renunciaba desde aquel punto todos los derechos, y todos los intereses, que hasta entonces havia posseìdo. Para comprehender la grande violencia, que tuvo que hacerse el Christiano en este lance, serìa preciso conocer bien la passion, que tienen estos Pueblos à semejantes preeminencias, y derechos.

El Governador del Pueblo, que se llama *Chitrakuri*, excitò la segunda persecucion, que padeciò la otra parte del distrito, que està à mi cuidado. Pocos años antes se havia en èl establecido el Christianismo de un modo no comun. La muger de un Platero, llamada *Mouttai*, que significa Margarita, havia convertido à su marido à la Fè despues que havia ella logrado la misma dicha. Se animaban mutuamente à acrecentar el numero de los Fieles, èl entre los hombres, y ella entre las mugeres. Su exemplo, y conversacion havia en menos de dos años ganado à Jesu-Christo mas de quarenta personas. La muger principalmente daba pruebas de un zelo no inferior al que tienen nuestros Catequistas: y havia empeñado à su marido à que copiasse las oraciones, que cada Domingo se rezan en nuestras Iglesias. Se juntaba esta pequeña Christiandad en casa del Platero, en la qual havian formado una Capilla: en ella ha-

cian

cian oracion, y con mucha piedad oìan las instrucciones del fervoroso Christiano.

Mouttai se havia abierto entrada en casi todas las casas del Pueblo por medio de ciertos remedios, que distribuìa à los enfermos, con una felicidad, que seguramente no se debia ni à su destreza, ni à su experiencia. Con esto ganaba todos los corazones, y daba à conocer à familias enteras las verdades santas de nuestra Religion. Haviendo un dia convencido à muchos de diversas familias à que se convirtiessen à Jesu-Christo, y enseñadoles ella misma las Oraciones Christianas, llamò à un Catequista, por nombre *Raiapèn*, que quiere decir *Pedro*, para que las instruyesse bien en los Mysterios. Este cumpliò con su ministerio con mas zelo, que prudencia; y informado el Governador de lo que passaba, le embiò à buscar, y lleno de còlera, le preguntò, por què engañaba à los Pueblos, y sin licencia suya les enseñaba una Religion estrangera? No me acuerdo de su respuesta, pero disgustò al Governador, quien hizo seña à los suyos para que le maltratassen.

Dieron principio con algunos golpes, que sufriò con invencible paciencia; pero queriendole quitar el Toupeti, ò pedazo de tela con que se rodean los Indios la cintura, empujò con tanta violencia al què querìa hacerle este ultrage, que le echò à tierra.

Al instante se echaron sobre èl los Soldados con furia, le despojaron de sus vestidos, le cargaron de golpes, le arrastraron de los cabellos fuera del Pueblo, y alli le dexaron lleno de contusiones,

y nadando en su sangre, con prohibicion, so pena de la vida, de entrar mas en el Pueblo.

Este maltramiento fue, segun me parece, el preludio de los males que estaban para caer sobre la cabeza de los Christianos. Sin embargo presto se viò renacer la calma, y no llevò adelante el Governador sus violencias. Creì no obstante deber prevenir las resultas, que podia tener este acontecimiento. Acudì al Governador General de la Provincia, hombre moderado, y afecto à los Christianos. La visita que se le hizo de mi parte, y los regalillos que le embiè, tuvieron el efecto que podia esperar: y tuvo orden el Gefe del Pueblo de no inquietar mas al Catequista, ni à los Neophytos.

Haviendose passado mucho tiempo desde el destierro de Raiapèn hasta que se le levantò la pena, temì mucho, que no estando cultivada la nueva Christiandad con su cuidado, vacilasse en la Fè; pero la virtuosa Mouttai cuidò de fortificar à los Neophytos con su zelo, y continuas instrucciones. Al principio de Quaresma me conduxo trece Catecumenas, à las quales, con otras muchas, despues de haverlas dispuesto para el Bautismo con frequentes platicas, administrè el dia de Pasqua el Sacramento de nuestra regeneracion en Jesu-Christo.

Entre los muchos bautismos que conferì en aquel santo tiempo, dos, ò tres tuvieron algo de singular. El primero fue de una Señora de la Corte, llamada *Minakchiamal*. Criada en Palacio, desde su tierna edad havia ganado la confianza de la Reyna Madre, quien la havia hecho Sacerdotisa

de

de sus Idolos. Su ministerio era lavarlos, perfumarlos, y ponerlos con orden, segun su classe, y dignidad, en el tiempo del sacrificio. A ella tocaba ofrecer à cada uno de ellos las flores, frutas, arròz, y manteca. Havia de estàr muy atenta à que no se olvidasse de alguno, porque no se disgustasse con su descuido, y hiciesse caer sobre la Familia Real su maldicion. La havian casado con un Grande del Reyno, Intendente General de la Casa del Principe. Este casamiento la daba libertad para salir de quando en quando, è informarse de lo que passaba fuera de Palacio. Oyò hablar de la Ley Christiana, y por curiosidad quiso tomar lengua. Una muger Christiana, con quien tenia estrecha amistad, poco à poco la diò conocimiento con un Catequista habil, y piadoso. Tratò con ella muchas vezes el zeloso siervo de Jesu-Christo de la grandeza de Dios, y con sus conversaciones la inspirò un alto concepto de nuestra Santa Religion. Sucediò tambien que en las diferentes visitas que se hicieron, reconocieron que eran parientes cercanos. Aumentò su estimacion, y confianza el parentesco de sangre; pero bien que conociesse la santidad de la Ley Christiana, no hablaba de abrazarla; mas abriò el camino à la luz que la alumbraba una desgracia no esperada. Su marido acusado de mala conducta en su cargo, fue condenado à una grande multa. Ella sintiò mucho la desgracia, por la deshonra que causaba à su familia, y se viò reducida à vender parte de sus joyas, y perlas para sacar à su marido de tan mal passo. La pesadumbre quebrantò poco à poco su salud, y la causò una fuerte enfermedad. Por otra parte la

atormentaba el Demonio, en reconocimiento de los sacrificios, que cada dia le ofrecia. Solamente entre los Christianos hallaba alivio à sus males, y una mas que ordinaria fortaleza contra los ataques del maligno espiritu. Pero no bastaba todo esto para romper del todo las cadenas, que la tenian cautiva. Acabò una segunda desgracia lo que havia comenzado la primera. Su marido, que la debia su libertad, y restablecimiento, pagò con ingratitud el beneficio. Como no tenia hijos, ni esperanza de tenerlos, passò à segundas nupcias, dexandola el titulo, y preeminencias de primera muger. Este golpe no previsto la fue mas sensible que todos los otros. Al mismo tiempo infundiò Dios en su alma las mas vivas luzes, se convenciò enteramente de la verdad de nuestra Religion; y finalmente tomò la resolucion de abrazarla.

Quedaba solamente una dificultad que vencer: el oficio de Poujari, ò Sacerdotisa de la Reyna Madre era incompatible con el titulo de Sierva de el Dios verdadero. Havia peligro en declarar que intentaba dexar el empleo para hacerse Christiana, porque aunque, segun se ofrecia la ocasion, contaba à la Reyna lo que havia aprendido de nuestra Religion, no la daba à conocer su intento. El partido que tomò fue representar à esta Princesa, que no permitiendola sus achaques cuidar mas de los Idolos, ni assistir à los sacrificios, la rogaba con instancias diesse este empleo à alguna otra. Oyò la Reyna sus razones, y la mandò venir à Palacio de dos en dos dias, como acostumbraba, bien que estuviesse sin oficio. De esta manera prosiguiò Minakchiamal en servicio de la

Rey-

Reyna, ſin tener parte en las ſuperſticiones, y ſin tener la intendencia de los ſacrificios.

Luego que ſe viò libre, ſus unicas anſias fueron de ſer contada entre los Fieles, y llevar el caracter de los hijos de Dios. Pidiò, pues, licencia à la Reyna para auſentarſe de Palacio por quatro, ò cinco dias; y haviendola alcanzado, ſe puſo al punto en camino para verme en *Counampati.* Queria ſu marido que tomaſſe un Palanquin, ò Silla, carruage comun de perſonas de diſtincion, y que fueſſe acompañada de muchos criados; pero ſe mantuvo firme en hacer el viage à pie. La gracia porque ſuſpiro (decia) merece bien que me cueſte trabajo el alcanzarla. Vino, pues, à pie, ſeguida de una ſola muger Pagana, à la qual havia caſi ganado à Jeſu-Chriſto, y con tres Catequiſtas, que la ſervian de guias.

Como eſte modo de caminar era nuevo para ella, ſe le hincharon fuertemente los pies; mas la gracia inſigne, que eſtaba en vıſperas de recibir, la tenia tan abſorta, que apenas echò de vèr el mal que padecia: la adminiſtrè el Bautiſmo con la mayor ſolemnidad, que me fue poſsible, y lo recibiò con tal afecto, y gozo, que no lo puedo explicar. La regalè un Roſario de azavache, de mucha eſtimacion entre los Indios, algunas Medallas, y un Agnus Dei. Eſtas ſeñales de nueſtra Santa Religion (me dixo al tomarlas) ſon para mì mucho mas apreciables, que el oro, perlas, rubìes, y el coral, con que ſuelen engalanarſe las perſonas de mi claſſe.

La inclinaba ſu piedad à hacer alguna ofrenda à la Igleſia; y ſobre todo à adornar la Imagen de Nueſ-

Nuestra Señora con un Padacàm de perlas, y rubìes. Es el Padacàm una gala, que prenden las Señoras Indianas al cuello, y dexan colgar sobre los pechos. No acostumbramos sino muy rara vez admitir ni siquiera las ofrendas, que quieren los nuevos Fieles hacer à la Iglesia, para convencerlos de nuestro desinterès. Hice dificultad de aceptar lo que ofrecia, proponiendola, que tan rico adorno serviria de estimulo à la codicia de los Gentiles, y llegarìa à ocasionar una nueva persecucion; pero conociendo que mi repugnancia la causaba pesadumbre, juzguè deber usar de condescendencia. Tomè, pues, una parte de las Joyas que me daba, llamè à un Platero para engarzarlas à gusto de la Señora. Sucediò lo que havia temido: se levantò à poco tiempo una persecucion, fue saqueada la Casa del Artifice, y la generosidad de la Madama cayò en manos de los Soldados Gentiles. Confiamos que la nueva Christiana conservarà pura su Fè en el taller de la impiedad, y que enmedio de una Corte Idolatra serà el escudo, y el apoyo de los Christianos perseguidos.

Fue esta Señora quien me diò aviso de los motivos que havia para temer tercera persecucion en Tanjaour. Me refiriò, que haviendo muchos Poetas recitado versos en presencia del Rey, quien se tiene por gran Poeta en honra de sus falsos Dioses, se levantò enmedio de la Assamblea un Poeta no conocido, y tomando la palabra, dixo: *Prodigais el incienso, y los elogios à Divinidades chimericas, que no merecen vuestras alabanzas. Solo el Sèr Soberano debe ser reconocido por verdadero Dios, y èl solo merece vuestros omenages, y adoraciones.*

Estas

Estas palabras irritaron la sobervia de los demàs Poetas, y pidieron justicia al Principe del insulto que se hacia à sus Dioses. Respondiòles el Rey, que acabada la funcion, harìa comparecer al Poeta no conocido, y examinarìa las razones, que havia tenido para proferir proposicion tan temeraria. Luego que supieron los Christianos lo que passaba en Palacio, su consternacion fue general. No dudaban que por preocupacion juzgarìan, que el Poeta havia sido echadizo por los Fieles para hablar mal de los Dioses del Paìs, y que havia de ser la persecucion muy sangrienta. Era, pues, preciso buscar algun medio para disipar la tempestad que se formaba. El Padre Simòn Carvallo, que entonces governàba esta Iglesia, pensaba en buscar ocasion de conversar con el Poeta, à fin de sondear sus verdaderas intenciones. Esperaba, ò ganarle à Jesu-Christo, ò à lo menos descubrir el motivo, que havia tenido de declararse en una Corte Pagana tan altamente por el verdadero Dios; pero no huvo modo de hacer que se avocasse con el Missionero. Todo lo que pudieron saber los Catequistas se reduxo à que era Bracman, y del numero de aquellos, que llaman *Nianigueules*; esto es, *Espirituales*, que en sus Libros antiguos aprendieron à no reconocer sino un Ente Soberano, y à despreciar el tropel de Dioses, que veneran los Gentiles.

Era nuevo motivo de inquietud para el Missionero. Temia, con razon, que si se citaba al Poeta delante del Rey, no pudiesse resolver las dificultades, que le pondrian los Doctores Idolatras. Tomò, pues, la resolucion de proveer al nuevo Ahtleta de buenas armas, y le hizo combidar à que le-

yesse la primera parte de la Introduccion à la Fè, compuesta por el Padre de Nobilibus, Fundador ilustre de la Misión de Madurè. Està este Libro escrito con toda la pureza de la lengua, porque posseìa el Padre toda su delicadeza. En èl se demuestra la Unidad de Dios con razones tan claras, tan sensibles, y tan convincentes, que no hay hombre racional, que pueda resistir à su fuerza; pero el Bracman, hinchado de orgullo, y lleno de desprecio por la Ley Christiana, mirò como ultrage el socorro que le ofrecian.

Bien se dexa conocer el embarazo de el Padre Carvallo: se le ofreciò ir à hablar al Rey, y representarle que serìa cosa injusta condenar nuestra Ley por las pruebas insuficientes, que darìa un hombre de pocas luzes: que el Bracman era mas cabezudo, que habil: que no tenia ni la primera idèa de las razones fundamentales en que estriva la verdad de un solo Sèr Soberano: que en persona se ofrecia à defender esta verdad contra todos los Doctores Gentiles, y que desde luego se condenaba al mas riguroso castigo, si no la ponia tan evidente, que no tuviessen que responder.

Tenia el Misionero todo el zelo, y capacidad, que se requerìa para salir felizmente con su empeño. Es buen Theologo, y sabe con perfeccion la lengua del Paìs. Sin embargo, despues de algunas reflexiones, juzgò que este passo serìa mas dañoso, que util à la Religion: que su presencia fortificarìa la preocupacion en que estaban de que el Poeta havia declamado contra los Dioses à solicitacion de los Christianos. En fin, que crecerìa la indignacion del Principe, y la persecucion que temian serìa mas cierta.

Otro

Otro incidente confirmò al Padre en su pensamiento: el animo del Rey se havia enconado con otras coplas injuriosas à los falsos Dioses, de las quales era autor un Christiano. Era este un excelente Poeta Indio, y havia hecho una obra en este genero, siendo todavia Gentìl, que havia merecido los aplausos del Principe. Desde su conversion empleò su talento solamente en los elogios de la Religion Santa, que professa. A uno de los Jovenes de la Ciudad, à quien en otro tiempo havia enseñado la Poesìa, le diò un dia gana de pedirle unos versos para recitarlos en la fiesta de uno de los Dioses. El Christiano convino en ello con mucho gusto: compuso luego una pieza bastante larga, que escriviò en unas hojas de palma silvestre: entre otras cosas referìa las infamias, y ridiculas aventuras atribuìdas al Dios à quien se hacia la fiesta, y concluìa con este estrivillo: *Quien ha cometido todas estas abominaciones puede ser Dios?*

El Joven leyò al principio los versos con complacencia, pero el fin de ellos le hizo conocer lo ridiculos, que los hacia à èl, y à su pretendido Dios. Lleno de còlera, và à verse con un Poeta Idolatra, quien de intimo amigo de nuestro Christiano, se havia hecho su enemigo, y tan irreconciliable, que se gloriaba de hacerle quitar la vida por la espada de un verdugo. Provenìa este odio tan violento de haver confundido el nuevo Christiano en una disputa pùblica de Religion al Poeta Gentìl, y haverle impuesto un vergonzoso silencio. Conservò siempre en el corazon la memoria de la afrenta, y gozoso de tener con què perder al Neophyto, no paròhasta que hizo llegar

los versos à manos del Principe, quien, como bien sabìa, era muy zeloso de la honra de sus Dioses.

Tal era el estado de la Christiandad de Tanjaour quando succedì al Padre Carvallo. Estos rumores me causaban cada dia nuevos sustos, porque, segun ellos, se irritaba mas, y mas el Principe, y el fuego de la persecucion se encendia por todas partes. Quise averiguar què fundamento tenia la voz pùblica, y para saberlo acudì à uno de los principales Oficiales de la Corte, llamado *Chitavara*, gran Privado de el Rey, y Protector de los Christianos. Embiè quatro Catequistas con los presentes, que se le havian de ofrecer, porque nunca se hacen tales visitas sin este interès, y le supliquè me informasse del animo del Principe para con nosotros, y que no me ocultasse lo que teniamos que temer, ò esperar.

Qualquier otro que fuera testigo de nuestros temores, nos huviera hecho comprar muy caro la respuesta; pero este Señor es de una rectitud, y desinterès sin exemplar entre los de su Nacion. Nos animò contra nuestros sustos, y nos avisò que no pensaba yà el Rey ni en el insulto pùblico, que el Bracman havia hecho à los Dioses, ni en la fina satyra del nuevo Christiano: que otros negocios importantes ocupaban toda su atencion: que haviendo algunos Cortesanos dicho en su presencia, que no debiera un Principe tolerar Religion alguna estrangera, el Rey, haciendo poco caso de el dictamen, havia respondido, que à nadie querìa precisar; y que esta respuesta havia cerrado la boca à los mal intencionados. Bolvieron los Catequistas como en triunfo à darme esta agradable no-

ti-

ticia, la qual calmò, y tranquilizò todos los corazones.

Entretanto crecia mas, y mas el numero de los Christianos, y no passaba dia sin bautizar à algun Catecumeno. Entre las muchas personas, que recibieron esta gracia, huvo una, que no debo dexar en silencio. Esta es la muger de un Poeta de *Chorem-mandalàn*, que era mucho tiempo havia atormentada de el Demonio: unas vezes la tomaban unos accessos de locura, que nada tenian de natural: otras vezes se mudaba la locura en excessos de furor: algunas vezes perdia de repente el habla, ò quedaba paralytica de medio cuerpo.

Su marido, que la amaba tiernamente, nada havia omitido para librarla de tal estado. La havia llevado à todos los Templos mas cèlebres, havia hecho infinitas coplas en honra de sus Dioses, havia colmado sus Altares de ofrendas, y presentes, havia repartido gruessas limosnas à los Gouroux Gentiles, ò Doctores Espirituales, que decian tener imperio sobre los Demonios. Tantos gastos le havian casi reducido à pedir limosna, y la pobre enferma, lexos de sentir alivio, se ponia cada dia peor. Seis años se passaron assi en promessas, peregrinaciones, y ofrendas inutiles. Le aconsejaron los Christianos, que se encomendasse al verdadero Dios, assegurandole que recobrarìa su muger perfecta salud, si con sincero corazon daba palabra de abrazar su Santa Ley. El Poeta, que tenia el Christianismo en horror, despreciò al principio tan saludable consejo; pero como un pesar, y una continuada desgracia abre poco à poco los ojos à los mas duros, y obstinados, la inutilidad de los re-

remedios empleados hasta entonces le obligò à hacer séria atencion, y su obstinacion cessò, determinandose en fin à llevar à su muger à la Iglesia de Tanjaour, assistida entonces por el Padre Carvallo.

Mucho se estrañò que estuviesse la muger mas obstinada que su marido; y lo que pareciò mas singular fue, que se le envararon de repente las piernas, y se le pegaron tan fuertemente à los muslos, que en vano hicieron todos sus esfuerzos para desprenderlas. No por esso se acobardò el Poeta, antes bien juzgando que el Demonio havia causado el estorvo, porque empezaba à sentir el poder de el verdadero Dios, cuyo socorro iban à implorar, hizo poner à su muger en un Douli, carruage menos honroso que el Palanquin, y la hizo conducir à nuestra Iglesia.

Al punto que la viò llegar el Padre Carvallo, se dispuso à rezar por ella algunas oraciones. No havia comenzado todavia, quando ella se levantò de encima del Douli, y andando derecha àzia al Padre, que estaba distante, se echò à sus pies, pero sin pronunciar una sola palabra. El marido que la viò andar con passo tan firme, y sereno, no pudo detener las lagrimas, y se echò, como ella, à los pies del Padre, publicando à vozes el poder de el Gran Dios que adoramos. Era de mucho consuelo para el Missionero vèr el testimonio authentico, que à pesar suyo estaba forzado el Demonio à dàr à la verdad de nuestra Santa Fè. Rezò despues los exorcismos de Iglesia, y el maligno espiritu no diò mas señal de obsession. Desde aquella hora se sintiò como descargada de un gran

gran peso ; y declarò , que jamàs havia sentido alegria tan pura , como la que experimentaba.

No pudiendo resistir à una prueba tan convincente de la verdad de nuestra Religion, instò quanto pudo al Padre para que la admitiesse en el numero de los Fieles ; pero no juzgando el Missionero que debia ceder tan presto à sus ruegos , la respondiò , que en un negocio de tanta consequencia nada se debia atropellar : que antes havia de ser instruìda ; y que si dentro de dos , ò tres meses perseveraba en su resolucion,la concederìa la gracia,que pedia con tanto fervor. Al mismo tiempo la diò algunas Medallas , assegurandola , que con que continuasse en la buena disposicion en que la dexaba , no tendria que temer los insultos del Demonio. La desconsolò esta respuesta , obedeciò no obstante , y se bolviò à su Pueblo , el corazon cerrado con el mas vivo dolor.

Algunos meses despues , juzgando su marido por sus ademanes, que no estaba de el todo libre del Demonio , me la conduxo à Counampati : la bolvì à examinar , y la hallè firme en su primer proposito. Sin embargo à su semblante taciturno, y espantado conocì que todavia estaba agitada de turbaciones interiores , y me dixo , que à la verdad desde la primera vez que havia venido à la Iglesia no havia sido molestada de los horribles phantasmas , que antes à cada instante la atormentaban ; pero que de quando en quando se sentìa sobrecogida de unos sustos repentinos , cuya causa ignoraba ; ademàs , que unos sueños espantosos apenas la dexaban dormir noche alguna , y que la dexaban como fuera de sì el dia siguiente;

mas

mas que esperaba que el Bautismo la libraria de el todo de estas reliquias de la esclavitud del Demonio.

Estando bien instruìda en los Mysterios, no quise dilatarla mas la gracia, por la qual suspiraba yà algunos meses havia. Sucediò una cosa extraordinaria entretanto que la decia los exorcismos, y demàs ceremonias de la Iglesia. Diòle un meneo de cabeza semejante al movimiento de una pendola de relox, la echè al punto Agua bendita, y al instante cessò la agitacion, y se bolviò à su primera quietud. Acabè con sossiego las ceremonias, y la Neophyta diò pruebas durables de grande tranquilidad de espiritu.

Las muchas confessiones, y otros negocios inseparables de una grande Mission, no me dexaron todo el lugar que quisiera para repetir à su marido las verdades de nuestra Santa Fè. Le puse en manos de los Catequistas, quienes con gran zelo se aplicaron à instruirle en los quatro dias, que estuvo en Counampati. En las diferentes conversaciones, que tuvo con ellos, les declarò, que ademàs de la evidencia, que tenia de la verdad de nuestra Religion por la entera salud de su muger, otras dos cosas le convencian mas de ella; y que la primera era la vida austera, y desinteressada de los Missioneros. Yo imaginaba (decia) que vuestros Doctores eran como los nuestros, que salvaban las apariencias, pero que en secreto se entregaban à todos los vicios. Quise satisfacer mi curiosidad, y despues de una averiguacion exacta de sus costumbres, hallè, con admiracion mia, que su vida era inocente, y laboriosa. La segunda cosa,

que

que le convencia de la verdad de la Ley Christiana, era su poder, y eficacia para mudar los corazones. Sobre todo, no podia comprehender còmo los de la Casta de los Ladrones, que se hacian Christianos, renunciaban absolutamente sus latrocinios, y rapiñas.

Esta prueba, que en otro tiempo diò el Propheta de la santidad de la Religion, fue incontestable para un Gentìl: *Lex Domini convertens animas*; è hizo tal impression en su corazon, que no pensò mas, que en aprender sus santas verdades. Hizo trasladar con cuidado el compendio de la Doctrina Christiana, que enseñamos, principalmente las seis pruebas, que damos de la Divinidad, y la explicacion de los Mandamientos de Dios. Despidieronse ambos de mì, dandome palabra de visitarme de quando en quando, lo que han cumplido, y cumplen con grande exactitud, y gusto mio.

Casi por el mismo tiempo vino otro Gentìl à nuestra Iglesia, y hallò en ella la salud del cuerpo, y del alma. Havia quatro años que creìa estaba atormentado del Demonio. Este mal espiritu (assi decia) le chupaba toda la sangre, con animo de arrancarle el alma, que apenas se tenia à su cuerpo. Al verle parecia un esqueleto: tan falto estaba de carnes. Yo hice juicio, que el pretendido Demonio era una verdadera hetica, que poco à poco le iba consumiendo. Con todo esso, en un cuerpo tan seco, conservaba un espiritu vivo, y mucho juicio. La idèa que tenia de este Demonio bebedor de sangre, no era en èl efecto de una cabeza trastornada, sino una opinion de estos Pueblos, que atribuyen todos sus males à los Demo-

nios, enemigos de el descanso, y felicidad de los hombres. Le puse en el numero de los Catecumenos, y le dì para su alivio algunos remedios. El Señor bendixo esta pequeña caridad de manera, que al cabo de una semana pudo venirme à visitar, y repetir delante de mì lo que havia retenido de las instrucciones que se le havian hecho. La admiracion fue tan grande en su Lugar, que uno de los que le traxeron à la Iglesia, persuadido à que una cura tan prompta no podia ser efecto de los remedios humanos, abriò los ojos à la verdad, y pidiò el Bautismo. Su muger fue mas obstinada en el culto de sus Idolos, pues ni el exemplo de su marido, ni sus vivas solicitaciones pudieron ablandar la dureza de su corazon.

Assi vemos cumplirse cada dia en esta Mission la palabra del Hijo de Dios: *Yà se convierte el marido, y la muger queda en su infidelidad. Yà abre la muger los ojos à la luz, y el hombre vive, y muere en su obstinacion: Unus assumetur, aliter relinquetur.* Recibiò en fin nuestro Catecumeno la gracia de la regeneracion, à la qual se havia dispuesto con gran fervor, y bolviò muy alentado à su Lugar, para publicar en èl el poder, y santidad de la Religion. Bolviò à caer malo al cabo de seis meses, y muriò en los brazos de un Catequista, con todas las señales de predestinado. El candòr de su alma, y la piedad de sus afectos, me hacen creer, que conservò hasta el ultimo momento de su vida la inocencia, y santidad de su bautismo.

Ademàs de el gran numero de adultos, que bauticè las ultimas semanas de Quaresma, tuve el consuelo de abrir la puerta del Cielo al hijo mismo

mo de el Señor de el Pueblo, quien muriò pocos dias despues de el bautismo. El hermano de dicho Señor tuvo por entonces dos hijos gemelos, de los quales el uno fue bautizado por el Catequista en la casa misma donde acababa de nacer, y muriò en el mismo dia. El otro fue traìdo à la Iglesia, en la qual recibiò la misma gracia, y viviò solos quince dias. Estos tres niños son ahora en el Cielo los Protectores de esta nueva Iglesia.

Corrian los dias muy suavemente parà mì en tàn santas ocupaciones. Todo el tiempo se passaba, ò en instruìr à los Pueblos, ò en administrarles los Sacramentos. Pero, ò Dios, què consuelo es en tantas fatigas vèr la vida inocente de la mayor parte de los nuevos Fieles! Confiesso que no son gentes de delicado, y alto espiritu, pero temen à Dios, le aman con todo su corazon, viven lexos de una infinidad de ocasiones, en que los Christianos de Europa pierden la gracia; la qual conservàn ellos enmedio de la Gentilidad con mas cuidado, que muchos Fieles en el centro mismo de los Reynos mas Catholicos. He hallado un gran numero de Christianas, que à pesar del grande horror, que tienen estos Pueblos al Celibato, imitan el glorioso exemplo de tantas buenas Religiosas de Europa. Algunas han tenido fuertes combates de parte de sus parientes, sin que los ruegos, las amenazas, y malos tratamientos hayan jamàs podido vencer la determinacion, que havian tomado de passar su vida en el estado perfecto de las Virgines.

Una de ellas me edificò mucho por su constancia, y modestia. Su madre, desesperada de que

no se quisiesse casar, me la traxo un dia muy enfadada, diciendome que su hija no queria casarse, con el fin de tener una vida licenciosa, y desreglada. La hija, penetrada de dolor, al vèr que su misma madre la atribuìa tan malas intenciones, callaba con mucha humildad: solamente se le ofreciò decir, que estaba contenta, porque Dios solo conocìa su inocencia. A la verdad fue una atròz calumnia. Eran todos sus parientes testigos de su virtud, y alababan el amor particular, que tenia à la soledad. Su madre misma no tardò mucho en arrepentirse del ultrage que havìa hecho à una hija tan virtuosa. Vino poco despues à retractarse de la falsa acusacion con muchas lagrimas, y me diò palabra de no inquietar en adelante à su hija sobre el partido, que con tanto valor havia tomado. Si hallàra la Fè tanta entrada en las Casas de los Grandes, como en las del Pueblo, y si algun Principe, convertido, fundàra Monasterios de Religiosas, es de creer, que presto se poblarìan de infinitas almas escogidas, que abrazarìan la pràctica de los consejos Evangelicos, segun toda su extension, y rigor. Las pocas aguas, que havian caìdo el año antecedente, los excessivos calores, que se hicieron sentir desde el mes de Marzo, y el numero prodigioso de Fieles, que venian à Counampati, havia agotado una parte del estanque unico donde se halla agua en estos parages, lo que me hizo tener el pensamiento de irme à *Elacourrichi*; pero una persecucion, que acababa de levantarse contra los Christianos de Couttour, rompiò todas mis medidas. Hasta entonces esta Iglesia, fundada por el Venerable Padre Juan de Brito, se miraba como el

Lugar mas pacifico de toda la Mision. Nunca havian los Misioneros experimentado las contradicciones, y contratiempos, que son tan frequentes en otras partes. Lo que diò lugar à esta persecucion fuè, que el hermano del Principe, de quien depende Couttour, fingiò querer abrazar el Christianismo, instando muchas veces al Padre Bertholdo, que le bautizasse. El Misionero, que desconfiaba de su sinceridad, juzgò que debia probarle por mucho tiempo, antes de concederle la gracia que pedia: por lo qual le respondiò, que era preciso esperar algun tanto la licencia del Principe su hermano. En efecto se decia pùblicamente, que este Señor joven no estaba en animo de renunciar el Paganismo; pero que el amor que havia concebido por una muger Christiana, le hacia dàr este passo, lisongeandose, que frequentando mucho al Misionero, facilitarìa el cumplimiento de sus deseos.

Sea lo que fuere de esto, el *Pradani*, ò primer Ministro del *Pandaratar* (assi llaman al Principe, en cuyas tierras estàn las Iglesias de Couttour, y Coraly) el Pradani, digo, antiguo enemigo de la Religion Christiana, tomò de allì pretexto para irritar al Principe contra los Fieles. Le representò que serìa deshonra de su familia, si su hermano abandonaba la Religion de sus Padres, para seguir à unos nuevos Doctores, que sabìa con certidumbre que eran Pranguis, ò Europeos, lo qual en el concepto de la Nacion equivalia à gente vil, è infame: que en la mucha escasèz, y falta que havia de dinero, le serìa facil enriquecerse con el saqueo de su Iglesia, en la qual, por no haver havido en su reynado persecucion alguna, havian los

Es-

Estrangeros creìdo, que con seguridad podian ocultar sus caudales.

Gozoso el Principe con la esperanza de un considerable hallazgo, vistiò à su Ministro de toda su authoridad; este, sin perder tiempo, embiò orden al *Maniagaren*, ò Governador particular de la poblacion, de prender al Missionero, y de registrar todos los rincones de su casa, hasta que descubriesse los thesoros enterrados en ella. Jamàs se ha executado orden con mas rigor. Eligiò el Maniagaren el Domingo, dia en que vienen los Fieles en tropa à nuestra Iglesia, y tomò el tiempo en que el Padre se disponia para celebrar: comenzaba à ponerse los paramentos, quando de repente Maniagaren, y sus Soldados entraron en la Iglesia, se apoderaron del Padre, le arrastraron àzia su casa, y le rompieron los vestidos: los otros en mayor numero, apostandose en las avenidas por donde podian escaparse los Christianos, los despojaron, cargaron de golpes, y arrancaron los adornos de oro, que llevaban pendientes al cuello, y orejas. Todos se pusieron à saquear las casas del Lugar, y la del Padre fuè echada por el suelo. Abrieron por todas partes la tierra, y demolieron sus paredes; con tanto registro hallaron solamente como unos sesenta pesos, destinados à la manutencion del Missionero, y de sus Catequistas. Recogiò el Governador con cuidado la dicha cantidad, y todos los muebles de la Iglesia, y los remitiò todos à Palacio. Mas el Principe, esperanzado de un gran botìn, y enfadado de que el Pradani se huviesse atrevido à empeñarle en una empressa tan indecente à su classe, y dignidad, no pudo reprimir su indignacion.

El

El rumor de las extorsiones que se hacian en Couttour volò presto à Coraly, donde tenia su residencia el Padre Carballo, quien se disponia à recibir los mismos ultrages. Tomò solamente la precaucion de hacer llevar lo que tenia en su casa al otro lado del Rio *Coloran*, fuera de las tierras del Pandaratar. Se quedò precisamente con su Crucifixo, y Breviario, y esperò el dichoso instante, en que havia de ser encarcelado por Jesu-Christo. Passaronse tres dias sin que le fuessen à molestar en su retiro, y soledad; y de allì concluyò, que no estaba la Corte tan enconada como lo havia pensado. Lleno de una santa confianza, tomò la determinacion de ponerse en presencia del Principe, y pedirle la libertad del Padre Bertholdo, detenido en estrecha prision: hizo juicio que debia antes informar al hermano menor del Principe del animo en que estaba, porque era enemigo secreto del Pradani, y Protector declarado de los Missioneros. Este Señor de concierto con su hermana, la qual tiene mucho credito en la Corte, empeñò al Principe à que recibiesse favorablemente al Doctor Estrangero, y reparasse con algunas honras el mal passo, que havia dado por consejo de su Ministro, manchando la gloria que èl, y sus antepassados havian adquirido, sirviendo de asylo à los Estrangeros.

Ganado el Principe con tan poderosa mediacion, diò palabra de hacer justicia à la inocencia de los Estrangeros; y haciendo llamar al Pradani, le dixo con grande ira: Tù has sido muy imprudente en haver creìdo con tanta ligereza las relaciones, que te han hecho de la riqueza de los

Sanias, ò debes de tener un gran fondo de malicia en haverles excitado tan cruel persecucion, y tan perjudicial à mi fama, y dignidad. Este para justificarse recurriò à las ordinarias acusaciones: son, dixo, unos Pranguis, que con pretexto de enseñar su religion, siembran el espiritu de rebelion entre vuestros vassallos, para entregar el Païs à los Europeos, que habitan las Costas.

No hicieron impression en el Principe sus calumnias: sabe muy bien que en casi los cien años, que se predica la Religion Christiana en diferentes Estados de la India Meridional, han inspirado siempre los Missioneros à los Pueblos toda la sumission, y fidelidad, que deben à sus Soberanos. Essas, respondiò el Principe, son unas quimeras, que vosotros los Ministros teneis siempre en la boca, para animarnos contra esta nueva Ley. No es el punto de que ahora se trata: quiero que quando viniere el Sanias à la Audiencia, no solamente te abstengas de toda reprehension; sino tambien le dès las mayores pruebas de tu respeto, que era para el Pradani un rayo que le quemaba, siendo un hombre fiero, y altivo, como lo suelen ser los Negros quando se vèn con autoridad.

Algunos dias despues admitiò el Principe à su presencia al Padre Joseph Carballo, y le hizo sentar en una silla cubierta con un tapete: honra que no concede à vassallo suyo. El discurso que le hizo el Padre fuè casi en estos terminos: El recibimiento favorable con que me honra V. Magestad, me hace conocer que no tiene parte alguna en el modo indigno, con que hà sido tratado mi hermano el Doctor de Couttour. Conozco à los

au-

authores, y no los acuso de haverle cargado de oprobios, de haver hecho pedazos sus vestidos, saqueado su pobre Cavaña, profanado su Iglesia, y maltratado à sus Discipulos. Tampoco me quexo de que le tenga V. Magestad encerrado en una estrecha prision, como si fuera un rebelde, ò un Ladron pùblico; pero sì me quexo de no lograr la misma honra. Yo enseño, como èl, la Ley del Dios verdadero, y me tendria por dichoso de sufrir por tan buena causa. Hemos venido de mas de seis mil leguas de aquì, para instruìr à estos Pueblos de la grandeza infinita del Soberano Señor del Cielo, y de la Tierra. Teniamos previstas las contradicciones que ahora padecemos, y essas mismas nos han animado para venir à Regiones tan distantes de nuestra patria. Nos tenemos por bien recompensados de nuestros trabajos, quando tenemos la fortuna de padecer por la gloria del gran Dios, à quien servimos. Ruego, pues, à vuestros Ministros, que me hagan participante de los oprobrios, y tormentos del Doctor de Couttour. No obstante, como no es justo castigar à los inocentes, suplìco à V. Magestad, que haga examinar bien nuestra conducta: si nos halla culpados de los delitos que nos imputan, nos sujetamos à todo el castigo, y pena que quisiere imponernos; y si al contrario nos juzga inocentes, no permita V. Magestad, que sea por mas tiempo oprimida la inocencia en sus Estados.

Las palabras del Missionero, pronunciadas con grande modestia, y gravedad, hicieron mucha mella en el corazon del Principe; y como quisiesse replicar el Pradani, le impuso silencio, mandando

le bolver quanto antes todo lo que havia quitado al Doctor de Couttour, y à sus Discipulos, ponerle en libertad, y castigar severamente al Maniagaren, que havia cometido tan grandes violencias. Bolviendose despues al Missionero, le dixo con agradable semblante: Olvidemos lo passado: lo que ha hecho mi Ministro, es como una nube, que por algunos instantes ha obscurecido la luz, que derramais en mis Estados; pero la nube misma no ha servido sino de dàr mayor lustre à la santidad de vuestra Ley, y à la pureza de vuestras costumbres. En adelante darè tan bien mis ordenes, que no se atreverà algun Oficial mio à perderos el respeto.

Luego hizo traer una bella pieza de tela pintada, y la diò al Missionero, como una prenda de su amistad: le regalò tambien otra casi igual para el Padre, que estaba prisionero en Couttaur. Dos Catequistas participaron tambien de la liberalidad del Principe; no solamente les diò hermosos Toupetis, ò piezas de la tela con que se cubren los Indios; sino que quiso montassen sobre unos Elephantes ricamente enjaezados, y que los passeassen por la Ciudad como en triumpho, para que constasse à todos, que los tomaba à ellos, y à los demàs Christianos baxo su proteccion. Todo se executò en el mismo dia: y se restituyò al Missionero quanto le havian quitado. Costò mas trabaxo cobrar los adornos de oro, y coràl, que pertenecian à los Fieles; pero en fin, despues de algunas citaciones todo se sacò de las manos del Pradani, y se bolviò à sus dueños.

Assi, à mayor gloria de la Fè, y consuelo de los

los Fieles, cessò mucho antes, que podiamos esperar, la persecucion de Couttour: permitame V. R. que tambien ponga fin à esta Carta yà demasiado larga. Proseguirè en adelante dandole una relacion fiel de lo que pudiere contribuìr à su edificacion. Quedo con mucho respecto,

Mi Reverendo Padre,

Su muy rendido, y obediente servidor,

P. Martin,

Missionero de la Compañia de Jesus.

CARTA
DE EL PADRE MARTIN, Miſsionero de la Compañia de Jeſus en las Indias,
AL PADRE VILLETE, de la miſma Compañia.

PAX CHRISTI.

Mi Reverendo Padre,

LA perſecucion que ſe levantò contra los Chriſtianos de Couttour, me hizo quedar en *Counampati*, como le avisè à V. R. en mi ultima Carta. El concurſo de Pueblo, que vino allì à celebrar la Paſqua, fuè tan grande, que me era impoſsible contentar à todos; y ciertamente havia baſtante trabajo para muchos Miſsioneros. No obſtante me diò el Señor fuerzas para reſiſtir à tanta fatiga.

Sacaba de los Catequiſtas todo el ſocorro que podia. Los unos eſtaban encargados de diſponer à los Catecumenos para el Bautiſmo: los otros de explicar en varios parages del patio el Catecifmo à los nuevos Fieles; porque ſi no ſe les explican con frequencia nueſtros Myſterios, pierden

presto la memoria de ellos. Yo hacia leer cada dia la Historia de la Pasion de Nuestro Redemptor, añadiendo varias meditaciones muy devotas, compuestas por un antiguo Misionero, proporcionadas al alcance de nuestros Indios, y las oyen con toda la atencion, y muestras de un corazon compungido.

Al salir la Aurora, al anochecer, y à otras cinco horas diferentes de el dia, andabamos las Estaciones, en las quales cantabamos con tono triste, y lugubre los tormentos particulares, que en cada una de las dichas horas havia padecido nuestro Salvador. Al fin de cada Estacion no nos olvidabamos de pedir à Dios por las varias necessidades de la Mission, y le encomendabamos principalmente las Iglesias de Corali, y Couttour, afligidas en un tiempo tan Santo: y creo que los ardientes ruegos de tantos Neophytos han contribuìdo mucho para que cessasse la persecucion. Havia algunos que mortificaban su cuerpo con rigurosas penitencias: los ceñidores de hierro, las disciplinas, y demàs instrumentos de penitencia, son muy en uso entre estos nuevos Fieles. Bien que los Sumos Pontifices los hayan dispensado de muchos ayunos, por razon de los ardores de el clyma, y de la poca sustancia de sus alimentos, con todo esso vemos à muchos de ellos que passan toda la Quaresma con un poco de arròz, y unas yervas mal guisadas una vez al dia. Conozco à algunos, que en la Semana Santa se estaban dos dias enteros sin tomar bocado; mas yo cuido de prohibirles tan rigurosa abstinencia, porque les causa unos desmayos, de que apenas pueden bolver en sì; pero no siempre està en mi mano el moderar su fervor.

Los que estàn acomodados hacen cada dia de la Quaresma limosna à cierto numero de pobres, los unos à cinco de ellos, en honra de las cinco Llagas de Nuestro Señor: otros à treinta y tres, en reverencia de los años de la vida mortal de Jesu-Christo: otros à quarenta, en memoria de los quarenta dias, que passò en el Desierto. Son las limosnas arròz, y yervas cocidas, con que llenan unas grandes vasijas, y las distribuyen por sì mismos con mucha piedad.

Con tantos exercicios se previenen los Christianos para celebrar la Pasqua; pero como el punto principal es disponerlos para una buena confession, y para recibir santamente el Divino Sacramento, nada omitimos de quanto puede conducir à este fin.

Es increìble hasta dònde llega el sentimiento de estos Pueblos, quando por obligacion se les dilata la absolucion. Es preciso estàr muy sobre sì para no dexarse vencer de sus ruegos, è importunaciones. Si no logran su intento con los Missioneros, no tienen empacho de acudir al Catequista, y descubrirle las faltas secretas, por las quales no han sido absueltos. En vano advertimos à los Catequistas que no dèn oìdos à los que vàn assi à declararse con ellos: siempre se halla alguno, que se hace un punto de honra de interceder por tales penitentes. Nada embaraza tanto à los Missioneros, principalmente quando se explican con Catequistas poco discretos, que no conocen bastantemente la obligacion estrecha, que impone el sigilo de la confession.

Passa tal vez mas adelante la simplicidad de los In-

Indios: y un caso que he oìdo es bastante singular. Una Christiana, à quien el Missionero havia dilatado la absolucion por justas razones, se valiò de todos los artificios para moverle à compassion, y sacar como por fuerza lo que la negaba con firmeza, pero con suavidad. Viendo que nada podia lograr, se levantò con viveza del Confessonario, y bolviendose à los demàs penitentes, les dixo: No es cosa graciosa, que este *Souami* (assi llaman à los Missioneros) me despide sin absolucion porque ofendo à Dios tantos meses hà! Si no ofendiera al Señor, què necessidad tendria de venir à su Tribunal? No nos enseñan que este Sacramento està instituìdo para los pecadores? Se puso el Padre sonrojado al oirla, y de buena gana huviera querido bolver por su credito, pero el temor de faltar un àpice al inviolable secreto de la confession, le obligò à callar. Este exemplo solo hace conocer qual debe ser la paciencia, y discrecion de los que tratan con los Indios. Si hay entre ellos algunos capaces, y de buen entendimiento, otros muchos se hallan cuya ignorancia, y estupidèz exercitan con frequencia la virtud de los Missioneros.

Por mas que trabajè para que recibiessen los Christianos los Santos Sacramentos, me fue impossible contentar la piedad de muchos. Ademàs del tiempo que se gasta en las confessiones, es preciso bautizar à los Catecumenos, apaciguar las diferencias, que nacen entre los Fieles, predicar los Mysterios de la Passion, y Resurreccion, hacer los Oficios de la Semana Santa de el modo que cabe en un Paìs Idolatra. Porque (pongo por exemplo)

plo) no nos atrevemos à guardar el Santissimo desde el Jueves al Viernes Santo, como se acostumbra en Europa. El Padre Bouchet es el primero que lo ha hecho este año en la Iglesia de Aour, por ser el Lugar mas seguro de la Mission; pero dudo que algun otro imite en esto su zelo.

La noche de el Sabado al Domingo dispuse un Carro Triumphàl, que adornamos con piezas de seda, flores, y frutas. En èl pusimos la Imagen del Salvador Resucitado, y dimos tres bueltas à la Iglesia, al sòn de muchos instrumentos. Las iluminaciones, los cohetes, los dardos de fuego, las carretillas, y otras especies de fuegos artificiales, que con primor componen los Indios, hacian la funcion magnifica. Se hacian algunas pausas, para que se oyessen las coplas que cantaban, ò recitaban los Christianos en honra de Jesus, triumphante de la muerte, y de los Infiernos.

El Patio que rodèa la Iglesia apenas podia contener la multitud de Christianos, y Gentiles, que havian venido en tropas. Los veìamos por medio de las iluminaciones, subidos en los arboles, que estàn al rededor de el patio, hechos otros tantos Zacheos, que la curiosidad elevaba encima del Pueblo, para vèr en figura à aquel, que mereciò el dichoso Publicano recibir personalmente en su Casa. El Señor de el Lugar, con toda su familia, y los demàs Gentiles, que assistieron à la Procession, se postraron tres vezes delante de la Imagen de Jesus Resucitado, y le adoraron con una devocion, que los equivocaba con los Christianos mas fervorosos.

No hablo de el gràn numero de bautismos, que ad-

administrè à los Catecumenos. Entre las muchas conversiones que quiso Dios obrar, una, sobre todas, me colmò de la alegria mas pura. El Tio del Señor del Lugar vino con su muger à pedirme los recibiesse en el numero de los Fieles con los ojos bañados en lagrimas, y me dixeron, que havia mucho tiempo que conocian la verdad de nuestra Santa Religion, pero que el respeto humano los havia detenido en la Idolatrìa. En fin, que en esta Fiesta havian abierto los ojos à la luz, y que no podian resistir mas à la voz interior, que los solicitaba à que se rindiessen à la verdad.

El buen Viejo añadiò una cosa, que daba à conocer su gran juicio, y su firme resolucion de hacer una vida christiana, y perfecta. Creo (me dixo) que lo que ha movido al Señor à mirarme con ojos de misericordia, ha sido, que haviendo oìdo decir, mas hà de quince años, à los Missioneros, y Catequistas, que el latrocinio era desagradable al verdadero Dios, quedè de ello tan convencido, que desde aquel tiempo no he cometido robo, ni hurto alguno, ni por mì mismo, ni por medio de mis esclavos, como lo suelen hacer los mas acomodados de mi Casta. Tampoco he querido participar de los robos, que han hecho mis hijos, y demàs parientes, siendo costumbre el repartir entre nosotros en comun lo que cada uno ha robado en particular. Muchas veces se ha hecho mofa de mi simplicidad, pero siempre me he mantenido firme; y buelvo à decir, que por no haver querido disgustar en esto al verdadero Dios, aunque todavia entonces no le adoraba, su Divina Bondad me abre ahora su seno para recibirme en èl, aunque

tan indigno. La sinceridad que acompañaba sus palabras me penetrò el corazon. Le abracè con ternura, y le puse en el numero de los Catecumenos.

No fue este el unico fruto que cogimos en estos santos dias: toda la Octava nos fue muy preciosa por el numero de Gentiles, que reemplazaban los Catecumenos, que bautizabamos. Por cumulo de nuestro gozo nos vino la noticia de haver el Señor buelto la paz, y tranquilidad à la Iglesia de Couttour, que fue como una segunda Pasqua para los Christianos, los quales se juntaron en la Iglesia para dàr à Dios solemnes gracias por tan señalado beneficio.

Entretanto, estando enteramente seco el estanque de Counampati, pensè en irme à Elacourrichi; pero antes queria passar à Aour, para conferenciar con los Missioneros sobre algunos puntos, que me hacian dificultad siendo yo nuevo en la Mission. Encontrè allì à los Padres Bouchet, y Simòn Carvallo debilitados con el trabajo, que havian tenido por un mes. Nunca se havia celebrado aquì la Pasqua con tanta magnificencia, ni con tanto concurso de pueblo. Como los Indios son muy dados à la Poesìa, el Padre Bouchet havia hecho representar en verso el triunfo de David contra Goliath. Era una alegorìa seguida de la victoria, que ganò Jesu-Christo en su Resurreccion contra el poder del Infierno. Todo ello era instructivo, y persuasivo.

Entre los Pueblos, que havian venido de todas partes, havia muchos de una Provincia vecina, enemigos declarados del Principe de quien depende el Pueblo de Aour. Havian venido con ar-

mas, y con gran acompañamiento. Este contratiempo, y los esfuerzos inutiles, que havia hecho el Principe para sacar dinero de los Missioneros, enconaron su animo yà mal dispuesto para con los Christianos.

Algunos Señores de la comarca se valieron de las circunstancias para animarle mas contra los Fieles. Llegaron à tanto, que le escrivieron con amenazas, y nada dexaron por hacer para ganarle. No es cosa vergonzosa (le decian) que tengais en vuestras tierras à un Estrangero, que unicamente intenta aniquilar el culto de nuestros Dioses? No perdona à Ciudades, gastos, ni fiestas para fabricar su Religion sobre las ruinas de la nuestra. Parece que os quiere dàr la Ley aun en vuestros Estados con la muchedumbre de discipulos, que atrahe à vuestras tierras. Los Gentiles mismos estàn à sus ordenes: en la ultima fiesta que ha celebrado ha venido mas gente de la que es menester para conquistar todo un Reyno. Ademàs de hacer el Doctor Estrangero un ultrage manifiesto à nuestros Dioses, què insolencia puede haver mayor, que poner delante de los ojos de una infinidad de pueblo à un Niño, que corta la cabeza à nuestro Dios *Percumal*? Los mismos de nuestra Religion estàn tan infatuados de el Estrangero, que le aplauden, y le palmotèan, viendo deshonrados à sus Dioses. Si teneis la cobardìa de sufrirle mas tiempo en vuestras tierras, estamos resueltos à echarle de ellas con mano armada.

La propuesta que hacian al Principe era muy conforme à su mala voluntad, pero havia dificultad en su execucion. Corrìa gran peligro usando de

 vio-

violencia, porque de un lado tenia que temer el sentimiento del Talabay, que protegìa à los Missioneros, y por otra parte le ataban las manos sus proprios interesses. Si echaba del Pueblo à los Missioneros, llegarìa à ser un simple cortijo como antes, porque todos los Christianos, que havian venido à habitar este desierto, seguirian sin falta à su Pastor, y con esso perderìa la mejor parte de sus rentas. Eran fuertes estas razones para un hombre tìmido, y codicioso. Sin embargo cediò esta vez su codicia al odio extremo, que tenia à la Religion. Embiò à decir al Missionero, que no podia resistir mas contra las instancias, y amenazas de los Señores sus vecinos, y que para complacerlos, le mandaba salir de sus tierras dentro de tres dias.

Una ordenanza tan repentina nos desconcertò. Por algun tiempo no supimos què partido tomar, y yà nos inclinabamos à salir de alli, pero nos pareciò cosa dura, que un Principe de tan poca consideracion arruinasse en un instante la mas hermosa, y mas floreciente Iglesia de la Mission. El nombre solo del Talabay era capàz de hacer temblar al Perseguidor. Hacìa el Padre Bouchet una maquina para montar un relox de agua, que debia presentar al Talabay. Diò, pues, por respuesta al Principe, que era superfluo darle tres dias para salir de sus tierras, quando le bastaba un quarto de hora; pero que haviendo prometido al Talabay algunas maquinas que deseaba, esperaba fuessen acabadas, y que luego despues irìa à presentarselas, y le dàrìa parte de que haviendo caìdo en la desgracia del Principe de Catalour, èste le echaba

de

de toda la extension de sus Estados, y le pedia yà un pequeño rincòn en el Reyno para retirarse allì, edificar una Iglesia, y formar un Pueblo compuesto de sus discipulos, los quales, saliendo èl de allì, no quedarìan un instante mas en Aour.

En realidad era esta la resolucion de los Christianos, y yà havian ido cinco, ò seis de los Principales à buscar al Principe para declararle, que haviendo venido à poblar à Aour, que era una tierra muy ingrata, solamente por tener el consuelo de estàr con su Pastor, si à este le obligaba à salir, se retirarìan con èl, y reducirìan al Pueblo à su primer estado de Lugarejo. Esta declaracion de los Christianos, junta con la que el Missionero le embiò con sus Catequistas, hizo al Principe bolver sobre sì, temiendo igualmente la pèrdida de sus Rentas, y la venganza de el Talabay. Haviendose, pues, apaciguado, respondiò, que no era su animo que el Missionero se retirasse, pero que le pedia que en adelante no fuessen las Fiestas tan solemnes, y de tanto concurso, que causassen zelos à los Señores sus vecinos. Pareciò dura la condicion: no obstante hicieron juicio, que no serìa dificil hacer revocar su prohibicion. Por tanto, sin darle à entender que aceptaban la condicion, prosiguiò el Padre Bouchet exerciendo en Aour sus ministerios como antes. Sucediò un acaso à uno de los Catequistas, que el Padre havia embiado al Principe, que nos puso en consternacion. Havia caminado en el mayor calor del dia, y hallandose muy apretado de la sed, tuvo la indiscrecion de beber sin tomar la precaucion ordinaria. Al punto se hallò acometido de una grande indigestion, que en las

Indias llaman *Mordechin*, y algunos Franceses han llamado *muerte de perro*, imaginandose que tiene tal nombre, porque causa una muerte violenta, y cruel. En efecto se hace sentir con los mas agudos dolores, que violentan tanto à la naturaleza, que es raro el que no rinde, si no se valen de un remedio muy usado en la Costa; pero menos practicado tierra adentro. Es tan eficàz, que de cien personas que padecen esta especie de *Miserere*, apenas se encontraràn dos que no se libren de la muerte. Es el mal mas frequente en las Indias, que en Europa: la continua disposicion de los espiritus, causada por los ardores de un clyma todo de fuego, debilita tanto el calor natural, que muchas veces no està el estomago capàz de hacer la coccion de los alimentos. El Catequista, pues, reducido à no poderse menear, se detuvo en un Pueblo, distante cosa de una legua de Aour, y nos embiò aviso del triste estado en que se hallaba.

Nos llegò la noticia à las nueve de la noche, y partì al punto para socorrer al enfermo: le hallè tendido sobre la tierra casi sin conocimiento, y con las mas violentas convulsiones. Todo el Lugar se havia juntado al rededor del paciente, y cada uno se empeñaba en administrarle diferentes medicinas, mas proprias para irritar el mal, que para aliviarlo. Hize encender un gran fuego: tenia necessidad para mi remedio de una barra de hierro; pero no pudiendo hallarla, tomè una hoz, que sirve para segàr el arròz, y las yervas. La hize encender bien en el fuego, y mandè que assi encendida se le aplicasse por el reverso à la planta del pie, à tres dedos de la extremidad del talon;

y para que no se engañassen en una operacion, que nunca havian visto hacer, formè con un carbòn una raya negra en el parage donde se havia de aplicar el hierro hecho asqua. Lo aplicaron fuertemente contra el pellejo, que los Negros tienen muy duro, hasta que llegò à lo vivo, y lo sintiò el enfermo. Lo que se hizo con un pie, se practicò tambien con el otro, tomando la misma precaucion, y logrando el mismo sucesso. Si sucede que se dexa el enfermo quemar sin dàr señal de dolor, el mal casi està sin remedio.

Acabada la operacion, mandè traer un poco de sal hecha polvos: si no hay sal, puede servirse de cenizas calientes, y echandola sobre el arco que hizo el hierro, con la suela de sus zapatos hize que por algun tiempo le diessen golpes en los dos parages lastimados. Los presentes no podian entender què efecto tendrìa el remedio; pero con mucha admiracion suya, en menos de medio quarto de hora, vieron al enfermo bolver enteramente en sì, no tener mas convulsiones, y faltarle los otros symptomas mortales, que antes havia padecido. Quedabale solamente un gran cansancio, y una sed ardiente. Mandè cocer un poco de agua con un poco de pimienta, y zebolla, y se lo dì à beber. Haviendole despues reconciliado, porque pocos dias antes se havia confessado, le dexè quieto, y me bolvì à Aour. Desde el dia siguiente se hallò en estado de venirme à vèr al mismo Lugar, y dàr gracias à Dios por su recobrada salud.

Quizà no llevarà V. R. à mal que refiera otro remedio, del qual no he hecho la experiencia; pe-

ro que me fuè dado por un Medico hàbil, venido de Europa, por nombre *Mancuchè*, y es Veneciano. Viviò quarenta años en la Corte del gran Mogol, donde adquiriò grande reputacion. Me asseguró èl mismo, que su remedio es infalible contra todo genero de dolores colicos. Dice, pues, assi: Se tomarà un anillo de hierro de una pulgada, y media de diametro poco mas, ò menos, y gruesso à proporcion: se harà asqua en el fuego, y se pondrà al enfermo tendido de espaldas: luego se le aplicarà el anillo sobre el ombligo; de manera, que éste sirva como de centro al anillo. No tardarà el enfermo de sentir su ardor, y prontamente se retirarà el anillo. La repentina rebolucion, que se harà en el vientre, dissiparà en poco tiempo todos los dolores. Sale el Medico por fiador del pronto efecto del remedio; y me assegura, que con mucho sucesso se ha servido siempre de èl en las Indias.

La turbacion que pretendiò el Demonio levantar en la Iglesia de Aour, haviendo sido apaciguada desde su origen, partì para Elacourrichi. El primer Pueblo, que encontrè en el camino, fuè el de Nandauanapati. Havia tenido en otro tiempo una bella Iglesia, y una floreciente Christiandad. Las guerras han arruinado la Iglesia; pero subsiste todavia, à lo menos en parte, la Christiandad. Hallè un gran numero de Fieles, que havian edificado un pequeño Templo, en que se juntaban solamente los Parias, que componen la infima Casta de las Indias, para hacer allì sus devociones. Me pidieron que restableciesse la Iglesia antigua, pero mi corto caudal no se extiende

à

à levantar tantas de una vez. Se juntaron muchos Gentiles con los Fieles, y me acompañaron bastantemente lexos del Lugar.

El Ambalakaren, ò Capitan, que es un buen viejo, se acuerda todavia de los Missioneros, que ha visto: me recibiò con mucho agrado, y cortesìa, y me diò palabra de trabajar de concierto con los Christianos en reedificar la Iglesia antigua: añadiendo, que si el sitio no me gustaba, me darìa el que mas à proposito me pareciesse. Se obligò tambien à ministrarme una parte de la madera, y la paja necessaria para cubrirla. En fin, que diesse mi beneplacito, y que lo demàs quedaba à su cuidado. A menos de conocer el genio de estos Pueblos, facilmente se dexarìa uno engañar con tan bellas apariencias. Debiera, al parecer, admitir una propuesta tan ventajosa; pero muy lexos estaba de aceptarla. Tanto como son liberales los Indios en dàr palabra, tanto son ingeniosos en buscar pretextos para desdecirse luego que nos han empeñado en algunos gastos. Le agradecì, pues, su buena voluntad, assegurandole, que en adelante me valdrìa de su favor: que dentro de pocos meses havia de bolver, y que entonces tomarìa con el las medidas necessarias para edificar una Iglesia mas hermosa que la antigua. Entretanto le rogaba, que protegiesse siempre à los Christianos de su dependencia, y que pensase seriamente, que estando tan cerca de la sepultura, debia abrazar una Religion, que conocia ser la unica verdadera, à imitacion de muchos parientes suyos que le havian dado este exemplo.

Caminando algun tiempo por los bosques, lle-

guè à la ribera del Coloran, que atravessè sin dificultad. Costeè despues este Rio, y me encontrè con un pequeño soto, cuyos arboles son muy viscosos. Estaban cargados de flores de una blancura que tira un poco à amarillo, y tan grandes casi como las flores de naranjo. Medixeron que su gusto era exquisito: cogì algunas, y en efecto hallè que tenian un sabor azucarado; mas poco despues me acometiò un bahido de cabeza, que me durò algun tiempo. Me asseguraron que lo mismo sucedia à todos los que no estaban hechos à ellas. Es la flor el fruto principal del arbol, y de ella se hace un azeyte excelente para los guisados.

Proseguì mi camino, costeando siempre el Coloran, y lleguè à medio dia à Elacourrechi. Estaba el Catequista del Lugar muy ocupado en acabar la Iglesia, que consiste, como casi todas las otras, en una grande cabaña de bastante altura, cubierta de juncos, al fin de la qual hay una separacion que sirve de quarto para el Missionero.

La noche misma de mi arribo supe por un proprio, que vino de Couttour, que el Padre Bertholdo estaba muy malo de una terrible fluxion, que le havia caìdo à los ojos, y oìdos. Era efecto de los malos tratamientos, padecidos el mes que estuvo en la carcel. Partì, sin dilacion, para socorrerle; hacìa una Luna muy clara, pero el camino era por medio de los bosques, y mis gùias se perdieron tantas veces, que no pude llegar à Couttour hasta el dia siguiente por la mañana: me causò el estado lastimoso del Padre grande compassion. El remedio mas breve huviera sido la sangria;

grìa ; pero ni el nombre , ni el uſo de la lanceta ſe ſabe en eſte Paìs. Su modo de ſangrar es ſingular , y nunca ſangran ſi no en las enfermedades, que ſe mueſtran por afuera. Quando eſtà dolorida alguna parte del cuerpo, la hacen cortaduras con la punta de un cuchillo : luego aplican una ventoſa de cobre , con la qual ſacan el ayre, y por conſiguiente la ſangre, por las aberturas que hizo la operacion.

Son tan ignorantes nueſtros Indios , que no hacen diferencia entre la arteria , y la vena. Los mas no ſaben ſi es la arteria , ò un nervio el que pulſa , ni qual es el muelle , y principio de la pulſacion. No obſtante , como ſe pican de tener mas habilidad que las otras Naciones, havian yà dado al Miſsionero muchos remedios , que le puſieron peor de lo que eſtaba. Lleguè muy à tiempo para ſu alivio : Dios bendixo mis cuidados , y al cabo de tres dias ſe hallò el Padre libre enteramente de ſus dolores. Como yà no neceſsitaba de mi aſsiſtencia , me bolvì quanto antes à Elacourrichi , adonde mi preſencia era neceſſaria. Los Chriſtianos , que havia dexado allì , y los que havian venido deſde mi partida , huvieran murmurado de una auſencia mas larga.

Paſsè por muchos Lugares, porque eſtos boſques eſtàn como ſembrados de ellos. Tuve el ſentimiento de vèr deſconocido en ellos el nombre del Señor por falta de Catequiſtas. Haſta quando nueſtra pobreza nos impedirà mantener un numero tan grande , como neceſſario , para una tan vaſta extenſion de Paìs ? Cuento catorce Catequiſtas en mi juriſdiccion , y ſerìa meneſter cinquenta , y aùn no sè ſi baſtarìan.

No havia en este Pueblo, ni en los otros vecinos casi un Christiano *Choutre*, ò de familia honrada; todos eran Parias. Sus almas no son menos preciosas para Jesu-Christo; pero porque en los ojos carnales de estos Idolatras son gente vil, y del mayor desprecio en su concepto, el gran numero de Christianos de esta Casta, lexos de ser aliciente para abrazar la Fè, es por ventura la mayor dificultad de las Castas distinguidas. Lo que mas echan en cara à los nuevos Fieles es, que se han hecho Parias, y por consiguiente que han perdido las honras de su Casta. Nada hace tanto daño à nuestro zelo para con las altas Castas, como la idèa del Parianismo, que han afectado à nuestra Santa Religion.

La mies fuè abundante en otro Pueblo, situado al Poniente de Elacourrichi, como à una legua de distancia. La curiosidad havia atrahido mucha gente à mi Iglesia: con ansias me pidieron un Catequista que los instruyesse; pero ay! Dònde podia yo hallar uno solo, que no hiciesse mas bien, y provecho en otra parte que en dicho Pueblo? Quise sacar à uno de un Lugar por poco tiempo. Vinieron al instante los Christianos à buscarme, y con terminos tan vivos me expusieron la falta que les hacia, que no pude resistirles. No tengo palabras, que puedan explicar una parte del dolor que sentia, de no tener la corta cantidad que huviera bastado para la manutencion de un Catequista; lo dexo à la consideracion de los que tienen algun zelo por la dilatacion del Imperio de Jesu-Christo. Confiesso, que entre los muchos que me pidieron el Bautismo, deseàra que huviera ma-

yor numero de entre las Castas nobles. Nada convendria mas para acreditar la Religion. Sin embargo, sitiados los Parias, vivieran tan santamente como este, de quien voy à hablar: lexos de que la Religion fuesse por èl menospreciada, ciertamente recibiria mucho lustre.

Fuè el hombre de quien hablo un libertino, derrotado, y sin medida: su humor vivo, y imperioso le havia hecho formidable en el Paìs; pero mudò Dios enteramente su corazon: y los rigores de la mas austera penitencia reemplazaron los desordenes de una vida desenfrenada. Con consentimiento de su muger para vivir separados, se edificò una pequeña choza en un campo extraviado; distribuyò todos sus bienes à sus hijos, y sin mas caudal que el de la Providencia, iba de quando en quando à pedir limosna en los Lugares del contorno. La menor parte de lo que cogìa, era para su subsistencia: lo demàs repartìa entre los primeros pobres, que encontraba. Passaba los dias enteros en un lugar retirado, enfrente de la Iglesia. La abundancia sola de sus lagrimas interrumpia su oracion. Se confessaba con frequencia, y cada ocho dias comulgaba con tal devocion, que compungìa à los mas insensibles. Venìa à mì muchas veces, y bañado en lagrimas me preguntaba assi: Pensais, Padre mio, que Dios usarà de misericordia conmigo? Pensais, que se olvidarà de mis maldades passadas? Què otra penitencia podrè hacer para apaciguarle? No pido que me trate como hijo suyo, soy indigno de ello. Deseo solamente que un Dios tan bueno, y tan misericordioso no estè irritado contra mì. O què pensamiento tan terrible!

He

He ofendido à un Dios, que es la misma Bondad. Era esta la materia ordinaria de sus meditaciones: su semblante, y su conversacion daban à entender, que nunca perdia à Dios de vista. El odio que se tenia à sì mismo le conducia todas las noches à lo interior del Bosque, adonde maltrataba su cuerpo con largas, y sangrientas disciplinas. Al exemplo de San Geronymo, sin saber ni su nombre, ni su penitencia, pero enseñado por el mismo Maestro, con un gruesso canto se daba fuertes golpes de pecho, y con el tiempo se formò en èl un callo, que no le hacia insensible el dolor. El rigor continuo con que mortificaba su cuerpo agotò en fin sus fuerzas, y le causò frequentes desmayos. En vano le mandaba yo no hiciesse semejantes excessos. Obedecia por algun tiempo, mas luego le arrebataba su fervor. En fin, sintiendose malo de una hydropesìa, vino à buscarme à Tanjour, donde sabìa que estaba. Se confessò alli, y recibiò el Cuerpo de Nuestro Señor, como si huviera de ser por la ultima vez. Bien que no estuviesse reducido à lo ultimo, sentia en sì un secreto aviso de la cercanìa de su muerte. O quanto honor serìa para la Religion, que tuviesse esta Iglesia un gran numero de Christianos semejantes!

Otro Christiano de las primeras Castas no me llenò de menor consuelo. Su vida era un modelo de todas las virtudes: la oracion, y el cuidado de enseñar la Doctrina Christiana à los Catecumenos eran su principal ocupacion: vivia de las limosnas que le daban los Fieles, y con frequencia distribuìa à los pobres todo lo que havia cogido; y llegando despues al Catequista, ò à algun otro Chris-

tia-

tiano, le decia: Hermano mio, necesfsito de vuestra caridad: Jesu-Christo ha tomado oy su parte, y la mia, dadme con que vivir. Andaba siempre ceñido de un mal arapo, para que los otros que le veìan le diessen un pedazo mas decente de vestido; y recibiendolo por limosna, y llevandolo apenas un dia, ò dos, lo daba al primer pobre que encontraba, diciendo con donayre: *Jesu-Christo me ha despojado.*

Su genio, y humor siempre constante le hacia como impenetrable à todas las pafsiones. Reprehendìa con una santa libertad las faltas que notaba; pero de un modo tan suave, que sus reprehensiones se hacian amar. En fin su virtud le havia merecido la veneracion, y amor de quantos le conocian. Si en esta Mifsion huviera mayor numero de Mifsioneros para repartir entre sì el trabajo, que abruma los pocos que somos, darìan mas tiempo al cultivo de cada Fiel en particular; y me persuado, que verìamos muchos Neophytos hacer los mismos progressos en la virtud.

Celebrè la Fiesta de la Ascension en Elacourrichi con gran pompa, y con el mayor concurso de gente, que hasta entonces havia visto. El Bosque estaba tan poblado como las mas grandes Ciudades. Bauticè cerca de trescientos Catecumenos, y las confefsiones fueron tantas, que no pude solo oirlas todas.

Muchos, que no havian podido desde largo tiempo recibir los Sacramentos por falta de Iglesia situada en lugar comodo, vinieron en tropa à cumplir con las obligaciones de verdaderos Fieles, y comenzaron una vida mas fervorosa. Otros, à quie-

quienes el temor, y el trato con los Idolatras havia arrastrado à acciones contrarias à la pureza de nuestra Santa Ley, vinieron à postrarse à los pies de los Altares, llorando su descarrìo, y jurando al Señor una fidelidad inviolable. Sin duda alguna me huviera vencido el peso de tanto trabajo sostenido dia, y noche, si un nuevo susto no me huviera procurado dos, ò tres dias de descanso. El *Nababe* (ò General de Provincia) de Carnate, conquistado por el Gran Mogòl, querìa hacerse pagar el tributo, que le negaba el *Chiliankan*. Corriò de repente la voz, que las Tropas del Mogòl havian yà entrado en las tierras del Principe de Arielour, hermano del Principe de quien depende Elacourrichi. Se apoderò el miedo de los Christianos, y cada uno tirò por donde pudo. Tuvieron sin embargo los Catequistas la prudencia de ocultàr la noticia à los Catecumenos, que yo estaba bautizando. Acabadas las ceremonias, salì fuera de la Iglesia, y me admirè mucho de la soledad en que me veìa. Preguntè la causa à los pocos Fieles que havian quedado, y por respuesta me suplicaron, que quanto antes me retirasse. Algunos, sin decirme palabra, sacaron los Ornamentos de la Iglesia, y los llevaron à lo interior del Bosque. Los recien bautizados no tuvieron tiempo para importunarme, segun acostumbran, pidiendome Medallas, y Rosarios. Huìa cada uno al Pueblo à rienda suelta.

Yo lo tuve por uno de aquellos terrores pànicos à que facilmente se dexan llevar los Indios. No obstante mandè à quatro, ò cinco de los menos tìmidos que abanzassen àzia el Poniente, de donde venìa el susto, para informarse por sì mis-

mos

mos de la verdad de estos rumores. Partieron sin dilacion, pero quien los viera huviera dicho, que à cada passo tropezaban con las lanzas, y sables de los Moros. Entraron en muchos Lugares, que ellos havian creìdo estàr reducidos à cenizas, y todo estaba en calma, y sossiego. Pidieron noticias del enemigo, y à ellos mismos preguntaban los vecinos de què enemigo hablaban? Bueltos en sì, tuvieron por inutil passar mas adelante, y bolvieron muy confusos de haverse assustado con tanta ligereza. El dia siguiente embiè à animar à los Christianos, que se havian refugiado à la otra parte del *Coloràn*, y vinieron otra vez en gran numero à la Iglesia.

Santificamos las Fiestas de Pentecostès, Santissima Trinidad, y del Corpus con muchas Confessiones, Comuniones, y Bautismos; pero no fue de mucha duracion el consuelo interior que sentì. Llegòme noticia, que el Principe de Catalour inquietaba todavia al Padre Bouchet en su Iglesia de Aour, y que no se atrevian los Catequistas à andar por los Lugares de sus dependencias, ni visitar à los Fieles. El unico medio para traerle à la razon era acudir al Talabay, cuyo nombre solo le hacia temblar. Cuentan que un dia, haviendose resuelto à vèr la Capital del Reyno, habitacion ordinaria del Talabay, hizo muchos gastos para parecer en ella con mas lucimiento; pero que haviendose acercado à la Ciudad, no tuvo valor para entrar en ella, imaginandose, que todo estaba dispuesto para ponerle en grillos, y despojarle de su tal qual Estado. Su temor fue tan grande, que bolvio atràs, y llegò sin parar à Catalour, con tan-

tanta celeridad, que se sorprehendieron sus vassallos. Para salvar su honor, publicò, que una enfermedad le havia precisado à buelta tan precipitada.

Hizo reflexion este Principe, que si el Padre daba sus quexas al Talabay, este Governador, que siempre le havia tenido amistad, no dexarìa de hacerle justicia de tantas vejaciones injustas. Tomò, pues, sus medidas para apaciguar al Missionero, sin perder la determinacion de inquietar à los Christianos en todas ocasiones. El Padre, que no deseaba sino la paz de su Iglesia, juzgò deberle dàr à entender lo poco que se fiaba de su palabra, y le dixo: Ya es demasiado, Señor: hasta aqui nada he dexado de hacer por ganar vuestra amistad. El gran Pueblo, que mi presencia ha formado en Aour, ha acrecentado vuestras Rentas: sacais derechos considerables de los Comerciantes, que el concurso de los Christianos atrahe à vuestras tierras: cada Fiesta que celebro es acompañada de regalos que os embio. Confiesso que son poca cosa, pero proporcionados à la pobreza de que hago profession. Què podeis echarme en cara? No he tenido cuidado de mantener à vuestros Pueblos en la obediencia, y sumission que os es debida? Hay ni un solo Christiano contra quien podais tener quexa? Y en la ocasion no son vuestros mejores Soldados? Còmo me pagais tantos servicios? No haveis buscado todos los medios de darme pesadumbres? Si me tolerais en vuestros Estados, no es mas por interès, que por afecto? Me obligais en fin à declararme: el Talabay es justo, y sabrà hacer la justicia que me es debida.

Des-

Desconcertò esta respuesta al Principe de Catalour; mas otro negocio, que le sobrevino en el mismo tiempo le embarazò mucho mas, porque era capàz de perderle si huviera sido menos desinteressado el Talabay, ò si huviera sido el Padre Bouchet hombre vengativo.

A una legua de Ticherapali se levanta una colina, sobre la qual edificaron los Gentiles un Templo, cuya asistencia confiaron à un cèlebre *Joghi*, ò Penitente Idolatra. Las apariencias de su vida austera le associaron un gran numero de otros Joghis, que viven baxo de su govierno. Bien que tenga para su manutencion una grande extension de Paìs con muchos Lugares, el Superior de estos Penitentes, lexos de repartir en ellos lo que està señalado para la subsistencia comun, los embia à todos los distritos comarcanos à juntar limosnas, con la obligacion de traerle cada mes una cierta cantidad de dinero, que consagra al Idolo. Son unos verdaderos Salteadores de caminos, que roban, y empobrecen à los Lugares, enriqueciendose con las extorsiones, y pillage, que hacen en los Pueblos.

Dos de ellos entraron en las tierras de el Principe de Catalour. Un Soldado, de quien por fuerza querian sacar limosna, llamò à otros Soldados, que estaban cerca, à que le ayudassen: se echaron todos sobre los dos mendigos, y los hicieron bolver à su montaña bien señalados con los golpes que les dieron. El *Joghi*, teniendose por ofendido en la persona de sus Penitentes, formò el designio de tomar de ellos una prompta venganza. Al punto hizo enarbolar una Vandera en lo alto de el

Templo, para que fe vieffe en los Païfes vecinos. A la vifta de efta feñal acudieron todos los Joghis fubditos fuyos, que eran mas de mil en numero, y fe pufieron en orden de batalla al rededor del Eftandarte, y yà fe difponian à entrar en las tierras de Catalour para llevarlo todo à fuego, y fangre.

La Reyna de Ticherapali, que defde fu Palacio havia vifto el Eftandarte levantado, quifo faber lo que fignificaba; y luego que fe informò, defpachò Soldados al Principe, con orden de que fe prefentaffe fin dilacion en la Corte para dàr cuenta del atentado cometido contra unos hombres confagrados al culto de fus Diofes. El mandato de la Reyna, y el furor de los Penitentes pufieron al Principe en la mayor confternacion. Eftaba perdido fin remedio, fi el Padre Bouchet no le huviera dado la mano para facarle de tan intrincado negocio. Pafsò el Mifsionero à la Corte, foffegò el efpiritu de la Reyna, y luego expufo el hecho con todas fus circunftancias en prefencia del Talabay, y diò tan buen teftimonio de la inocencia del Principe, que quedò enteramente juftificado. Aclarada afsi la verdad, faliò libre el Principe à cofta de algunos regalos, que fue precifo hacer à la Reyna, y al Joghi de la montaña, y con los dones conjurò, y difipò la tempeftad. Conocia las obligaciones, que debia al Mifsionero, y cautivandole una generofidad, de que no havia vifto exemplar, le hizo juramento de no perturbarle mas en el exercicio de fus minifterios.

La paz reftituìda à la Iglefia de Aour diò lugar al Padre Bouchet para emplear fu zelo en apaciguar otras turbaciones excitadas contra los Chrif-

tia-

tianos de *Chirangàm*. Un Templo cèlebre dedicado al Demonio en esta Isla, la hace famosa entre los Gentiles. El Padre havia fabricado una Iglesia en el mismo lugar, para insultar al Principe de las tinieblas aun en su mismoTrono. Admirabanse todos de que permaneciesse la Iglesia entre tantos enemigos, que conspiraban à su ruina. Existìa sin embargo, y aumentandose cada dia el numero de los Fieles, se esperaba vèr antes de mucho tiempo triunfar el Christianismo de la Idolatrìa hasta en sus mas fuertes trincheras.

El Governador de Chirangàm, animado por los Sacerdotes Gentiles, tomò la determinacion de romper contra los Neophytos. Un dia que estaban juntos en la Iglesia para encomendarse à Dios, y oìr el Cathecismo, los Soldados, y vecinos de la Isla se echaron de tropèl sobre los siervos de Jesu-Christo, y los arrastraron fuera de la Iglesia, arrojando mil blasfemias contra el verdadero Dios: y les quitaron quanto tenian, aun las Estampas, y Rosarios, que con tanto aprecio guardan los Fieles. Un mozo no pudo sufrir el ultrage, que se hacia à la Religion, y tuvo valor para reprehender con viveza à los Gentiles por el sacrilegio, que acaban de cometer. Recibiò al instante el premio de su zelo: porque furiosos, se echaron sobre èl, le arrastraron por las calles, le cargaron de golpes, dandole ocasion de derramar gloriosamente mucha sangre por la Fè de Jesu-Christo.

El Padre, avisado de la opresion en que se hallaba la Christiandad de Chirangàm, se quexò à la Corte. Fuè llamado el Governador sin dilacion, y recibiò muchas reprehensiones por su avaricia,

y crueldad, con orden de restituìr quanto antes à los Neophytos lo que les havia quitado. Nada hay de mas arduo para los Indios, que bolver lo que una vez han tomado. No pudo resolverse el Governador à vèr salir de sus manos lo que con tanta injusticia tenia usurpado, y se fiaba en que jamàs llegarìa la clemencia del Talabay al rigor que merecia su obstinacion en no obedecer.

Hizo Dios vèr entonces que vengaba los interesses de esta afligida Iglesia. Fue de dos modos castigado el impìo Ministro, que havia prophanado el lugar Santo, y maltratado à los Fieles. Su fidelidad en el manejo de los caudales pùblicos se hizo sospechosa, y fue llamado à quentas. Mas porque aqui el ser llamado sobre este assumpto, y ser condenado, es una misma cosa, fue multado en cinco mil escudos, que sin tardar debia pagar en la Tesorerìa. Como daba largas, fue castigada su tardanza, de manera, que tuvo que tragarse toda su amargura, y verguenza. Un dia, quando menos lo esperaba, entraron unos Soldados armados en su Casa, le echaron mano, y le llevaron à Palacio. Alli le pusieron sobre los ombros una piedra de un peso enorme, que tuvo que llevar hasta satisfacer enteramente la paga. Este golpe humillò su orgullo, pero no mudò su perverso corazon.

Algunos dias despues le sucediò otro lance, que manchò para siempre su reputacion. Era Bracman, y acababa de casarse con una Bracmana. Esta havia sido casada en su tierna edad con otro Bracman, que corrìa por el mundo, sin que se tuviesse yà noticia de èl. El dia mismo que le conduxeron la

No-

Novia, y en el tiempo en que mas le ocupaban los regocijos de la boda, llegò à Ticherapali el primer marido. Al punto que oyò que su muger havia passado à poder de otro, volò à la casa de el Novio, y publicamente le reprehendiò el oprobrio, è infamia, que acababa de cometer: porque seducir de esta manera à una Bracmana, es para estos Pueblos un delito, que no se perdona. Aterrò al Governador la indignacion, que se concibiò contra una accion tan indigna. Conociò bien que su ruina era inevitable, si su ribàl pedia justicia. Nada dexò por hacer para apaciguarle: lagrimas, ruegos, y promessas, todo se empleò à este fin. Hablòse finalmente de un ajuste, y se convino en que la Bracmana bolverìa con su primer marido, y que en el dia le pagarìa quinientos escudos.

Luego que recibiò el Bracman el dinero, diò sus quexas al Talabay, y le dixo: Señor, porque no dudeis que es reo del enorme delito de que le acuso, veis aqui la cantidad de dinero, que me ha dado para apaciguar mi justa indignacion. El Talabay, que tambien es Bracman, concibiò todo el sentimiento, que merecia una accion, que infamaba su Casta. Juntò al instante à los principales Bracmanes empleados en la Corte, y citò al reo à parecer en su presencia. El delito se probò de manera, que no dexò la menor sospecha contra la acusacion; y assi el pobre Governador no pensò sino en implorar la clemencia de los Juezes. Pareciò enmedio de el Consejo cubierto de un mal andrajo, tendido el cabello, arrastrandose por el suelo, y dando grandes gritos. Tuvo que sufrir la descarga de la mas terrible reprehension por un hecho

cuya afrenta redundaba sobre toda la Casta de los Bracmanes; y pensaban todos, que despues de semejante oprobrio se le desterrarìa assimismo de su Patria, para ocultar su confusion en las tierras mas lexanas, y arrastrar lo que le quedaba de vida en el olvido, y obscuridad; pero el Talabay, mucho mas inclinado à la clemencia, que al castigo, le hizo bolver à Palacio, y le hablò de un modo muy aproposito para consolarle en su afliccion. Los hombres (le dixo) no son impecables: vuestro delito yà no tiene remedio: no penseis sino en satisfacer al Bracman, y reparar en adelante con una conducta prudente, y moderada el escandalo, que haveis dado à todo el Reyno.

Estas palabras le consolaron al pobre Governador, se compuso con el Bracman, cumpliò las duras condiciones que le impuso, y bolviò à entrar en el exercicio de su empleo. La nueva humillacion de un perseguidor tan declarado de los Christianos sirviò de apologìa à su inocencia. Los Gentiles mismos reconocieron que la mano de el verdadero Dios se havia dexado caer sobre èl. No por esso dexaron de sufrir los Fieles interessados en el saquèo, que se havia hecho en Chirangàm. Con el pretexto de haver gastado todo su caudal en terminar su desgraciado negocio, se escusò siempre de bolverles lo que les havia quitado. No parò aqui, valiòse despues de algunas turbaciones que sucedieron, para echar à todos los Christianos de su Iglesia. Usò para ello de un artificio, que le saliò bien: Hizo poner en el lugar Santo el Idolo, que llaman *Poullear*, persuadido à que no se atreverian los Fieles à juntarse alli otra vez. No se engañaba,

ñaba; la prophanacion del Templo Santo penetrò el corazon de los Fieles con el mas vivo dolor. El partido que tomaron fue arrasar enteramente la Iglesia, al exemplo de los piadosos Israelitas, que destruyeron el Altar, que los Gentiles con sus sacrificios, y colocacion del Idolo havian prophanado.

En los dos meses que estuve en Elacourrichi tuvè mas que hacer, que si huviera estado en las mas pobladas Ciudades: tenia cada dia que administrar los Sacramentos, aliviar à los enfermos, que traìan à mi Cabaña, instruìr à los Catecumenos, recibir las visitas de los Gentiles, hacer à cada uno una platica sobre la Religion, responder à las questiones que me proponian, sin entrar con ellos en disputa. Nos ha enseñado la experiencia, que las disputas, en que siempre tienen la peor parte, sirven solamente de irritarlos, y enagenarlos de nuestra Santa Religion. Es menester hacerse uno à sì mismo los argumentos, que ellos pueden proponer, y darles al punto la solucion. Siempre la hallan buena, con tal, que no hayan propuesto ellos mismos las dificultades à que se responde.

Sobre todo, se les debe dàr una grande idèa de el Dios que adoramos, preguntarles de quando en quando si las perfecciones, que le atribuimos, son dignas del verdadero Dios, y si puede haver un Dios, que no possea tan augustos atributos, sin entrar por menor en las quimeras, è infamias, que cuentan de sus Dioses. Se les ha de dexar que saquen ellos mismos las consequencias, como en efecto las sacan, confessando muchas veces,

ſin que ſe les inſte, que perfecciones tān admirables no ſe encuentran en los Dioſes que veneran. Aun quando ſu ſobervia les impide llegar à eſtos terminos, ſe ha de guardar uno mucho de que en fuerza de la diſputa lo digan. Debemos contentarnos con deſpedirlos en la perſuaſion de que adoramos un Dios Unico, Eterno, Todopoderoſo, ſoberanamente perfecto, y que no puede cometer, ni querer lo malo: y ſe retiran llenos de la grandeza de nueſtro Dios, llenos de eſtimacion por ſus adoradores, y de reſpeto por los que enſeñan à adorarle.

Además de eſtos exercicios del miniſterio Apoſtolico, debemos eſtàr ſiempre en vela contra el odio de los Idolatras, tomar parte, aunque nos repugne, en los negocios temporales de los Neophytos, y ajuſtar la mayor parte de ſus querellas, para que no recurran à los Juezes Gentiles. Eſte negocio ſolo ocuparìa enteramente al Miſsionero; y aſsi, para no perder demaſiado tiempo, remito el examen de ſus pleytos à Chriſtianos habiles; haciendo antes que convengan en ſu eleccion, y que dèn palabra de eſtàr à lo que ellos juzgaſſen.

Eſtaba todavia en Elacourrichi à mediado de Mayo, que es el tiempo en que los vientos comienzan à ſoplar con grande impetu; y ſe deſenfrenan entonces con tanta furia, y levantan tan eſpeſas nubes de polvo, que obſcurecen el Sol de modo, que algunas vezes no le vemos en quatro, ò cinco dias. Penetra el polvo por todas partes, ſe pega à la garganta, y cauſa en los ojos fluxiones tan fuertes, que quita la viſta à muchos. Es caſi impoſsible, mientras duran los vientos, caminar àzia Poniente, porque de alli viene la tempeſtad. Eſtàn

mas

mas acostumbrados los Indios, que los Europeos, y no obstante padecen mucho, y es para varios una razon legitima de no venir à la Iglesia.

Estos furiosos vientos son precursores de las lluvias abundantes, que caen en la Costa Occidental de la India, y en las Montañas de Malabar, de donde trae su origen el *Coloràn*, que fertiliza los Reynos de *Maissour*, *Madurè*, *Tanjaour*, y *Choren-Mandalàm*. Los Indios esperan estas lluvias con la misma impaciencia, que los Egypcios la inundacion del Nilo.

Se pensaba que el Rio creceria este año antes del tiempo ordinario, porque los vientos havian empezado à correr mas temprano, que los años antecedentes. Tenia animo de partir de Elacourrichi luego que el Rio tomasse agua, para ir àzia Mediodia à una Provincia, que jamàs ha visto Missionero, ni Catequista; pero aunque corrian los vientos, proseguia el Rio seco, y sin agua, y yà se temia una hambre general.

Sin embargo havian caìdo las lluvias à su tiempo, y las aguas, que baxan de las montañas con rapidèz, huvieran entrado antes de lo que acostumbraban en el Coloràn, si el Rey de Maissour no huviera detenido su curso con un dique enorme, que havia hecho construìr, y que ocupaba todo lo ancho del canal. Intentaba con este dique dàr otro camino à las aguas, para que derramandose en los conductos que havia mandado hacer, fuessen à regar sus campiñas; pero pensando fertilizar sus tierras, y acrecentar sus rentas, hacìa perecer los Reynos de Madurè, y Tanjaour. Las aguas no huvie-

ian comenzado à parecer hasta fines de Julio, y el canal estarìa seco desde mediado de Septiembre.

Los dos Principes, atentos al bien de sus Reynos, se enojaron de la empressa, y se aunaron contra el enemigo comun, para precisarle por fuerza de armas à romper el dique, tan perjudicial à sus Estados. Hacian yà grandes prevenciones, quando el Rio Coloràn se vengò à sì mismo (assi se explicaban aqui) de la afrenta que hacia el Rey à sus aguas teniendolas cautivas. Subsistiò el dique todo el tiempo que las lluvias fueron medianas sobre los montes, y las aguas corrieron lentamente en los canales prevenidos; pero luego que llegaron à ser mas copiosas, se hinchò el Rio de manera, que abriò el dique, lo derribò, y se lo llevò lo ràpido de su corriente. De esta manera el Principe de Maissour, despues de grandes, è inutiles gastos, se viò de repente privado de las immensas riquezas, que se havia prometido.

No tardò el canal en llenarse de agua, y el gozo de los Pueblos fue tanto mayor, por no tener yà esperanzas de cosecha alguna. Se veìan como fuera de sì correr en tropa àzia el Rio para bañarse en èl, en la persuasion ridicula, que las primeras aguas purifican de todos los pecados, assi como limpian el canal de todas sus immundicias.

Como todavìa se podia vadear el Coloràn, le passè antes de ir à Counampati, para esperar una ocasion favorable de caminar à Tanjaour. En este

Rey-

Reyno està la Fè cruelmente perſeguida, y en mis primeras Cartas darè à V. R. cuenta de la perſecucion. Por lo que he tenido la honra de eſcrivirle conocerà bien V. R. que ſi eſtàn mezclados nueſtros trabajos de muchas amarguras, tiene Dios cuidado de recompenſarlas con los frutos abundantes que cogemos. Quedo con mucho reſpeto en la union de ſus ſantos ſacrificios,

Reverendo Padre mio,

Su muy rendido, y obediente ſervidor,

P. Martin,

Miſsionero de la Compañia de Jeſus.

Fin de eſte Tomo quinto.

INDICE.

INDICE
DE LAS COSAS MEMORABLES contenidas en este Tomo V.

Carta del Padre Fontayne. Pag. 1.

LOgra el Padre ser embiado à la China. 2. y sig.
Encarga al Padre, y à sus Compañeros el Señor Colbert la reforma de la Geographìa. 3. y siguient.
Lleva consigo el Padre Fontayne Jesuìtas de grandes prendas. 4. y sig.
Convienen muchos Missioneros de elevados talentos. 5.
Parecer de San Francisco Xavier. Ibid. y sig.
Pràctica en este assumpto de la Compañia. 7. y siguient.
Observaciones Astronomicas. 8. y sig.
Lastimoso estado de los Catholicos entre los Holandeses en Indias. 9. y sig.
Llega el Padre Fontayne à Siam: observacion de un eclypse. 10. y sig.
Parte para la China: favores del Rey de Siam: navegacion. 12. y sig.
Supersticiones de los Marineros Chinos 15. y sig.
Entrada de Nimpo, noticia de la Ciudad, su altura, y comercio. 18. y sig.
Lo que de Nimpo dixo San Francisco Xavier: oposicion del Virrey. 20. y sig.
Hacen los Chinos un sacrificio al Dragòn de

las Aguas. 25.
Manda el Emperador que vayan à la Corte los nuevos Missioneros, su viage, y honras que les hacen. 26. y sig.
Por què se dexan tratar con honor los Missioneros. 27.
Muerte de el cèlebre Padre Verbiest, sus exequias. 28. y sig.
Atahudes de la China, el color blanco es el de luto: aparato del entierro, su acompañamiento. 30. y sig.
Sepulcros de los Missioneros, su plàn. 32. y sig.
Recibimiento que tuvieron los nuevos Missioneros de el Emperador. 34. y sig.
Noticia, y poblacion de Pekin, su Campana, Observatorio, &c. 36. y sig.
Noticia del Reyno de Corè. 37. y sig.
Camino de Pekin à la Provincia de Chensi: viage à Nankin. 39. y sig.
Noticias, y calidad del Paìs. 41. y sig.
Fuerza de un Barquero Chino. 43.
Provincia de Honàn, su calidad, rios, &c. Ibid. y sig.
Nankin yà no es Corte: su situacion. 44.
Lo que importa la conversion de un Letrado. 45.
Viage de el Emperador, su bondad àzia los Missioneros. 46. y sig.
Tratado de Paz entre los Chinos, y Moscovitas: su motivo 49. y sig.
Parte que en èl tuvo el Padre Gerbillòn: agradecimiento del Principe Sosàn. 50. y sig.
Dàn algunos Missioneros leccion de Mathematicas al Emperador. 53. y sig.

Aplicacion del Principe, su practica. 55. y sig.
Persecucion en la China, sus circustancias. 56. y sig.
Recurren los Padres à la clemencia de el Emperador: su respuesta. 57.
Muestranse contrarios los Tribunales: sus resistencias, por què. 58. y sig.
Afliccion de los Misioneros, los favorece el Principe Sosàn. 60. y sig.
Consiguese la libertad de la Religion Christiana, su importancia. 62. y sig.
Busca su Magestad instrumentos Mathematicos. 64.
Varios sucessos, elogios, y viages: el mayor Village del Mundo. Ibid. y sig.
Llama el Emperador à la Corte al Padre Fontayne, y Visdelou. 67. y sig.
Favores que merecen del Emperador, y Principe heredero. 68. y sig.
Enfermedad de el Emperador: hace publicar, que los que tienen medicinas las lleven à Palacio. Ibid. y sig.
Le curan con quina los Misioneros: su reconocimiento: castigo de los Medicos. 71. y sig.
Valor christiano de el famoso Eunuco *Hiucum*. 75. y sig.
Conversion de un Coronèl Tartaro: sus instancias. 76. y sig.
Otras conversiones: nuevo favor de el Emperador. 79. y sig.

Carta à los Padres de la China, è Indias. 90. y sig.

Vida, y virtudes de el Padre Verjus, su nacimien-

miento, y Patria. 91.
Particular providencia de Dios sobre el Padre. Ibid. y sig.
Su juventud, vocacion à la Compañia, estorvos que encuentra. 93. y sig.
Su Noviciado, estudios, &c. 95. y sig.
Alcanza licencia para ir à Indias, se lo impiden. 97. y sig.
Sus escritos, empleos, talentos, &c. 98. y sig.
Estimacion que mereciò de muchos Señores Protestantes. 102. y sig.
Estima, que de el Padre hacian muchos Señores Catholicos. 105. y sig.
Su desinterès, su zelo por las Missiones, &c. 108. y sig.
Es elegido Procurador de las Missiones de Levante. 113. y sig.
Su zelo, aumento de Missioneros, y Missiones. 114. y sig.
Sus admirables maximas, embia Missioneros à la China. 116. y sig.
Exemplo de su desinterès, y prudencia. 121. y sig.
Su enfermedad, muerte, virtudes, &c. 124. y sig.

Carta de el Padre Ntel. 133. y sig.
Viage del Padre à la China por la America. Ibid. y sig.
Descripcion, y situacion de la Mission de los Moxos. 137. y sig.
Admirable methodo en su govierno, fabrica de casas. Ibid. y sig.
Se reducen sus muchas lenguas à una general. 139. y sig.

Còmo entre sì se goviernan los Missioneros. 140.
Por què no se permiten Españoles en los Pueblos. Ibid. y sig.
Zelo, y virtudes del Padre Mascardi. 143. y sig.
Relacion de la Mission de Nahuelhuapi. 144.
Situacion de esta Mission, dificultades que nacieron, &c. Ibid. y sig.
Viage à la Mission, y entrada en ella. 147. y sig.
Las Naciones de los Pulchas, y Poyas: se bautiza à muchos, &c. 150. y sig.

Carta del Padre Fontaney. 154. y sig.
Refutacion de varios rumores falsos contra los Jesuìtas. 156. y sig.
Favorecen los Jesuìtas à los demàs Missioneros, exemplos de su proteccion, y pruebas. 157. y sig.
Otros rumores falsos refutados. 166. y sig.
Por què tienen los Jesuìtas mucho credito en la China. 169. y sig.
Còmo estàn los Jesuìtas en el Palacio del Emperador. 170. y sig.
Los Jesuìtas Portuguesés en la China son pocos: sirven sus Iglesias los Jesuìtas Franceses: fruto que hacen. 172. y sig.
Respuesta favorable de el Tribunal de Ritos. 178. y sig.
Dos casos singulares. 181. y sig.
Cercanìa de Nimpo al Japòn: Nangazacki, unico Puerto en que son recibidos los Chinos, y Holandeses. 185. y sig.
Còmo son recibidos en èl, sus casas. 186. y sig.
No se puede saber el estado del Christianismo

mo en el Japòn. 189.
Comercio de los Inglefes en la cercanìa de Nimpo, fu urbanidad con los Mifsioneros. Ibid. y fig.
Perfecucion en Hoan-tcheou, felìz falida de ella, y minifterios. 192. y fig.
Eftablecimiento en Cantòn, fus Iglefias. 200. y fig.
Por què fon cortas las converfiones en las Coftas. 203. y fig.
Remedio para que las haya. 205. y fig.
Aventuras de fu fegundo viagè à la China. 206. y fig.
Valor de los Mifsioneros en las tempeftades. 209. y fig.
Difpoficiones fervorofas de los Mifsioneros para trabajar, &c. 221. y fig.
Por què andan los Mifsioneros de la China veftidos de feda, y hacen fus viages en Silla. 224. y fig.
Lo que fucediò al Padre Ricci en quanto al veftido. 227. y fig.
Andan veftidos de feda los otros Religiofos. 228. y fig.
Otras razones muy prudentes en abono de el veftido de feda. 230 y fig.
De què mortificacion necefsita mas un Mifsionero en la China. 232. y fig.

Carta de el Padre Bouchet.

Plàn de efta Carta. 236. y fig.
Ha penetrado la doctrina de Moysès hafta en las Indias. 238.
No fon los Indios Atheiftas, conocen un Supremo Sèr: fus Diofes fubalternos fon na-

cidos de muger: còmo los llaman. Ibid. y sig.
Còmo explican los Indios la semejanza de el hombre con Dios. 240.
Bruma, Dios subalterno, su oficio, su dificultad de criar. 241.
Su amor à la criatura, Paraìso terrenal, ò Chorvàn. Ibid. y sig.
Los Dioses subalternos no estaban seguros de la immortalidad. 242.
Famosa Serpiente, que engañò à los Dioses, envenenando la fruta del Arbol de la Vida. Ibid. y sig.
El Dios *Routrèn*, destruìdor de las cosas criadas. 243.
Causa el Diluvio, conserva Vichnou à un confidente suyo. Ibid. y sig.
Govierna Vichnou el Barco, transformado en pez. 245.
Su semejanza con la Historia Sagrada. Ibid.
Varias congeturas muy curiosas. Ibid. y sig.
Lo que sacaron los Indios de la Historia de Abrahàm. 247.
Tribu, ò Casta de los Ladrones, guarda la Circuncision. Ibid. y sig.
Semejanza con Moysès, semejanza de costumbres con los Judios. 248. y sig.
Sacrificio del Carnero, oracion que hacen, el fuego continuo, &c. 249. y sig.
Tienen los Indios un alto concepto de las Serpientes, su caridad con sus esclavos. 251.
Estimacion que hacen de los Libros de la Ley: quien la diò. Ibid. y sig.
Sus Libros Sagrados, còmo se recibiò la Ley,

paralelo con Maria, hermana de Moysès, &c. 252. y sig.
Lo que se puede adaptar al Santo Job. 254. y sig.
Lo que se parece à la Historia de Sanson. 255. y sig.
Idèa confusa, que conservan de la Trinidad, y de la Encarnacion. 256. y sig.
Lo que bosquexa la Eucharistìa, la confessìon. 258. y sig.
Otra Carta del Padre Bouchet. 262. y sig.
Si dàn, ò no oraculos los Demonios, còmo. *per tot.*
Los dàn por boca de los Sacerdotes de los Idolos, y otros: cessan los oraculos quando hace progressos la Fè. 263. y sig.
Sus respuestas de cosas futuras son equivocas. 265.
Exemplo terrible de uno por quien daba respuestas. Ibid. y sig.
Què cosas suelen los Indios consultar con el Demonio. 268.
Exemplo, còmo consultan. Ibid. y sig.
Prodigios que obran los Demonios, su tyranìa. 270.
No hablan por los Idolos, ò Estatuas: exemplos de embustes. 271. y sig.
Ceremonias de ciertos Penitentes: corresponde el Demonio. 278. y sig.
Silencio milagroso de los oraculos conforme se propaga la Fè. 279. y sig.
Estado de la conclusion. 280.
Pruebas, y exemplos de el silencio que guardan los Demonios. Ibid. y sig.
Poder de los Christianos en echar à los Demonios: reflexiones. 283. y sig.
Varias singularidades declaradas por los Christia-

tia-

tianos, que havian sido instrumentos de el Demonio. 286. y sig.
Carta de el Padre Martin. 289. y sig.
Peligro de que libra Dios al Padre Bertholdo. 291.
Serpientes, no las matan los Indios, por què. Ibid. y sig.
Supersticiones con que pretenden curarse. 292. y sig.
Fervor, y caridad de algunos Fieles. 294. y sig.
Habilidad de el Ministro de Tricherapali, su victoria. 296.
Destreza, y maña del Ministro de Tanjaour. 297. y sig.
Zelo del Padre Simòn Carballo, conversiones. 298.
Casta de Ladrones afecta à los Missioneros. 299.
Persecucion en una Provincia contra los Christianos. 300. y sig.
Respuesta brutal de los Indios à un Medico Catequista. 301. y sig.
Fervor de un Escultor. 303.
Banquete extravagante de los Idolatras. 304. y sig.
Segunda persecucion, su ocasion. 306. y sig.
Conversion de una Sacerdotisa de Palacio, su oficio, &c. 308. y sig.
Su fervor, ofrenda à la Iglesia, &c. 311. y sig.
Temor de tercera persecucion, sus motivos, precauciones que se toman. 112. y sig.
Valor de un Poeta convertido. 315. y sig.
Conversion cèlebre de una muger atormentada de el Demonio. 317. y sig.
Conversion rara de otro atormentado del Demonio. 321. y sig.
Vida inocente de los Fieles, exemplos de virtud. 323. y sig.
Per-

Persecucion de Coutour, su causa, su horroroso fin. 325. y sig.
Carta del mismo Padre Martin. 332. y sig.
Distribucion de los ministerios, ayunos, y otras particularidades 333. y sig.
Conversion singular, motivò de otra persecucion, su fin. 337. y sig.
Remedio infalible contra una especie de Miserere. 341. y sig.
Remedio cierto contra todos los dolores còlicos. 343. y sig.
Flores singulares, su mal efecto. 346.
Quando, y còmo sangran los Indios. Ibid. y sig.
Exemplo notable de un pecador convertido. 349. y sig.
Otro exemplo singular de limosna. 350. y sig.
Vejaciones del Principe de Catalour, respuesta del Padre Bouchet. 353. y sig.
Templo confiado à un cèlebre Penitente Idolatra, su Comunidad, lo que sucede à algunos Penitentes. 355. y sig.
Castigo de un Perseguidor. 358. y sig.
Modo de tratar à los Infieles. 361. y sig.
Vientos en las Indias, quan dañosos son. 362. y sig.

Fin del Indice de este Tomo quinto.

34186

EA153
J58c
v. 5